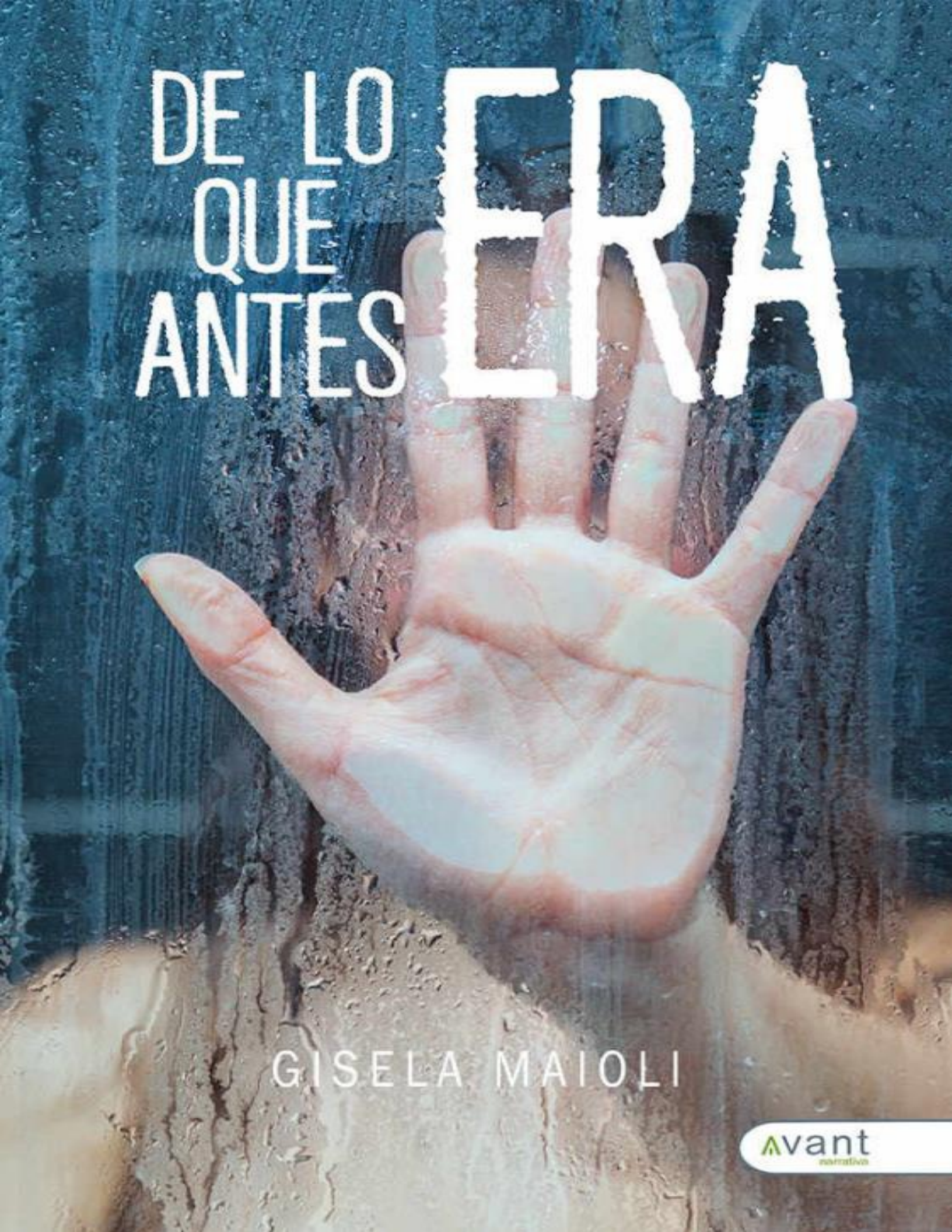
# DE LO QUE ANTES ERA



GISELA MAIOLI

Avant narrativa

# De lo que antes era

Gisela Maioli

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2023
© Gisela Maioli, 2023
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
ISBN: 978-84-19763-99-0
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-27264-2023

*A Lara.*
*A Julia.*
*A todas las voces que necesitan ser escuchadas.*

# *AGRADECIMIENTOS*

*A Ale, por apoyarme y resistir a mis ausencias en cientos de días y noches donde solo se escuchaba el ruido de mi teclado.*

*A Lucía, por la inspiración y las charlas en el balcón de su casa. Por esos momentos de mate, de café, de copas y cigarros.*

*A Sol, por ayudarme a encontrar un título que lo resumiera todo y por acompañarme en el sueño de una película.*

*A mi familia. A mis amigos y amigas de la vida y a las que me dio el tenis. A todas las personas que se emocionaron con este libro, con este logro.*

*A mis lectores beta: Lipi (quien además me dio el incentivo de escribir esta historia), Melisa (mi Martina), Daniela, Ana y Martín.*

*A cada abrazo, a cada sonrisa, a cada beso, a cada pequeño gesto que me impulsó a seguir adelante.*

*A mis personajes, porque los sentí, los lloré, los amé y los acuné como parte de mi vida. Pero por sobre todo a ellas, a Lara y a Julia, que me volvieron tan loca que estoy segura de que existen en algún lugar del mundo, así, tal cual las imagino.*

*A la perseverancia, por no abandonarme nunca.*

Este libro cuenta tan solo una historia. No intenta levantar banderas ni hacer apologías. No busca el morbo ni los detalles innecesarios sobre un cuerpo intersexual.

Es tan solo una historia.

La historia de Lara y, en consecuencia, de Julia.

# 1. Lara

Seis y cuarto de la mañana. Madrugada para ella, si le preguntaban. Odiaba las semanas donde le tocaban esos horarios tan absurdos y ya era parte de su rutina que cada vez que se veía levantándose casi a la par que el sol se preguntase por qué Isabella no podía dejar de insistir con eso de ofrecerle desayuno a las personas y empezar por el almuerzo. A ella la idea le parecía innovadora y a su cuerpo y su mente también.

Los turnos más cotizados eran esos en los cuales el bar se convertía en una especie de pub, generalmente en fin de semana, donde tocaba alguna que otra banda o solista por las noches. Y ahí sí su cuerpo y su mente vivían en armonía, no solo porque le gustaba muchísimo la música, descubrir nuevos estilos y grupos, sino porque siempre encontraba a alguien interesante en donde recrearse la vista. Y si eran rubias, mucho mejor.

A sus veintiséis años tenía claro que le gustaban solo las mujeres. Lo supo desde siempre y nunca le había resultado una carga ni se había enroscado mucho con el tema, porque su vida estaba repleta de cosas más densas de las cuales preocuparse.

Todos los días se preguntaba si en algún momento sería capaz de encontrar ese dichoso camino a la aceptación, de poder mirarse al espejo de frente y no de costado. Mirarse de verdad, con la cabeza erguida, el pecho hinchado de orgullo y la mirada segura. Pero esa mañana tampoco estaba siendo diferente y seguía sin ver la luz al final del camino, se ofuscaba, odiaba al mundo entero y se quedaba envuelta en esa oscuridad que la sentía eterna.

Si tan solo sus padres estuviesen con ella.

Dejó de pensar en ellos cuando la vista se le nubló y la tristeza volvía a carcomerla.

Era insoportable.

A veces vivir sin sus padres era insoportable, sobre todo cuando necesitaba un abrazo y alguien que le dijese que todo estaría bien. Un cliché, sí, pero en ocasiones muy necesario para ella.

Desempañó con una mano el espejo del baño empañado por la ducha caliente, tan solo una franja, lo necesario para ver su mentón y concentrarse en la tarea. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Esta vez eran cinco los vellos en el mentón. Giró la cabeza a un lado y al otro buscando si alguno más se le había pasado por alto. Nada. De manera autómata levantó su ropa por encima del ombligo y agudizó la vista, pero solo pudo encontrar unos pocos que sufrirían la misma suerte que los demás.

Cuando terminó con su rutina se tomó un momento. Necesitaba tan solo un momento para empezar el día. Se apoyó con las manos sobre el lavabo y agachó la cabeza intentando concentrarse unos segundos, con los ojos cerrados y respirando pausadamente, siendo consciente del aire que entraba y salía de sus pulmones. Con una última exhalación y sin cambiar la postura de su cuerpo, se miró cara a cara en ese espejo que se encaprichaba en devolverle siempre la misma imagen. Por mucho que rogara, llorara y pataleara, siempre veía lo mismo.

«Basta», se dijo en un susurro y gruñó para sí, sin dejar de adivinarse en esa imagen borrosa que el espejo le devolvía. Sus ojos se volvían más verdes cuando se empañaban haciendo un mayor contraste con su abundante pelo castaño, con sutiles ondas y largo hasta casi su media espalda. Mordió su labio inferior, negó con la cabeza y de un suave envión sobre el lavabo se dispuso a cortar el momento e ir a trabajar.

El departamento que alquilaba era chico, pero acogedor, aunque suene a frase trillada. Un rincón con un sofá que daba a un televisor y una biblioteca de madera en melamina negra, llena de libros. El mismo ambiente continuaba con una mesa con cuatro sillas y al costado un ventanal que daba a un pequeño balcón interno. El *living*-comedor estaba separado de la cocina por un desayunador, su habitación tenía otro balcón con vistas a la calle y un baño. Todo de forma comprimida, pero al menos tenía su lugar de descanso separado del resto. Su barrio no era de los lujosos, pero tampoco de los peligrosos y estaba cerca de la zona céntrica de la ciudad. Tenía todo lo que precisaba para su tan poca entretenida vida: un parque a unas cuadras para salir a correr, el bar de Isabella y Juan a pocos kilómetros al cual llegaba fácilmente en colectivo y una librería donde solía perderse dentro, hojeando libros que iban desde arquitectura a novelas de suspenso. Y justo al lado de su edificio, una panadería con algunas mesas donde servían el mejor café de la ciudad y que nadie se lo discuta. Había probado decenas, de todo tipo y textura. Arábica, robusta y combinados y si algo tenía era paladar para distinguir un buen café. Nunca faltaban en su pequeño departamento esos deliciosos granos.

Hoy tenía su primera clase de boxeo y había programado ir cuando terminase de trabajar y de ayudar a Isabella con «unas cosas», así le había dicho. La primavera estaba a la vuelta de la esquina, pero cuando bajaba el sol solía refrescar un poco, por lo que agarró un abrigo y lo metió dentro de su mochila junto con su ropa deportiva.

—¡Antoni!

Se quedó en silencio esperando lo que sabía que iba a venir. Miró su reloj, ya estaba justa de tiempo, así que decidió omitir algunos pasos y apurar el trámite. Se encontraron a mitad de camino y esa bola de pelos la miró extrañado y confundido a la vez, indignado ante semejante cambio de rutina.

—Perdoname, Antoni, es que llego tarde. Prometo compensarte cuando vuelva —le dijo mientras se levantaba y se dirigía a la puerta, después de rascarle la cabeza—. ¡Con una lata de atún! —Y esto último se lo informó con un pie afuera y casi a los gritos; seguro que con eso su amigo se quedaba contento y ya limarían asperezas más tarde.

Treinta minutos después llegaba a su lugar de trabajo. El bar Nexo llevaba abierto cerca de un año y prometía ir de menos a más. Lo que comenzó como un proyecto humilde con unas pocas mesas se había convertido en un bar de los concurridos y ella en una de las personas con la suerte de trabajar ahí. Su vida tenía sus cosas buenas y una de esas era Isabella, amigas desde principios de la secundaria. Más que amigas eran hermanas y no había nada de ella que Isabella no supiera. Y nada era nada.

«Cuando tenga mi propio bar te vas a venir conmigo y vas a dejar de trabajar por dos pesos. Vas a tener un horario normal y tiempo para hacer tu vida y para estudiar, te lo prometo, Lara». Y así fue. Esa rubia apenas rozaba el metro sesenta, pero daba miedo. La sacó prácticamente a los tirones de ese supermercado, con tanto odio que por un momento creyó que su amiga empezaría a hablar chino básico y a cantarle las cuarenta al dueño, en su propio idioma, para que no le quedaran dudas de lo que pensaba.

Así era Isabella: impulsiva, justiciera y creyente del amor para toda la vida. La casa, la familia y el perro. Todo lo contrario a ella: un ser pensante, demasiado conformista y sin esperanzas en el amor.

—Buen día. —Se acercó a paso rápido y saludó a Lucrecia con un beso en la mejilla, quien ya estaba terminando de acomodar las últimas mesas ante la inminente llegada de los primeros clientes.

—¡Buen día! —Le devolvió el saludo con una amplia sonrisa. Su compañera terminó de acomodar el último servilletero en una de las mesas y se dirigió hacia ella—. ¿Mala noche? Tenés una

cara… —le preguntó mientras acomodaba algunas copas y vasos, sin parar de moverse. Admiraba la capacidad de acción que tenía esa chica, a las siete de la mañana, en contraste con ella que seguía todavía arrastrando los pies. Una locura.

—Más o menos. No dormí bien y levantarme de madrugada me parece un sacrilegio —dijo en el tono más entendible que le pudo salir mientras se estiraba con los brazos hacia arriba—. Necesito un café para que me afloje el mal humor.

—Yo te lo preparo, terminá de acomodarte tranquila —se lo dijo al pasar por detrás de ella y en el camino acariciarle la cintura de manera sutil.

La miró y le susurró un «gracias» seguido de una pequeñísima sonrisa de lado. Lucrecia era una chica muy amable, de carácter dulce como el tono de su voz. De tez blanca, pelo castaño cobrizo, ojos oscuros y unas facciones muy delicadas. Se le formaban unos tiernos hoyuelos cuando sonreía y lo que tenía de tierna también lo tenía de directa y sincera. Admiraba su forma de opinar abiertamente de todo sin importarle el qué dirán. Había ingresado como empleada del bar hacía un par de meses, le cayó bien desde el día uno y esperaba que a su compañera le pasara igual.

***

La jornada había sido bastante tranquila. Después de terminar su turno acompañó a Isabella a comprar algunas cosas que necesitaba para el bar, retirar algunos pedidos y dejar unos papeles en su casa. En ese momento su amiga estaba en la cocina preparando unas tostadas con queso untable y mermelada, un par de tazas de té y cortando un poco de fruta.

—¿Qué tal Lucrecia? —le preguntó de manera distraída.

Ella, que estaba sentada en uno de los sillones del *living* revisando el celular, levantó la vista y la observó. Sus ojos color miel y su pelo de un rubio ceniza, largo y lacio que enmarcaba un rostro con facciones duras le daban a su amiga una belleza hipnótica. La recorrió con la mirada y ahí estaba ese gesto. Tenía su ceja izquierda levantada y cuando Isabella tiene su ceja izquierda levantada…

—¿Qué tal qué? —le preguntó, encogiéndose de hombros—. Bajá esa ceja, te lo pido por favor —le dijo amablemente y señalándola con el dedo, volviendo a fijar toda su atención en el celular.

—Ja, lamento pertenecer a ese 30 % del mundo que puede levantar una ceja y ser una privilegiada —remarcó, cruzada de brazos y con una seriedad impactante y bastante exagerada; había que decirlo, porque a ella un 30 % no le parecía gran cosa.

—Sí, bueno. Y también a ese otro «reducido» porcentaje que puede mover una oreja —Y se rio al momento que con los dedos dibujó las comillas en el aire.

—22 %. Y lo que habla es tu envidia. —Se volvió a girar para poner en una bandeja las tostadas, las tazas y las frutas—. A Lucrecia se le forman unos hoyuelos encantadores cuando sonríe. Pertenece a un 25 %, Lara. Tomá nota —le informaba mientras dejaba la bandeja en la mesa baja frente al sillón y se sentaba al lado suyo. Datos totalmente intrascendentes para ella, fundamentales para Isabella.

—Yo solamente te recuerdo que el 2 % al que pertenezco por tener ojos verdes pisotea a tus dos virtudes juntas. No sos tan especial como te imaginás. —Y volvió a reírse cuando vio a su amiga con la boca abierta y con cara de indignación. Al menos que tanta información poco útil le sirviera para molestarla.

—Bueno, entonces, estábamos hablando de Lucrecia y las miraditas que te clava cuando te vas. Sobre *todo*, cuando te vas —dijo, con una sonrisa pervertida y poniendo mucho énfasis en la palabra *todo*—, porque ya sabemos que de adelante venís flojita, pero te mira igual, no te preocupes. —Y se

llevó su taza de té a la boca, mirándola por encima con la ceja levantada y a ella le daban ganas de bajársela de un cachetazo. Revoleó los ojos y se limitó a contestar de manera pausada.

—Primero, no estábamos hablando de Lucrecia, lo estabas haciendo sola y, segundo, ¿de dónde sacás esas ideas? Dejá a mis tetas tranquilas, a mi culo en paz y a Lucrecia como mi compañera de trabajo, gracias.

Listo. Tema zanjado, cerrado y archivado.

—Ese cuerpo pide salsa.

Dios santo, es que era una casamentera de las de antaño y una pesada.

—Mjum —masculló, masticando de manera muy tranquila un pedazo de tostada.

—Sexo salvaje…

—Mjum.

—Desenfrenado…

—Mjum.

—Hasta tiene cara de gustarle las ataduras y esas cosas que ya sé que no te van, pero con probar no p…

Y hasta ahí la iba a dejar llegar. A ella no le iba ni una cosa ni la otra, a ella le iba poco y nada e Isabella lo sabía. Conocía su conformismo, sus límites y hasta dónde podía llegar. También sobre su falta de confianza en las personas y del miedo al rechazo. Era consciente de todo eso, pero esa rubia era tan buena gente, tan humana y tan sensible, que trataba de alivianar sus miedos y quitarle el drama con chistes, comentarios graciosos y provocaciones. Su amiga sabía lo doloroso que podían llegar a ser ciertos temas, pero lo que menos hacía era alentarlos o ponerse a llorar con ella como una Magdalena. «Vamos, vamos, vamos… Mové ese culo, ponete un poco de maquillaje para tapar esas ojeras y resaltar esos preciosos ojos que tenés, un poquito de brillo en esa boca que la vida te dio y salgamos a reventar la noche, que la vida es una sola Lara y la estás desperdiciando». Así le decía y no paraba hasta sacarla del departamento. Y en los días particularmente especiales, como ese de la consulta médica, donde terminó destrozada y con mil palabras en la cabeza taladrándole los sesos, simplemente se limitaba a abrazarla hasta quedarse dormida.

—Pará, pará, Isa. Te quiero y te agradezco tu preocupación por mi vida sexual, pero no caigamos de nuevo en la misma conversación —le dijo, levantando una mano para frenarla y darle más énfasis a sus palabras—. Lucrecia no es alguien para un toco y me voy y sabés que es lo único que puedo dar. También sabés que ese «toco y me voy» es muy literal. No quiero tenerla después preguntando por qué hago lo que hago, es mi compañera de trabajo y la veo casi todos los días. Prefiero una desconocida y listo.

Se comió el resto de la tostada que le quedaba, un fondo blanco a su té y se levantó del sillón bajo la atenta mirada de su amiga, ya sin cejas levantadas ni sonrisas pervertidas, pero con un claro semblante serio.

—Te quiero, Lary. Lo sabés, ¿no? —le preguntó mientras se paraba y la abrazaba fuerte. Tres segundos de silencio y del reconfortante calor que daban los abrazos de su amiga la estaban haciendo sentir bien y emocionarse a la vez, pero como Isabella era antidrama y sobre todo con ella, no podía hacer otra cosa más que quitarle peso al asunto, y lo que dijo a continuación la hizo reír—. ¡Tch! —Chasqueó la lengua mientras le frotaba la espalda con una mano—. Una lástima que me gusten tanto los hombres porque conmigo se te pasarían todos los miedos, nena —lo dijo con voz graciosamente sexi mientras llevaba la mano lentamente hacia su baja espalda en dirección a su trasero.

—No pierdo las esperanzas —le respondió, pegándole en la mano y riendo.

Y así fue como todo lo malo se esfumó. Toda la tristeza se fue. Estaba ahí, pero dejaba de doler y

ese era el maravilloso poder que tenía Isabella.

***

Se despidieron en la puerta de su casa y caminó hasta el gimnasio para su clase de boxeo. Un tal Mariano sería el encargado de guiarla en su primer día y estaba bastante ansiosa. ¿Por qué le había dado por empezar ese deporte?, no lo sabía. A lo mejor las ganas de descargarse pegándole a algo.

Siempre le gustó la actividad física, de hecho, solía ir al gimnasio al menos una vez a la semana y día por medio salía a correr por el parque. Le encantaba ponerse los auriculares con algo de música y abstraerse de todo, volver a su casa, bañarse y sentirse como nueva.

Aunque últimamente necesitaba algo más… agresivo, más intenso. Tenía la necesidad de poder canalizar en algún lado toda esa frustración y rabia contenida que a veces sentía, así que después de pensarlo, como a todo, le hizo caso a Juan y se anotó.

El lugar estaba cerca del bar de los chicos y también de la casa de estos, con lo cual en cinco minutos andando llegó a su destino. Entró y lo primero que vio fue un puesto de recepción. Detrás se veía a un hombre musculoso, de tez clara en contraste con su pelo negro azabache cortado casi al ras y su incipiente barba. Supuso que sería un empleado del lugar y se dirigió hasta ahí.

—Hola.

—¡Hola!

—Hace unos días llamé preguntando sobre las clases de boxeo y quedé en venir hoy a esta hora —dijo mientras apoyaba su peso en una pierna y se acomodaba la mochila al hombro—. Soy Lara Ferrer.

—¡Ah, sí! Hablaste conmigo. Soy Mariano.

Sus ojos casi negros y sus pestañas largas le daban un toque enigmático y su sonrisa de propaganda la distrajo un poco. Sacudió la cabeza, cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna, volvió a acomodarse la mochila al hombro y le sonrió de lado.

—Vamos, te muestro un poco el lugar. No es muy grande, pero tiene todo lo que se necesita para un buen entrenamiento —continuó hablando Mariano.

Dio medio giro para seguirlo, pero chocó de frente con una mujer que pasaba apresuradamente por su lado.

—¡Perdón! —dijeron ambas al unísono y la desconocida la agarró de ambos brazos para sostenerla.

—¿Estás bien? —le preguntó la mujer.

Levantó la mirada para decirle que sí, que estaba bien y que… Y que nada, porque la manera diferente en que le latió el corazón cuando la miró la había dejado escasa de palabras.

—Sí, sí —respondió antes de que pensara que tenía algún problema del habla porque muda, mudísima se había quedado, un poco por la silueta de esa mujer, otro poco por su perfume y un poco más por su tacto, que había logrado erizarle la piel de los antebrazos con tan solo sujetarla.

Extraño e inquietante. Pero ahí estaba ella, viendo cómo esa desconocida caminaba hacia la salida después de disculparse de nuevo y dedicarle una sonrisa, quedándose un poco enganchada a la forma de su espalda mientras se alejaba. No pudo descolgarse de su andar erguido y seguro hasta que su figura se perdió detrás de la puerta.

—Bueno, como podrás ver, acá está el sector de las máquinas —comenzó a explicarle mientras recorrían el lugar—. Por acá tenemos la parte más aeróbica para hacer un poco de soga y un par de cintas para trotar.

El lugar era bastante acogedor. Mayoritariamente eran hombres y en ese momento había solo una chica y sin pretenderlo se encontró mirando hacia la puerta para ver si esa mujer volvía a aparecer, pero no. Las paredes estaban pintadas algunas de un color bordó oscuro y otras, en contraste, de color arena. Las máquinas se veían en buen estado y todo lucía bastante limpio. Había también algunos expendedores de agua y una heladera con bebidas energizantes.

—Y en este sector está la acción —continuó Mariano, acercándose al lugar donde colgaban varias bolsas de boxeo, algunos *punching balls* y un poco más alejado, el famoso *ring*—, la parte más entretenida para todos, donde podemos golpear los sacos y descargarnos un rato —finalizó, mirándola con una sonrisa.

—Me encanta, no veo la hora de empezar. —Porque ver esas bolsas ahí colgadas le generó mucha ansiedad y ganas de golpearlas a lo bestia—. Pero no tengo guantes, ni vendas, ni todas esas cosas que voy a necesitar —aclaró con cierto desgano y se sintió como una criatura que quería subirse a todos los juegos del parque.

—Tranquila, no te preocupes —dijo él entre risas—, tenemos todo eso para prestarte hasta que puedas comprar tu propio equipo, en caso de que te guste y te entusiasmes. En cinco arrancamos con la clase, hacela a tu ritmo, ¿sí? Si no, mañana te va a doler todo.

—Estos te van a ir bien. —Escuchó a su lado y cuando se giró, vio a un chico ofreciéndole unos guantes de boxeo y sonriéndole.

—Gracias— respondió algo avergonzada por la forma en que la miraba.

—Sí, esos van bien, gracias Nico —dijo Mariano—. Lara, vení que te enseño cómo vendarte.

Cuando la clase terminó ya comenzaba a sentir el cansancio; no era una atleta, pero su cuerpo estaba algo entrenado y así y todo las fuerzas empezaban a aflojar. Las horas de trabajo y haberse levantado tan temprano también le estaban pasando cuentas, así que decidió terminar el día y buscó a Mariano con la mirada, encontrándolo en recepción.

—Me encantó la clase —dijo, secándose la frente y el cuello con una toalla después de beber un poco de agua de su botella.

—¡Buenísimo! Por allá tenés los vestuarios y a la derecha están los baños. Lo que sí te voy a pedir es que me traigas un certificado médico lo antes posible para estar seguros de que todo esté bien, ¿sí? —le preguntó con esa sonrisa de publicidad.

—Claro, en cuanto pueda lo traigo.

Después de lavarse un poco la cara y las manos y de tomar su mochila, volvió a pasar por la mesa de entrada, saludó con la mano y un tímido «chau» a Mariano y salió del lugar. Iba a ducharse en casa, no solo porque estaba más cómoda, sino porque evitaba bañarse o cambiarse en lugares públicos donde pudiera haber más personas.

***

Eran casi las nueve de la noche cuando llegó a su edificio. Subió las escaleras hasta el segundo piso y nunca tuvo tantas ganas de bañarse y dormir.

Metió las llaves, abrió la puerta y en unos segundos Antoni se estaba refregando entre sus piernas, maullando y llenando sus pantalones deportivos de pelos de un marrón anaranjado. Era de esos típicos gatos atigrados, nada exótico. Tenía algunos kilos de más, un carácter de mierda y una capacidad de las impresionantes para intimidarte con la mirada. Le faltaba estirar la patita y pedir que le beses su anillo imaginario, con la versión instrumental de *Speak softly love* sonando de fondo. Era un gato jodido, pero era su gato jodido y el mafioso más hermoso del mundo.

Y no, no se había olvidado de comprar atún. Bueno, técnicamente no lo había comprado porque le robó una lata a Isabella, alegando que por culpa de ella y de todas las cosas que hicieron esa tarde se había quedado sin tiempo de comprar una.

Después de alimentarlo y de mimarlo un poco estaba en el baño desvistiéndose. Necesitaba imperiosamente sentir el agua caliente correr por su cuerpo y oler a limpio.

Abrió la ducha, esperó que calentase lo suficiente y se metió debajo. Apenas sintió el líquido resbalar por su cuerpo se relajó y todos sus músculos se aflojaron. Dejó que la lluvia cayera sobre su cabeza echada hacia atrás y cerró los ojos tratando de no pensar en nada, de simplemente disfrutar el momento. Comenzó a enjabonarse primero el pecho, el abdomen, los hombros, los brazos, los antebrazos y las axilas. Siguió con sus muslos, sus pantorrillas, sus pies y volvió a subir sin dejar de enjabonarse. Llegó a su entrepierna y como le pasaba cada vez, la enojaba ser diferente. A veces se enojaba, a veces le dolía y a veces, en momentos puntuales, lo odiaba.

Apretó su mandíbula y suspiró fuerte. Esta vez no tenía ni fuerzas para sentirse mal o lamentarse con la historia de su vida, así que se dispuso a enjuagarse e intentar que el agua se llevara también su tristeza. Sabía que no sería posible, que mañana se levantaría y todo seguiría igual, pero al menos su día la había dejado tan agotada que después de una cena rápida y recostarse en el sillón, los ojos le pesaron más que los pensamientos y terminó quedándose dormida, con Antoni sobre su abdomen a puro ronroneo.

Quizás, sin darse cuenta, haber empezado boxeo terminaría siendo una de las mejores decisiones que podría haber tomado aquel día.

# 2. Julia

Seis y cuarto de la mañana. Le encantaba levantarse con el sol y aprovechar al máximo el día. Siempre decía «ya vas a tener tiempo de dormir cuando te mueras» o «la vida es una sola» o «te vas a arrepentir cuando ya no puedas hacerlo» y podría seguir parafraseando todo el día. Y sí, tenía pensamientos de abuela, lo sabía, pero era su mantra y le iba bastante bien así. O a lo mejor ya le estaba pegando el viejazo a sus recién cumplidos cuarenta años.

No los aparentaba, a sus cuarenta, y lo sabía. No por engreída, sino porque siempre le daban varios años menos aunque tampoco le preocupaba, sinceramente, ella creía que la juventud iba por dentro. Y con esa última reflexión decidió que ya había tenido una alta dosis de pensamientos abuelísticos por ser la hora que era y se enfocó en la tarea. Le gustaba arreglarse para ir a su trabajo no solo porque su profesión lo requería, aunque varias veces se cansaba de los trajes y aparecía con unos *jeans* y una blusa sencilla, sino porque simplemente le gustaba y punto. Además, nunca sabía si entre tanto cliente de acá, clienta de allá, aparecía el amor de su vida y tenía que estar preparada.

Sí, cliente o clienta. Era abiertamente bisexual y eso no significaba que fuese por la vida gritándolo, pero si alguien preguntaba ella respondía con tanta naturalidad que al final eran pocas las personas que terminaban mirándola con cara de espanto. «Mientras más naturalices las cosas, menor será tu drama», pensó la abuela.

A sus dieciséis años se enteró de que era bisexual cuando se obsesionó con los ojos de su compañera de clases, después con su boca, su nariz y al final también con sus manos. Cuando comenzó a gustarle cómo se mordía el labio inferior o cómo le encantaba abrazarla para sentirla pegada a ella, se planteó que algo estaba pasando. Y el clic lo hizo cuando se imaginó besándola.

Y así, naturalizando las cosas desde tan chica, una noche de estudios le tomó el rostro entre las manos y la besó. ¿Eran pocas las personas que terminaban mirándola con cara de espanto? Sí, eran pocas, pero las había. Y el espanto con el cual Micaela la miró había sido hasta gracioso. A lo mejor se había pasado un poco y tendría que haberle dicho antes «Mica, voy a besarte». Bueno, o también podría haberlo preguntado en plan «Mica, ¿puedo besarte?». Pero ni lo uno ni lo otro. Eran dieciséis años hormonados y muchas ganas de descubrir qué le pasaba.

Dejó de pensar en eso cuando le entró la risa porque así no había manera de delinearse los ojos de una forma decente. Un poco de rímel más el delineado negro y su mirada azul resaltaba todavía más. Algo de sombra en los párpados, un toque de rubor en las mejillas, pero muy sutil, ya que su piel era demasiado blanca. Labios al natural y listo, tarea terminada.

Giró la cabeza a un lado y al otro para chequear el resultado, se revolvió con ambas manos su pelo rubio, apenas ondulado en las puntas que le llegaba poco más por debajo de los hombros, y conforme salió del baño.

Vivía en una casa bastante amplia en un barrio tranquilo, alejado del centro de la ciudad y lo adoraba, la paz al estar alejada del bullicio era impagable. Si bien era una ciudad grande, tenía auto y en veinte minutos llegaba desde su casa a la oficina, la cual sí estaba ubicada en pleno centro por cuestiones de negocios.

Llevaba un pantalón de vestir negro, unos zapatos con taco y una camisa entallada color salmón, arremangada en dos veces por debajo de los codos. Agarró la cartera y recorrió el pasillo donde se

encontraban las habitaciones rumbo a la cocina.

Lo que más le gustaba de su casa eran los ambientes amplios que tenía. Se había tomado su tiempo para pensarla y repensarla. Vivía de diseñar edificios y grandes locaciones para los demás así que la suya no podía ser otra cosa más que perfecta.

Contaba con un amplio *living* con un sillón en forma de *l* tapizado en ecocuero color mostaza claro, un enorme televisor colgado de la pared, un sistema de sonido envolvente, un pequeño minibar donde tenía surtidas botellas de bebidas con una barra para servir, una biblioteca llena de libros y *voilà!*, uno de sus lugares preferidos de la casa.

En el otro extremo del *living* había una mesa de madera maciza para ocho personas que solía usar cuando invitaba gente a comer, en su día a día prefería hacerlo en la cocina, la cual estaba separada en otro ambiente. Era amplia, de paredes claras y totalmente amueblada, una barra que hacía de desayunador con algunas banquetas y además contaba con una mesa más chica para cuatro personas.

El resto de la casa se dividía en más habitaciones y una de ellas estaba dedicada a su *hobby*: la pintura. Ese mundo era su terapia personal. Le encantaba meterse ahí adentro y perderse entre lienzos, pinceles, óleos y acrílicos. En trapos sucios, banquetas, caballetes y mucho desorden. El olor a pintura le producía sensaciones inexplicables y muy, pero muy placenteras. Además, tenía un ventanal que daba al jardín de la casa y nada mejor que una buena iluminación; la luz natural no cambiaba la percepción de los colores a la hora de pintar y para ella eso era fundamental.

Sí, tenía una linda casa y sí, había estado ahorrando durante mucho tiempo para tenerla. Nada fue fácil, sobre todo a partir de sus veintiséis años. Pero había dado sus frutos y hoy podía disfrutarla junto a la persona más importante de todo su mundo.

—Vamos a llegar tarde, mi vida, apurate. —Pasó por detrás y le revolvió el pelo porque sabía que lo odiaba y a ella le encantaba molestarlo.

—Mirá qué precioso… —le dijo mientras con una mano se acomodaba el pelo y con la otra le mostraba la pantalla del celular—. Lo tienen en adopción, lo encontraron atado a un contenedor de basura. Tiene apenas cuatro meses, no va a ser muy grande, y es negro con manchas blancas, de pelo largo, ¡el perro que siempre quise! —habló casi sin respirar y poniendo la misma cara que tenía el animal en la foto: cejas levantadas, ceño fruncido y mirada de pena.

—Mi amor —comenzó con toda la paciencia que pudo—, no estamos casi nunca en casa, ¿no te parece un poco cruel tener un animal para que esté solo todo el día? —Es que de verdad ella amaba a los animales y tenía debilidad por los perros, pero sinceramente su punto de vista tenía todo el sentido del mundo y Nacho lo sabía—. Ya lo hablamos muchas veces y sabés que tengo razón —continuó diciendo a ver si se le quitaba esa cara.

—Bueno, y yo te dije muchas veces que entonces tengamos un gato, a ellos les gusta estar solos —replicó el muy astuto.

Su audacia a menudo la dejaba sin palabras. Pero había un problema, un pequeñísimo pero importantísimo problema. Algo puntual, conciso e irrefutable. ¿Ella había dicho que amaba a los animales? Bueno, pero a los gatos no. Injusta coincidencia y lo lamentaba por Nacho.

Como quien no quiere la cosa se encaminó a la puerta amenazando con dejarlo encerrado si no movía su culo ya mismo y salía con ella. Y funcionó. No solo lo tenía en ocho segundos al lado, sino que además la discusión titulada «adoptemos un gato que les gusta estar solos» quedó en el olvido. Hubiese sido una brillante psicóloga, seguro. O al menos tenía para tirar de esos métodos algunos años más, hasta que Nacho se diera cuenta de que jamás cumpliría con sus patéticas amenazas y la mirase con cara de «¿en serio?», mientras levantaba una ceja y se cruzaba de brazos.

Pero ahora tan solo tenía catorce años y ahí estaba sentado al lado en el auto, mirando el celular y

sin prestarle atención a ella. «Todo el día con ese aparato, nada de charlas con mamá de camino al colegio», pensó la abuela.

Después de dejar a su hijo, cargar nafta, pasar por un cajero automático para retirar efectivo y por una farmacia para comprar su champú de coco, a las ocho en punto retomó su camino a la oficina. El tránsito a esa hora todavía seguía siendo bastante fluido, pero se volvía un poco más caótico a medida que se acercaba al centro, así que aprovechó un semáforo en rojo para poner el teléfono en manos libres y marcar el número de su hermana.

—No le hagas caso si se encapricha en solo ropa de marca, Martina, por favor. —Se lo tenía que repetir porque eso de no consentir a su sobrino no lo llevaba bastante bien.

—Ya me lo dijiste, pesada —le respondió en mitad de un bostezo, de mala gana y con su memoria selectiva de siempre, porque parecía que no se acordaba que nunca le hacía caso y terminaba gastando fortunas en ropa que podía conseguir a mitad de precio, en marcas menos reconocidas y que no por eso eran de mala calidad.

—Te vuelvo a recordar que por menos conseguís lo mismo. —Volvió a la carga para ver si así se lo hacía entender—. Dale una oportunidad a los que intentan llegar lejos, insensible. El mercado textil es duro —sentenció, mientras ya estaba a pocas cuadras de la oficina.

—Claro. Seguro que cuando los potenciales clientes van a visitarte les decís lo mismo, ¿no? —Y ahí estaba, tan astuta en sus respuestas como su hijo. No se equivocaba cuando pensaba que Nacho había heredado ese carácter de la tía Tina, como así la llamaba él y como terminaron después llamándola todos.

—No entiendo a qué te referís y esta conversación ya me está aburriendo. Voy a cortar. —Necesitaba una vía de escape con urgencia.

—«Me encantaría tomar su apetitoso dinero y hacerle el mejor edificio de la ciudad, pero usted verá, hay otros arquitectos que recién están empezando y merecen una oportunidad. Vaya e invierta con ellos, lo necesitan. Hagamos del mundo un lugar más equitativo para todos» —dijo la muy idiota, imitando burdamente su voz—, y después le das una palmadita en la espalda y lo acompañás amablemente a la puerta de salida.

—Sabés que siempre estamos tomando pasantes para darles la oportunidad a los que demuestran el interés que creemos que se necesita en esta profesión —zanjó, defendiendo a capa y espada su postura, porque si la dejaba seguir podría estar horas y porque además ya había estacionado el auto en el estacionamiento del edificio. Todavía tenía que pasar por el bar a buscar un café y sus preciadas medialunas—. Y estábamos hablando de Nacho y de la ropa de marca, no sé qué tiene que ver el culo con la sociedad de fomento, no me jodas, Martina —dijo la señorita, porque ella de delicada solo tenía la ropa que usaba.

—Uff, qué ordinaria. Si no fuese porque somos físicamente parecidas te diría que sos adoptada. —Y le cortó, porque no la aguantaba más y porque necesitaba su café con urgencia.

Es cierto que eran parecidas y solo se llevaban unos pocos años de diferencia; Martina iba por sus treinta y seis. No tenían exactamente el mismo color de pelo ni la misma boca, su hermana lo tenía de un tono castaño claro, abundante y con peso, y sus labios eran más carnosos, pero sí el mismo color de ojos, las mismas pestañas largas y la misma nariz respingada.

Con su bebida en una mano, varias carpetas y dos tubos con planos en la otra, todo eso aferrado a su pecho más una medialuna sostenida entre los dientes, apretó el botón con el número diecisiete del ascensor. Se le estaba empezando a contracturar la mandíbula así que como pudo, con la misma mano que sostenía las carpetas y los tubos, agarró el resto de la medialuna y esperó llegar a su piso mientras degustaba el bocado.

Salió del ascensor y lo primero que vio fueron las grandes puertas de vidrio con la leyenda «Cohen & Guzmán». Empujó con el hombro derecho una de ellas y se metió de lleno en la oficina, que consistía en una sala de espera con piso alfombrado en un tono gris oscuro, varios sillones negros y algunas revistas de arquitectura sobre una mesa baja. Más atrás, un escritorio donde siempre encontrabas a Sofía, la mejor secretaria del planeta, ya lista para empezar un nuevo día. Era una persona tan cálida y agradable que con solo mirarla daban ganas de abrazarla. Alta, curvilínea, de piel blanca, el rostro lleno de pecas y la particularidad de sonrojarse con facilidad. Escondía su tímida mirada detrás de sus lentes de marco negro, se movía a la velocidad de la luz y era eficiente hasta el hartazgo.

—¡Julia! ¡Dejame ayudarte! —exclamó mientras se levantaba como un rayo antes de que se le cayeran las carpetas o algo mucho peor: su medialuna.

—Está todo controlado, Sofi, no te preocupes. Buen día —le dijo con su mejor sonrisa.

Su secretaria le respondió de igual manera y a pesar de tenerlo todo controlado como le dijo, le sacó su café y liberó una de sus manos. En el fondo se lo agradecía.

—No quiero que te manches esa bellísima camisa, por favor —le respondió mientras dejaba el café en el escritorio—, que hoy tenés un par de reuniones importantes —le recordó, subiéndose los lentes por el puente de la nariz con la punta del dedo índice, un gesto muy típico de Sofía.

Y sí. Hoy tenía que reunirse, primero, con gente de la municipalidad para defender el proyecto que habían presentado para el desarrollo de un centro comercial y tratar, en lo posible, de ganar la licitación. Y segundo, tenía su tercera reunión con Francisco Villalba, un estirado, soberbio y engreído cincuentón que se pasaba más tiempo mirándole el escote que los planos que ella le presentaba. Si no fuese por su «apetitoso dinero», como decía su hermana, sería otra la historia.

En fin… Tenía que acordarse de abrocharse un par de botones más de la camisa antes de la reunión.

***

Apoyó la espalda en el sillón y se reclinó hacia atrás a la vez que cerraba los ojos y se frotaba las sienes con la punta de los dedos. Suspiró agotada y volvió a desabrocharse los dos botones que se había abrochado antes del encuentro con Villalba que, por cierto, había sido todo un éxito. Bajó la pantalla de su computadora, se terminó los restos de su tercer café del día y salió de la oficina con la cabeza a punto de estallar. Ya eran casi las cinco de la tarde y todavía le quedaba reunirse con Lucía, su socia e íntima amiga, así que se encaminó a la sala de reuniones para ponerse al día y dar por cerrada la jornada.

Entró y se la encontró hablando por teléfono con un tal Franco. Su voz estaba cargada de ese tono que solía usar cuando tenía intenciones claramente sexuales y necesitaba concretarlas en un futuro cercano, dentro de las próximas cinco horas, en lo posible.

Negó con la cabeza mientras sonreía y revisó su teléfono. Tenía varias conversaciones de WhatsApp sin abrir y una de ellas era de su hermana Martina.

Te llamé, pero no atendiste. Tu hijo estaba muy triste porque no lo dejás adoptar a ese precioso cachorro de cuatro meses.

Que no será muy grande. De pelo largo, negro con manchas blancas.

El perro que siempre quiso. Sos una desalmada. Así que no me quedó otra que consentirlo.

Tras esos mensajes aparecía una foto de Nacho cargando tres bolsas de ropa.

No te atendí porque, a diferencia tuya, no estaba rascándome el higo, sino en una reunión y recién agarro el celular.

Gracias por pasarte por el culo mis indicaciones, por cierto.

Y añadió un emoticono de una mano mostrando el dedo medio levantado.

Antes de salir de la conversación amplió la foto que su hermana le había enviado. En ella se veía a un Nacho triunfante cargando tres bolsas de ropa. De marca, por supuesto. Obvió ese detalle y volvió a su rostro…

Dios, qué hermoso era.

La forma de sus ojos era media achinada y su color de un azul oscuro. De mandíbula marcada y cara cuadrada, su nariz era chiquita y respingada como la de ella y tenían la misma boca, con labios que no eran ni finos ni gruesos. El pelo de un color castaño oscuro en contraste con su piel blanca, también por culpa de sus genes, hacían de sus facciones la perfección misma, según su humilde opinión de mamá.

Parado con su pose de galán adolescente de novela, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo las bolsas, con todo el peso de su cuerpo cargado en una pierna, mirando a cámara de forma divertida y sonriente, porque Nacho sonreía siempre y hasta en una foto lograba contagiarla, así que ella también sonrió en consecuencia.

«Por favor, hijo… pará de crecer», se lo pidió en un susurro sin dejar de mirar la imagen.

—¿Quién es Franco? —preguntó después de darse cuenta de que Lucía había terminado su conversación, pero seguía toqueteando el celular.

—A ver —contestó cerrando los ojos y apretándose el puente de la nariz con el dedo pulgar e índice—, si te estoy siguiendo el puto jueguito del histeriqueo durante dos semanas y te estoy dejando en claro, sutilmente, ¡pero en claro! —remarcó con mucho énfasis—, que quiero verte en tu casa, en la mía o en la del vecino… decime, Julia, ¿qué esperás para concretar?

Y ella iba a quedarse callada y a dejar que se desahogara, pero ante el silencio que le siguió y su insistente mirada clavada en la suya, sintió un poquito de presión y la obligación de decir algo, lo que sea, pero decir algo.

—Yo no esperaría nada, ya hubiésemos concretado seguro —respuesta incorrecta, porque las dos se imaginaron concretando entre ellas y un pequeño escalofrío las hizo estremecerse y encogerse de hombros. ¡Eso rozaba el incesto, por el amor de Dios!—. Si, ya sé, ya sé. No quiero tener pesadillas.

Ambas coincidieron, asintiendo repetidamente con un movimiento de cabeza.

A Lucía la conocía desde la secundaria. Habían cursado los seis años juntas y después de eso siguieron la carrera de Arquitectura. En la misma universidad, en el mismo curso. Se recibieron las dos el mismo año porque sí, porque todo tenían que hacerlo así, porque siempre soñaron con tener su propia sociedad y trabajar, cómo no, juntas a la par. Y para eso debían ir una al lado de la otra para no dejarse atrás en el camino.

Lucía era su amiga del alma. Su cuarta pata de la mesa porque las otras tres eran sus padres, Martina y su hijo. Siempre se preguntaba qué habría sido de ella a sus veintiséis años cuando quedó embarazada de Nacho, si no la hubiese tenido al lado suyo. Esa castaña, bajita, con ojos de un color que nunca podría definir, porque a veces eran grises y otras más claros, había calado hondo en su vida y no se imaginaba sin ella.

—En definitiva —dijo, levantando y agitando ambas manos en un gesto de «fuera pensamientos»—, lo mandé a la mierda sin decírselo. Espero que se entere cuando no le responda más los mensajes. —Y acto seguido se sentó en una de las sillas, se removió su revoltoso pelo con

una mano y se dispuso a enfocarse en el trabajo—. Bueno, contame cómo te fue con Villalba. Te veo las tetas más chicas, seguro porque te las desgastó con la mirada.

No pudo más que soltar una carcajada. Es que eran tan iguales. Si para hablar en vez de boca tenían una cloaca.

—Todo un éxito. Después de tres reuniones finalmente aceptó los planos y el diseño. Tenemos que armar el equipo de trabajo y empezar cuanto antes con todo el papelerío. Ya la puse al tanto a Sofía.

—¡Perfecto! Fue un parto, pero lo conseguiste. Te felicito, amiga. —Y le dio una palmada en la espalda que casi le hace escupir un pulmón.

Estuvieron unos veinte minutos poniéndose al tanto de las novedades del día. Hoy no se habían cruzado demasiado en la oficina porque a Lucía le había tocado hacer varios trámites burocráticos de algunas construcciones que ya estaban en la etapa final. Sumado a que tuvo que visitar las obras y ver que todo estuviese en orden, casi ni se vieron.

Miró su reloj; las cinco y media. Si no salía ya mismo iba a llegar tarde.

—Me tengo que ir. —Se levantó a la velocidad de la luz, agarró sus cosas y ya se estaba inclinando para saludarla con un beso en la mejilla cuando Lucía la frenó.

—¡Noooooooo! —No sabía qué le pasaba, pero había sonado muy trágico—. No me digas que vas a ser tan desalmada, tan porquería de ser humano como para no acompañarme a tomar algo por ahí. Necesito un plan B, ya que el plan F de Franco se fue al carajo.

Y a eso se refería cuando decía que sus necesidades sexuales debían ser concretadas en un futuro cercano, dentro de las cinco horas siguientes. Ese tono de voz que había usado por teléfono ya lo conocía.

—Perdoname, Lu, pero llego tarde.

No le dio ni tiempo a responder. Le plantó un beso, una palmada en la espalda para animarla y hacerle también escupir un pulmón, y salió como tiro de la oficina.

***

No solo había llegado unos minutos tarde, sino que ahora también estaba llegando a destiempo a buscar a su hijo. Pero es que cuando se entra en ese círculo de las demoras después se llega tarde a lo que sigue, porque todo se vuelve una pelota gigante y a ella perder el control y ser impuntual le ponía los pelos de punta. «Quien por gusto corre, nunca se cansa», pensó la abuela. Así que hizo eso mismo. Correr.

Salió a paso rápido del baño, porque aminorar la marcha no era una opción, e iba caminando casi a trote, mirando dentro de su bolso en busca de las llaves de su auto cuando sintió golpear fuerte contra alguien.

—¡Perdón! —dijeron ambas al unísono y agarró a la desconocida de los brazos para sostenerla—. ¿Estás bien? —le preguntó y cuando la chica levantó la cabeza y la enfocó con esos hermosos ojos verdes casi fue ella la que por poco se cae, porque esa mirada y esa boca la estaban hasta mareando.

Una belleza de mujer, había que decirlo. Y si el resto de su cuerpo era tan hermoso como su cara… «La hora Julia, la hora» pensó, y en su cabeza sonó una voz desesperada por no llegar más tarde todavía, pero la chica no emitía sonido y parecía estar atrapada en un bucle infinito de silencio, seguramente por el susto.

—Sí, sí —respondió, finalmente.

Y se hubiese quedado unas tres mil horas mirándola, pero llegaba tarde. Llegaba muy tarde y tenía que salir de ahí en ese preciso instante. Terminó la conexión con ese precioso verde y le dedicó una sonrisa de las amables, disculpándose de nuevo y saliendo apresurada en dirección a la puerta.

«Mierda, qué ojos» pensó, mientras se subía al auto y arrancaba rumbo a casa de Martina. Para su mala suerte quedaba algo alejada de la oficina y del gimnasio, así que de camino aprovechó el primer semáforo en rojo para marcar el número de su hermana y avisarle de que llegaba en unos minutos. No atendió y por eso le envió un mensaje de voz por WhatsApp esperando que lo escuchase. El semáforo se puso en verde e hizo el trayecto restante sobrepasando un poquito los límites de velocidad, pero logrando llegar unos minutos antes a buscar a su hijo.

—Tarde —le dijo la dulce de su hermana cuando abrió la puerta.

—Sí, perdoname. Sabés que no me gusta demorarme, pero tuve mucho trabajo. Llegué tarde a la clase de boxeo y cuando te empezás a atrasar con algo, es un efecto dominó y… Uff, perdón, Tina.

—No pasa nada. Ya avisé que me iba a demorar. —Se abrazaron como si nunca hubiesen discutido. Es que en realidad no discutían, solamente tenían fuertes peleas y opinaban diferente en todo, pero eran cosas que se olvidaban al rato—. Es que no podés hacer tanto en un día, Juli. Tendrías que dejar las clases de boxeo. La plata no te hace falta y vas a ganar en otras cosas más importantes como, por ejemplo, tiempo para relajarte un poco.

—Estás muy linda, ¿a dónde vas? —Quiso saber mientras le acomodaba algunos mechones de su largo pelo, desviando la conversación—. Mi envidia hacia tu pelo no es sana y con los años aumenta. ¿No te da miedo algún día amanecer rapada? —le preguntó en un tono neutro y sin matices, llevándose un manotazo en la cabeza a cambio.

—Salgo con Lautaro y unos amigos.

A veces tenía razón. Muy pocas veces tenía razón, en realidad, pero con ese tema del boxeo había dado en el centro de la diana.

Es que no lo hacía por plata, en absoluto. Era muy cierto que no lo necesitaba y si fuese por ella las clases las daba gratis, pero el boxeo junto con la pintura eran su terapia. Con uno descargaba energía y se llenaba de adrenalina. Con el otro, se relajaba y se abstraía del mundo.

Había heredado la pasión por el boxeo gracias a su padre. Recordaba desde chica sentarse con él a mirar las peleas por televisión y aunque ella no entendía mucho las reglas sabía que quien más pegaba, ganaba. Hasta que un día su padre le dijo que no importaba cuántos golpes dieras, sino cuáles, cómo y en qué momento. Si tenía en cuenta esas tres cosas, a veces bastaba solo uno para noquear a tu rival.

Una lección que años después entendería.

Fue así como empezó a interesarse por ese deporte. A medida que iba creciendo en edad también lo hacían sus ganas de tomar clases, así que a sus veintiún años se decidió y comenzó de a poco. Entre la universidad y su trabajo de pasante en distintos estudios de arquitectura no tenía mucho tiempo libre y su carrera era su prioridad, eso lo tenía en claro.

Intentó arrastrar a su amiga a las clases, porque ya había mencionado que todo tenían que hacerlo juntas, pero esa vez no hubo caso. Lucía era, literalmente, una chancleta para todo lo que sea deporte y que incluyera un mínimo de coordinación corporal.

Había colgado los guantes hacía un año, cuando tanto trabajo y tantas responsabilidades la tenían loca. Hasta que un día descubrió que cerca de la oficina había abierto un gimnasio, dedicado exclusivamente al boxeo, y la nostalgia pudo más que su poco tiempo para relajarse.

Se anotó y comenzó de nuevo a entrenar. Cuando Mariano le puso el ojo y se dio cuenta de lo bien que entendía todo y de las casi nulas explicaciones que tenía que darle sobre los golpes, le

propuso si no quería ser entrenadora. O profesora, como algunos la llamaban. Le comentó que en ese momento eran dos, él y Joaquín, pero que un tercero había renunciado y necesitaba reemplazarlo a la brevedad.

Lo dudó muchísimo porque en su vida había hecho algo así. No era ni entrenadora, ni profesora ni nada y le daba terror hacer las cosas mal, no saber explicarse, pero terminó aceptando y no se arrepentía.

Llegaron a casa y después de darse una ducha preparó la cena para los dos: una milanesa con papas al horno para Nacho y una ensalada de atún con mezcla de lo-que-haya para ella. Es que ese chico comía como una bestia y encima cuando le pegaba la tristeza en forma de «no vamos a adoptar al perro de mis sueños ni a tener un gato», comía el doble.

Después de empujar a su hijo al baño, de haber lavado los platos y dejar todo limpio y en orden, le bajó el cansancio de golpe.

—¿Querés que veamos algo en la tele? —le preguntó, en un intento de compartir un rato juntos.

—Dale —le respondió un adolescente más presentable y oliendo a limpio.

Se acomodaron en el amplio sillón y prendieron el televisor. Sabía lo que venía a continuación así que juntó las piernas y esperó a que su hijo apoyara la cabeza en su regazo. Sabía también que iba a durar despierto no más de quince minutos y por eso se limitó a pasar de canal sin ninguna lógica, hasta que un Nacho adormecido habló, casi en un susurro.

—A veces pienso mucho en él —lo dijo así, sin más. Sin anestesia. Sin preámbulos ni introducción. Sin ponerla en alerta o decirle «cuidado mamá, que lo que voy a decirte va a doler». Nada.

Y a ella el corazón lo sintió latir en las sienes, el pulso se le disparó y su respiración quedó en suspenso.

No hacía falta preguntarle «¿en quién, hijo?», porque ya lo sabía, pero se imaginó la conversación.

«¿En quién, hijo?».

«En papá».

Estuvo varios minutos callada mirando a la nada, pero su día la había dejado tan agotada y sus músculos estaban tan resentidos, que los ojos le pesaron más que los pensamientos y terminó quedándose dormida, con un Nacho descansando con la cabeza en su regazo, respirando, a pesar de todo, tranquilo.

A lo mejor, sin darse cuenta, haber retomado boxeo terminaría siendo una de las mejores decisiones que podría haber tomado aquel día.

# 3. Terapias

Estaba boca arriba, con el brazo izquierdo doblado y apoyado en la almohada por encima de su cabeza, mientras que el otro descansaba sobre el abdomen. Su pierna izquierda doblada en una perfecta *v* y la derecha completamente estirada, cruzando la cama de forma diagonal. Todo muy cómodo, por supuesto. La boca levemente abierta emitiendo un bajo ronquido que, desde su punto de vista, no era roncar, sino respirar con actitud, aunque Isabella pensara lo contrario.

Eran las nueve y media de la mañana cuando el despertador sonó.

—¡Mierda! —se quejó cuando intentó mover el brazo para apagar la alarma. Lo tenía completamente adormecido y parecía no responder a las acciones que su cerebro le enviaba así que lo dejó sonar mientras se estiraba—. Dios… —murmuró, mientras intentaba abrir los ojos y a su vez preguntarse por qué dormía siempre de formas tan complicadas. Al menos no amanecía a las seis de la mañana. Isabella había cambiado todas las asignaciones de los horarios del mes y esa semana le tocaba trabajar en el turno tarde-noche, con Lucrecia.

Sospechoso.

Sobre todo, cuando después de escuchar los cambios la miró inquisitivamente, cruzada de brazos, a modo de «¿en serio?» e Isabella no hizo otra cosa más que devolverle la mirada, con la ceja izquierda levantada y responderle con un «¿qué?» altanero y amenazador.

Se levantó como pudo y así descalza se fue al baño. Le encantaban las tardes templadas y las noches más frescas. Dormir sin pasar ni frío ni calor y no despertar helada o toda transpirada. ¿Por qué no podía ser el año entero así? Preguntas existenciales, pero a lo mejor el motivo era tan sencillo como que no vivía en un país tropical sino en Argentina.

Salió del baño y caminó a paso lento hacia la cocina, rascándose la cabeza mientras bostezaba y con los ojos abiertos en una ínfima línea, permitiéndole ver lo justo y necesario.

—¡Antoni!

Esperó el comienzo de la rutina que su gato repetía todas las mañanas como si fuese la primera vez. Sintió unos pequeños pasitos sobre el piso de madera y unos maullidos perezosos, apostaba a que estaría tan dormido como ella.

Antoni llegó a su posición y se tiró como bolsa de papas en el piso, panza arriba, esperando que lo rascaran en toda su longitud unas cinco o seis veces, que era prácticamente el promedio de tolerancia que tenía. Si después de eso no eras capaz de entender las señales que te daba en forma de «basta», seguramente te llevabas de regalo algún arañazo.

Cuando las caricias en el piso terminaban era el momento de alzarlo como a un bebé recién nacido, también panza arriba, y rascarle la cabecita mientras lo saludaba con un «buen día» y le daba un par de besos en sus patitas delanteras, porque había que aprovechar los pocos momentos que se dejaba, y ese era uno de ellos. El otro era cuando lo encontraba dormido y le plantaba unos tantos sin que Antoni tuviera tiempo a reaccionar.

La imagen de ella vestida con un pijama que consistía en un pantalón corto en color azul con pequeñas siluetas negras de gatitos y una remera blanca con una silueta grande en negro de… otro gatito, más Antoni en sus brazos ronroneando, era todo muy redundante y sobraban gatos por todos lados.

Decidió cortar con el dulce momento, porque además su cuerpo le pedía cafeína desesperadamente y quería desayunar, ir al gimnasio un rato, darse una ducha y almorzar con su abuela. Hacía varios días que no pasaba por su casa y charlar con ella era lo más parecido a una terapia.

Activó su cuerpo y se preparó un delicioso café italiano, fuerte y espeso, unas rodajas de pan, otras de queso y algo de fruta. Según el papel que le había dado Mariano con la distribución de las clases, a la hora que iba a llegar justo había una, así que quería tener la energía suficiente.

Se acomodó en el desayunador y mientras tomaba su café revisaba el celular, que a esas horas ya tenía varios mensajes sin leer: algunos de Isa, otros de un grupo con gente del bar donde solían organizar alguna que otra salida a las que nunca iba y uno último de un número desconocido, enviado a las ocho de la mañana. Este le llamó la atención, así que fue la primera conversación que abrió. Resultaba ser que era Mariano pasándole un enlace a una página en donde figuraban los distintos horarios de las clases y un formulario que, a partir de ahora, había que completar para reservar tu lugar antes de ir.

Estaban no solo los horarios, sino también el profesor a cargo de la clase, dato que no aparecía en el papel que ella tenía. Al parecer eran tres: Mariano, Joaquín y una tal Julia. Su costado primitivo y su instinto básico enviaron señales al cerebro y este a sus manos, para rápidamente buscar en Instagram la cuenta del gimnasio. Lo encontró en cinco segundos y empezó a navegar por las fotos: bolsas de boxeo, el *ring*, la puerta de entrada, Mariano dándole indicaciones a un alumno, más bolsas de boxeo, el *ring* desde otro ángulo, Mariano saltando con la soga, Mariano en la mesa de recepción, cintas para correr, bicicletas, una rubia apoyada en las cuerdas del *ring*… y ya no le interesaba seguir viendo más.

—Tenés que ver esto, Antoni —le dijo a su gato, y como no tuvo respuesta levantó la mirada, pero aquel desconsiderado ya estaba durmiendo de nuevo.

Era urgente conocer el nombre de esa rubia, que supo al instante que era la misma con la que había chocado el primer día, porque si era Julia a ella le iba a dar algo y era temprano para alterarse.

Leyó lo que decía debajo de la foto y…

Era Julia. En el *ring*. Apoyada en las cuerdas.

Era Julia en el *ring* apoyada en las cuerdas, invitándote a sumarte a las clases de boxeo. Volvió a la página y sus ojos buscaron rápidamente quién estaba a cargo de la clase a la que iba hoy y le sobró tiempo para completar el formulario y reservar su lugar cuando descubrió que la daría Julia. Porque ella se iba a sumar, claro que sí. A todas, durante diez años por lo menos.

***

Casi dos semanas había tenido que esperar para volver a verla. Hacer que el momento en el que ella podía ir al gimnasio coincidiera con el momento de Julia era, evidentemente, como pedirle bendiciones al diablo.

Hacía ya un tiempo que estaba yendo y siempre la buscaba, pero no la había vuelto a ver ni por asomo. Nunca se había sentido con la necesidad de volver a ver a alguien a quien se había chocado una sola vez en su vida, pero era lo que le pasaba y no se ponía a pensar demasiado en eso. ¿Qué si Julia era heterosexual? Lo más probable, pero no le importaba.

«Disfrutá, Lara, que la vida es una sola y la estás desperdiciando», decía su amiga.

Así que ahí estaba, bajándose de la bicicleta a unos metros del gimnasio y más contenta que perro con dos colas. No sabía el porqué de la ansiedad por volver a verla, ¡si solo se la había cruzado una

vez! Encima de una manera poco convencional, a los choques y con ella casi perdiendo el habla.

«Siempre triunfando, Lara».

Con el corazón latiendo un poquito más rápido de lo normal, abrió la puerta del gimnasio y dejó la bicicleta en el rincón designado para eso. Hizo un escaneado veloz con la mirada y la vio al fondo de todo, en la zona específica de boxeo. No se le movió un solo músculo, porque ante todo el disimulo, y se acercó con su mejor cara de nada a donde estaba Mariano, en la mesa de recepción.

—¡Ey, Lara! —la saludó chocando los puños y con esa sonrisa perfecta, mientras ella le devolvía el saludo sonriendo también—. Vi que te anotaste a la clase, arranca en cinco —le dijo mirando el reloj.

—Sí. No iba a venir, pero al final me decidí a último momento —lo dijo inmutable y con cara de nada.

—La da Julia, preparate. Suelen ser un poco intensas sus clases —le dijo, levantando los hombros y las cejas a la vez, en gesto divertido, como previniéndola de lo que se venía.

—Sí, lo vi en la página, pero la verdad es que no la ubico. —Como actriz a lo mejor no le iría tan mal, debería probar algún día.

—Sí, sí. Vamos que te la presento antes de que arranque la clase. Está por allá atrás —le respondió un inocente Mariano, convencido de que realmente no tenía ni idea de quién era Julia.

Lo siguió sin decir nada, con el corazón latiendo un poquito más rápido que antes y bastante nerviosa. Seguía sin entender por qué le pasaba todo eso, pero no había tiempo ahora de hacerse la cabeza pensando, más todavía cuando las vistas mejoraban notoriamente a medida que se acercaban. Se estaba sacando los guantes de boxeo, pero solo podía verla de espaldas.

—Juli —la llamó Mariano.

Y entonces sucedió.

La rubia tiró los guantes al piso y se giró. Le clavó esa mirada azul para después dedicarle una sonrisa fulminante, de las de verdad. Fueron solo unos segundos, pero para ella había sido una eternidad y por eso terminó bajando la mirada tímidamente mientras se acomodaba el bolso al hombro. Sentía la cara acalorada y un escalofrío la había recorrido entera.

—Juli, ella es Lara. Ya hace unas semanas que viene, pero nunca se cruzaron.

Volvió a mirarla porque no tenía opción y su postura seguramente parecía de jardín de infantes. Julia le regaló otra sonrisa y estiró su brazo con la mano en forma de puño, tal como lo había hecho antes Mariano.

—Hola —la saludó y le sonrió levemente, chocando su puño con el de ella.

—¡Hola! —le respondió y la vio fruncir el ceño e inclinar levemente la cabeza a un lado—. Sí que nos cruzamos… —le dijo señalándola con el dedo índice—. Chocamos un día en recepción —habló esta vez mirándolo a Mariano—, me acuerdo de que estaba buscando algo en el bolso y no te vi. —Esto último lo dijo con sus ojos de nuevo en ella y con ese azul tan intenso que intimidaba.

—¡Es cierto! Ahora que lo decís me acuerdo, sí.

«*And the Oscar goes to*… Increíble».

Estaba alucinando, de verdad, porque su nivel de…

«¡Paren todo!», gritó una voz en su cabeza, con las manos en alto y frenando todo pensamiento que circulaba por ahí, porque se estaba dando cuenta no solo de la destreza actoral que llevaba dentro, sino de que Julia la recordaba.

—Bueno chicas, las dejo en lo suyo —habló Mariano, interrumpiendo sus importantísimos razonamientos—. Piedad en la clase, Juli. No queremos espantarla —bromeó, mientras le sonreía y la miraba con especial atención.

—No, no queremos —afirmó la rubia, observándola solo a ella y con una sonrisa de lado. Se sintió tan tocada por esos ojos que solo pudo sostenerle la mirada por un par de segundos antes de desviarla a cualquier parte, presa del más profundo nerviosismo.

Avergonzada hasta la médula, dio medio giro con su cuerpo para ver a Mariano alejarse en dirección a las máquinas, observándolo como si fuese cuestión de vida o muerte saber hacia dónde iba, y cuando volvió a girar se encontró a Julia quitándose la musculosa para quedarse solamente con el sujetador deportivo.

Y todo esto lo captó con su visión periférica, porque estaba luchando contra todos los demonios para mantener la vista fija en su cara. «No bajes la mirada, no bajes la mirada, no bajes la mirada…»

¿Que si la había bajado? Era un sujetador deportivo negro, muy ajustado, con el elástico blanco donde se leía «Calvin Klein» en letras negras. Podía describirlo de corrido y sin titubear. Así que aprovechó el momento en que Julia se ponía ropa seca para volver a apreciar las vistas.

«Uff». Pura y exclusivamente físico lo que le generaba, algo meramente carnal, primitivo y muy básico. Se sentía como una adolescente hormonada y apretaba tan fuerte las tiras del bolso que los nudillos los tenía casi blancos. Por favor, qué tensión llevaba encima.

—¿Estás lista? Empezamos en un minuto.

«¿Qué cosa?», le iba a preguntar, hasta que se acordó de que estaba en un gimnasio, para una clase de boxeo y de que tenía que ponerse en movimiento si no quería quedar como una tarada.

—Claro. Dejo el bolso y estoy —dijo, barriendo de un cachetazo mental todo pensamiento pervertido.

Se ató el pelo en una cola alta y se acercó al resto del grupo. Escuchó a Julia explicar que la clase se dividía en diez minutos de calentamiento, veinte minutos de ejercicios con bolsa y diez minutos de físico.

Los diez minutos de calentamiento fueron un aviso de lo que se venía. Los siguientes veinte pasaron entre golpes rectos y *cross* a la bolsa, golpear y esquivar. Avanzar, golpear y salir. Treinta segundos de golpes en velocidad, treinta segundos de golpes en fuerza y de nuevo todo otra vez, agregando nuevos golpes y nuevos combos. Julia manejaba una energía que daba calambre y encima iba pasando por entre los alumnos para darles indicaciones, corregir posturas y animarlos a no aflojar, al grito de «¡vamos, vamos, vamos!».

Qué intenso todo.

Cuando pensaba que los diez minutos restantes iban a ir en descenso, se equivocó. Más sentadillas, planchas, abdominales, apertura de pecho con peso y trotes en el lugar.

¡Señor! Terminó doblada apoyándose de manos en las rodillas y el sudor le corría por todos lados.

¿Intenso había dicho? ¡Una mierda! No existía palabra para describir eso. Necesitaba dos pulmones nuevos porque los que venía usando desde hacía veintiséis años habían quedado fuera de juego. El corazón creía que lo había escupido en la última flexión y no sabía cómo seguía viva. Mañana le iban a doler hasta las uñas.

En ese momento hubiese dado cualquier cosa por tener una musculosa en vez de la remera, estaría un poco menos ahogada y más fresca, pero no usaba ese tipo de ropa porque cuanto menos mostrara su cuerpo, mejor. Y la rubia ya no le caía tan simpática y estaba empezando a odiarla.

—¿Estás bien?

Levantó la mirada cuando sintió una mano en la espalda, esperando encontrarse un rostro con gesto preocupado o con un asomo de empatía. Pero no. Se la encontró observándola divertida y apretando sus labios para no sonreír.

Un papelón. Era una piltrafa, un despojo de ser humano.

Levantó el dedo pulgar de su mano derecha sin dejar de sostenerse con la izquierda, totalmente derrotada.

—No te preocupes, es normal en las primeras clases, después el cuerpo se acostumbra. Vamos a elongar un poco, ¿sí?

Después de cinco minutos de elongación la clase terminó y en otros pocos más empezaba otra, que también la daba Julia.

Se había quedado acostada boca arriba unos instantes con las manos sobre su abdomen y los ojos cerrados, intentando recuperarse.

—¿Mejor? ¿Te duele algo?

Los abrió y ahí estaba, parada al lado suyo, observándola. Al segundo la vio ponerse de cuclillas, apoyar los brazos sobre las rodillas y ofrecerle un poco de agua de su botella.

—Mejor, sí. Y doler, me duele el orgullo —dijo, sonriendo tímidamente e incorporándose hasta quedar sentada para tomar la botella que Julia le ofrecía. La vio sonreír también por su comentario y le encantó. Su cabeza hizo una nota mental de eso, «decir cosas graciosas que la hagan sonreír», en un *post-it* imaginario, pegado a las paredes de su cerebro.

—Trabajamos mucho brazos y trapecios —le comentó, apoyando la mano izquierda sobre su hombro derecho y ejerciendo una leve presión con los dedos—, si algo te molesta podés ponerte un poco de calor. —Y la miró esbozando una casi imperceptible sonrisa.

Estaba embobada mirándola mientras tomaba de la botella y Julia no dejaba de masajear sutilmente su hombro, pero para no dejar de ser fiel a su estilo desvió la mirada cuando le resultó físicamente imposible mantener el contacto visual. Porque en serio, era físicamente imposible, y más si la miraba de esa forma.

—Gracias —le dijo después de devolverle la botella. Se odió un poco a sí misma cuando eso provocó el efecto colateral de Julia sacando la mano de su hombro para agarrarla.

—De nada. ¿Te gustó la clase?

—¿Siempre manejás esa intensidad? —Quiso saber antes de responder. Y no sabía cuánto le había gustado la clase, pero la rubia le gustaba por todos lados y desde cualquier ángulo.

—Siempre —le respondió, sonriendo de lado—. No te quejes. Además, te veo bien, se te nota entrenada… —Y acompañó la frase con un recorrido visual por su cuerpo, rápido y sutil. Pero notorio.

Nervios. Ansiedad. Vergüenza. Todo eso junto, como si estuviese desnuda delante de ella. Así lo padecía y así era siempre cuando se sentía observada, pero con esta mujer le resultaba el doble de intenso.

—Estuvo muy buena la clase.

—Espero verte de nuevo, entonces. —Y se levantó después de sonreírle y guiñarle un ojo.

Hoy era la segunda vez que la veía, pero sentía que la conocía de toda la vida. Raro. Porque no sabía ni su apellido, ni a qué se dedicaba, ni qué edad tenía, ni si estaba sola… «Por favor, que esté sola», pensó. Y ese pensamiento también le resultó raro.

No conocía nada de esa mujer, pero acababa de decidir que iba a averiguarlo. Porque su vida no era emocionante, no tenía demasiados amigos y era más el tiempo que pasaba ocupada en sus problemas que con cualquier otra cosa. Así que decidió que aprovecharía al máximo la novedad del tema, porque de repente se sentía como subida a la montaña rusa más grande y emocionante construida en la historia.

***

Cuando se bajó de la bicicleta frente a la puerta de la casa de Irene, sonrió. Ese lugar le traía muchísimos recuerdos de sus padres y siempre dolían, pero ya de solo pensar en su cara y en lo contenta que se pondría al verla, el aire se respiraba mejor y valía la pena.

Mundialmente conocida como Meme, o al menos todos los que la conocían le decían así y la culpable aparentemente había sido ella, cuando de chiquita la palabra Irene le resultaba la más difícil de su acotado vocabulario y en su afán de llamarla por su nombre solo conseguía un vergonzoso Meme.

Cuando la puerta se abrió y sus ojos se encontraron, no pudo más que abalanzarse sobre ese delgado cuerpo y abrazarla fuerte, desacomodándole en la efusividad sus lentes de un fino marco plateado. Era siempre así. Los abrazos de su abuela eran como esa bocanada de aire que llega justo antes de creer que te ahogás.

Apenas puso un pie dentro y ese olor a comida casera invadió todos sus sentidos. Pregunta del millón, pero ¿cómo podía ser que las casas de los abuelos siempre oliesen diferente? Porque ese hogar ya no era la casa de sus padres, era la casa de su abuela, le sonaba mejor y dolía menos pensarlo así.

Estaba ubicada en un barrio pegado al de ella, un poco más alejado del centro de la ciudad. El interior era puro color y siempre que iba encontraba algún detalle nuevo. A su abuela le gustaba ir cambiando cosas y la había redecorado para también sentirla un poco suya y para que los recuerdos no golpearan tanto. Eso sí, la habitación de sus padres estaba intacta y la que ellas compartían en aquellos tiempos también, aunque ahora la ocupase solamente Irene.

Algunas noches se quedaba a dormir ahí para hacerle compañía o simplemente por necesidad de volver a sentirse en casa. A sus veintitrés años se fue a vivir sola, quería su lugar, su espacio y alejarse un poco de todo eso. Fue difícil irse, pero lo sintió como un paso adelante.

—Qué bueno Larita que viniste antes —la escuchó decir, a la vez que le daba un apretoncito en el brazo al pasar por su lado en dirección a la cocina, mientras ella dejaba el celular y los auriculares sobre la mesa de madera—, porque parece ser que estaba ansiosa por verte y empecé a cocinar temprano.

Irene siempre la había cuidado desde chica y lo seguía haciendo de grande. La seguía cuidando como si fuese de cristal, como si su dolor fuese propio, como si su vida dependiera de la felicidad de ella o como si no quisiera irse de este mundo sin tener la certeza de que su nieta sería feliz.

—Mmmm, por Dios, Meme, voy a babear —confesó mientras acercaba la nariz a la olla con salsa e inspiraba profundo.

Coló los fideos y se secó las manos en el delantal de cocina que ella le había regalado hacía unos meses y que lo catalogaba de sus preferidos. Tenía estampas de siluetas de gatitos cocinando, claro.

Una vez todo listo se sentaron a la mesa una frente a la otra, porque les gustaba mirarse a la cara cuando conversaban. Era con su abuela y con Isabella con las únicas personas que podía hablar mirándola a los ojos, sin sentirse incómoda, temerosa o con vergüenza vaya a saber uno a qué. Lo cierto es que le costaba horrores sostenerle la mirada a la gente por más de dos o tres segundos, pero su abuela era la excepción a la regla o si lo pensaba mejor, a su vida entera.

Empezaron a comer y fueron veinte los minutos que le duraron los dos platos de fideos. Y le hubiesen durado menos, pero entre bocado y bocado se sentía en la obligación de conversar.

—Uff —resopló mientras se dejaba caer sobre el respaldo de la silla, acariciando con ambas manos su estómago—. No puedo más, voy a reventar. Alucino con tus tallarines caseros, Meme. De verdad que me corren fideos hasta por las venas —bromeó, porque estaba llena, sí, y probablemente había recuperado en veinte minutos todas las calorías que había quemado en el gimnasio.

—Te preparé flan con dulce de leche —le dijo, dándole una palmadita en la mano como diciendo «y no te atrevas a rechazarlo».

Irene se levantó, pero en vez de ir por el postre fue hacia el *living* de la casa y rebuscó algo entre los cajones. Cuando finalmente pareció encontrarlo, se acercó a la mesa nuevamente y dejó una cajita negra frente a ella. Volvió a sentarse, clavándole esa mirada tan verde como la de su madre.

—¿Qué es esto? —preguntó una vez abierta la caja y descubriese un anillo.

Era precioso, con toda su superficie dividida en dos tonos, una plateada y otra de un color rosa pálido. Tenía incrustado dos pequeños dijes brillantes en forma de iniciales: «LF».

—Lo encontré entre las cosas de tu mamá —se lo dijo mientras agarraba el anillo con sus arrugadas manos y de forma temblorosa lo giraba de un lado a otro, observándolo—. Es de oro rosa y oro blanco.

Levantó la mirada hacia su abuela con un gesto de sorpresa ante esa información.

—¿Cómo hizo para comprarlo? Nunca pudimos darnos grandes lujos y esto parece caro. —Y no podía seguir hablando porque el nudo en la garganta resultaba invasivo.

Acariciaba esas iniciales con la mayor nostalgia y tristeza que una hija puede tener después de perder a sus padres en un accidente, con tan solo doce años.

—Tu mamá había cobrado un dinero importante por la confección de varios vestidos para esa famosa fiesta de los Ocariz. Tanto ella como tu padre estuvieron de acuerdo en gastar parte de ese dinero en un regalo para cuando cumplieras quince años. No sabían si iban a tener otra oportunidad así y no lo dudaron, por mucho tiempo que faltase. El resto lo invirtieron en esta casa, eso ya lo sabés.

Ahí en su momento vivían los cuatro y sus padres querían ampliarla. Hacer al menos una habitación más y agrandar algunos espacios. Fue a su abuela esta vez a la que estaba segura que se le había anudado todo por dentro, podía ver un mar de lágrimas cristalizando sus ojos, pero eso no le impidió seguir con el relato.

—No querían que pasaras ese día sin un regalo especial. —Su abuela le tomó una mano entre las suyas y le dio un apretoncito.

El nudo en la garganta se había convertido en uno de los grandes, raspando todo por dentro, y sus ojos sintieron la necesidad de desatarlo gota a gota. Su abuela le secó el rostro con la yema de los dedos y eso la hizo llorar más, porque de repente estaba rebalsada de recuerdos y en todos ellos estaban sus padres.

No tenía presente ese gran trabajo, pero sí tenía imágenes de una época donde su madre se pasó semanas enteras encerrada en el taller de costura.

—¿Por qué no me lo diste antes, Meme? —Volvió a mirar a su abuela y las lágrimas solo le permitían verla de manera borrosa.

—Por dolor, Larita. No fue hasta hace poco que pude revisar las cosas de tu madre y ahí me di cuenta de que es tan cierto lo que dicen… —Dejó la oración en suspenso y la vio tragar con dificultad, bajando la mirada.

—¿Qué cosa? —Quiso saber, mientras ahora era ella quien tomaba su mano entre las suyas.

—Me llamaron viuda cuando murió tu abuelo. Te llamaron huérfana cuando murieron tus padres. Pero no existe nombre para el hecho de perder un hijo y creo que sencillamente no lo tiene porque es un dolor que no se puede explicar, algo que te va comiendo por dentro. Lo llevás a todos lados porque no hay un solo lugar en donde no te acuerdes. —Se sacó los lentes y los apoyó sobre la mesa para poder secarse las lágrimas que perlaban sus rosadas mejillas, y lo que dijo a continuación le

produjo un dolor tan intenso dentro del pecho que tuvo que mirarlo para comprobar que no se le había partido a la mitad—. Lo sentís en todo el cuerpo y sé que toda la vida lo voy a sentir, Lara.

Le apretó fuerte la mano y fue como pulsar un botón para abrir de par en par las compuertas, porque el llanto bajito pero desgarrador en el que se sumergió Irene le partió el alma en sabe Dios cuántos pedazos.

Dolía todo, absolutamente todo en ese momento. Le dolía el llanto de su abuela y deseaba poder arrancárselo de cuajo, retorcerlo entre las manos y pisotearlo hasta hacerlo reventar. Le dolía el recuerdo de sus padres, la tranquilidad que le había dado crecer rodeada de tantas caricias, comprensión, anhelos y promesas de un futuro mejor. Le dolía porque había querido que durara mucho más, pero se lo habían arrebatado de golpe.

Un día y a una hora cualquiera, se lo quitaron todo.

La noticia la había dejado con el corazón aturdiéndola en los oídos y con esa presión en el pecho que genera la angustia, la verdadera angustia, esa que puede matarte y dejarte respirando a la vez. A sus doce años la ponían cara a cara frente al verdadero dolor.

Se encontró madurando de repente, aprendiendo a vivir a prueba y error. Su abuela jamás la había dejado sola y fue su apoyo cuando comenzó a tener plena consciencia de su cuerpo y cuando quiso entender por qué sentía que no encajaba con el resto de sus amigas.

Ese día, sentadas a la misma mesa que ahora, pero hace tantos años atrás, a sus casi dieciséis, fue que leyeron todos sus estudios médicos y empezaron a buscar información, hasta que finalmente dio sus frutos y pudo ponerle nombre: intersexual. Ella era una persona intersexual y poco se sabía del tema en esa época, ni tampoco ahora.

Recordaba que en ese momento sintió una ardiente necesidad de partirse en un abrazo con sus padres y a la vez llenarlos de preguntas, porque tenía a su abuela, sí, pero pensaba que con ellos vivos quizás su historia hubiese sido otra, tal vez más llevadera.

Dejó pasar un tiempo porque eran muchas las emociones y se estaba volviendo loca. Fue apenas cumplidos sus diecisiete años cuando intentó esclarecer su historia, porque tenía muchos grises que no sabía encajar en su escala de colores. No entendía el por qué sus padres se habían quedado con esa información y no habían intentado nada, ningún tratamiento, medicación o lo que sea que hubiese ayudado en ese entonces. Los cuestionó, se enojó, lloró y se preguntó una y mil veces por qué, arrodillada frente a sus tumbas o sentada abrazando sus piernas en la soledad de su habitación. Entonces le pidió a Irene que la acompañara a una consulta médica porque no quería ir sola. Y no fue solo una, sino que le siguieron otras más y todas se centraban en una sola cosa: sus «genitales ambiguos» y en cómo corregir lo que estaba mal para así poder convertirse en una mujer plena. La última consulta fue un desastre y sin saberlo todavía, una burbuja que más adelante la envolvería en un mundo habitado con sus peores demonios comenzaba a nacer y a engendrarse alrededor de ella.

—¡¿Por qué carajo me dejaron así?! ¡¿Por qué, Meme?! ¡Decime por qué tuvieron que ir a esa puta ciudad, subirse a esa mierda de auto y terminar debajo de un camión! ¡Explicame por qué, por favor! —Su abuela la sostenía fuerte contra el pecho mientras ella se ahogaba en sus propias palabras, entre llantos, gritos y dolor, mucho dolor. Había colapsado, estaba en medio de un ataque de nervios e Irene solo la dejaba ser y se dedicaba a acunarla entre sus brazos—. Por favor, explicame por qué… —Fue lo último que pudo decir, en un tono casi ahogado y aferrándose en un puño a la camisa de su abuela, antes de que los espasmos del llanto le impidieran seguir hablando.

—No puedo ayudarte mucho, mi amor. Lo poco que sé es que ellos querían dejar la decisión en tus manos —comenzó a contarle Irene, apretándola más fuerte contra su pecho a la vez que le acariciaba el pelo—, que tuvieras el derecho a elegir si querías pasar por esos tratamientos y cirugías,

con los riesgos que también implicaban. Los escuché repetir muchas veces que no eran capaces de someterte a tanto sin que fueras consciente ni siquiera del porqué. Eran cirugías que tenían que hacerte de chiquita y ellos no…

—¡¡Y por qué no las hicieron!! —le gritó, saliendo de su abrazo y mirándola con furia—. ¿Es que acaso no ves que mi cuerpo está mal? ¡Si hasta incluso puedo hacerte un listado de todo lo que tengo! —Alzó temblorosa su mano derecha, levantó el pulgar y empezó a enumerar—. Hipertrofia, ambigüedad, anormal, extraño, inusual, raro… ¡Por Dios! Todo está mal conmigo, Irene. ¡¡Todo!! —Con esa frase y esa furia envenenando hasta la última gota de su sangre, salió ciega de la casa dando un portazo. Sus piernas la llevaron con la única persona que en ese preciso momento la calmaría: Isabella.

Así era su vida desde entonces. Se basaba en reconstruirse todo el tiempo para romperse en pedazos otra vez, arrodillarse a buscar las piezas y volver a andar. Sabía que algún día debía dejar de romperse, de arrodillarse y simplemente dedicarse a andar, pero de momento no sabía cómo, aunque fuese su mayor deseo.

Se clavó al presente y buscó a Irene con la mirada. Le secó las lágrimas con los pulgares, volvió a colocarle los lentes y le acunó su mejilla en la palma de la mano. Era hora de juntar las piezas y seguir. Esta vez debía ser ella la terapia para Irene así que lo hizo en ese preciso instante, porque la tenía enfrente, con la mirada más triste que recordaba haberle visto en toda su vida y con un flan con dulce que no se atrevería a rechazar.

***

—Hace unos días me dijo que a veces pensaba mucho en él —lo comentó después de que su psicóloga le alcanzara el paquete de pañuelos descartables—. Estábamos en el sillón, mirando la tele… Y lo soltó de golpe, casi dormido.

Estaba en su sesión semanal de terapia intentando sacarse de encima toda esa sensación incómoda que siempre le generaba hablar sobre el padre de Ignacio.

El comentario que le había hecho su hijo le había vuelto a abrir esas heridas que nunca terminaban de cerrar y que estaba segura que jamás lo harían. Cada vez que salía algo relacionado al tema, ya sea directa o indirectamente, a ella el estómago se le volvía un nudo, la garganta se le cerraba, comenzaba a transpirar y después estaba semanas alimentándose mal y trabajando en exceso.

Así estaba en esos momentos.

—¿Pudiste responderle? —preguntó su psicóloga.

—No. Y por suerte estaba casi dormido, porque no hubiese sabido qué decirle si preguntaba algo.

—¿Algo cómo qué?

—Como cualquier cosa. Dónde estaba, por qué no lo buscaba, qué era de su vida, si sabía algo nuevo, si había hablado con él, lo que sea… Por dios, lo que sea que pregunte no voy a saber qué decirle.

—¿La verdad?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que lo odie. Prefiero que siga pensando que no sabe de su existencia. —Hizo una pausa para suspirar—. Es menos doloroso que la verdad y yo solo quiero protegerlo.

—Sin embargo, en tu caso te permitís odiarlo.

—Tengo cuarenta años, él apenas catorce. No es edad para odiar a nadie, menos a su padre. Yo puedo aceptar cosas que él no.

Con el odio que ella sentía alcanzaba para dos o tres mundos y, aunque parezca insano, le servía para subsistir y generarle las fuerzas para seguir adelante en la crianza de su hijo.

—Podríamos plantearnos la opción de que para él quizás es mejor tener un padre al que odiar a tener un vacío, una nada.

—Saber la verdad no va a llenar ese vacío.

—Quizás no… pero es parte de su historia, de su identidad.

—Una identidad que solo va a lastimarlo y no quiero —sentenció, volviendo a sentir un nudo gigante en la garganta.

—Seguramente, pero te tiene a vos, no está solo.

—Uff, no sé… A veces cuando lo veo hacer lo que le gusta o tener buenas notas en el colegio, o el hecho de que sea tan cariñoso conmigo. Ver esas cosas me hace sentir orgullosa y pensar «ey, Julia, tan mal no lo estás haciendo» —admitió, con media sonrisa de lado—. Y no quiero que pierda nada de eso.

—Criar a un hijo sola no es fácil, Julia. Y ambas sabemos lo que te costó, pero lo conseguiste, pudiste, formaste a una persona maravillosa.

—Sí —reconoció al instante, con el asomo de una pequeña sonrisa.

—¿Creés que Nacho dejaría de ser quien es si sabe de su padre? —preguntó su terapeuta.

Pasó varios segundos en silencio, con la mirada perdida en el pañuelo hecho un bollo entre las manos, hasta que asintió un par de veces con la cabeza.

—A veces siento que no puedo más y que el odio no me deja respirar. Pero después viene Nacho, me abraza y me siento tan fuerte que creo que puedo comerme al mundo entero.

—Entonces deberías abrazarlo más —le dijo después de unos segundos de silencio para que asimilara lo que acababa de decir.

—Debería…

Mierda, sí, debería. En ese momento se estaba dando cuenta de lo poco que abrazaba a su hijo y de que la mayoría de las veces era porque Nacho lo hacía. No estaba entendiendo por qué algo que tan bien se sentía lo buscaba tan poco.

—Me estoy dando cuenta de que siempre es Nacho quien me abraza… No entiendo por qué. Si tan bien me hace, ¿por qué no lo hago? No debería ser tan difícil. Es como decir «me encanta el chocolate» y no ir y comprarte uno.

—A veces ciertos placeres generan culpa.

Arrugó la nariz cuando escuchó eso, porque no le cerraba la idea por ningún lado y era por mil puntos refutable.

—Es imposible sentirme culpable por abrazarlo.

—No digo eso. Me refiero a permitirte sentir placer y dejar al odio en segundo plano.

—¿Acaso no se merece que lo odie? Fue un hijo de puta.

—Podés sentir lo que quieras, Julia. Estás en tu derecho de odiarlo o de sentir culpa. No estamos acá para juzgar tus sentimientos, sino para entenderlos. Pero cuando algo no te deja avanzar se convierte en un problema.

Qué difícil era todo, por Dios.

Y no. No podía dar un solo paso para avanzar en ese tema, para tomar una decisión. Más aún cuando pensaba en la posibilidad de que en algún momento su padre reapareciera. No quería ni imaginarse la situación, aunque en el fondo supiese que era poco probable verlo de nuevo.

—A veces pienso en la remota posibilidad de que aparezca. No sé cómo voy a mirarlo a la cara sin ponerme a llorar.

—No te adelantes. Vamos a tratar de dar un paso a la vez, ¿sí?

Un paso a la vez. Algo que parecía tan sencillo, pero que cuando quería hacerlo, cuando levantaba el pie del suelo y pretendía avanzar, se le quedaba en el aire y unos segundos después volvía a su posición inicial.

La misma sensación como cuando anhelaba la compañía de un hombre al lado. Le pasaba siempre que intentaba decir «quedate» alguna noche en que Nacho no estaba, pero cuando su boca se abría solo podía contener la respiración y un momento después la volvía a cerrar, poniendo alguna excusa para terminar durmiendo sola. Y ahí se quedaba, con los pies clavados y enmudecida.

Encontrar el nudo a ese problema era el trabajo más difícil que le había tocado, porque si lo pensaba fríamente no tenía sentido, pero si se hundía en los recuerdos de su pasado de repente lo tenía todo.

Era el desafío más grande, el plano más importante que debía diseñar para poder hacer de su vida el edificio más firme. Fuerte, irrompible y sin grietas; algo imposible si pretendía construirlo sobre arenas movedizas.

—Sí —le respondió a su terapeuta afirmando también con la cabeza, mirando el reloj en su muñeca y levantándose. La sesión estaba por terminar—. Nos vemos la semana que viene.

—Nos vemos, Julia. Quiero que vengas con una foto de lo que hayas pintado en estos días. —Abrió la boca para negarse, en cero estaban sus ganas de pintar y además, cuando estaba así, sus cuadros terminaban siendo oscuros y tristes—. No puede ser tan difícil si tanto te gusta, palabras textuales tuyas. —Su psicóloga le apretó delicadamente un hombro y le guiñó un ojo.

Salió de la consulta con varias ideas en la cabeza, hecha un torbellino, un revoltijo de sensaciones y un puñado de nervios. Pero sus ganas de sentarse a pintar habían ido de cero a cien, y sin darse cuenta se encontró subiéndose al auto sonriendo, con muchas ansias de abrazar y de mancharse las manos de pintura.

***

Después de cenar y dejar a Nacho en el *living* haciendo algo de tarea para el colegio, se fue casi corriendo a su colorido escondite. Cuando entró y ese olor se hizo presente, le fue inevitable sentirse bien y las ganas volvían a cien de nuevo, si es que alguna vez habían bajado desde que salió de terapia.

Había pasado el resto del día con su hijo porque esa tarde trabajó en casa, así que entre papeles y cuentas charlaban un poco. En un momento, cuando en el reproductor de música empezó a sonar la canción *Por una cabeza* de Gardel, agarró a su hijo y lo animó a bailar. Bueno, ella bailó y Nacho lo intentó, pero se había llevado muchas risas de regalo porque pisarla sin querer a su hijo le parecía de lo más gracioso.

Aunque no era de escuchar tango, le gustaba mucho bailarlo y en una época supo hacerlo bastante bien. Le parecía un baile tan atractivo a la vista, tan sensual, tan íntimo y encantador, que la curiosidad pudo más que su apretada agenda. Hoy ya no tomaba clases, pero su cuerpo tenía memoria.

Recordó los fallidos intentos de coordinación de su hijo y sonrió negando con la cabeza, mirando fijo ese lienzo en blanco, con una inspiración atroz y unas hambrientas ganas de pintar. Agarró su celular para buscar algo de música. Se inclinaba por el pop rock, el jazz y el soul, aunque también

tenía sus épocas de música más intensa. Para ese momento se decidió por una lista de Amy Winehouse y el tema *Love is a losing game* empezó a sonar. Le dio un sorbo a la copa de vino que se había servido y cerró los ojos unos segundos para visualizar.

El tango. Nacho. Sus abrazos. Su risa. El odio en segundo plano. La compañía de un hombre. Sentirse amada. Decir «quedate». Dar un paso al frente.

Eligió algunos colores para cargar en su paleta, un poco de rojo, azul, blanco, negro, amarillo y verde. Inspiró hondo, expiró lentamente, agarró un pincel y lo cargó de verde.

Después de casi dos horas el lienzo estaba ilustrado con dos siluetas a medio terminar de una persona sin un rostro y cuerpo bien definidos y una mujer castaña, muy apretados entre sí; tanto que la espalda de la mujer castaña estaba levemente arqueada y su pierna izquierda enroscada en la derecha de la otra persona, simulando un paso de tango. Parecían mirarse a los ojos y la mano derecha de la mujer castaña apretaba en un puño la camisa blanca que vestía la otra persona.

De fondo podía verse a un niño corriendo, remontando un barrilete sobre un cielo oscuro, casi negro. También podían notarse unas huellas que iban desde la base del lienzo hasta donde estaba la pareja.

—Mamá, me voy a dormir —le dijo su hijo desde la puerta y ella se giró en la banqueta.

Dejó el pincel y la paleta a un costado y estiró los brazos a modo de «abrazame, por favor». Nacho sonrió y lo recibió anhelante de su contacto. Lo apretó fuerte y aspiró profundo el olor de su pelo. Se dedicó a sentir el calor corporal que desprendía mientras con una mano le acariciaba la espalda. «Qué bien se siente», pensó y cerró los ojos porque se estaba emocionando y no quería ponerse a llorar.

—Te amo, hijo. —No pudo decir otra cosa.

Se le estaba por desatar una tormenta en los ojos cuando escuchó un «yo también, ma», mientras Nacho se resguardaba al calor de una madre entre sus brazos.

—Está quedando lindo, me gusta —continuó hablando todavía abrazados, y en un suspiro se aferró más a él porque no quería romper el contacto todavía—. ¿Ese soy yo? ¿Por qué tengo un barrilete? —le preguntó medio entre risas porque la tenía pegada como una lapa.

—El arte no se cuestiona. Dale, vamos a dormir. —Pero seguía sin soltarlo e iba a ser difícil llevar a cabo el plan.

—¡Me hiciste petiso! —Y otra vez habló entre risas y a ella el mundo le parecía un poco mejor así.

Aflojó su abrazo y lo soltó, no sin antes revolverle el pelo, darle un beso en la mejilla y desearle buenas noches, siguiéndolo con la mirada mientras se iba.

Se alejó un par de pasos del cuadro y lo observó unos instantes. Apagó las luces del lugar y del resto de la casa, se lavó los dientes, se puso el pijama y se metió en la cama acostada boca arriba, intercambiando opiniones y debatiendo con su cabeza. Era habitual en ella hacer eso y generalmente se quedaba dormida en medio de la discusión. Repasó su charla con la psicóloga, la tarde con su hijo y lo que se habían divertido por momentos. El cuadro que había comenzado y lo fácil que le había llegado la inspiración, pero sobre todo la claridad de la pintura, la armonía de la imagen y la calidez de los tonos. Recordó el reciente abrazo con su hijo y dio un largo suspiro; ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho en el día, porque la pila aumentaba si le sumaba los que le había provocado el encuentro con Lara en el gimnasio. Los ojos se le habían escapado varias veces en dirección a la castaña y no había podido evitar buscar algún mínimo contacto al acercarse para preguntarle cómo estaba. Y la sintió. La tensión entre ellas. En el ambiente y en todo el cuerpo, dejándola con unas ganas brutales de volver a verla.

Sonrió y cerró los ojos con la sensación de estar en paz porque su pasado existía, pero no dolía, el odio no estaba siendo el protagonista de la historia y Nacho le había renovado las fuerzas con un simple abrazo.

Sí. Definitivamente ahora mismo sentía que podía comerse al mundo entero y de un solo bocado.

# 4. Miedos

Viernes. Una semana había pasado desde su primera clase con Julia y no había podido ir a otra, porque coincidían justo cuando ella estaba trabajando en el bar así que no le quedó otra que anotarse a las de Joaquín. Un cambio radical para nada beneficioso, porque las clases de Julia le gustaban mucho más y las vistas ni se comparaban. Por mucho brazo y abdomen marcado a ella no se le movía ni un pelo, cara de póquer, completamente inmune. Lo mismo que le pasaba a Antoni cuando quería tentarlo con un pedazo de brócoli.

Después de dejar al susodicho acicalándose en el sillón e ignorándola por completo, salió para el gimnasio; no había clase programada así que pensaba hacer un poco de cinta, otro de soga y después darle libre a la bolsa un rato. Agarró el celular, conectó los auriculares y buscó algo de música. Le gustaba el rock en todas sus variantes: pop rock, hard rock, grunge, alternativo y tanto nacional como internacional, así que se decidió por una lista de AC/DC.

Se subió a la bicicleta al salir del edificio con *Highway to hell* en los oídos a todo volumen y empezó a pedalear, tratando de poner la mente en blanco o al menos intentar no pensar demasiado en las cosas que le preocupaban, como ya tenía por costumbre.

Se repetía siempre que cada uno hace lo que puede, cómo puede y en el momento que le sale, pero es que ella sentía que nunca le salía. Que nunca podía siquiera buscar placer sin sentirse culpable, sin recordar todo lo malo que había en su cuerpo. Todas esas palabras que escuchó durante tanto tiempo la ataban de pies y manos cada vez que quería dar un paso más, haciéndola caer de cara contra el piso. Es que muchos años con las mismas ideas en la cabeza solo lograba que después costase un mundo desarraigarlas.

Dejó la bicicleta dentro del gimnasio y caminó hasta los vestuarios. Cuando abrió la puerta y se encontró con Julia sentada en el banco atándose las zapatillas, casi le da un paro cardíaco porque ella era muy sensible a las sorpresas y esa no se la esperaba para nada. Y su sensibilidad evidentemente era extrema porque se quedó parada, estática, como si estuviera alucinando. Fueron unos segundos, pero los suficientes para sentir su cara empezar a arder de la vergüenza.

—¡Hola! —saludó la rubia, y su voz la sacó del trance en el que estaba.

—Hola —respondió tímidamente, mientras dejaba su mochila en uno de los casilleros después de guardar el celular adentro y sacar su botella de agua. Esas simples dos acciones las demoró lo más que pudo, estiradas como chicle, porque no quería darse vuelta y que Julia le viese la cara roja como un tomate. Pero de repente sintió su voz al lado suyo y no pudo evitar dar un respingo. Mierda, o se calmaba o le iba a dar algo en serio. ¡Que era una simple mujer intentando mantener una charla con ella, por el amor de Dios!

—¿Día de rutina o solo ganas de pegarle a la bolsa? —le preguntó mientras la veía vendarse una de las manos.

—No, nada de rutina. Tenía pensado un poquito de cinta, de soga y después sí, darle duro a la bolsa —le respondió con una tímida sonrisa y esquivando su mirada, en el mismo momento en que cerraba la mochila.

—¿No te estás olvidando de algo? —preguntó divertida, sonriendo de forma natural y con sus ojos fijos en ella.

No sabía a qué se refería porque su perfume la estaba drogando, al parecer, porque su cabeza no podía unir dos palabras seguidas para al menos responder un miserable y vergonzoso «¿de qué?», y en vez de eso, cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna y le sonrió nerviosa, muy nerviosa, mirando para cualquier lado como asegurándose de que le hablaba a ella o buscando eso que se había olvidado.

—¿Las vendas? —siguió hablando Julia, levantando sus manos para mostrarle a qué se refería.

Las vendas, claro.

Ese era uno de los momentos en los que mientras más se esforzaba por vencer su timidez, más le costaba. Y lo que empezaba como un intento de parecer una chica segura y relajada, terminaba siendo un lío de pensamientos vacíos, silencios en su cabeza y titubeos.

—Las vendas, es verdad —reconoció, volviendo a abrir la mochila y sacando el par. Al menos el cuerpo le había reaccionado a destiempo, sí, pero reaccionado al fin. Cuando empezó a vendarse la mano derecha, Julia ya estaba casi terminando con las suyas.

—Te puedo enseñar una forma fácil de vendarte, si querés —comentó, seguramente al verla renegar un poco con su vendaje, porque todavía le costaba eso de cubrir bien las zonas más importantes.

—¡Por favor! —aceptó entusiasmada, estirando un poco el brazo sin perder el tiempo.

Con la más hermosa sonrisa colgada de esos labios, la rubia desarmó lo poco que había avanzado volviendo a enrollar la venda para empezar de cero.

—Arrancás con un par de vueltas en la muñeca… Un par sobre la palma y un par por el pulgar —le explicó mientras lo hacía—. Lo que más les cuesta aprender es el tema de los nudillos, pero es fácil. El secreto es hacerlo en forma de cruz —continuó hablando, mientras iba pasando la venda por entre medio de sus dedos, despacio, sin apuro para que pudiera verlo bien—. Desde abajo paso por entremedio… Después por el pulgar… Y por arriba, formando una cruz, ¿ves? —Quiso asegurarse, frenando todo movimiento antes de seguir.

—Sí… —asintió, alzando la mirada y encontrándose con su azul.

La vio sonreír en respuesta y volver la atención al vendaje, pero ella se quedó unos segundos de más enganchada a sus facciones.

—Así vas repitiendo por entremedio de cada dedo. Después del meñique, una vuelta cubriendo todos los nudillos y el resto de venda, a la muñeca —le dijo para así terminar el vendaje de su mano derecha. Cuando cerró y abrió el puño para ver si estaba cómoda, Julia le agarró la mano y apoyó la palma sobre la suya, mientras con la otra rodeaba su muñeca—. Lo importante son los nudillos… —comentó mientras pasaba su dedo índice por la zona—, y la muñeca, que quede firme —agregó, siguiendo el camino que había empezado, pasando sus dedos en una caricia por el dorso hasta la muñeca, y siguiendo unos centímetros más. Le clavó la mirada y retiró la mano, acariciando al paso su palma con la punta de los dedos.

Y de nuevo esa tensión, la misma del otro día cuando se acercó después de la clase. Gestos sutiles e inocentes, pero con una pizca de algo más que la atontaba y le hacía cosquillas por dentro. Algo con tintes confusos y un momento agradablemente incómodo, que la llevaban a desear que se alargue un poco más, pero cuando se quiso dar cuenta, ya tenía su mano izquierda también vendada.

—Gracias, Juli. Visto así parece fácil, después voy a practicar un poco.

—Es fácil, vas a ver. Cualquier cosa te lo vuelvo a mostrar, no tengo problema. ¿Te animás a seguirme el ritmo con la bolsa? —le preguntó, alzando la ceja izquierda en una expresión mitad desafiante, mitad divertida.

¿Animarse? ¡Ja! Por supuesto que no, pero tenía que reivindicarse después del papelón de la

primera clase.

—Obvio —le respondió con una falsa seguridad y temiendo por su resistencia pulmonar, física y mental en el mismo instante que la expresión de la rubia se volvió el triple de divertida y como cinco veces más desafiante.

La siguió hasta la zona de las cintas y comenzaron a trotar sin decir nada, entrando en calor. A los quince minutos estaban haciendo un poco de soga y a los veinte, el momento de la bolsa había llegado.

Que un golpe recto, un *cross* y otro recto. Que un recto, dos ganchos y dos *upper*. Entrar, recto y salir. Entrar, recto, *cross*, recto y salir. Que ahora con más velocidad. Que ahora con más fuerza. Que vamos, que diez segundos de golpes libres y diez segundos con fuerza. Que otros diez libres y otros diez en velocidad. Y por el amor de Dios y todos los santos, que se le terminara la batería a esa mujer porque estaba a punto de morir. Así, en seco, caída libre derechito al piso y sin titubear.

Y de repente… un tirón. Un mal movimiento y sintió un pinchazo en el cuello y lo vio venir, al papelón, caminando erguido y en línea recta hacia ella, dispuesto a quedarse y a hacer notar su presencia cada vez más, porque el cuello se le estaba quedando duro y si seguía negándolo iba a ser peor. Así que ahí estaba, frenando todo movimiento y tratando de estirar el músculo mientras se resignaba.

—Me tiró… —dijo despacito, mientras se quitaba los guantes.

—¿Dónde? —le preguntó mientras se acercaba.

—En el cuello, acá abajo, al costado —le dijo con tono de dolor mientras se toqueteaba la zona.

Julia se sacó los guantes tirándolos sin cuidado al piso y empezó a presionar despacio, tratando de ubicar el punto, hasta que un quejido que no pudo aguantar le dio una pista de dónde estaba el asunto. Le hizo hacer unos estiramientos para elongar el cuello, un poco para un lado, para el otro, hasta que una de sus manos empezó a masajear la zona. Podía sentirla detrás de ella, muy cerca de su espalda, y la presión de sus dedos le generaba una mezcla de dolor, relajación y placer, acompañada por una corriente eléctrica que la recorrió de pies a cabeza, haciendo que toda su piel se le erizase. Es que podía sentirlo hasta en la piel de la nuca y rogaba que Julia no lo notase, por favor, porque solo le faltaba quedar en evidencia para que el papelón sea completo.

—¿Va aflojando? —le preguntó cerca de su oído, en un tono suave, como confidencial, y a ella el escalofrío la volvió a traspasar entera, pudiendo tan solo mascullar un sonido de afirmación mientras cerraba los ojos.

Le había corrido un poco la remera para poder masajear mejor, y sus dedos recorrían la zona que iba desde el hombro hasta su oreja. Masajes suaves y por momentos un poco más fuertes que le sacaban algún que otro quejido de dolor, pero de pronto empezó a notar algunos matices y cuando su pulgar subía con bastante presión por toda lo longitud de su cuello, cuando bajaba lo hacía despacio, transformando el movimiento en una suave caricia.

Calor. Por dentro y por fuera, junto con unas ganas bestiales de girarse, tomarla de la nuca y besarla sin pedirle permiso. Imaginarse eso no ayudó y un suave gemido salió de lo más profundo de su garganta cuando Julia hizo presión con dos de sus dedos, uno a cada lado del cuello y justo en la base del cráneo que le hizo sentir un profundo placer. La oyó suspirar por lo bajo y volver a repetir el movimiento de forma firme y lenta, mientras a ella una nueva electricidad le subía por la columna vertebral, centímetro a centímetro, vértebra por vértebra, volviendo a cada poro de su piel más receptivo a sus caricias, a sus dedos y a la cercanía de su cuerpo.

Su corazón hacía rato que había perdido el ritmo normal y agradeció internamente el tener a Julia detrás y no en frente, porque no hubiese podido controlar el rojo que seguramente tenían sus

mejillas ni el nerviosismo evidente al esquivarle la mirada. Detestaba sentirse así, pero no podía controlarlo. Daría lo que fuese por poder ser más lanzada o al menos relajarse, pero se sentía tan inferior y tan carente de cualquier tipo de belleza que le resultaba casi imposible tener una pizca de seguridad como para clavar una mirada profunda o sonreír de manera sugerente.

—¿Mejor? —Volvió a preguntar Julia y pudo notar cómo el tono de su voz había cambiado.

—Sí, y no tengo ningún problema si querés seguir un par de horas más. —Se animó a bromear y pudo sentir chocar contra la piel de su cuello el aire caliente proveniente de su suave risa.

—Ahora me voy a dar una ducha antes de irme —le dijo mientras terminaba con los masajes, haciendo presión en ambos hombros a la vez y bajando por su columna con la punta de los dedos de manera casual y distraída—. No sé si tenías pensado bañarte acá, pero te va a venir bien un poco de agua caliente para relajar. Y si sigue molestando mucho… vemos qué puedo hacer. —Y esto último lo dijo suspirando, en un tono que fingía que darle masajes le suponía un terrible esfuerzo.

Se dio la vuelta con una sincera sonrisa en la cara y algo avergonzada, claro, pero considerando por primera vez en su vida la opción de bañarse en un lugar público; opción que quedó totalmente descartada al ver pasar por detrás de Julia a un par de chicas en dirección a los vestuarios y la sola imagen de ella quitándose la ropa delante de tres personas la empezó a agobiar y el corazón se le volvió a descontrolar, pero esta vez por motivos diferentes. Si fuese solamente Julia lo hubiese podido manejar, haciendo tiempo hasta que primero se metiera ella en la ducha y así encontrar el momento justo para desvestirse sin ser observada. Se bañaría y saldría envuelta en una toalla y el resto lo podría manejar y controlar sin problema; vestirse con la toalla puesta lo tenía practicado y ensayado, porque hasta delante de Isabella lo hacía así. Pero tres personas, no. Eso era totalmente distinto, escapaba de cualquier situación que pudiese controlar y aun sabiendo que poner una excusa significaba perderse de estar más tiempo con Julia, no había chance alguna de que pasara.

La sonrisa se le fue esfumando de la cara de manera gradual y se había quedado con la boca abierta tratando de responder algo. Cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna y agachó la cabeza unos segundos, cuando volvió a mirarla con una firme excusa ya elaborada y lista para salir de su boca, la voz de Mariano a sus espaldas la interrumpió. O la salvó.

—Juli… —La rubia desvió la vista hacia el chico—. Te busca Martina.

La vio recorrer el lugar con la mirada y sonreír por un momento, pero un par de segundos después su sonrisa desapareció y su ceño se frunció. Le dijo un «dame un minuto» por lo bajo mientras se iba hacia, suponía, donde estaba esa tal Martina.

Giró medio cuerpo para seguir a la rubia con la mirada y la vio apoyar sus manos en los hombros de la chica, mirándola con gesto preocupado. No podía escuchar nada, pero suponía que algo iba mal y más todavía cuando la vio abrazarla y le pareció que la chica estaba llorando.

Mariano seguía ahí parado de brazos cruzados, mirando la escena con preocupación. Ella volvió la vista al frente porque no le parecía bien seguir observando, hasta que un minuto después escuchó la voz de Mariano a sus espaldas.

—Juli… ¿pasó algo? ¿Todo bien? —Escuchó que le preguntaba, pero no quiso girarse para observar.

—Nada, un tema de mi hermana. Después hablamos, ahora tengo que irme.

Se giró porque no aguantó más y justo pudo ver cómo Mariano la abrazaba unos segundos mientras le decía que se cuidara y manejara despacio, ya que se la notaba visiblemente agitada y nerviosa. Después de darle un apretoncito en el antebrazo y disculparse con ella por irse así, la vio casi correr hasta los vestuarios y salir segundos después con el rostro casi desencajado.

Se quedó bastante preocupada y con una sensación rara en el pecho, como todo lo relacionado

con Julia. Era raro cómo reaccionaba su cuerpo cuando la tenía enfrente, era raro cómo se ponía nerviosa cuando la miraba y era raro, sobre todo, el tiempo que la tenía metida en la cabeza.

—¿Dolorida? —Sintió una voz masculina a su lado que la sobresaltó.

Cuando giró la cabeza se encontró con Nicolás, un chico que se había cruzado varias veces en el gimnasio, compartido alguna que otra charla sobre boxeo, rutinas y ejercicios, y si bien era agradable y nunca le había dicho nada que le molestase, a lo mejor era su actitud canchera o la forma en que a veces la miraba lo que la hacía sentirse incómoda.

—Un poco, sí —afirmó, mientras empezaba a quitarse las vendas de las manos y así tener algo en donde fijar la mirada.

—Me pareció, vi a Julia haciéndote unos masajes. —Levantó la mirada para dedicarle una breve sonrisa y asentir, antes de agacharse a levantar sus guantes de boxeo—. No sé si sabías que se está organizando una salida con gente del gimnasio, el sábado de la semana que viene… —le comentó justo cuando volvía a estar a su altura.

—Ah, no, no lo sabía…

—Sí. Se organizó en el grupo de WhatsApp, por eso. Si querés me pasás tu número y te agrego. —Probó suerte, pero la verdad es que no tenía intenciones de darle su número a ese chico ni de sumarse a ningún otro grupo. Ya demasiado con el que tenía con la gente del bar y no le veía mucho sentido, porque al final nunca terminaba yendo a las reuniones que organizaban.

—Ah, es que no creo que pueda ir… Pero cualquier cosa te aviso, Nico. Igual, gracias por invitarme.

—Dale. Fijate si podés ir… Estaría bueno, así vas conociendo al grupo —insistió, mientras le dedicaba una amplia sonrisa y la miraba de esa forma…

—Dale, nos vemos —cortó la charla sin más, haciendo un gesto de saludo con la mano y dando media vuelta camino a los vestuarios, sin dejar de sentir los ojos de Nicolás clavados en su espalda.

***

—¡Ay! —se quejó cuando levantó su brazo izquierdo para alcanzar una botella de vino.

—¿Qué te duele? —le preguntó Lucrecia, que pasaba justo por detrás de ella para depositar una bandeja vacía encima de la barra.

—Todo. Pero me está matando el cuello. Me dio un tirón en el gimnasio —le dijo, mirando la etiqueta del vino y dudando en si era esa la marca que le habían encargado. Hoy estaba particularmente distraída y tuvo que consultar varias veces su libreta de pedidos, cosa poco habitual en ella.

De repente sintió unas manos apoyarse en sus hombros que le hizo dar un leve respingo ante el inesperado contacto. Pudo notar al instante que se trataba de Lucrecia haciendo unos leves masajes sobre la zona afectada.

—¿Muy dura la clase? —Y la verdad es que se sentía muy bien todo. Una mezcla de dolor con alivio, y no pudo contener un pequeño gemido ahogado ante tales sensaciones.

—Mjum. —Fue lo único que le salió a modo de afirmación.

—Lo tomo como un sí —dijo Lucrecia entre risas y girando de nuevo hacia la barra para cargar su bandeja con algunos vasos y gaseosas.

El día había pasado sin mayores complicaciones más que olvidarse alguna que otra cuenta cuando se la pidieron o llevar una gaseosa en vez de otra. Es que había ocupado gran parte de su tiempo pensando en Julia y en lo que había sucedido la última vez que la vio, y de eso hacía ya dos días.

Recordaba el abrazo con su hermana y la mirada de preocupación que le había visto al irse. Pero también recordaba algo puntual que le incomodaba un poco por dentro: a Mariano y su forma de abrazarla y de decirle que se quedara tranquila; a Mariano y su forma de mirarla; a Julia respondiendo al abrazo de Mariano.

De repente sus deseos de que estuviera sola, sin pareja o sin nadie revoloteando le resultaban poco probables e irrealistas, porque seguro que esa mujer tenía a muchos Marianos en su vida, o quizás uno solo, importante y estable, y no sabía cuál de las dos opciones le jodía más. Y no sabía tampoco por qué mierda le jodía, un pensamiento entrelazado al otro que la llevaba siempre a la misma interrogante, ¿qué le pasaba con esa mujer?

Una mezcla de duda e incertidumbre combinada a la vez con la sensación de sentirse una estúpida, porque estaba segura de que Julia ni la registraba y a duras penas se acordaría de su nombre. Mientras ella la miraba embobada y se perdía en el color de sus ojos, la rubia seguro que pensaba en Mariano y en su increíble forma de abrazarla y de hacerla sentir mejor. Hasta tenía todo el sentido del mundo, todo ese sentido que a ella le faltaba cuando se veía como una adolescente por una persona que había visto tres veces en toda su vida.

Estaba guardando sus cosas en la mochila y revisando no olvidarse nada detrás de la barra, cuando levantó la mirada y vio a Lucrecia parada frente a ella, del otro lado, con los antebrazos apoyados en el mueble y observándola. Los ojos volaron de nuevo poniendo toda su atención a la tarea, dejando la vida en eso y con una concentración tal que desde afuera no parecía que solo estuviese revolviendo cosas sin sentido. Es que Lucrecia la seguía mirando y ella se estaba poniendo muy nerviosa.

Levantó la mirada, porque eso de seguir revolviendo el interior de su mochila había perdido toda lógica y cuando se encontró con los ojos de esa chica todavía fijos en ella, solo pudo sonreírle tímidamente.

—El sábado vamos a ir con unas amigas a tomar algo —empezó a decirle, mientras jugaba con una servilleta que tenía en las manos— y quería preguntarte si te gustaría venir.

Decir que la había tomado por sorpresa era poco y ella sabía manejar muy mal todo eso de las invitaciones y de quedar con alguien. Su nerviosismo creció porque no sabía qué responderle o, más bien, cómo negarse.

—Somos tres nada más, voy con dos amigas y son divinas, te van a caer muy bien —continuó diciendo cuando vio que no respondía y que su cara seguramente no reflejaba ningún entusiasmo a la propuesta—. Vamos a Fusion —puntualizó, y la miró especialmente atenta cuando dijo esto último, como esperando ver cuál sería su reacción al escucharlo.

Fusion. Lo conocía y muy bien. Era un bar donde encontrabas lo que se te antojaba. No podría decirse que era un lugar exclusivamente para gente con determinados gustos, pero se sabía que te gustara lo que te gustara y tenías ganas de conocer a alguien con tus mismas preferencias Fusion era una buena opción y de verdad, porque no solo la clientela era variada, sino porque el lugar era muy llamativo, estaba muy bien decorado y pensado, pasaban buena música y los mozos eran muy atentos. Precios accesibles, excelentes tragos; en fin, un combo perfecto.

Y ahí estaba Lucrecia, apoyada en la barra, mirándola insistentemente a la espera de una respuesta que no llegaba. Seguramente ya estaba colorada de la vergüenza. Carraspeó, pasándose una mano por el pelo antes de hablar.

—¿Puedo confirmarte después? Es que ya había quedado con una amiga —mintió. Descaradamente, además, porque no se veía yendo a Fusion sola, a encontrarse con dos desconocidas y con Lucrecia. Sobre todo, eso.

Se estaba dando cuenta de que a lo mejor Isabella tenía razón y esa chica estaba un poco interesada en ella, pero el problema es que no quería complicar las cosas, responder preguntas o explicar nada y por eso prefería no ir. La sola idea de que pasara algo y tener que verla al otro día no le atraía en absoluto.

—Claro. Igual podés venir con tu amiga si tienen ganas. —Con un guiño de ojo y un golpecito con las palmas de las manos sobre la barra, saludó a todos en general, dándose media vuelta camino a la puerta.

—Fusion es uno de mis lugares preferidos. Hacemos de cuenta de que soy esa amiga con la que habías quedado y te acompaño, ¿te parece?

—¿Pero sos Dios o qué, Isabella? Estás en todos lados y escuchando cosas que no te importan —se defendió antes de que dijese algo más. Agarró su mochila, se la colgó al hombro y la miró—. Medio minuto tenés para agarrar tus cosas y salir, antes de que me arrepienta.

—Epa, epa, epa. ¡Que soy tu jefa, eh!

—Hace diez minutos que ya no —le retrucó, consultando impaciente su reloj.

La ayudó a terminar de apagar las luces y cerrar el bar, y ahora se encontraban en el auto de Isabella rumbo a su casa. Se había comprado unos granos de café de Nicaragua que todavía no había probado y le pareció una perfecta excusa para invitar a su amiga con una taza.

Aprovechó su lugar de copiloto para apoyar la cabeza en el asiento, mirar por la ventanilla y reflexionar. Era consciente de lo que significaba esa invitación de Lucrecia y no porque se creyera la diosa del Olimpo, lejos de eso, lejísimos, a una eternidad de distancia. Pero si sumabas dos más dos el resultado era claro y las miradas, las atenciones, las sonrisas y los roces de esa chica estaban lejos de ser una ecuación complicada. ¿Qué hacía? ¿Iba? ¿No iba? ¿Seguía jugando a los amigos invisibles y le decía que no podía? ¿Iba con Isabella? ¿Iba sola? ¿Iba un ratito y se volvía? Ufff, mierda, qué complicado todo, porque si iba estaba dando lugar a algo. Ella lo sabía, Lucrecia lo sabía. «Vamos a Fusion», y esa mirada que le había dedicado, insinuando y esperando, un acción-reacción de las reveladoras. ¿Iba? ¿No iba? Suspiró y decidió que no iba, que mejor se quedaba mirando alguna película con Antoni tirado encima de ella.

Cuando abrió la puerta del departamento enseguida sintió los maullidos de su gato. Apareció al trote, listo para su rutina de bienvenida, pero se vio obligado a frenarlo todo cuando vio a Isabella. Unos segundos de miradas cómplices, un maullido de los «especiales» dedicados exclusivamente a su amiga, según decía ella, porque al parecer entre los dos había algún tipo de comunicación secreta. Pero ahí lo tenías al traidor, ignorándola por completo y refregándose entre las piernas de Isabella.

—Antoni, hola. —Nada. Ni un miserable maullido, ni una mirada. El maleducado seguía en lo mismo y ahora hasta ronroneaba. ¡Ronroneaba! Gato veleta, eso era y no pensaba quedarse callada —. Gato veleta —le dijo mientras se ponía en cuclillas—, que por si no lo sabías, es la persona o animal que cambia de gusto o lealtad cada tanto según le convenga.

Antoni frenó su tarea de ir y venir en forma de ocho entre las piernas de su amiga para mirarla y dedicarle un maullido. Qué astuto, porque claro que sabía que Isabella cargaba con munición de la buena, por el simple hecho de que cada vez que iba le llevaba su comida preferida.

Después de cumplir a la perfección sus minutos de esclavitud y de jugar un rato con su gato, estaban sentadas en el sillón con una taza de exquisito café en sus manos, fuerte, de espuma oscura y acidez moderada.

—Estuviste callada todo el viaje, ¿estás bien? —Rompió el silencio su amiga.

¿Estaba bien? No, claro que no. Nunca estaba bien y ambas lo sabían.

—Estaba enfrascada en un millón de preguntas que debatían si ir o no ir a Fusion, para después

terminar como siempre.

—¿Te gusta Lucrecia?

La respuesta era sí, claro que sí. Le parecía una chica linda e interesante, no se iba a mentir, pero su incapacidad de relacionarse a niveles más íntimos con las personas la bloqueaba y le complicaba la vida en un 100 %. Le gustaba su compañera de trabajo, pero no era suficiente.

—Sí, pero no puedo, Isa. Es siempre lo mismo y estoy tan cansada, de verdad. —Se recostó en el respaldo del sillón y apoyó la cabeza, cerrando los ojos y suspirando. De repente le vinieron unas intensas ganas de llorar, así que los abrió y fijó la mirada en el techo, buscando en el cielorraso alguna veta secreta que contuviese una de las tantas respuestas que en su vida necesitaba—. Son muchos años con esto y a veces pienso que nunca voy a poder avanzar. Sigo teniendo las mismas pesadillas, acordándome de las mismas palabras y frenando a toda persona que quiere tocarme, porque no puedo, Isa. Te juro que no puedo.

Sintió la mano de su amiga acomodarle un mechón de pelo detrás de la oreja y después depositarla sobre su muslo, dándole un pequeño apretoncito. Un mensaje silencioso que decía «te escucho, acá estoy como siempre».

—El miedo y la vergüenza me paralizan y cuando me acuerdo de la única vez que estuve desnuda frente a una mujer…

—No sigas por ahí, Lara, te lo pido por favor —la interrumpió su amiga, frenando con el pulgar el avance de una lágrima que caía por su mejilla—. No todas las personas van a reaccionar igual y el mundo está lleno de gente con otra forma de ver las cosas.

Es que no lo creía. No podía pensar como Isabella por mucho que lo intentara. No podía desnudarse delante de alguien y dejar que la tocaran era una opción encerrada bajo mil candados. ¡Ni siquiera podía tocarse ella misma, por el amor de Dios! Porque al principio era solo su parte íntima, pero después eran sus hombros más anchos, su poco pecho, sus brazos marcados y sus vellos faciales, que si bien no aparecían en exceso, ella sabía que existían y tener que quitárselos seguido solo le recordaban que estaban ahí. E Isabella se empeñaba en repetirle mil veces que era hermosa así tal cual, que no veía lo que ella podía ver y la verdad es que no, no podía verlo. Su personalidad estaba cargada de kilos y kilos de inseguridad, autoestima en menos diez y muchísimo miedo.

—Si no puedo ni tocarme yo misma, ¿cómo pretendés que pueda permitir que lo haga otra persona? Decime cómo hago para no tener ese miedo a la reacción. Esa vergüenza de mi propio cuerpo, sentir que algo está mal y que hay que corregirlo. —Se incorporó en el sillón y volvió a tomar su taza de café entre las manos para darle un sorbo.

—No podés permitir que una persona, una sola persona Lara, te haga creer que todas son iguales —Se calló, esperando su respuesta, pero como no la miró ni le respondió, siguió hablando—. El miedo es una mierda siempre, pero el miedo a que te lastimen es el peor de todos y el que más sola te deja en la vida si no lo sabés controlar. Y yo no quiero verte sola, Lara. No soy psicóloga ni puedo darte consejos inteligentes ni decir frases de libro, pero espero que algún día puedas ver lo que yo veo cuando te miro. Y si hay algo que corregir es tu manera de verte, no tu cuerpo.

Pedazo de discurso el de su amiga.

Dejó la taza de café en la mesa baja frente al sillón, se apoyó con los codos en las piernas y tapó su cara con las manos, porque esa última frase le había arañado un poquito el corazón. Quizás era cierto y debía corregir su manera de verse, pero eran muchos años escondiéndose bajo las sábanas de su cama cuando todo ahí afuera le daba miedo. Los primeros tiempos por desconocimiento, por no saber qué le pasaba, por ser diferente. Por crecer rápido cuando su cuerpo debía hacerlo despacio y por quedarse estancada cuando debía seguir desarrollándose, yendo a la inversa que sus

compañeras del colegio, provocando las miradas burlonas e inquisitivas y los murmullos por lo bajo a sus espaldas, que por más tenues que sonaran a ella le martillaban los oídos. Unos años después por sentir que no encajaba y que, si quería hacerlo, tenían que corregirla y arreglarla. Nunca había tenido tiempo para ponerse a pensar en que quizás existía la opción de quererse tal cual era.

Sintió cómo su amiga le acariciaba la espalda en otro mensaje silencioso de apoyo y volvía a darle un apretoncito en el muslo.

—Las personas ni siquiera saben lo que es la intersexualidad, Isa —dijo frustrada, todavía con las manos en la cara.

—Explicáselos como me lo explicaste a mí. Las personas no nacen sabiendo y no podés culparlos por eso.

Una verdad indiscutible, no podía negarlo. ¿Pero explicarlo? No se imaginaba haciéndolo y si lo imaginaba no le gustaba la escena, porque una cosa era explicárselo a Isabella en su momento, o a Juan, o a su abuela o hasta a su terapeuta cuando la tuvo, pero otra muy distinta era explicárselo a alguien como paso previo a que te quiten la ropa. El miedo a que te lastimen era el peor de todos y el que más sola te dejaba, sin dudas.

Quitó las manos de su cara y apoyó la cabeza en el hombro de Isabella, quien automáticamente le rodeó los suyos con su brazo apretándola fuerte contra sí. Le dejó un beso en la coronilla y guardó el más absoluto de los silencios, de esos que aturden por decir tanto. Estuvieron así durante varios minutos tan solo con su llanto bajito de fondo. La mirada perdida en algún punto de la mesa y la respiración irregular a causa de la emoción del momento. Estaba tan agradecida de tenerla con ella y sentía que le debía tanto, que no iba a ser capaz de devolverle ni la mitad.

«Explicáselos como me lo explicaste a mí», esa frase repitiéndose en su cabeza una y otra vez.

¿Y si ese era el camino? ¿Y si debía empezar a abrirse un poco más y ver qué pasaba? Sabía que ese «explicáselos» de Isabella no implicaba dar una clase abierta sobre el tema, sino tal vez contarlo, hablarlo y así de alguna forma empezar a sentirse parte de su propia historia, de quién era. No podía negar que muchas veces fantaseaba con la idea de poder disfrutar de su sexualidad con alguien, con dejarse desvestir, que descubrieran su piel, su cuerpo entero. Se imaginaba a alguien mirándola con deseo y sin prejuicios, sin juzgar, sin preguntar. Es que… Mierda, a veces la invadía tanto la necesidad de todo eso, porque en el fondo era una persona que sentía como cualquier otra; la piel se le erizaba ante una caricia, los escalofríos la recorrían entera si le susurraban al oído, la respiración se le agitaba con un buen beso y el pulso se le aceleraba si le mordían el cuello. Acción, reacción.

—Voy a ir el sábado a Fusion.

—Perfecto. Antoni y yo te acompañamos. —Se rio ante la imagen mental que creó su cabeza—. No sé de qué te reís. Él te ama y por eso quiere acompañarte —lo defendió su amiga.

—Gato veleta. Seguro que ni bien pone una pata en el bar se va con la primera que tenga cara de tener atún en su cartera —lo dijo con una sonrisa y mirando a su gato durmiendo plácidamente en su camita, ajeno a todo su drama.

Escuchó a Isabella reír por lo bajo y suspirar después.

—Estoy muy contenta de que vayas, pero si al final cambiás de opinión y no vas, tenés que saber que el simple hecho de haberlo pensado es un paso, Lara. Sos consciente de eso, ¿no? —La separó de su abrazo y la miró a los ojos, secándole los restos de lágrimas de las mejillas.

No, no era consciente, pero ahora que su amiga lo mencionaba lo veía desde otra perspectiva. Era cierto que tenía que empezar a valorar cada pequeño paso que daba y no olvidarse de que lo había dado, que había avanzado la distancia que sea. Un metro o un centímetro, no importaba, porque después la suma haría la gran diferencia.

# 5. Tango

Miró su reloj, recién era mediodía, pero sentía que hacía diez horas que estaba ahí metida. Pasaba hojas sin leer siquiera nada, iban y venían de un lado a otro sin sentido, porque desde la visita de su hermana al gimnasio hace unos días, no podía pensar en otra cosa. Por mucho que lo intentara, incluso anoche, cuando trató de retomar aquel cuadro, pero sin éxito, la pareja seguía sin estar ambas definidas, el cielo lo veía cada vez más negro y por mucho que aquel niño remontara el barrilete, nada pasaba. Al final, el cuadro terminó apoyado contra la pared y echado a la suerte y ella salió de la habitación de pintura con el paquete de cigarrillos en la mano y dispuesta a fumarse la vida, o al menos las cosas que la atormentaban. A lo mejor si las inhalaba junto con el humo, después podía expulsarlas en un suspiro.

Necesitaba hablar con alguien y por eso estaba esperando que Lucía se pasara por su oficina ni bien pudiera. Hoy era un día de esos llenos de cosas y se sentía totalmente improductiva.

—¡Mierda! —Casi lo gruñó, mientras tiraba la lapicera sobre el escritorio y escondía la cara entre las manos.

Suspiró hondo y trató de tranquilizarse. Agarró su celular y revisó si tenía algún mensaje, pero nada, así que supuso que no había novedades y realmente esperaba que no las hubiera nunca. Dejó el teléfono a un lado y reclinándose sobre el sillón cerró los ojos, sintiendo que todo le daba vueltas como en las peores borracheras, cuando lo único que tenía encima era un par de cafés. Todas las imágenes de hace años atrás volvían a su cabeza sin importar el orden y al azar, porque con la noticia que le había dado Martina habían resurgido de lo más profundo de ese hueco que había tapado con toneladas de paciencia y esfuerzo, de empatía y abrazos con su hermana. Pero ahí estaban, queriendo asomar y hacer raíces de nuevo.

—Juli. —Escuchó la voz de Lucía y abrió los ojos. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se había percatado de su llegada—. Recién me libero —le dijo mientras entraba en la oficina cerrando la puerta.

Se acercó a su escritorio y se sentó frente a ella, que la miraba sin mirar, tal cual había hecho toda la mañana con esos papeles. Lucía frunció el ceño y la miró sabiendo que algo no iba bien.

—¿Qué está pasando? Por el tono de tu voz más temprano asumo que nada bueno. —Acercó más la silla al borde del escritorio y apoyó los antebrazos, entrelazando los dedos de las manos en clara señal de prestarle toda la atención que necesitara.

—Esteban salió de la cárcel —lo dijo sin mover más de los músculos necesarios para decirlo. Casi sin pestañear ni respirar, porque hacerlo en voz alta lo hacía todo mucho más real—. Cumplió su condena y está en libertad. —El doble de real.

Lucía se quedó en silencio, prácticamente congelada en el lugar y podía notar cómo la tensión se apoderaba de ella. La vio tragar saliva con dificultad y mover levemente la boca intentando decir algo, sin que nada pudiera salir. La entendía y esperaba esa reacción de su parte, por eso le dio el tiempo necesario para procesarlo.

Suspiró y se frotó la frente con la mano para ver si así podía hacer desaparecer su dolor de cabeza, pero no había caso, lo tenía aferrado a las sienes y parecía empecinado en acompañarla lo que restase del día.

—La puta madre… —Finalmente Lucía pudo hablar y se levantó de la silla para empezar a caminar por la oficina sin ninguna dirección en concreto, en círculos y en líneas rectas, iba y venía, y eso la ponía más nerviosa todavía.

Cuando estaba a punto de pedirle que parase, su amiga frenó en seco y la miró. No tardó ni cinco segundos en llevar la silla y sentarse cerca de ella. La hizo girar en la suya propia para quedar frente a frente, tomándola de las manos y buscando sus ojos.

—Nada va a pasar, Juli. Nada va a pasarle a Martina, ¿está claro? —Bajó la mirada ante las palabras de su amiga porque en el fondo no estaba segura de eso y sintió cómo la vista se le nublaba y esa sensación de ahogo en el pecho—. Ey… —La voz cálida de Lucía y el dedo índice en su barbilla intentando que la mirase fue el detonante para romperse y dejar salir toda la angustia.

Apoyó la frente en el hombro de su amiga y lloró. Sintió un nudo formándose en el pecho, como si su interior estuviese atrapado con una cuerda y dos fuerzas tirasen de cada extremo a la vez, estrujándolo todo por completo. Podía sentir las caricias de Lucía en su cabeza en un intento de consolarla o de simplemente hacerle ver que ahí estaba, como siempre. Al igual que lo habían hecho tantas veces y por tantos motivos diferentes, ahí se encontraban de nuevo compartiendo tristezas y siendo el apoyo de la otra. Como cuando la dejó su novio de cinco años y Lucía la sostenía como lo estaba haciendo ahora mismo, pero en otro lugar y en otros tiempos. Esta vez tenían varios años más, mucha agua había pasado bajo el puente y el dolor era distinto. Era tan distinto que hasta podía burlarse de todos los dolores pasados, porque como este, ninguno. Ninguno tan fuerte, tan aplastante y tan arrollador.

—No estoy segura, Lu. No estoy segura de nada y no estoy preparada para esto. Tengo muchísimo miedo por Martina, tanto que no te podés imaginar. —No pudo seguir hablando cuando la voz se le quebró.

Su amiga se mantuvo en silencio sin dejar de frotarle la espalda y podía sentirle todo su cuerpo en tensión, porque Lucía no era ajena a nada. Había sufrido con ella, con su hermana y con su familia completa, había presenciado en primera fila todo el caos que fueron esos años y lo duro de la situación. Sabía que si en ese momento Esteban entraba por la puerta era capaz de matarlo sin siquiera pensarlo dos veces.

—Shhh, tranquila… —le pidió en un susurro.

—Me fue a buscar al gimnasio para contarme. Estaba destrozada y me vino a buscar a mí, ¿entendés? Me vino a buscar a mí, como lo hizo esa vez y yo me estoy volviendo loca del miedo a fallarle de nuevo —lo dijo contra el pecho de su amiga, casi ahogada porque la tirantez en el suyo era cada vez mayor y porque ese era el epicentro de todos sus temores. Fallarle.

Cuando vio a Martina en el gimnasio, llorando y pidiéndole ayuda, fue como un *déjà vù* de esos que hacen que el corazón se salte un par de latidos. La sensación de que el tiempo queda en suspenso, un zumbido chilla en los oídos y el cuerpo se mueve a cámara lenta. Así se volvió a sentir días atrás y ahora no sabía qué hacer con todo eso, le quedaba grande y se sentía perdida. Como una criatura parada frente al monstruo más espantoso de la tierra, sola y abrazando a su osito de peluche. Mirándolo, sopesando opciones y haciéndose la valiente mientras internamente trataba de buscar la forma de escapar, porque lo último que quería era volver a ser atrapada de nuevo por esa bestia.

—Nunca le fallaste y no vas a hacerlo ahora, Juli.

Ojalá pudiera creerle.

***

Estaban yendo las dos a la casa de Martina. Le había enviado un mensaje para avisarle de que se pasaban por allá para almorzar y charlar un rato, porque estaba segura de que su hermana lo necesitaba por más que se empecinara en aparentar lo contrario.

Estacionó el auto justo frente a su casa y, como siempre, la envidia sana que le tenía a su hermana por vivir en ese barrio tan tranquilo y con tanto verde se hizo presente. Algún día se iría a un lugar así, pero de momento era tan poco probable como ver a Lucía sin planes amatorios durante un fin de semana.

—Esperá, tengo que preguntarte algo importante, Julia. —Se giró y la miró extrañada, con la puerta del auto a medio abrir—. ¿Qué tal está ese médico colega de Martina? No me retoqué el maquillaje antes de salir. ¿Debería hacerlo? —Lo que decía, no perdía el tiempo.

Revoleó los ojos y ni se molestó en responderle. Se bajó apurada porque quería ver a su hermana y además no tenían minutos de sobra para andar retocando maquillajes. Golpeó a la puerta mientras podía ver cómo Lucía se acomodaba la pollera, la camisa y el pelo. Volvió a revolear los ojos y no pudo evitar sonreír mientras negaba con la cabeza.

Las recibió su hermana con una sonrisa que no era sincera del todo y ella lo sabía, pero lo dejó pasar porque quería dejar el drama de lado, más todavía con desconocidos delante. Después de abrazarla y darle un beso en la mejilla, ingresó a la casa con Lucía pisándole los talones.

Era un lugar muy lindo y adoraba que tuviera espacios grandes; un generoso *living* con sillones en color caoba bien distribuidos, una mesa de vidrio con sillas negras más al fondo, cocina totalmente blanca y espaciosa y dos dormitorios. Su hermana tenía muy buen gusto y la decoración era la justa, con todo a tono y bien pensado.

—Chicas, él es Gustavo, compañero del hospital. —Hizo las presentaciones formales y ya podía leerle la mente a Lucía, de seguro que acertaba sus pensamientos con un sobresaliente, un diez de diez—. Estábamos discutiendo un caso de trauma hasta que se acordó del caos que tiene en su casa y empezó a ofuscarse y a putear a todos los arquitectos.

«¿A todos?», casi podía escucharlo como respuesta de la boca de su amiga.

—¿A todos? —preguntó Lucía.

No quiso pecar de engreída, pero si todas las respuestas iban a ser así de fáciles de adivinar, ya se daba por victoriosa.

El chico la miró con una sonrisa y le hizo un escaneo completo sin ningún tipo de disimulo.

—Estás frente a las mejores arquitectas de la ciudad. —Bueno, ya podría su hermana ir ampliando un poquito ese rango, la verdad. Qué poco sabía venderla, por Dios—. Gustavo está teniendo problemas de logística y parece ser que el arquitecto no está cumpliendo con lo pactado. Además de que los diseños que le propone son bastante escuetos, honestamente. Los vi recién —dijo, acompañando su opinión con cara de desagrado y frunciendo un poco la nariz.

Estaba tan claro que eran hermanas, hasta compartían los mismos gestos. Bueno, dejando siempre de lado la forma de hablar de cada una, claro. Estaba segura de que Martina todos los días abría el diccionario buscando una palabra nueva para agregar a su educado vocabulario.

—Sí, la verdad es que la estoy pasando mal. Necesito mejores ideas.

«Podría mostrarte algunas», y se rio mentalmente, porque por un momento se estaba olvidando de su drama mientras jugaba a leerle los pensamientos a su amiga.

—Bueno, podría darte algunas interesantes.

A veces pensaba que debían de haber compartido vientre, en serio, porque no podía conocerla tanto.

Compartió una mirada cómplice con su hermana y los dejaron solos un rato mientras se dirigían a

la cocina para servir el almuerzo. Su esperanza de que Martina hubiese hecho comida casera se esfumó cuando vio que había pedido a domicilio, así que el menú era un salteado de arroz y vegetales para tres. Al parecer, Gustavo no se quedaba a almorzar y por un lado lo agradecía porque quería conversar un rato con ella sobre Esteban.

Terminaron de servir los platos y la ayudó a llevar las cosas a la mesa. Se moría por una cerveza o un buen vino, pero si bebía a esas horas seguro que se dormía sobre el escritorio después. Cuando terminaron de llevar todo pudo escuchar parte de la charla entre los dos tortolitos.

—Me encanta la idea, sobre todo la de tirar esta pared abajo —le decía Gustavo, señalando algo en la pantalla del celular.

—Vas a ganar más luz en el ambiente, además. Pero bueno, viéndolo es distinto. —Ahí estaba su amiga, aprovechando desgracias ajenas para beneficio propio. «A río revuelto, ganancia de pescadores», pensó la abuela.

—Sería genial. Si te parece me das tu número y nos ponemos de acuerdo.

Oh, Dios, eso era tan fácil. Cualquiera diría que Lucía ya se lo estaba escribiendo en la frente para que no lo perdiera, pero no. Su jugada era distinta y ella la conocía. «Podés llamar a la oficina y preguntar por mí». Apostaba todo lo que tenía, absolutamente todo por esa respuesta.

—Martina tiene el número de la oficina, si preguntás por mí seguro que me conocen.

¡Ja! Se besó el culo por conocerla tanto.

Después de unos minutos el chico se despidió y quedaron las tres solas. Se sentaron a la mesa y entre chistes sobre la forma de Lucía para aprovechar las oportunidades, terminaron sus platos y se encontraban tranquilas hablando sobre la operación que debía realizar junto a Gustavo y que por eso se lo habían encontrado ahí en ese momento. Su hermana era cirujana y se especializaba en traumatología, su madre estaba feliz y orgullosa de sus hijas, aunque su felicidad hubiese sido completa si alguna se hubiese inclinado por las finanzas, como lo había hecho ella. Su padre era un reconocido abogado, a pesar de que ya no ejerciera y el apellido Cohen en ese rubro era sinónimo de excelencia. Actualmente tenía su propio estudio de abogados y se encargaba de gerenciarlo.

—¿Papá y mamá saben lo de Esteban? —le preguntó porque el tiempo pasaba, ellas debían volver al trabajo y no tenía sentido seguir estirando la conversación. Sentía muchos frentes abiertos y debía empezar a cerrarlos de a uno.

—No y no sé si decirles, no quiero preocuparlos, Julia —contestó.

—Martina, sabés que papá se puede ocupar y hacer uso de sus contactos en caso de que vuelva a acercarse.

—No va a volver a acercarse.

—¡Eso no lo sabés, por Dios! —Elevó la voz, levantándose de la silla abruptamente después de golpear la mesa con las palmas de las manos. Es que venía muy nerviosa con todo el tema y esa repentina actitud positiva de su hermana la sacó de las casillas.

—Juli… —la llamó Lucía en un tono suave.

Se quedó parada de espaldas a la mesa, con el dedo pulgar e índice apretándose el puente de la nariz, los ojos cerrados y el ceño fruncido. Todo en ella era pura tensión y debía controlarse, no olvidarse que Martina la necesitaba tranquila y que lo importante acá era su hermana. «Prioridades, Julia, por favor», se dijo a sí misma. Dio un largo suspiro y se giró de nuevo.

—Perdoname, Tina. —Suavizó el tono y volvió a sentarse frente a ella—. Pero estoy muy nerviosa y tu pasividad ante la situación me pone peor —le confesó.

—¿Te haría sentir más tranquila si estuviese llorando desesperada y a los gritos? ¿Corriendo de un lado a otro, hablando con papá, con mamá, preocupando a medio mundo y enloqueciendo a todos?

—le preguntó, en un tono pausado y con una sonrisa algo irónica—. Si querés puedo poner un policía las 24 horas en la puerta de casa también. ¿Estarías más tranquila? —Y la ironía ya no era a medias, sino completa.

Martina nunca gritaba, nunca se exasperaba ni perdía el control; a todo le ponía el mismo tono de voz que te hacían florecer unas ganas desesperantes de zamarrearla de los hombros y pedirle un poco de sangre en las venas.

Levantó la vista y la miró molesta. La tensión podía cortarse con un cuchillo y parecía que ambas estaban dispuestas a iniciar una guerra de palabras, porque entre ellas las discusiones nunca eran a medias tintas y cuando ponían primera aceleraban a fondo sin mirar ni al cruzar las esquinas. Por suerte, Lucía intervino.

—Bueno, bueno, bueno… A ver, que somos gente grande y discutir no tiene sentido. Vamos a calmarnos, por favor, ¿sí? —Quiso mediar su amiga, en un intento por aquietar las aguas—. Juli, relajate y pensá con tranquilidad y vos, Tina, aflojá con las ironías.

Dicho eso, ambas bajaron la mirada y fruncieron la nariz a la vez.

—Tina, por lo que decís, asumo que Esteban no apareció en estos días —le dijo Lucía a su hermana, en un tono tranquilo.

—No, y no va a aparecer. Tiene que ser muy tonto para acercarse —respondió de nuevo con esa confianza y tan tranquila.

—Buff… Tonto dice… —protestó, cruzándose de brazos y mirando hacia un costado mientras negaba con la cabeza. Había momentos de su vida en donde el vocabulario que Martina siempre usaba le hacía poner los ojos en blanco y mover compulsivamente la pierna, como ahora. Tanto su hermana como Lucía la miraron y ella no pudo quedarse callada, porque encima lo hacían en tono acusador—. Se dice imbécil, hijo de puta, gente de mierda. No tonto. No parecés la misma persona que fue al gimnasio a buscarme desesperada porque se había enterado que Esteban estaba libre, parecía que te ibas a desmayar, Martina —lo soltó, porque era cierto y porque necesitaba que le explicara su actitud—. Perdoname, pero yo estaba ahí y vi tu estado, nadie me lo contó.

—Porque acababa de enterarme, por eso. Estaba en *shock*, Julia, pero ahora estoy más tranquila y sé que no va a volver a acercarse. Además, está Lautaro, no estoy sola.

—¿Él lo sabe entonces? —le preguntó, con la esperanza de que le hubiera contado a su novio de la situación.

—Sí —dijo, suspirando—. Y quiere venir a vivir acá, al menos un tiempo.

A ella le pareció una idea fantástica y de lo más acertada. No entendía por qué la cara de Martina no reflejaba lo mismo.

—Me parece una idea perfecta, Tina —opinó.

—Pero a mí no. Hace un año que estamos juntos, no me parece prudente —replicó, y de repente le dieron ganas de golpear de nuevo la mesa, pegarle unos tres o cuatro gritos a ver si reaccionaba y se daba cuenta de las cosas, pero optó por apoyar el codo derecho sobre la mesa y refregarse la frente con la mano, en claro gesto de buscar un auto control de sí misma.

—Yo también creo que es una buena idea, Tina. —La escuchó decir a Lucía. Levantó las manos y miró al techo, como diciendo «¡al fin alguien que piensa!». Ambas la miraron por un segundo y su amiga continuó—. Y antes de que digas cualquier burrada, no se trata de ponerse del lado de nadie, se trata de que hay que tomar ciertas precauciones. No lo lleves al extremo, estoy de acuerdo, pero tomá algunas medidas, nada más. Solo por un tiempo.

Tenía ganas de pararse sobre la mesa, aplaudir y preguntarle a su hermana «ahora que lo dice Lucía, ¿lo entendés?». Pero ni se paró encima de la mesa, ni aplaudió, ni dijo nada. Cinco segundos le

duró esa postura hasta que abrió la boca otra vez.

—Que hace un año que estén juntos es un detalle secundario. Por favor, al menos por un tiempo…

Se asombró del cálido tono con el que lo dijo en contraste con el huracán de nervios que le corría por dentro. Es que su hermana tenía que entenderlo, por el amor de Dios. No le pedía que se casara con el chico, sino que aceptara unos meses vivir con él. Tampoco debía de ser tan grave. Martina estaba enamorada de pies a cabeza de Lautaro y ella muy feliz de que, finalmente, hubiese podido rehacer su vida después de Esteban.

Silencio.

Un silencio incómodo y se estaba poniendo muy impaciente, de verdad, porque necesitaba estar un poco tranquila y no sabía si la compañía de Lautaro iba a conseguir bajarle el nivel de ansiedad que cargaba, pero un par de líneas seguro que sí. Es que si su nerviosismo estuviese medido por algún tipo de escala estaba convencida de que las rompía a todas.

—Está bien —dijo Martina, después de unos eternos segundos.

Automáticamente su cuerpo liberó tensiones, sus hombros bajaron y se dejó caer sobre el respaldar de la silla. El corazón volvió a latirle a velocidades más normales, la temperatura de su sangre disminuyó en un par de grados y su respiración se tranquilizó. Se llevó las manos a la cara, se la refregó un par de veces y suspiró.

—Gracias. —Fue todo lo que pudo decirle.

—No quiero vivir con miedo y hacer esto me hace sentir que lo hago —confesó Martina, jugando con los dedos de las manos que rápidamente levantó cuando vio que tanto Lucía como ella iban a replicarle—. Pero está bien, voy a hablar con Lautaro para que venga un tiempo a vivir acá. —Y su cuerpo volvió a relajarse, porque ya había entrado en tensión de nuevo.

—No vivas con miedo, solo te pido que estés atenta, nada más, y que cualquier cosa me avises, Tina. Te lo suplico —se lo pidió con los ojos humedecidos y tomándole las manos entre las suyas. Martina miraba algún punto cualquiera de la mesa menos a ellas.

—Sabemos que tu hermana es intensa, Tina. Media pesada, si la miramos con un solo ojo. Mal hablada, terca, a veces insoportable y engreída, que cree que por tener esas tetas se puede llevar al mundo por delante. —Levantó ambas cejas y la miró con la boca abierta dispuesta a quejarse, pero su amiga la apuntó con el dedo índice haciéndola callar—. Pero te adora y por eso se preocupa. Algo bueno tenía que tener, ¿no?

Martina sonrió, levantando la mirada y observándola. Se olvidó un poco de la dulzura de Lucía al describirla porque la sonrisa de su hermana era más importante. No pudo hacer otra cosa que devolvérsela y apretar sus manos con fuerza, porque nunca se las había soltado.

—Prometo estar atenta y avisarte cualquier cosa —le dijo sin perder la sonrisa.

Soltó sus manos y se levantó, rodeando la mesa se acercó a su hermana y le dejó un beso en su coronilla, haciendo que apoyara la cabeza en su abdomen. Dirigió la mirada a Lucía y cuando también la miró, le guiñó un ojo y movió los labios gesticulando un «gracias» sin pronunciarlo en voz alta. Su amiga las miraba con ternura y esbozando una sonrisa cargada de empatía. Habían bajado la guardia para disfrutar de ese abrazo, Martina estaba rodeando su cintura sentada desde su posición y la apretaba fuerte contra sí, en un claro gesto necesitado.

Varios abrazos más y después de una taza de café ambas estaban de nuevo camino a la oficina. El día no había terminado y lo que menos sospechaba, mientras esperaba distraída a que el semáforo se pusiera en verde, era que iría mejorando con el pasar de las horas.

***

De nuevo en su auto, pero esta vez con distinto acompañante. Estaba llegando al club para dejar a Nacho en su entrenamiento de fútbol, al cual asistía religiosamente tres veces por semana. Su hijo era muy fanático de ese deporte y lo practicaba desde hacía ya varios años, además de no perderse ningún partido que daban por televisión sea del equipo que sea. ¿Su ídolo? Messi, por favor, que eso no podía discutirse y estaba un poco harta de tanta foto y referencia por todos lados de ese jugador. Y tanto fanatismo por parte del chico terminó contagiándola un poco a ella, no podía decirse que su pasión por ese deporte llegaba a los niveles cósmicos de su hijo, pero le había agarrado bastante el gusto, solían mirar algún que otro partido juntos y los de su equipo preferido no se los perdía, eso sí, hasta tenían la camiseta oficial y era cábala que ambos se la pusieran en cada partido que jugaban.

—¿En dos horas, cierto? —se aseguró después de estacionar frente al club.

—Cierto —le respondió Nacho mientras se quitaba el cinturón de seguridad y se estiraba para tomar su bolso del asiento trasero. Cuando se acercó para saludarla con un beso en la mejilla aprovechó la ocasión para abrazarlo fuerte y revolverle el pelo. Por Dios, qué bien se sentía y desde que había aprendido a buscarlos y no esperarlos, los abrazos eran el doble de reconfortantes.

—¿Qué estés tan perfumado es por Agostina? —le preguntó sin pretender romper el abrazo, pero su hijo chasqueó la lengua y se separó de ella.

—Basta, mamá… —le dijo con la vista fija en su bolso mientras jugueteaba con el cierre. Le notó las mejillas apenas sonrojadas y sonrió con ternura.

—Agos… me gusta su nombre. —Su hijo asintió con la cabeza, más avergonzado que antes y ahora también jugaba con las tiras del bolso. Nacho la miró por un breve instante antes de volver a desviar la vista y hablar.

—A veces… no sé cómo… —Parecía no encontrar las palabras y ahora su mirada iba de la ventanilla al bolso, del bolso al frente y del frente al bolso de nuevo.

—¿Cómo…? —lo alentó a seguir.

—¿Cómo fue el primer beso entre papá y vos? —Y si había algo que jamás se esperaría era aquella pregunta. Directa al pecho como la mejor de las dagas, dándole un pinchazo en el corazón y haciéndolo sobresaltar a lo loco, de repente, desesperado, buscando con ella una respuesta a semejante pregunta. La sonrisa la fue perdiendo paulatinamente y su silencio llamó la atención de Nacho, quien al mirarla la hizo reaccionar y buscar en su cabeza las palabras adecuadas.

—Bueno, fue… no me lo esperaba.

—¿Porqué? —preguntó su hijo, pero ella ya no tenía más respuestas o no quería darlas, una mezcla de ambas, y el cuerpo le pedía a gritos escapar de la situación.

—Historia larga y estás llegando tarde, pero escuchame… de la manera que te salga y lo sientas va a estar bien, va a ser especial. —Y era verdad. Le revolvió el pelo antes de darle un sonoro beso en la mejilla y tomarle el rostro entre las manos para que la mirase—. El momento va a llegar solo, vas a ver. —Nacho le sonrió tímido y volvió a asentir con la cabeza. Lo vio tomar el bolso y abrir la puerta del auto, pero cuando iba a salir frenó todo movimiento y clavó su vista en ella.

—¿Resultado para hoy? —le preguntó, mirándola expectante y con ese brillo en los ojos, porque por algún tipo de alineamiento de planetas o debido a alguna razón extrasensorial o visionaria, atada meramente a su pura suerte, muchas veces acertaba los resultados o al menos si ganaban o perdían.

—Ganamos dos a cero. Y jugando a media máquina —pronosticó, con gesto arrogante y guiñándole un ojo. Eso le regaló una sonrisa de las enormes en la cara de su hijo y a ella le salió otra igual.

Nacho le dio un beso extra, seguramente impulsado por el dos a cero, y bajó a toda velocidad para llegar casi corriendo a las puertas del club.

Estaba por arrancar, pero segundos antes de girar la llave se arrepintió. Se desabrochó el cinturón de seguridad y revolvió dentro de la cartera buscando el paquete de cigarrillos que se había comprado al salir de la oficina. Cuando lo encontró, lo miró por un instante considerando la idea de arrepentirse. Seis años hacía que lo había dejado y ahí estaba de nuevo, a punto de llevarse uno a la boca.

Se bajó, cerró la puerta y se apoyó de espaldas. Abrió el paquete, sacó un cigarrillo y lo prendió. Primera pitada y esa maldita sensación de bienestar y de que los nervios te bajan de cien a veinte. No le gustaba lo que estaba haciendo, para nada, pero era un alivio inmediato a su malestar, un paliativo que en ese momento necesitaba con urgencia y, de repente, el calmarse a base de nicotina le sentaba mejor que cualquier otra cosa.

«¿Cómo fue el primer beso entre papá y vos?».

A veces sentía que las vías de escape cada vez se le reducían más y más, que el contador no paraba de ir marcha atrás y que en cualquier momento llegaría a cero y con eso el momento que venía temiéndole desde siempre.

A la mitad lo apagó y se metió de nuevo dentro del auto, había decidido pasar por el gimnasio para cargarse con un poco de adrenalina, aprovechando que tenía tiempo de entrenar un rato hasta que llegara la hora de ir a buscar a Nacho. Después una ducha, pizza, partido con su hijo y a la cama. Planazo.

Manejó unos diez minutos hasta llegar y cuando cruzó la puerta agradeció internamente que no hubiese mucha gente en el lugar, apenas algunos chicos yendo y viniendo y Lara.

Lara.

La chica portadora de esos ojazos verdes y esa boca de infarto. La había visto solamente un par de veces y sus ojos la atraían como dos imanes, aunque esa castaña se rehusase a mirarla durante más de un par de segundos seguidos. Una pena, porque si fuese por ella se quedaba un largo rato observándola y si podía ser de cerca, mucho mejor, porque ya había podido comprobar que a cortas distancias sus ojos eran más espectaculares todavía.

¿Si le llamaba la atención cómo Lara se avergonzaba cuando la miraba? Quizás. ¿Si se había sacado la musculosa a propósito delante de ella para ver su reacción? A lo mejor. Y fue por eso que después no pudo evitar generar esa tensión cuando volvió a verla. Porque sí, porque fue absoluta y descaradamente pensado con toda la intención de provocar un acercamiento. Esas caricias sutiles mientras la vendaba y ni hablar cuando se le ocurrió empezar a masajearla.

Estaba parada decidiendo qué hacer, analizando si sus ganas de acercarse eran puro capricho o clara necesidad de contacto. Si empezaba con algunas máquinas o arrancaba con la cinta, justo al lado de Lara.

A la mierda, de cabeza a la cinta.

Pero no llegó ni a dar un solo paso cuando sintió que alguien a su espalda la tomaba por la cintura y le hablaba al oído.

—No te esperaba por acá hoy —le susurró Mariano, en un tono cómplice.

Se giró ante la sorpresa, porque ella tampoco se esperaba ese acercamiento y lo miró un poco confundida; si algo habían acordado era no ser demasiado cariñosos dentro del lugar. Al darse cuenta, Mariano levantó los brazos en gesto de paz y dio un paso atrás.

—Yo tampoco tenía pensado venir, pero bueno… —Se encogió de hombros y le sonrió.

Lo recorrió con la mirada para comprobar, por décima vez, que ese chico era precioso y dejarlo

pasar una total falta de respeto a las oportunidades, por eso en cuánto pudo se perdió en ese cuerpo de miedo y en esa sonrisa.

—Si me seguís mirando así después no me pidas distancia —le dijo, bajando la mirada a su escote y sin ningún tipo de disimulo.

Le estaba dando un poco de calor la situación así que decidió poner un freno y empezar a lo que iba. Le dedicó una sonrisa mitad provocadora mitad inocente y se giró camino a la cinta.

Se acercó a paso firme, Lara todavía no la había visto y se la veía concentrada en su celular, a lo mejor buscando algo de música para hacer sonar en los auriculares que llevaba puestos. Tenía el pelo atado, una remera y unos pantalones cortos que le quedaban bastante sueltos. Se subió a la cinta y empezó a toquetear los botones para seleccionar el programa y en cuanto la chica notó movimiento cerca, la miró. Lo pudo sentir, porque en ningún momento se había girado a verla y una vez la cinta arrancó, empezó con una caminata ligera para ir aumentando la velocidad de a poco.

Cuando levantó la mirada se cruzó con ese verde que la observaba a través del espejo que había frente a las cintas. Le sonrió y Lara se la devolvió apenas, desviando la vista al instante y claramente avergonzada por haber sido descubierta. Se lamentó por dentro ante esa desconexión y subió un poco la velocidad, no tenía mucha paciencia y quería empezar ya con el trote.

La verdad fue que en los minutos que estuvo al lado de Lara más de una vez había podido notar su mirada sobre ella, siempre a través del espejo, y le había encantado. Le gustaba que la mirase y que fuese tan tímida, pero que a su vez no pudiera evitarlo. Su intuición le decía que a esa chica le gustaban las chicas o que algo generaba en la castaña, porque una no iba por la vida mirando así a la gente a menos que le gustase, ¿no? Y como la única debatiendo sobre ese tema era ella, se dio la razón por unanimidad.

¿Cuántos años tendría?, se preguntaba mientras la observaba hacer algo de bíceps. No pasaba los treinta, seguro. A lo mejor unos veintisiete, por ahí. Uff, mucho menor que ella, pero la verdad que no le importaba, para un polvo y pasarla bien, qué más daba. Además, hacía muchísimo que no estaba con una mujer y no le molestaría en absoluto rememorar esos tiempos con ella.

¿Tendría pareja?, pensó mientras la observaba hacer pectorales. Se había movido a la máquina de bíceps, a la misma que había estado Lara anteriormente, porque la iba persiguiendo como la mejor de las acosadoras y aquella chica ni la miraba. Pero ella sí que lo hacía, sobre todo cuando podía llegar a ver cómo se le marcaban los hombros y los brazos por el esfuerzo. No podía ver mucho con esa ropa suelta pero ya había podido apreciar algo cuando le hizo esos masajes, se la notaba muy fuerte y le encantaba.

Cuando Lara se fue a pegarle un poco a la bolsa vio su oportunidad de oro frente a ella. Con la excusa de corregir alguna postura tendría la suerte de entablar conversación y ver qué pasaba.

Esperó unos minutos de golpes, retuvo en su memoria un par de marcaciones y se acercó. Cuando estuvo a unos centímetros de su espalda se dio cuenta de que todavía llevaba puestos los auriculares así que no iba a poder escucharla. No le quedó otra que pararse delante de ella y detrás de la bolsa, sujetándola con las dos manos y buscando el verde de sus ojos.

Lara frenó todo movimiento y la miró sorprendida, como era de esperar, y aprovechó su desconcierto para quitarle uno de los auriculares de la oreja, observando cómo la castaña seguía sus movimientos atentamente.

—Como entrenadora me veo en la obligación de corregirte si algo veo mal, ¿no? —le preguntó, sonriendo de lado y levantando su ceja izquierda.

Pudo notar al instante cómo Lara observó su gesto y le devolvió una sonrisa nerviosa, apoyando el peso de su cuerpo en una pierna y sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

—Creo que sí, que deberías… —Y la miró fugazmente, mientras cambiaba el apoyo a su otra pierna e intentaba disimular su nerviosismo.

—Acordate de la respiración, inhalá por la nariz y exhalá por la boca de a poco, en cada golpe —le remarcó, sin dejar de sostener la bolsa.

Lara la miró y asintió con la cabeza, esperando que se moviese para poder seguir golpeando. Pero ella no se movió, volvió a levantar la ceja y con un movimiento de cabeza señaló la bolsa, dándole a entender que golpeara mientras la sostenía. Notó cómo volvía a observar su gesto, a lo mejor le parecía divertido eso de levantar la ceja, y se afirmó mejor sobre el piso al ver que Lara se posicionaba para golpear.

No dejó de mirar a la castaña un solo momento, de verdad, se la comía con los ojos. Un poco porque no podía evitarlo y otro poco porque le gustaba ponerla así de nerviosa, para qué mentir.

—No te olvides de cubrirte la cara con la mano que no golpea —le recordó después de unos segundos y con los ojos clavados en los de ella.

Habiendo dejado sus hormonas de lado se propuso pasar a la acción y agarró los guantes de boxeo. Empezó a golpear la bolsa primero sin demasiada fuerza, controlando la respiración y pausando los golpes, hasta que un solo recuerdo de Esteban fue suficiente para volverlo todo negro y desatar la tormenta. Fue como un clic, como si alguien hubiese apagado la luz del lugar y un foco apenas visible iluminase solo su posición, desde arriba, envolviéndola en un oscuro silencio. Una bola de fuego le subió por el estómago y todos sus músculos se tensaron automáticamente. Sus hombros subieron, su cuello se endureció y apretaba tanto la mandíbula que sentía que con un poco más de presión se partiría los dientes. La respiración se le empezó a descontrolar y todas esas indicaciones que le había dado a Lara se le hicieron humo de repente. Todo en ella era furia y cargaba con una enorme, insoportable e intolerante impotencia.

Comenzó a golpear con mucha más fuerza, a soltar el aire sonoramente y a perder un poco el control. Ya no eran espaciados ni medidos; sus golpes eran ciegos y terminaban moviendo la bolsa de un lado a otro, resonando por todo el lugar. El fuerte impacto que le producía hacerlo de esa forma le estaba resintiendo los músculos y podía sentir la sangre fluir a velocidades impensadas dentro de las venas. Lo sentía. Sentía cada fibra tensarse y cómo esa bola de fuego prendía todo su interior y emanaba el calor de ese incendio a través de los poros de su piel. Sentía el guante hundirse dentro de esa bolsa en cada golpe y una sensación de alivio, similar a la producida por la nicotina momentos atrás, la envolvía. Estaba bañada en sudor, con los brazos agarrotados, el cuerpo caliente y sintiendo latir sus sienes, pero no podía parar, todo a su alrededor se veía borroso, lo único nítido era esa bolsa y sus oídos solo captaban el sonido que producían los impactos. No sabía cuánto tiempo había pasado, estaba tan absorta en su descarga emocional y física que no sintió que alguien le hablaba a sus espaldas.

—Julia, pará…

Y fue como despertar en un sobresalto de un mal sueño, así se sintió cuando se percató de la voz de Mariano cerca de ella. Frenó todo movimiento, respirando agitadamente y notando la mano del chico apoyarse en uno de sus hombros. Giró un poco para mirarlo y asentir con la cabeza, sin decir nada y tratando de encontrar el ritmo a su respiración.

Se quitó los guantes, se secó la cara y el cuello con una toalla y se bebió de un tirón toda el agua de su botella. Fue como salir de un trance, así sin más, y sintió que pesaba cinco kilos menos, aunque fuesen puramente ficticios y los llevara dentro de su cabeza, pero de momento le valía.

Sin mirar a nadie se encaminó a los vestuarios porque necesitaba un rato a solas y bajar un par de revoluciones antes de ir a buscar a su hijo. Cuando abrió la puerta estaba desierto y sumido todo en

un profundo silencio que, paradójicamente, la aturdió un poco. Así que se quitó las vendas, agarró el celular y se acostó de espaldas sobre unos de los bancos de madera para buscar algo de música. Definitivamente debía ser algo tranquilo si quería relajarse y terminó eligiendo uno de Norah Jones, el piano nunca fallaba y esa voz le daba un plus extraordinario a la melodía. Cerró los ojos y recordó su abrazo con Martina y cómo la había sujetado fuerte de la cintura. El viaje en auto con su hijo, sus palabras, sus miradas y su beso extra después del pronóstico del partido. Pensó un poco más en él, en cómo estaría disfrutando en estos momentos de su entrenamiento con la única preocupación de meter la pelota dentro del arco y así lo quería, siempre. Sin ninguna más que esas tan banales porque a su edad no debía tener otras. Toda su vida giraba en torno a él y no le pesaba, desde el minuto uno que lo tuvo entre sus brazos se prometió a sí misma protegerlo del mundo entero. Esa primera vez que sus ojos se clavaron en ella y que su minúscula mano le atrapó el dedo índice, sintió la conexión más grande que pudo sentir con alguien, y a ese momento que tantas veces lo había tildado como un cliché de novelas, de repente se había convertido en algo real y palpable. No importaba qué había pasado, por qué estaba entre sus brazos, si había sido o no buscado o que su padre no estuviese con ellos. Todo lo que supuso que le dolería, que se le treparía por la espalda hasta los hombros para después intentar hundirla bajo las aguas de un mar de dudas y resentimientos, terminó siendo la madera flotando en medio de la nada que la llevaría a la orilla de su sanación. Sintió lo increíble de tanta grandeza concentrada en un cuerpito tan pequeño, capaz de batallar contra todos sus temores y liquidarlos con tan solo una de sus sonrisas.

Puso en pausa un momento a Norah Jones y entró a la galería del celular para reproducir el video que habían filmado esa tarde que compartieron en casa: Nacho y ella bailando tango. A los diez segundos ya la había pisado unas tres o cuatro veces y ella no pudo más que soltar una carcajada al revivirlo. Tremendo par de palos que tenía como piernas ese chico, para cuestiones que no fueran futbolísticas no sabía moverlas muy bien. Pausó el video cuando escuchó que la puerta se abría y giró la cabeza para descubrir a una tímida Lara asomándose, sin terminar de entrar del todo y como pidiendo permiso.

—Ey, pasá, estoy sola —le dijo mientras se incorporaba y se sentaba en el banco, dejando el celular a un lado—. Además, no es mi casa para que estés con esa cara de pedir permiso —agregó casi entre risas para ver si así la chica se relajaba un poco.

Lara agachó la cabeza sonriendo y cerró la puerta, acercándose a paso lento hasta sentarse al lado suyo para después de un largo suspiro que le sonó resignado, empezar a frotarse los muslos con la palma de las manos y la mirada fija en su propio gesto.

—No quiero molestarte, pero antes me pareció verte un poco alterada y quería saber si estabas bien.

Y todo el conjunto le pareció lo más adorable que había visto en todo el día. En toda la semana, si hilaba fino. Su mirada esquiva, el jugueteo nervioso de sus dedos, su postura casi bolita que cargaba toneladas de inseguridad, su tímida sonrisa y su preocupación por saber cómo estaba le habían hecho sentir unas cosquillas agradables en la boca del estómago. Casi al punto de querer llevar la mano a su cara y acomodarle ese mechón de pelo detrás de su oreja.

—Estoy bien —le respondió, aunque no fuese del todo cierto—, se me vinieron cosas un poco desagradables a la cabeza y la pobre bolsa se llevó la peor parte —bromeó, porque realmente no quería ahondar en el tema ni recordar a Esteban.

Lara la miró con un gesto parecido a «no te creo que estés bien, pero hagamos de cuenta que sí» y ella se lo agradeció internamente.

—Tenías las piernas tensas y no estabas respirando correctamente. Perdón, pero como alumna

me veo en la obligación de corregirte si algo veo mal. —Y le sonrió. Y la miró.

Le sonrió y la miró, y de nuevo ese cosquilleo en el estómago que la llevó a imaginarse tomándola de la nuca para acercarla y poder atrapar esos labios. Sin darse cuenta había bajado la mirada a su boca y cuando fue consciente, casi desesperadamente volvió a clavarla en sus ojos. Se obligó a reír para disimular, porque en serio que creía que tenía un cartel luminoso de «quiero besarte» incrustado en la frente y necesitaba distraer a la castaña con cualquier cosa y dejar de quedar tan en evidencia.

—Como alumna debes de tener una excelente entrenadora porque esas correcciones son muy acertadas. —Cambió la postura, irguiendo la espalda y levantando la ceja, con aires de engreída que le daban cierta seguridad cuando la necesitaba.

—Mmm, parece buena, pero no estoy segura —le replicó.

La miró con la boca abierta en un gesto exagerado de incredulidad y llevándose una mano al pecho. Al ver que la chica volvía a sonreír le dieron ganas de seguir tonteando un poco más, porque de repente la estaba pasando bastante bien y no quería que terminara.

La vio bajar la vista al espacio que había entre ellas en el banco y siguió su mirada hasta encontrarse con su celular, con el video pausado de Nacho y ella.

—Es mi hijo, se llama Ignacio. Tiene catorce años y es el hombre más hermoso del universo. Y el peor bailarín de tango, además. —Sonrió.

—¿Bailás tango? —le preguntó enseguida, mirándola con ambas cejas levantadas—. Siempre me llamó la atención, debe ser difícil de aprender, ¿no?

Agarró el celular entre las manos y las ganas de seguir con ese tonteo se multiplicaron por mil, arrastrada por su personalidad impulsiva más su costumbre de naturalizar las cosas desde su adolescencia. Se tomó un momento para buscar algo en el teléfono a una velocidad asombrosa y en medio minuto lo había encontrado.

Se puso de pie y le ofreció la mano para que la imitase. Lara se le quedó mirando mientras que con la otra le daba inicio a la canción *Uno* de Roberto Goyeneche. Dejó el celular en el banco y al ver que la chica no se movía la agarró directamente de la mano y la obligó a pararse.

—La primera clase es gratis —se lo dijo guiñándole un ojo mientras caminaba hacia atrás, llevándose consigo a una Lara cada vez más confundida.

Cuando la castaña se dio cuenta de sus intenciones frenó todo avance y sus mejillas se pusieron rojas. No pudo evitar sonreír ante la situación y la sensación de que era lo más adorable que había visto en toda la semana se había intensificado y ya no era una semana, sino dos o tres.

—No, no, no —repitió de corrido y a toda prisa—. No sé bailar y menos tango —le dijo visiblemente nerviosa.

Por un momento sintió ganas de apiadarse de esa chica, dejarla ir y que siguiera con su vida, pero poco le duró la buena intención. Porque quiso, de verdad que quiso apiadarse, pero el tacto de su mano en la suya le parecía de lo más agradable y quería un poco más. La acercó de un suave tirón a su cuerpo, con el brazo derecho rodeó su espalda apoyando la palma de la mano debajo de su omóplato y levantó un poco el brazo izquierdo, que sostenía todavía la mano de Lara.

—Lo siguiente es que descanses tu brazo izquierdo sobre el mío y apoyes tu mano en mi hombro… Y que te relajes —le dijo sonriendo.

Por un momento tuvo dudas de la reacción de Lara, pero se vio sorprendida cuando sintió la mano de la chica sobre su hombro.

—¿No pegaría más que yo haga de hombre? —se lo preguntó en un tono gracioso que ocultaba una afirmación en forma de pregunta.

Le salió por reflejo inclinar la cabeza hacia un lado y fruncir el ceño. Segundos después arrugó un

poco la nariz y ajustó el agarre a su espalda.

—Así está perfecto. —No quiso preguntarse el porqué del comentario de Lara ni ponerse a analizar nada. No era momento. La tenía entre sus brazos, muy cerca, y ese tango no iba a durar una eternidad—. Cuando doy un paso hacia adelante con mi pierna derecha, das un paso hacia atrás con tu pierna izquierda. —Y después de decirlo le mostró el movimiento—. Ahora, llevás tu pierna derecha hacia atrás mientras yo llevo mi izquierda hacia adelante —le dijo, mientras hacía lo propio —. Medio paso más hacia atrás con tu pierna izquierda para quedar ambas con los pies juntos otra vez, tal y como arrancamos.

Lo hicieron un par de veces más y tenerla así de cerca la estaba poniendo un poco nerviosa y el corazón comenzaba a latirle raro, sin mantener un ritmo constante.

—Lo mismo, pero ahora hacia tu izquierda —le explicó, para enseñarle un paso más y agregar una variante a ese baile improvisado. La chica no había levantado la mirada un solo momento y la tenía fija en los pies de ambas, concentrada al 100 % en el aprendizaje, pero sin dejar de sonreír—. Cuando doy un paso hacia un lado, lo das hacia el mismo lugar que lo hago yo. Es como caminar de costado, pero mirando al frente. —Y lo dijo con toda la intención de que la castaña alzara la cabeza y poder encontrarse con ese verde que tanto le fascinaba.

«Mirame», pensó.

—También podés avanzar y hacerme retroceder a mí —le explicó mientras daba un paso hacia atrás—. Y podemos intercalar los pasos, llevarte hacia atrás y después hacia un costado. —Avanzó entusiasmada por lo rápido que aprendía, pero así de rápido llegó también el primer pisotón cuando intentó hacer esa mezcla de pasos—. ¡Ouch! —dijo riéndose, en un tono totalmente exagerado porque apenas lo había sentido.

—¡Perdón! —se disculpó rápidamente e hizo amago de separarse de ella, pero fue más rápida que la velocidad de la luz y se lo impidió, porque esa canción no había terminado y porque todavía quería un poco más, así que apretó su agarre y la volvió a acercar.

—Lo estás haciendo perfecto —le dijo con media sonrisa de lado—. Ahora de nuevo, pero sin mirar tus pies.

Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, porque con eso la había acorralado. ¿Dónde iba a mirar ahora si no era a sus ojos? Se quedó petrificada en el lugar cuando conectaron y ese verde se mezcló con su azul, traspasándolo como una flecha. Sintió un escalofrío ir desde la base de su columna vertebral hasta la nuca y pagaba lo que no tenía por saber si a Lara le estaba pasando algo similar.

—Dos pasos tuyos hacia atrás y después uno a tu izquierda —le adelantó sus próximos movimientos.

Lara la seguía mirando y ella miraba a Lara. Avanzó un paso hacia adelante y la chica retrocedió. Otro paso más hacia ella, otro hacia atrás de Lara. Probó suerte y dio uno hacia la derecha y la siguió hacia el mismo lado. Le nació sonreírle porque esta vez no la había pisado y bajó la mano que tenía en su espalda solo un poco, un par de centímetros, porque sí, porque seguía necesitando más. Se estaban mirando muy de cerca, podía sentir en la palma de la mano la tensión de los músculos de su espalda y su calor corporal.

Por pura necesidad o porque quedarse quieta no era una opción, movió de nuevo la mano muy despacio y casi rozando, hasta llegar a su baja espalda. La vio llevar la mirada a sus labios, fue apenas un segundo, pero el más intenso de todo el baile, el que le aceleró el corazón y la empujó a imitar el gesto para encontrarse con su boca apenas entreabierta. Y no estaba delirando, no. Porque lo estaba sintiendo, podía sentir cómo había cambiado la respiración de Lara y cómo ese verde de sus ojos se

había oscurecido. Iba a besarla… por Dios que iba a besarla, porque esa boca se lo estaba pidiendo y si no se lo pedía se la iba a jugar igual, tirándose de cabeza a una piscina con el riesgo de que el agua solo le cubriese los pies. Tenía que acercarse un poco más, acortar las distancias de una puta vez y ver qué pasaba. Tentarla un poco. Pero el destino es macabro y Goyeneche inoportuno, porque la canción terminó y ya no tenía excusas para seguir tan cerca de ella, así que arrugó la nariz, maldijo por dentro y la soltó, acariciando su cintura en el trayecto porque eso de aprovechar hasta el último instante a ella se le daba muy bien.

Hizo una reverencia en agradecimiento por el baile y la oyó reír en respuesta mientras negaba divertida con la cabeza. Dio un suspiro y caminó hasta el banco donde estaba su celular, volvió a buscar el video y se giró para pedirle a Lara que se acercara.

—Podés sentirte satisfecha, hay alguien que me pisa muchas más veces que vos —le dijo mientras le mostraba el video. Ambas lo miraban y reían cuando Nacho la pisaba, una y otra vez—. No podés negar que te encantó la clase de tango, dale, admitilo —bromeó a la vez que guardaba sus cosas dentro del bolso.

—Bueno, como entrenadora de boxeo sos una excelente bailarina —le contestó, animándose a bromear ella también.

Paró todo movimiento y giró la cabeza para mirarla de manera desafiante.

—Ey, un poco más de respeto hacia tus mayores.

—No creo que seas tan mayor.

—Seguro te llevo unos cuantos años. ¿Qué edad tenés? —No se aguantó y lanzó la pregunta.

—Veintiséis. —Mierda, un año menos incluso de lo que pensaba—. ¿Cuántos me llevás entonces?

—Unos catorce… —Y dejó la oración en suspenso, porque todavía estaba procesando la información y decir los años que le llevaba hacía que le impactara más la diferencia.

—¿Cuarenta? —le preguntó mirándola desconfiada y con los ojos entrecerrados. Se encogió de hombros y levantó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de «son los que tengo»—. ¿En serio? No los aparentás, para nada.

Sonrió ante el inesperado piropo de esa chica que apenas se animaba a mirarla a los ojos y cuando levantó la vista vio que la cara de Lara estaba algo roja y a ella las ganas de abrazarla ya la estaban agobiando.

—¿Y también sos profesora de tango? —le preguntó sonriendo tímidamente.

—No, no, pero tomé clases varios años hasta que quedé embarazada, después todo se complicó. —Trató de restarle importancia al pinchazo que sintió en el pecho tras aquello y colgó su bolso al hombro—. ¿Terminaste por acá? Dejame llevarte hasta tu casa, tengo el auto afuera y unos minutos de sobra antes de ir a buscar a mi hijo. —Se lanzó con el ofrecimiento sin pensarlo dos veces.

—Sí, pero no hace falta, no estoy tan lejos y puedo irme en colectivo, en serio.

—Mejor entonces si no estás lejos. Vamos, dale, te alcanzo que no me cuesta nada.

Salió del vestuario y le dijo a Lara que la esperaba afuera mientras agarraba sus cosas y se terminaba de preparar. Se apoyó de espaldas en la puerta de acompañante del auto, agarró el celular, abrió la conversación de WhatsApp que tenía con Lucía y le mandó un audio, porque Lara no se iba a tardar más de un minuto en salir y ella necesitaba contarle sin demorarse en escribir.

> (Mensaje de voz) Acabo de bailar tango con los ojos verdes más hermosos que vi en mi vida y quiero que lo sepas. Como extra, la estoy llevando a su casa en el auto y no, no con esas intenciones, no seas pervertida.

Justo a tiempo, porque Lara salía del gimnasio y se acercaba hacia ella. Se incorporó y en un gesto gentil le abrió la puerta del auto llevándose a cambio una adorable sonrisa de su parte.

Fueron menos de diez minutos de viaje y ya había estacionado frente a su edificio. Era cierto que estaba bastante cerca y se lamentó de lo fugaz del trayecto, pero se había ganado unos momentos más con ella que no le venían para nada mal. No apagó el motor del auto porque debía seguir viaje y no quería llegar tarde, así que se giró en el asiento mientras Lara se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Te sumás a la salida del sábado por la noche con la gente del gimnasio? —Se animó a preguntarle.

—Nicolás me comentó algo el otro día. —«¿Nicolás? ¿Qué Nicolás?»—. Quedé con una amiga así que todavía no sé, pero me gustaría.

—No estás en el grupo de WhatsApp, ¿no? Si querés me das tu número y te agrego, que ahí siempre organizamos las salidas.

La chica no opuso resistencia alguna y sin perder el tiempo le dio su teléfono para que se agendara. Después de agradecerle por tercera vez acercarla hasta su casa, se despidió con un beso en la mejilla y se bajó del auto camino a su edificio. No la perdió de vista hasta que la vio subir por las escaleras y fue entonces cuando sonriendo echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el asiento. Todavía seguía con el celular en las manos y cuando bajó la vista pudo ver sus datos en la pantalla. Lara Ferrer.

Un mensaje entrante la sacó de sus cavilaciones para descubrir que Lucía le había respondido.

¿LA? ¡Epa! Hacía rato que no andabas por terrenos femeninos. ¿De qué me perdí?

No se me ocurre cómo mierda terminaste bailando tango con una chica, Julia.

Contame todo.

YA.

Su amiga se iba a tener que aguantar un rato porque tenía que salir ahora mismo si no quería llegar tarde a buscar a Nacho, y teniendo un partido de su equipo a poco de empezar no quería arriesgarse a perder la vida a manos de su hijo si no llegaban a tiempo.

Volvió a mirar hacia el edificio de Lara como si de repente esperase encontrarla ahí parada. No tuvo suerte, seguramente porque las probabilidades de que esa chica se hubiese arrepentido a mitad de algún escalón y bajase de nuevo para meterse en el auto, sin ningún motivo aparente, era de una en un millón.

Volvió la vista al frente, arrancó y tomó la calle camino al club, de mejor ánimo y sin darse cuenta de que, desde que Lara desapareció dentro del edificio, ella no había dejado de sonreír.

# 6. Señales

Agua.

Necesitaba tomar agua para recomponerse porque de tanto hiperventilar se le habían secado hasta los pulmones. Después de tomarse un vaso entero casi sin respirar y de llenar la botella con más, estaba desplomada sobre el respaldo del sillón de su departamento, con los brazos a cada lado del cuerpo y mirando al frente. No, no estaba desmayada ni había pasado a mejor vida, pero casi.

Es que si cerraba los ojos todavía podía sentir el calor del cuerpo de Julia tan cerca de ella, y si los abría también, encontrándose sin más escapatorias que la de reproducir en bucle cada minuto entre sus brazos.

A cortas distancias había podido apreciar en detalle el color de sus ojos y se había quedado enganchada porque nunca había visto unos iguales. Es que Julia tenía todo lo que le gustaba en una mujer. Se acordó de la sensación de querer morirse cuando le dio a entender que debía mirarla a ella y no sus pies. Sí, la estrategia le había funcionado muy bien gran parte de la canción, pero después la rubia la había acorralado y no tuvo alternativa. Bueno, en realidad sí, porque una opción perfectamente viable era la de darse media vuelta, agradecerle los servicios prestados e irse. ¿Y alejarse del calor de su cuerpo? ¿Dejar de sentir su mano en la espalda? Descartado, ni loca.

Había. Bailado. Tango. Con. Julia.

Qué música tan maravillosa, debía escuchar un poco más de eso. «Mucho rock del pesadito Lara y mirá lo que te estabas perdiendo». Del apasionante mundo de manos en la espalda, miradas a los ojos, cuerpos pegados y piernas rozándose.

Buscó el celular dentro de la mochila, ¿era muy pronto para que Julia le escribiese? Sí, claramente lo era, porque ni señales. Seguramente en esos momentos estaría con su hijo y ocupada en cosas más importantes que andar pensando en ella.

Ignacio. Así se llamaba y la novedad la había sorprendido. ¿Y tenía cuarenta? Automáticamente se llevó las manos a la cara cuando un pensamiento arrastró al otro y se acordó del momento. «No los aparentás, para nada». Por el amor de Dios, ¿en serio había dicho eso? Es que era verdad que los llevaba muy bien, no le daba cuarenta, aunque sabía que era mayor que ella, a lo mejor unos treinta y cinco, pero no más que eso. Daba igual, honestamente, porque era lo que menos le importaba.

Volvió a pensar en su hijo y se preguntó quién sería el padre. Quitó las manos rápidamente de su cara y se quedó con la boca abierta ante el pensamiento que se le cruzó por la cabeza. ¿Sería Mariano? Oh no… ¿Sería Mariano el padre de Ignacio y por eso notaba esa familiaridad entre ellos? No era tonta y veía cómo el chico la miraba y cómo, para su mala suerte, ella también lo miraba a él. Ese abrazo el día del encuentro con su hermana y la preocupación con la que se había acercado a Julia cuando pareció perder un poco el control frente a la bolsa. Pero no, no podía ser, porque se hubiese enterado, ¿no? Y si no era Mariano, ¿quién era? ¿Estaría casada? ¿Divorciada? ¿Juntada?

Dejó de lado ese montón de preguntas para pensar en algo mucho más placentero: el momento exacto en el que sintió bajar la mano de Julia por su espalda y mirarla de esa forma tan intensa. No había podido controlar su propio cuerpo y la respiración se le había descontrolado un poco, o al menos había necesitado separar apenas los labios para que el oxígeno le llegase más directo a los pulmones. Las piernas las sintió temblar, literal, y no se había dado cuenta hasta segundos después,

cuando la canción terminó, de la ligera pero notoria presión que estaba ejerciendo con su propia mano sobre el hombro de Julia. Aferradísima, por si se le ocurría escapar.

Es que no podía creerlo, en serio. No podía creer el tener a esa mujer como la tenía en ese momento. Tanto que la había mirado a través del espejo cuando estaban en las cintas, que tenerla en primer plano era hasta increíble y por momentos sentía que alguien le estaba gastando una broma o que iba a despertar en su sillón con Antoni en el regazo, toda alterada y desilusionada a la vez, al darse cuenta de que se trataba de un sueño y de que el único calor que sentía era el provocado por esa bola de pelos con patas.

Pero no. La tenía a escasos centímetros y las ganas de enredar las manos en su pelo y atraerla hacia su boca se habían vuelto sofocantes. Por eso había bajado la mirada a sus labios y cuando notó que Julia imitó el gesto, casi entra en coma o al menos creyó ver la luz al final del túnel. Qué intenso todo.

Después de estar largo rato desfallecida en el sillón y con un Antoni un poco impaciente por ser alimentado, decidió activar el cuerpo al menos temporalmente y ponerse en movimiento.

Se preparó una ensalada, algo liviano, y cuando estaba por sentarse a la mesa notó la pantalla del celular encenderse. El aparato estaba todavía en el sillón y a metros de su posición. Su nivel de ansiedad por saber si era Julia quien le escribía era proporcional al tiempo que estaba demorando en llegar. Si no se hubiese golpeado con la silla en el camino y esta no hubiese caído al piso por el impacto, a lo mejor hubiese demorado menos al no tener que sortear obstáculos de por medio, pero después de fatídicos seis segundos llegó a su objetivo. No era Julia, pero sí era ella quien la había agregado al grupo de WhatsApp del gimnasio.

«¡Bienvenida, Lara!», había escrito la rubia, y después de ella varias personas más la siguieron con el saludo, el primero fue Nicolás. Se los devolvió a cada uno, porque educada ante todo, y segundos después agregó el contacto de Julia a su agenda. Lo primero que hizo fue mirar su foto de perfil y, por favor, qué hermosa era. Estaba con unos *jeans* claros, una camisa color hueso con los puños abiertos y dos o tres botones desabrochados, el pelo suelto y algo revuelto, lentes de sol y descansaba el peso de su cuerpo en la palma de las manos, levemente reclinada hacia atrás, sobre un banco, y de una forma que le quedaba terriblemente sexi. De fondo podía verse el río.

Salió por unos instantes de la foto para ver si la rubia estaba en línea. No pensaba escribirle, simple curiosidad, pero de repente el «En línea» pasó a un «Escribiendo…» y el corazón se le saltó un latido. Inspiró fuerte y de golpe por la boca y retuvo el aire. Casi ni pestañeaba por mirar la pantalla a la espera de ese mensaje, en una escena bastante dramática.

Decime si el tango no es el baile más sensual que viste en tu vida.

Y debajo le enviaba un enlace a un video de YouTube. Era de elevada importancia que Julia supiese que estaba ahí, que la había leído, así que antes de ver lo que le había enviado, le respondió.

A ver…

«Podrías esmerarte un poco más en la respuesta, Lara, seguro la próxima te sale mejor», y soltó el aire bufando, porque ni estando en lugares físicos distintos y sin que pudiera verla podía evitar ponerse nerviosa y bloquearse mentalmente.

El video se titulaba «A mis viejos - Marcela Durán y Gaspar Godoy» y fue derecho a reproducirlo.

Estuvo prácticamente embobada esos tres minutos y medio viendo a la pareja bailar. Nunca había visto algo igual, una conexión de miradas y roces tan íntima entre dos personas que parecía que te contasen una historia más que un baile. O más precisamente, te contaban una historia bailando. Piernas enredadas, pasos sincronizados y una sensualidad al extremo en cada gesto. Pudo distinguir en algunos momentos esos pasos que le había intentado enseñar Julia, ejecutados tres mil veces

mejor por la pareja, claro, y fue entonces cuando se imaginó cómo sería saber bailarlo así y poder hacerlo con ella.

Y te dejo uno más para que veas. No tiene desperdicio.

Guau… Acabo de ver el primero y tengo que darte la razón. Increíble, me encantó.

Es tremendo, y ahora por tu culpa me dieron ganas de volver a clases de tango.

¿Mi culpa? Jaja, bueno, siempre podés volver.

Me encantaría, pero ya tengo demasiadas actividades como para sumar una más. Me puedo conformar con bailarlo cada tanto en los vestuarios del gimnasio.

Y al final de este último mensaje Julia había añadido un emoticono de una carita guiñando un ojo.

Ay, señor. Si fuese por ella le enviaba emoticones de corazones, carita con ojos de corazón, carita tirando un beso en forma de corazón, carita con corazones alrededor y una lluvia de corazones también, por si no entendía el mensaje.

Pensá, Lara, pensá una respuesta ingeniosa, por favor. Pero se estaba tardando demasiado y algo tenía que decirle si no quería perder a la rubia y que se desconectara de esa realidad virtual que las unía.

Jajaja, no estuvo mal. Voy a ver el otro video.

Finalmente, optó por incluir el emoticono de la carita sonriendo y se dio con la palma de la mano en la frente por la poca originalidad del mensaje. Si Isabella estuviese sentada al lado leyendo la respuesta, le habría dado un cachetazo en la nuca mientras le decía «¿en serio escribiste eso, Lara?», y se lo merecía.

El mensaje ya estaba enviado y nada podía hacer, así que se limitó a ver el segundo video. Este se titulaba «Moira Castellano y Corina Herrera Istanbul-Express 2015». Dos mujeres vestidas igual, con una blusa negra sin mangas y una pollera estampada larga y suelta, bailaban tango. Ninguna vestía de hombre o simulaba serlo. Sonrió, y se quedó con esa sonrisa casi los tres minutos veinte que duraba el video.

No hace falta que ninguna haga de hombre.

Has captado el mensaje.

He captado el mensaje. Vas a tener que esforzarte mucho con las clases si algún día pretendés que lo bailemos así.

Se dio una palmadita a ella misma en la espalda felicitándose por el último mensaje. Isabella estaría orgullosa.

Espero ser mejor enseñando tango que boxeo. Te mando un beso, Lara, que descanses.

Un beso. Que descanses, Juli.

Y ese último comentario la hizo reír, Julia no había olvidado sus dudas en eso de ser buena entrenadora, aunque ambas supiesen que estaba bromeando.

Se quedó ahí, con la vista perdida en la pantalla y sacando cuenta de los días restantes hasta el sábado, haciendo un bollo y tirando al cesto la opción de ir a Fusion, que había quedado completamente descartada por un plan mucho mejor.

***

Se dice que la repetición de un mensaje determinadas veces termina siendo persuasivo, creando una familiaridad y al final, de tanto escuchar una información, nuestra mente la percibe como cierta, aunque algunas veces no lo sea.

La misma sensación de familiaridad que sentía al pensarse rara y anormal, porque no era opción pensarse de otra manera.

Tenía la mirada perdida en su taza de café mientras giraba la cuchara por inercia, revolviendo ese líquido negro que tanto le gustaba, pero que en ese momento le resultaba hasta casi repulsivo.

Llevaba en esa postura alrededor de unos diez minutos, con la cabeza en cualquier parte menos en esa mesa del bar. Y estaba ahí sentada porque había necesitado tomarse un tiempo y temía caer rendida en medio de la calle si no encontraba asiento en algún lado. Porque así se sentía: rendida. Física y psicológicamente.

Desde que se había enterado de su intersexualidad había tenido seis consultas médicas entre sus dieciséis y diecisiete años, y con la última había desistido de volver a pasar por eso. Eran tantos los adjetivos que utilizaban para describir sus genitales y tantas las cirugías planteadas que salía tan abrumada y con la sensación de no saber «qué» era.

¿Qué era?

Si le preguntaban a ella, podría decir sin dudas que era una persona como cualquiera. Pagaba los impuestos y se quejaba de la inflación como cualquier ciudadano. Tenía un trabajo y al final del día le dolían los pies de tanto estar parada. Se enamoraba, sufría y también hacía sufrir a los demás, aunque fuese sin intención. Entendía de cine, un poco de arquitectura y sabía inglés. Fanática de Agatha Christie quizás como ese hombre frente a ella leyendo *Diez negritos*. Se enojaba, se desilusionaba, se esperanzaba, lloraba, reía y pocas veces gritaba. No podía ver etiquetas asomadas por los cuellos de la ropa y le incomodaban los números impares.

Era tan real y humana como cualquiera y, sin embargo, cuando salía de esas consultas, se sentía la persona más rara y atrofiada del mundo. Única, pero en el sentido más oscuro de la palabra.

Y ese día tenía turno médico, pero no había podido entrar, se había quedado paralizada frente a la puerta del hospital mientras por su mente desfilaban cientos de palabras, las veía pasar una detrás de la otra haciéndose leer desde cualquier perspectiva. No había podido, por muchas recomendaciones que había escuchado sobre esa doctora, porque el miedo la había paralizado y solo quien lo vive en carne propia sabe lo que es realmente que el miedo te paralice. De un momento a otro su corazón le había comenzado a latir fuerte contra el pecho, un pitido retumbaba en sus oídos y un sudor frío le recorría la nuca, mientras estaba ajena a cualquier movimiento por fuera de esa puerta de entrada. El interior se le había empezado a encoger y un miedo mortificante se hacía presente, aumentando el ritmo de su respiración y mientras más intentaba respirar, más ahogada se sentía, más se le cerraba el pecho.

Sabía que si no se movía sería peor, y de repente una irritante necesidad de salir corriendo y alejarse de ese lugar la salvó, poniendo su cuerpo en movimiento en dirección desconocida y evitando así que alguien nuevo volviese a revisar sus genitales. Porque de eso se trataba todo, de sus «genitales ambiguos». ¿Por qué no se operaba? Porque no quería, sencillamente. Porque cada vez que pensaba en esas cirugías y los posteriores tratamientos juraba que no quería pasar por todo eso. Necesitaba encontrar un punto intermedio, verse como un quién y no como un qué, empezar a amar su intersexualidad y a disfrutar de ella. Si podía tener un orgasmo como cualquier otra persona, ¿qué le pasaba? ¿Qué le impedía quererse tal cual era? ¿Por qué en momentos como ese lo veía tan claro y después todo era un laberinto donde terminaba siempre en el mismo callejón sin salida? Tenía veintiséis años y jamás la habían tocado de forma directa. Ni ella misma se lo permitía y cuando se masturbaba lo hacía siempre por encima de la ropa. Mierda. Es que cada vez que lo pensaba así le parecía todo tan cruel que no sabía cómo sentirse, caía en el abismo de la lástima y la autocompasión y dejaba para mañana pasos que debía de haber dado ayer.

¿Entonces qué pasaba?

Entonces pasaba el otro. Pasaba la mirada ajena y la ignorancia. Pasaban las palabras duras, sin

filtros y sin buscar ser redefinidas. Pasaba la hipertrofia, la anormalidad, la rareza, lo ambiguo, el arreglo, el reparar, el corregir, el modificar, el llevar su cuerpo a la llamada normalidad. Pasaba todo eso y decían que si su cuerpo no se arreglaba su vida no sería plena.

La dura realidad es que debía darles la razón, aunque doliese, porque su vida claramente no era plena, pero ¿por qué? «¿Por qué, Lara? Si tu cuerpo no te lo impide». «Por el otro», se respondió. Por ese hombre sentado frente a ella que seguramente la miraría como bicho raro si le dijese que era intersexual. Por esa primera y única mujer que la vio desnuda y no hicieron falta palabras para temblar como una hoja mientras intentaba vestirse. Por Lucrecia, que si supiese lo distinta que era al resto de las mujeres seguramente perdería todo el interés. Por Julia, demasiado imponente y decidida como para estar con alguien tan ambiguo como ella.

No quería ninguna cirugía, pero, por favor, que alguien la ayudara a entender cómo podía seguir adelante, cómo arrancaba de su cabeza lo que ya había hecho raíces dentro de ella, cómo se olvidaba de su pasado. Cómo hacía para lijar las marcas que la fueron tallando con los años y forjando su personalidad, alimentando con grandes dosis de soledad al monstruo de la inseguridad. Necesitaba una señal, una luz parpadeante en el camino, alguien que le dijese qué hacer, pero lejos de cualquier quirófano. Acarició el anillo que sus padres le habían comprado y que no se había sacado desde que su abuela se lo dio. Los necesitaba y cada vez que pensaba en ellos descubría una nueva forma de extrañarlos y una nueva forma de dolor. Alguna vez creyó odiarlos, cuando era más chica y veía las cosas de otra manera, pero hace poco se había dado cuenta de que el único odio que a veces la invadía era hacia ella misma, en momentos donde colapsaba y sentía estar viviendo en un cuerpo que no quería.

Cerró los ojos y una lágrima caliente rodó por su mejilla. «Vivir en un cuerpo que no quería». Ese sentimiento a veces podía ser devastador y cuando la abrazaba de sorpresa y por la espalda, se quedaba días enganchada a su agarre y le costaba un mundo desprenderse y volver a quererse de nuevo.

Apoyó los codos sobre la mesa, la cabeza entre las manos y lloró. En silencio y sin llamar la atención, como cuando entraba a lugares concurridos o estaba rodeada de desconocidos. Lloró, como las bestias que sufren y lloran sus penas en silencio.

Minutos después se sorbió la nariz y buscó en la mochila algunos billetes para pagar e irse de ahí, pero vio el celular con la luz parpadeante indicando algún mensaje sin leer o llamada perdida. Cero eran sus ganas de entablar conversación con cualquiera, pero siempre estaba atenta por si era su abuela y precisaba algo. Desbloqueó la pantalla y el corazón se saltó un latido cuando vio el nombre de Julia en las notificaciones. Habían pasado unos días del momento en el vestuario y de los videos compartidos, pero esa primera charla virtual había dado origen a otras más, y durante los siguientes se habían estado mensajeando y había podido asistir a otra de sus clases de boxeo. No volvieron a estar tan cerca como en esa oportunidad, pero las miradas breves y los roces estaban presentes y cuando ayer masajeó por unos segundos su cuello después de volver a sentir otra vez una molestia en el mismo lugar, las manos de Julia habían recorrido la zona afectada y los masajes directamente eran suaves caricias. Una sonrisa en medio del silencioso llanto la agarró por sorpresa, corriendo de un empujón al frío sentimiento que la aprisionaba para dejarse abrazar por algo mucho más cálido.

¿Qué tal ese cuello?

Volvió a sonreír, se secó los restos de lágrimas con el dorso de la mano y de ese llanto solo quedaban sus ojos un poco enrojecidos.

Mmmm, creo que voy a necesitar una sesión extra de masajes, si no te importa. Puedo pagarte.

¿De qué forma es el pago?

¿Qué opciones tengo?

Cualquiera menos monetaria. Escucho ofertas.

Soltó una carcajada ante la aclaración y pensó qué responderle, mientras esa cálida sensación que la abrazaba se hacía más intensa. Se le ocurrían unas cuantas, pero no quería caer en lo obvio, así que lo pensó un poco más buscando algo de originalidad.

Una cena hecha por mí.

¿En serio había escrito eso? ¿En serio? Está bien que se daba maña con la cocina, pero su abanico de opciones no estaba a la altura como para agasajar a alguien, eso seguro. No, no, no, Lara. No. Necesitaba retractarse, hacer algo. ¡¿Pero qué hacía?! Encima ya lo había leído. Opciones, Lara, opciones. «Jajaja, era broma». No, demasiado obvia y encima la broma no tenía gracia. «Perdón, ese mensaje no era para vos». Tampoco, poco creíble y demasiada casualidad eso de equivocarse. «Perdón, esa fue mi amiga Isabella que se mete donde no la llaman». No, Lara, por Dios, va a pensar que tenés amigas psicópatas o peor, que no tenés vida privada y andás haciendo pública sus conversaciones. Julia no respondía, aunque la veía en línea, entonces empezó a preguntarse si a lo mejor estaba pensando la manera cordial y sutil de negarse a la invitación y eso le generó sentimientos encontrados. De repente se olvidó de inventar excusas y frunció el ceño ante la posibilidad de una negativa.

Hecho.

Ay, mierda. En un ataque de inseguridad comenzó a escribir con toda la intención de preguntarle qué tipo de comida le gustaba, aunque sonase desesperada e impaciente, porque ni siquiera había posible fecha para la sesión extra de masajes y ella ya estaba pensando en el menú.

¿Algún tipo de comida en especial?

Se quedó mirando la pantalla unos segundos más hasta que la vio desconectarse. Suspiró, agarró su taza de café y le dio un sorbo. Ya estaba tibio tirando a frío, una lástima, pero era un sacrilegio beberlo así y por eso se dispuso a pagar para finalmente irse de ahí.

Atravesó la puerta del bar y entrecerró un poco los ojos ante la claridad mientras cruzaba la calle hacia un pequeño parque. Buscó un lugar tranquilo, debajo de un árbol frondoso, y se recostó boca arriba directamente sobre el césped. Sintió el celular vibrar en el bolsillo y automáticamente su organismo se alteró pensando en que podría ser Julia. Y no era Julia sino Isabella, preguntándole cómo le había ido en la consulta médica. Esa no era una posición muy cómoda para escribir y contarle todo lo sucedido, así que la llamó directamente.

—Amiga. —Su típico saludo.

—Ey, Isa. ¿Cómo estás?

—En estos momentos discutiendo con Juan. Jura y perjura que había casi medio pote de dulce de leche y cuando lo fue a buscar no estaba.

No se lo dijo, pero estaba segura que se lo terminó a cucharadas. Isabella era capaz de matar por ese dulce.

—¿No te lo habrás comido dormida?

—Bah… Falacias. —«¡Basta Juan, mañana te compro tres kilos y hasta que no lo termines no hay sexo!», la escuchó gritar y esa amenaza le hizo soltar una carcajada—. Contame cómo te fue, Lara.

—No me fue, directamente —lo dijo después de un suspiro—. Me entró pánico en la puerta y salí de ahí a los tumbos. No sé cómo hice porque pensé que me desplomaba en el suelo.

—Ufff, ¿y qué hiciste? ¿Dónde estás ahora? —Quiso saber su amiga ya con un tono preocupado.

—Terminé en un bar porque necesitaba sentarme y ahora estoy en un parque tirada en el césped a la sombra de un árbol. Un poco mejor ya, no te preocupes, en serio.

—Te dije que te acompañaba, Lara, a veces esos ataques te hacen muy mal y…

—Ya sé, Isa. Pero es algo que quería hacer sola. —Y sintió un poco de frustración al recordar lo poco que había podido en realidad.

—Vas a sacar otro turno y te voy a acompañar. —Revoleó los ojos porque si no ganaba la empataba, pero por dentro su actitud le hacía sentir un calorcito agradable en el pecho y muy acompañada—. Leímos buenos comentarios sobre esa doctora, Lary. No te castigues por lo de hoy, te conozco y por eso te lo pido. Pensá en que al menos fuiste hasta allá y tuviste la iniciativa. Paso a paso, ¿sí? La próxima seguro que das uno más y podés.

—Sí… Gracias Isa. —Se emocionó un poco con sus palabras, pero no quería llorar de nuevo, por eso se frustró cuando la voz no le salió demasiado firme.

—No llores que no estoy ahí para abrazarte. ¿Por qué no te venís un rato a casa antes de ir a trabajar y convertirte en mi esclava?

Soltó un par de carcajadas negando con la cabeza mientras se secaba una lágrima con el dorso de la mano y en un minuto su amiga daba vuelta las cosas y estaba riendo cuando hacía unos segundos atrás lloraba. Una vuelta de panqueque en el aire al mejor estilo chef.

—¿Y estar más de ocho horas juntas? Ufff, no sé, Isa.

—Hoy voy a estar solo un rato en el bar y además no te hagas la dura, Lara, sabemos que te pueden las rubias.

—Bah… Falacias —imitó su comentario anterior con una sonrisa completa en la cara, ya le había cambiado un poco el humor y la verdad es que tenía ganas de pasar un tiempo con su amiga fuera del bar.

—Te espero, bebé. —Y cortó. Era tan idiota.

Sin soltar el celular apoyó las manos en su estómago y cerró los ojos. Inspiró profundo y soltó el aire de a poco, tratando de ser plenamente consciente de su respiración y repitiendo la acción un par de veces más. Abrió los ojos para enfocar ese cielo camuflado por las hojas del árbol, y estaba tan cómoda que le daba fiaca tener que levantarse e irse. Pero su amiga quería verla y ella quería ver a su amiga y se sentía terriblemente bien tenerla en su vida. Era un pensamiento recurrente el no saber cómo devolverle todo lo que siempre le daba: el apoyo y la paciencia, la escucha y la empatía. Esa chica era especialista en ponerse en sus zapatos y sabía cuándo hacer un chiste, cuándo hablar en serio, cuándo llorar con ella y cuándo darle una cachetada en la nuca para que reaccionase.

Volvió a vibrar el celular y desbloqueó la pantalla.

De camino comprame dulce de leche.

¿Tres kilos?

Nah. No aguanto tanto tiempo sin sexo.

Se rio sin sonido y todo su cuerpo se sacudió apenas por el gesto. Lo dicho, era tan idiota.

Se limpió los pantalones después de levantarse con mucha energía, guardó el celular en la mochila y emprendió la marcha. Estaba un poco lejos y no tenía ni ganas de esperar por el colectivo, así que no lo pensó y corrió los últimos metros hacia la calle cuando vio un taxi libre acercarse. A una cuadra de la casa de Isabella había una granja y el tema del dulce estaba resuelto.

Apoyó la cabeza en el asiento del auto y miró por la ventanilla, perdiéndose en sus pensamientos mientras al instante y sin querer, o a lo mejor un poco, una rubia lo acaparó todo y en esta oportunidad era una rubia con la cual tenía unas intenciones visiblemente diferentes de las que tenía con Isabella. Una rubia con preciosas ondulaciones en las puntas del pelo, con unos ojos que madre mía y unos labios… Pensar en sus labios la llevó a pensar en su boca y su boca la llevó a pensar en comida. Y la comida en la cena y la cena en su propuesta de pago y su propuesta de pago la puso

nerviosa de golpe. Se acordó de la última pregunta que le había hecho y buscó el celular. Apenas desbloqueó la pantalla un mensaje entrante de Julia aparecía ante sus ojos.

Nada especial. Perdón por la demora en responder, pero tenía que revisar unos planos con mi socia.

¿Planos?

Planos. Eso hacemos las aburridas arquitectas.

Seguro es más divertido que atender gente en un bar.

Eso de aburrido para ella no tenía nada de nada. ¿Julia era arquitecta? Por favor, esa mujer seguía sumando puntos y en cualquier momento le iba a reventar el contador. ¡Arquitecta! Lo que siempre quiso estudiar y nunca pudo, ¡si hasta su gato se llamaba así por Antoni Gaudí!

Sonrió de lado y volvió a perder la mirada por la ventanilla, respirando tranquila y con esa cálida sensación colgada del cuello a sus espaldas, recordando que mañana por fin la vería de nuevo.

***

Ese sábado no trabajaba, pero su impaciencia la había llevado al bar de Isabella con el claro objetivo de mirarla insistentemente con los ojos disparando un rayo láser invisible, pero incómodo, y así lograr meter un poco de presión. Estaba apoyada en los antebrazos sobre la barra esperando que Isabella terminase, con los auriculares conectados al celular escuchando la lista «Grandes éxitos del tango» y respondiendo a la vez un mensaje de WhatsApp de Nicolás, su compañero del gimnasio, que resultaba vivir cerca de su casa y se estaba ofreciendo a buscarla esta noche. Si debía ser sincera, ese chico no le caía del todo bien y no sabía por qué, pero algo no le cerraba. A pesar de todo había aceptado, porque la previa iba a ser en una casa quinta situada en un barrio alejado y que la pasara a buscar Nicolás la beneficiaba, para ser honesta.

Así que ahí estaba, moviendo su pierna derecha de manera nerviosa porque la espera la estaba impacientando y ya era tarde, tenía que bañarse y ver qué ropa se ponía, porque la noche había llegado y junto con ella, sus nervios a tope.

—¿Qué escuchás tan compenetrada que ni me prestás atención? —Sintió cómo Isabella le quitaba uno de los auriculares y se lo llevaba a la oreja. La vio fruncir el ceño y pasear la mirada sin ninguna dirección en concreto, para terminar clavándola en sus ojos—. ¿Qué mierda hacés escuchando tango, Lara? —Quiso saber, observándola como si le hubiesen salido dos cabezas de repente.

—¿Qué tiene? Hay que escuchar más de nuestra música —se excusó mientras apagaba todo, le quitaba el auricular y guardaba las cosas en la mochila—. ¿Vamos? —la apuró, impaciente y esquivando su mirada que todavía podía sentir sobre ella. Ya le daría explicaciones, pero era de extrema urgencia que se pusieran en movimiento ya mismo.

Después de casi sacarla a los empujones y bajo una repetición en bucle de «qué mierda hacés escuchando tango», finalmente habían llegado a su departamento y no le dio tiempo a una nueva repetición de la pregunta porque salió como un rayo al baño para poder ducharse. Nicolás pasaría a buscarla en una hora y ella todavía olía a papas fritas y café.

Bajo dichas circunstancias y con un estrés galopante, desempañó con la mano una franja del espejo del baño, lo justo para ver su mentón, e intentó quitarse ese maldito vello. Pero gracias a su pulso descontrolado por toda la situación, la tarea se le estaba haciendo difícil y después de dos intentos frustrados respiró hondo y volvió a intentarlo. La tercera fue la vencida.

—Treinta minutos para la fatídica hora y seguís ahí encerrada. Dale Lara, que todavía tenés que decirme qué mierda hacías escuchando tango. —Y sonrió, porque esa rubia era muy insistente.

Salió casi corriendo a su habitación y no pasaron ni quince segundos para que su amiga se hiciese presente con Antoni en brazos.

—Varias preguntas —continuó diciendo Isabella, sintiendo dos pares de ojos mirándola—. Primero, ¿qué mierda hacías escuchando tango? Me desespera saberlo. Segundo, ¿por qué cambiaste tus planes de sábado? Tercero, ¿que hacés con esa sonrisa de idiota mirando el celular?

Ay, es que Julia le había escrito preguntándole si quería que la buscase, que podía estar ahí en unos minutos. ¡Mierda! Es que estaba con una toalla en la cabeza y otra envolviendo su cuerpo y era imposible que estuviese lista en unos minutos. ¡Imposible! Así que con toda la tristeza y murmurando por lo bajo le respondió diciéndole que Nicolás la buscaba.

—Escucho tango desde que lo bailé con Julia en los vestuarios del gimnasio. Cambié mis planes porque Julia me invitó a otro lado hoy. Tengo sonrisa de idiota porque Julia me envió un mensaje preguntándome si quería que me buscara en unos minutos. Y ahora, tengo esta cara de culo porque tuve que decirle que no y no sé qué carajo ponerme de ropa —lo dijo todo de corrido, casi sin respirar y tirando el celular sobre el colchón—. Julia es mi entrenadora de boxeo y me tiene loca —finalizó, suspirando sonoramente y sentándose en el borde de la cama.

—Wo, wo, wo, wo, wooooooow… Dijiste como cuatro veces el nombre Julia —remarcó Isabella —, nunca te vi así, qué fuerte todo —comentó, apretando más a Antoni contra su pecho.

Casi que la ignoró y comenzó a revolver los cajones tratando de encontrar qué ropa ponerse. Nunca había sido de prestarle mucha atención a cómo vestirse, por no decir nada, pero esa noche era distinto. Se estaba frustrando de verdad y todo lo que sacaba le parecía espantoso, así, terriblemente espantoso.

—No sé qué ponerme Isa, ayudame —le suplicó.

—Pará un poco, estás acelerada. A ver… Una remera y unos *jeans*, ese es tu estilo. Aunque siempre podés ponerte algún vestido, unos pantalones cortos, alguna musculosa, lo que quieras, Lara.

—No tengo hombros femeninos, ni cintura ni tetas que mostrar para usar esa ropa. Además, tengo un solo vestido que me parece espantoso y una musculosa sin estrenar —resumió casi perdiendo la poca paciencia que tenía.

—Primero, no tenés que ponerte nada «para mostrar» y, segundo, si sigo tu línea de pensamiento, entonces yo tampoco debería usar vestidos ni ropa ajustada porque tengo varios kilos de más y la cintura no me vino de fábrica —ironizó, mientras dejaba a Antoni en el piso y revolvía la ropa que estaba desparramada en la cama, separando algunas prendas—. Estos *jeans* claritos con esta remera me gustan.

Miró la ropa que había separado sin prestar mucha atención y la agarró, se giró y comenzó a ponerse la parte de abajo de la ropa interior sin quitarse la toalla y en unos minutos ya estaba vestida.

—¿Me maquillás los ojos? Apenas, ya sabés —le pidió con cara de perro mojado, porque se había dado cuenta de que a lo mejor se había ido de boca sin intención y que necesitaba bajar un cambio —. Y perdón, no quise hablarte así, estoy nerviosa, nada más.

—No pasa nada, Lara. Sabés que me importa tres carajos cómo me miren, pero a vos sí y odio que te pase eso —se lo decía mientras le peinaba el pelo con los dedos que todavía tenía húmedo por la ducha—. Si esperás conformar a la gente, vas muerta. Te miran por gorda, por flaca, por alta o por baja. Año 2023 y todavía ven mal a una pareja homosexual caminando de la mano. —Sonrió irónicamente mientras negaba con la cabeza—. Si te vestís así porque te gusta, está bien, pero que lo

hagas por cómo te mira el otro y te quedes con las ganas de ponerte un puto vestido… —Y la sintió bufar sin terminar la oración, pero no hacía falta.

—Mañana almorzamos y te cuento todo, ¿dale? —Y la abrazó fuerte—. Te quiero.

—Dale, dale. Dame esos ojos así te maquillo.

Después de unos pocos minutos ya estaba lista y poniéndose un poco de perfume cuando escuchó sonar el celular. Era Nicolás avisándole de que había llegado, así que agarró el bolso que usaba para salir, metió unas pocas cosas dentro, agarró sus llaves, se acercó a Antoni para saludarlo y rascarle detrás de las orejas y salieron ambas del departamento: Isabella rumbo a su casa y ella rumbo a una noche llena de probabilidades.

# 7. Génesis

Estaban algunos sentados en los sillones del enorme *living* mientras que otros simplemente tumbados en el piso. En el centro, una mesa baja con varias bebidas, mayoritariamente con alcohol, algunas cajas de pizza desperdigadas por el lugar y música de fondo.

Se encontraba sentada en una esquina del sillón, con su costado izquierdo descansando en el apoyabrazos y sosteniendo en la otra mano una cerveza. Y estaba casi recostada porque tenía a Nicolás demasiado cerca, no sabía si porque el sillón sobrepasaba su capacidad máxima de personas o porque simplemente quería pegarse a ella. De cualquier manera, estaba incómoda y con unas ganas brutales de estar así de pegada, pero con cierta rubia que cada tanto la miraba desde su posición más alejada.

Se le habían fundido algunos miles de neuronas cuando llegó y la vio sentada sobre ese mismo apoyabrazos en el que estaba ahora reclinada, justo en el momento que le daba un trago a su cerveza después de reírse sobre algo que le habían dicho. Llevaba puesto un vestido negro que le llegaba a la mitad de los muslos, ajustado en la parte superior y más suelto de cintura para abajo, de tirantes, con escote en *v* y unos zapatos a tono. El pelo suelto con esas preciosas ondulaciones en las puntas y perfectamente maquillada. ¿Cómo podía alguien, con tan solo un pedazo de tela encima, verse tan alucinante? Recordó cuando llegó al lugar, mirando hacia todos lados de puro nerviosismo y saludando con un ínfimo movimiento de cabeza a quienes la miraban. Cuando vio a Julia se acercó intentando que sus pasos se viesen firmes, pero en realidad casi que le temblaban las piernas, animándose a saludarla con un beso en la mejilla e inspirando sutilmente, reconociendo ese dulce perfume que siempre usaba. Unas cosquillas se le habían quedado en la palma de la mano cuando la apoyó sobre la piel de su hombro al inclinarse hacia ella.

—Menos mal que al final te convencieron y viniste… —Sintió la voz de Nicolás muy cerca y cuando giró el rostro pudo notar que tenía los ojos fijos en su boca—. Contame algo de vos. ¿Tenés novio, Lara?

Se acomodó un poco en el lugar sintiéndose más incómoda que antes y desvió la vista al frente, encontrándose con la mirada de Julia clavada en el chico. Tenía el ceño apenas fruncido y bajó su vista rápidamente a la cerveza en cuanto las miradas de ambas se encontraron.

—No, no tengo novio —respondió de poca gana y sin despegar la vista de Julia, quien ahora estaba conversando con Mariano sentado en el piso frente a ella.

Aceptó una nueva botella fría de cerveza que uno de sus compañeros le ofreció al pasar y cuando estaba pensando en levantarse con la excusa de buscar comida y ubicarse en algún lugar estratégico en donde Nicolás no pudiera acompañarla, su voz la frenó.

—Brindemos por eso —pidió el chico, acercando su botella de cerveza a la de ella y no tuvo más opción que chocar con la suya, acompañando el gesto con una sonrisa forzada.

No le salía ser descortés y en definitiva Nicolás no le había hecho nada ni faltado el respeto, solo estaba intentando llevársela a la cama, básicamente. Si supiera lo a mil años luz que estaba de que eso pasara, seguro que ese chico terminaba haciendo fondo blanco de su cerveza y recorriendo el lugar con la mirada en busca de una excusa para irse. Evaluó seriamente en decirle que era lesbiana, tenía

las palabras a nada de salir de su boca y se estaba mordiendo la lengua, literal, cuando una voz la sorprendió.

—Nico, te la robo un ratito.

No tuvo que levantar la mirada para saber que era Julia, pero lo hizo igual, porque se moría por verla. Nicolás se levantó del sillón cediéndole el lugar y todo su cuerpo gritó un «¡gracias Julia!», su interior se revolucionó agitado al compás del ritmo de su corazón que palpitaba más rápido por la anticipación del momento.

Una estela de su perfume le llegó a las fosas nasales cuando Julia se sentó y todo por dentro se le estremeció; la capacidad de asombrarse ante las reacciones de su propio cuerpo cuando tenía a esa mujer cerca ya la había perdido varios días atrás.

«Disfrutá, Lara, que la vida es una sola y la estás desperdiciando».

Julia se cruzó de piernas sentándose de lado para poder verla mejor y no pudo evitar mirar el gesto. Adiós a otros miles de neuronas más, pero ya no le interesaba seguir llevando la cuenta, su cerebro contaba con millones y tenía margen para seguir fundiendo de a puñados gigantescos.

—¿Interrumpí algo? —le preguntó Julia, mirándola fijamente mientras se llevaba la botella a la boca.

Se quedó un poco enganchada a sus ojos y otro poco a sus labios. El delineado negro y la sombra oscura que tenían hacían resaltar todavía más esas dos esferas azules que la hipnotizaban y no creía en la reencarnación, pero daría años de vida por ser esa maldita botella. Sintió la garganta seca, así que negó con la cabeza en respuesta a su pregunta y bebió ella también, sin dejar de mirarla. Bendita cerveza y bendito el alcohol en sangre que la volvía un poquito más valiente, porque no solo le sostuvo la mirada, sino que por un segundo la bajó a sus labios.

—Brindemos por eso —repitió con una sonrisa la frase de Nicolás, que evidentemente había llegado a oír, acercando su botella a la suya.

—¿Es motivo de brindis que no hayas interrumpido algo? —Quiso saber, alejando apenas su botella cuando Julia intentó brindar.

—Para mí sí.

Y en un movimiento rápido, el sonido seco de vidrios chocando cerró el brindis.

Tanto histeriqueo la estaba envalentonando de golpe y ya no tenía dudas de que algo se estaba cocinando a fuego lento entre ambas. No entendía muy bien las intenciones de Julia, porque estaba segura de que entre ella y Mariano algo pasaba, pero decidió plantearse eso mañana y aceptar lo que la noche le estuviera preparando. Esa mujer era claramente bisexual o con intenciones de empezar a serlo y no iba a desaprovechar la oportunidad si se le presentaba. Su bisexualidad le daba de base un 50 % de probabilidades de concretar y si bien el número le parecía aceptable quería aumentarlo, así que subió un escalón más en su nivel de valentía y no quitó la mirada de su escote, mientras tomaba lo que restaba de la cerveza en tres grandes tragos.

Recorrió con la mirada su cuello, sus labios, su nariz, hasta volver a aterrizar en sus ojos, todo de una forma lenta y provocadora que ni ella misma se lo creía. Por Dios, sentía que estaba en el cuerpo de otra persona porque nunca se había sentido capaz de mirar a alguien así, jamás. Pero de repente se sentía en medio de una nebulosa cargada de humo, calor, alcohol y música de fondo que la incitaban a perder un poco el control. La vio sonreír de lado y levantar una de sus cejas, como preguntándole «¿Te gusta lo que ves?».

Dejó la botella vacía a un costado en el piso y se reacomodó en el sillón, poniéndose también de lado para observarla de frente mientras Julia seguía atenta todos sus movimientos, sin decir una sola palabra y poniéndola un poco nerviosa.

Julia le ofreció de su cerveza y ella aceptó, rozando apenas sus dedos en el intercambio y el contacto le dejó un cosquilleo en los suyos.

—¿Así que te gustaron los videos que te envié?

—Mucho. No sé ya cuántas veces los vi —confesó, porque era cierto.

—Todo muy sensual, ¿no?

Y si se refería a ella, sí, le parecía lo más sensual que había visto. Lo que también había visto era la cadena que tenía en el cuello y cómo ese colgante se perdía en su escote. Accionando como si ella no fuese Lara Ferrer, la persona más insegura del planeta y un ser endemoniado la hubiese poseído, acarició con el dedo índice la fina cadena, rozando al paso un poco de piel, hasta llegar al colgante que se perdía justo entre medio de sus pechos. Lo agarró con los dedos y no supo muy bien cuántos segundos duró el momento, pero los suficientes para descubrir cómo había cambiado la respiración de Julia y en consecuencia cómo subía y bajaba su pecho.

—Muy sensual, sí —dijo casi sin voz y cuando subió la mirada se encontró con la de Julia fija en su mano sujetando el colgante. Fue cuando recordó que todavía lo tenía entre los dedos y que lo había mirado sin mirar. Entonces se dispuso a poner un poco de atención y pudo distinguir que eran dos pequeños pinceles de plata—. ¿Dos pinceles? —le preguntó, después de carraspear para aclararse un poco la voz.

—Dos pinceles. Me gusta pintar —conciso, sin más.

Fue todo lo que dijo mientras miró unos segundos más el colgante y con un movimiento lento y sin apuro volvió a dejarlo donde lo había encontrado, exactamente en el mismo lugar.

—Bailás, pintás… Toda una artista. —Algo tenía que decir y no supo qué, así que disparó lo primero que se le vino a la cabeza.

Julia no respondió y le quitó la botella de vuelta, bebió un trago y se acercó un poco más a ella. Le ofreció la cerveza de nuevo y cuando la tomó, el corazón empezó a bombearle más fuerte al sentir la mano de Julia sobre una de sus piernas. Solamente la apoyó y el calor de su palma traspasó la tela del pantalón y, al sentirla acercar su boca al oído y su aliento chocando contra la sensible piel del cuello, unas cosquillas le nacieron en la boca del estómago y se perdieron un poco más al sur.

—Estás hermosa. —Si ya de por sí le encantaba la voz de esa mujer, grave y seductora, oírla tan de cerca le producía sensaciones que se moría por sentir una y mil veces más, en un bucle infinito y hasta el cansancio.

Era el juego propuesto por Julia y al que ella se había anotado con gusto. Ya no había lugar para las suposiciones y todo había pasado tan rápido que por momentos no supo qué hacer. Hasta no hacía mucho tiempo era una desconocida, después un inalcanzable, después estaban bailando tango y ahora tenía sus labios a centímetros del cuello y unas ganas tremendas de presionarla contra el sillón y hacerle de todo.

«Estás hermosa». Julia pensaba que ella estaba hermosa así, con *jeans*, remera y zapatillas. No quiso pensar que seguramente esa mujer tenía más alcohol que sangre en las venas y por eso la veía tan hermosa, así que se recordó, una vez más, disfrutar del momento. ¿Remordimientos al día siguiente por haberse aprovechado de los efectos del alcohol? A lo mejor, pero se preocuparía después, al fin y al cabo, ella estaba igual y las excusas mañana valdrían el doble.

Apretó fuerte la botella de cerveza y pudo sentir una leve presión de la mano de Julia en su muslo mientras se alejaba volviendo a su posición inicial, clavando ese azul en su boca y dejando todo dicho con el gesto.

A Julia no le interesaba hablar de su colgante ni de lo artista que era.

Tomó un trago de ese líquido ambarino buscando un poco de valor para jugar su carta. Esta

noche tenía que besarla, mínimo, así que su próxima jugada debía ser certera y ya estaba a punto de accionar cuando de repente Julia desapareció de su línea de visión. Para cuando se dio cuenta Mariano la había tomado de la mano y tirado de ella para llevársela a la pista de baile improvisada que habían armado y que ninguna de las dos se había dado por enterada.

«¡Mierda!», maldijo en cinco idiomas distintos al inoportuno de ese chico y lo odió un poco también, porque estaban en el mejor momento, jugando las mejores cartas y de repente se había quedado sola y sin rival en ese juego. Santo Dios, si todavía le seguía latiendo el corazón a todo lo que da y le hormigueaban los labios de querer besarla. Era un juego que no iba a poder sostener por mucho tiempo y tenía que buscar la forma de acercarse de nuevo, de pegarla a su cuerpo y confesarle unas cuantas verdades.

Paseó la mirada por el lugar mientras pensaba su próximo movimiento y fue entonces cuando vio a Nicolás observarla con una mirada que le prendió algunas alarmas. Era lasciva y la estaba intimidando mucho, consiguiendo que volviese a removerse nerviosa en el sillón. Se preguntó cuánto tiempo hacía que ese chico estaba mirando en su dirección y cuánto de la interacción con Julia había llegado a presenciar. Nicolás levantó su botella de cerveza en un gesto de brindis y ella le sonrió apenas y sumamente forzado. En medio segundo se dio cuenta de sus intenciones y se corrió de lugar en el sillón para acercarse a Jimena y a Gastón, un par de compañeros que conocía de las clases y que le caían muy bien. Enseguida la hicieron partícipe de la charla y para su suerte Nicolás entendió el mensaje y desistió de acercarse a ella, pero pudo notar cómo la seguía mirando desde su posición alejada.

Empujó a Nicolás a la colectora del carril de sus pensamientos importantes y volvió la atención a sus compañeros o más bien lo intentó, porque la verdad es que escuchaba poco y nada de lo que hablaban; estaba más ocupada en mirar a Julia que en los beneficios de las clases de yoga. Tenía la mirada fija en las caderas de la rubia, en cómo las movía y, para su desgracia también, en cómo la mano de Mariano se aferraba a su cintura. Esos movimientos le subían un poco el vestido y a ella la imaginación se le subía también, haciéndole añicos la capacidad de participar en cualquier charla que no sea sobre la forma en que Julia se movía.

—Podrías empezar yoga con nosotros, Lara. —Escuchó de fondo como si estuviera en otra realidad paralela.

Se dio cuenta de que Jimena le estaba hablando a ella y le iba a responder cualquier cosa, que sí, que empezaba el lunes, pero cuando vio a Julia pasar por al lado y mirarla de esa forma todo quedó en segundo plano. Adiós clases de yoga, hola oportunidad de besarla, porque esa mirada le dijo miles de cosas sin hablar y ella las había entendido a todas.

—Sí, claro. —Intentó responder de la forma más casual posible, sin que notaran su nerviosismo —. Perdón, ya vuelvo —les informó y se levantó del sillón de una manera sorprendentemente lenta si la comparaba con la velocidad a la que la sangre le fluía por las venas.

Había podido verla entrar a la cocina, así que se dirigió hasta allá a paso seguro, sin siquiera darse cuenta de que Nicolás la seguía con la mirada, pero cuando ingresó no la encontró y solo notó la puerta que daba a la parte trasera del jardín abierta. Demasiada cerveza y no sabía si era la anticipación o si tenía los estrógenos pasados de alcohol y todas sus hormonas borrachas pidiendo acción, porque no podía pensar en otra cosa más que en besarla y tocarla.

Se asomó al jardín y no la vio. Cerró la puerta y avanzó un poco hacia la derecha por un camino que bordeaba el césped y continuaba con otro giro más. Cuando volvió a girar la vio apoyada de espaldas sobre la pared, fumando un cigarrillo en un sitio con muy poca luz y a escasos pasos de un cuarto que parecía ser un lavadero.

Se acercó a paso lento hasta situarse frente a ella sin invadir su espacio personal y con Julia clavándole la mirada. La vio llevarse el cigarrillo a la boca y ella persiguió el gesto, observando cómo lo envolvía con sus labios y expulsaba el humo lentamente. No sabía cómo lo hacía, pero a esa mujer hasta fumar le quedaba bien. Una voz en su cabeza diciéndole «reaccioná» la hizo pestañear rápido un par de veces y descolgar su mirada de esa boca.

En ese juego eran dos y su repentina valentía, empujada por las ganas de terminar la partida, la llevó a dar un paso hacia Julia y apoyar la mano izquierda sobre la pared, justo al lado de su cabeza. Su calor se hizo más cercano y su perfume más intenso, y verla así de expectante por su próximo movimiento la llevó a acercar la boca a su oído y, cerrando fuerte los ojos, juntó el valor para jugar su última carta. Tanto nerviosismo la iba a matar, sentía las piernas temblar ante esas palabras que le quemaban la garganta y que tan solo debía soltarlas, solo dos palabras expulsadas por sus cuerdas vocales que darían inicio a ese beso tan esperado o a terminar con Julia empujándola lejos de ella. Cincuenta y cincuenta. Inspiró hondo con los ojos cerrados y lo confesó casi en un susurro.

—Me gustás mucho. —Y en vez de dos palabras, habían sido tres, porque de repente el «me gustás» le sonaba a poco y tuvo que hacerlo todo más intenso.

Tremenda valentía. Las cartas estaban sobre la mesa, ya no había más partidas que jugar y se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración a la espera de una reacción.

Julia inspiró hondo, tiró el cigarrillo al piso y soltó el aire despacio mientras llevaba las manos a la cintura de su pantalón, tirando de este y obligándola a dar un paso más hacia ella. El calor de Julia la envolvió un poco más que antes, su perfume ya lo acaparaba todo y sintió un hormigueo en la boca del estómago cuando la punta de su nariz le rozó el cuello y subió por su mejilla, lentamente, hasta quedar con su boca muy cerca de la suya. El corazón le golpeaba en el pecho de una forma alarmante y tuvo que entreabrir los labios por puro instinto de supervivencia cuando sintió los de Julia besarle el mentón. Su propia respiración se volvió un poco más pesada y profunda cuando segundos después besaba la comisura izquierda de su boca, de una forma dolorosamente lenta que la ponía en la disyuntiva de tomarle el rostro entre las manos y besarla con ansias, o soportar la agonía. Cuando por una milésima de segundo la boca de Julia estuvo frente a la suya creyó que finalmente iba a besarla, pero tan solo era el camino a recorrer para depositar otro beso en su comisura derecha.

Sintió su respiración muy cerca del oído y cómo volvía a tirar de la cintura de sus pantalones para pegarla más a ella, si es que eso era posible. Cuando pudo notar contra su cuerpo todas las curvas de esa mujer, sintió su piel hervir y las ganas a tope por hacerle de todo. Por recorrer esas curvas y tocarla. Alejó su rostro lo justo para quedar cara a cara y con su nariz rozando la de Julia. Una de las manos de la rubia liberó la cintura de sus pantalones para acariciar con la punta de los dedos el dorso de su mano. Sus caricias fueron subiendo despacio por toda la longitud de su brazo, apenas la rozaba, pero lo vivía tan intenso que necesitó cerrar los ojos para sentir cómo esa caricia le quemaba a su paso, mientras seguía avanzando por su hombro hasta llegar a la nuca, enredando los dedos en su pelo. El suave roce de la respiración de Julia chocando contra su boca la impulsó a abrir los ojos para verla. La descubrió mirando fijamente sus labios y ella imitó el gesto, dejando todo perfectamente encajado y listo. Sus ojos captaron el momento exacto en el que Julia acortó las distancias para atrapar su labio inferior entre los suyos.

«Dios…», pensó, inspirando profundo en el mismo instante que sintió el contacto y reteniendo la respiración los cuatro segundos que duró. Como si hubiesen estado de acuerdo toda la vida o como si lo hubiesen planeado cientos de veces, ambas se separaron lo justo para entreabrir los labios a la vez e inclinar la cabeza buscando un mejor ángulo, uniendo sus bocas con una perfecta sincronía y con unas ganas en común de volverlo todo un poco más íntimo.

El beso era cálido y lento, sus labios se encontraban necesitados y de una forma insistente. Julia volvió a atrapar su inferior y sintió su lengua acariciarlo, pidiendo permiso para entrar en su boca. Un gemido bajito salió de su garganta en respuesta y finalmente su cuerpo reaccionó, despegando la mano de la pared con destino a su cadera. Apretó un poco el agarre y abrió la boca para dejarla entrar, enredando su lengua con la de Julia y presionando su cuerpo contra el de ella porque necesitaba sentirla mucho más. Esas dos acciones trabajaron bien en equipo, porque provocaron que un gruñido suave como respuesta vibrara dentro de su boca y pudo sentir cómo la mano de Julia empujaba más sobre su nuca para intensificar el beso, que en pocos segundos se había vuelto intenso y necesitado.

Jamás había sentido nada parecido con nadie; pasando por mil cosas distintas, pero todas iguales de placenteras. La calidez de la lengua de Julia jugando con la de ella la estaba llevando a un nivel de ansiedad que no creía, porque esa mujer besaba de puta madre y en ese rincón oscuro de repente hacía mucho calor.

Le tomó el rostro entre las manos y acomodó la pierna derecha entre las de Julia, ejerciendo una leve presión contra su cuerpo y sin dejar de besarla. Dos golpes claros y fuertes de su corazón cuando Julia movió las caderas contra ella para sentir mejor el contacto; después, un jadeo salió de su boca, obligándose a sí misma a separarse unos milímetros de esos labios. Por Dios, necesitaba respirar y en ese espacio escaseaba el aire o estaba muy denso, no lo sabía, pero notar cómo Julia buscaba su contacto y su boca de nuevo, la llevó a plantearse arrastrarla a ese lavadero y no salir de ahí en lo que restase de la noche.

Su boca volvió a estar atrapada por la de Julia y el beso comenzó a subir en exigencia. La mano derecha de la rubia se escabulló por debajo de su remera para presionarla todavía más contra su cuerpo, clavándole los dedos en su baja espalda. El agarre a la nuca cambió a otro más intenso cuando Julia tomó un puñado de su pelo y tironeó, en una mezcla perfecta de ansiedad y deseo contenido, y a ella le pareció algo tan sensual que tuvo que suspirar mientras devoraba su boca.

Por favor, se moría por tocar un poco de piel. Se preguntó si podría y no esperó respuesta, porque el cuerpo entero le decía que sí. No podía pensar con esa mujer mordiéndole el labio inferior como lo estaba haciendo en ese preciso momento y eso fue el puntapié para lo que siguió. La agarró firme de las caderas y presionó con su pierna en el punto exacto, logrando un gemido ronco por parte de Julia y sintiendo cómo clavaba las uñas en su carne.

Se iba a morir, de verdad. Bajó la mano derecha al muslo de Julia sintiendo su piel caliente y esa sensación la deshizo por completo, la consumió en dos bocados y la obligó a separarse de su boca de nuevo, porque necesitaba mirar y grabarse en la retina la escena. Subió la mano arrastrando por el camino la tela del vestido y conteniendo cada músculo por la tentación de introducirla debajo, porque sabía que si lo hacía no iba a poder parar e iban a necesitar hacerlo, de un momento a otro. Continuó avanzando por su costado de forma lenta hasta llegar a su cintura, sin poder dejar de admirar la belleza de ese cuerpo. El vestido volvió a caer por su propio peso cubriendo la piel expuesta y cuando levantó la vista se encontró a Julia respirando algo agitada, con sus labios apenas entreabiertos mientras movía suavemente las caderas contra ella. La miraba, la provocaba y buscaba su contacto y no pudo hacer otra cosa más que estrellarse contra su boca y acompañar con el cuerpo el movimiento, empujando en sentido contrario. Le salió un poco brusco, porque las caderas de Julia terminaron chocando contra la pared y eso la excitó un poco más; a la rubia no había parecido molestarle e incluso la sintió aferrarse más a ella. Cuando todo parecía descontrolarse, se separó bruscamente de su boca y la miró a los ojos.

—¿Estás con Mariano? —le preguntó, sin saber en qué momento había decidido cortar con el

beso para hacerle aquella pregunta.

—¿Acaso importa? —le respondió con otra pregunta, volviendo a besarla con la misma intensidad con la que lo habían dejado. «¿Acaso importa?», se cuestionó internamente y de nuevo cortó el beso para tomarle el rostro entre las manos.

—Juli…

—Desde ese día que bailamos tango no puedo dejar de pensar en… —Unas risas provenientes del jardín la interrumpieron y la escuchó bufar, llevando la cabeza hacia atrás y golpeándose levemente contra la pared al mismo tiempo que llevaba las manos a su cintura.

—Mejor volvamos adentro, ¿sí?

Con todo su cuerpo sensible a niveles extremos, dio unos pasos atrás y se agachó a juntar la colilla del cigarrillo que había sido abandonado a su suerte, para tirarlo de camino en el cesto de basura de la cocina. Escuchó a Julia suspirar despegándose de la pared y caminar en dirección al *living* después de dedicarle una tímida sonrisa. Perdió la mirada en esa espalda y en su forma de andar, soltando un suspiro resignado y entusiasmado a partes iguales porque no todo había salido tan mal. Cincuenta y cincuenta. Ese venía siendo su porcentaje esa noche y todavía no sabía que cambiaría entrada la madrugada, cuando todo terminase finalmente saliéndose de control.

***

Si las miradas hablasen eso sería un diálogo no apto para menores de dieciocho años, porque los mensajes ocultos eran bastante explícitos y todos llevaban a un mismo lugar: seguir con lo que habían empezado contra esa pared. Se moría por retomar desde donde lo habían dejado o, mejor todavía, volver a empezar de nuevo y repasar esos besos una y otra vez. Sentía la ansiedad física en el estómago cada vez que recordaba cómo Julia había enredado los dedos en su pelo mientras la besaba, por eso ahora su interior burbujeaba y no podía evitar buscarla a cada minuto.

Julia la estaba comiendo con la mirada, sentada frente a ella, mientras se llevaba a la boca su segundo trago. La maldita forma de clavarle esos ojos por encima de la copa la hacían revolverse en el lugar, inquieta e incómoda ante las sensaciones que comenzaba a tener entre las piernas. No sabía por cuántos tragos iba Julia, pero ella había bebido un par de cervezas y un gin-tonic y ya estaba mareada; mareada y completamente desinhibida, porque en situaciones normales no podría estar sosteniéndole la mirada como ahora ni cargando una seguridad tan definida. Es que se sentía deseada por esa mujer y era algo nuevo que la consumía de una manera jodidamente bien.

Se levantó del sillón en dirección a la barra, porque la mirada de Julia le estaba haciendo muchas cosas por dentro y necesitaba un tiempo muerto, un descanso, un poco más de alcohol que humedeciera su garganta seca. Se apoyó en los antebrazos sobre la barra mientras esperaba su segundo gin-tonic y no le hizo falta girarse para saber que Julia la había seguido y estaba cerca; con la estela de su perfume le fue suficiente.

Sonrió de lado, pero no se giró a mirarla y siguió examinando detenidamente las distintas botellas frente a ella. La escuchó pedirse un Manhattan y pudo notar de reojo cómo la rubia se apoyaba también en su antebrazo, de costado sobre la barra y mirando en dirección a ella, a un centímetro de rozarla.

—Tengo tantas ganas de tocarte y que me toques.

Esa maldita voz cerca de su oído, tanto que sus labios llegaron a rozar un par de veces su piel y le bastó un segundo a cada músculo de su cuerpo para tensionarse, mientras que a su cabeza le sobró tiempo para imaginarse mil situaciones distintas de complacerla. Su carne y su mente atadas a ella, a

Julia. Pulso acelerado, piel de la nuca erizada y los dedos que le hormigueaban de las ganas que tenía de acariciarla, de meterle mano, porque con ella se sentía de esa forma, todo era puramente carnal y lo único que quería era cogérsela, así, sin vueltas. Lo tenía claro y no sabía cómo ni cuándo, pero sabía que pasaría y que Julia quería lo mismo.

Podía notar su pecho rozándole el brazo y todos los sentidos se le estaban activando. Uno a uno. Esa mujer iba con todo y le encantaba. Tan avasallante, directa, dominante y provocadora.

Ya tenía su copa delante de las narices y con un pulso deprimente, así que pasó de tomarla y se limitó a girar la cabeza para mirarla. Imitó su postura y se apoyó de lado para quedar frente a frente, pero cambió de táctica y le habló mirándola fijo a los ojos. Inédito.

—Podría tocarte y hacerte tantas cosas sin siquiera quitarte el vestido.

Pudo verla exhalar el aire de manera brusca por la boca y bajar la mirada a sus labios. Supo entonces que su respuesta le había gustado. No sabía que el alcohol produjera ese efecto en ella, realmente se sentía fuera de eje, de su zona de confort, pero a su vez jugar en terreno desconocido de repente le estaba saliendo de puta madre.

—A lo mejor en un rato podemos coincidir en el baño… —Agarró su Manhattan, le guiñó un ojo y se fue rumbo a donde estaba el grupo.

La observó caminar y cuando se grabó cada curva en la retina se giró hacia la barra, agarró su gin-tonic y se apoyó de espaldas, dispuesta a seguir admirando las vistas. Pero de pronto pasó algo que puso a todos sus sentidos en alerta y una tensión al completo invadió su cuerpo, esta vez de manera un tanto desagradable.

Mariano.

Ese chico se había acercado a Julia por detrás tomándola de la cintura y lo veía hablarle al oído, tan cerca de su cuerpo como lo había estado ella segundos atrás. Y Julia se dejaba. Sintió una sensación totalmente fuera de lugar que la llevó a tomarse casi la mitad del trago de un saque y sin quitar la vista de esa imagen. Ahora Julia no solo se dejaba, sino que también le sonreía.

«Tranquila, Lara», se pidió internamente. Ellas no eran nada, la rubia no le debía explicaciones y si quería acostarse con ese tipo en medio del bar tampoco podía quejarse, por mucho que la envidia la estuviera carcomiendo por dentro, a bocados chiquitos y pausados, sintiéndolo todo el doble de intenso.

—¡Argh! —gruñó sonoramente mientras terminaba de otro saque su gin-tonic y le daba la espalda a la realidad— . Un tequila, por favor.

A la mierda todo, un poco más de alcohol seguro que le sentaba de maravillas.

—Otro para mí. —Escuchó al lado suyo.

Giró la cabeza y observó a Nicolás sonriéndole de una forma que no le gustó y ya era la segunda vez en lo que iba de la noche que tenía esa sensación.

—¿Te puedo acompañar? —Quiso saber el chico. Al menos preguntaba, así que le dio un punto a favor y se dispuso a ser amable.

—Claro —le respondió con su mejor falsa sonrisa y volvió su mirada al frente.

Cuando el barman dejó ambos chupitos frente a ellos, se llevó un poco de sal a la boca, bebió de un sorbo el tequila y mordió el gajo de limón. Era la primera vez que tomaba eso, pero todo lo ejecutó de una manera tan sincronizada que parecía que lo viniera haciendo de toda la vida; había visto muchas escenas de películas y la teoría la tenía clarísima. Sintió un hilo de fuego bajar desde la garganta hasta su pecho haciéndola estremecer por completo, y con todo el valor que esa graduación alcohólica le había dado, volvió a girarse para buscar a Julia y se arrepintió en el mismo momento en que la vio. Ahora estaban bailando frente a frente, Mariano tenía las manos en la espalda baja de la

rubia y la sujetaba fuerte contra él, demasiado para su gusto, mientras Julia tenía las suyas en la nuca del chico y sus caras estaban muy cerca, a la vez que se movía seductoramente y no dejaba de sonreírle. Le acariciaba la nuca y su pecho estaba apretado contra el de Mariano, su espalda casi arqueada y esas caderas que no paraban de moverse.

Su 50 % de probabilidades había bajado un par de escalones a base de caricias heterosexuales y hasta podía imaginarlo venir caminando hacia ella, apoyado en un brazo sobre los hombros del otro porcentaje ganador, a paso derrotado y cabizbajo. Fin de la historia que nunca empezó.

Esta vez la sensación se transformó en una oleada de rabia que la incomodó y la hizo apretar fuerte la mandíbula, clavando la mirada en la pareja. Sin decir nada ni emitir un solo sonido, volvió a girarse a la barra y pidió otro tequila. Tenía que relajarse, no estaba bien sentirse así, no tenía lógica, pero todo su cuerpo reaccionaba ante la visión, rompiendo de un mazazo cualquier atisbo de razonamiento que intentase asomar por las rendijas de su histeria. Esa envidia en forma de termitas había aumentado en velocidad y tamaño, sus bocados ya no eran chiquitos ni pausados y la estaban carcomiendo a niveles que no le gustaban.

Ni sal ni limón. Esta vez el chupito no duró ni medio segundo apoyado en la barra y se lo tomó de golpe, importándole un carajo todo ritual y tradición.

—Me parece que hay algo que viste que no te gustó para nada.

Ese chico no tuvo mejor idea que hacer un comentario de ese estilo, en el momento y lugar equivocado. Tardó en reaccionar porque hasta se había olvidado de su presencia, pero era demasiado alcohol, demasiadas emociones, demasiada rabia y demasiado chico musculoso engreído cerca. Si metías todo eso dentro de una coctelera y la agitabas obtenías el tequila de autor más potente de la historia, a base de ingredientes para nada compatibles entre sí. Lo miró, se apoyó de espaldas sobre la barra y observó la escena. Un momento masoquista de los jodidos, porque Julia y Mariano se estaban comiendo la boca. Mientras a ella le sangraban los ojos ante la visión, podía sentir la mirada de Nicolás clavada en su rostro y su vista periférica captó cómo se acercaba hasta quedar muy cerca de su cuerpo.

—Me ofrezco como voluntario para darle celos a Julia —dijo de pronto.

Giró lentamente la cabeza para mirarlo con ambas cejas levantadas en un gesto completo de incredulidad. Estaba a punto de perder el control y rogaba que Nicolás dejase esos comentarios para otro momento o los dejase definitivamente, porque uno más y temía su reacción.

—Nunca fallan —lo dijo mirándola divertido, haciendo un movimiento de cabeza en dirección a la pareja.

Primero, ella no estaba celosa. Segundo, esa idea le pareció la más patética del mundo y tan solo imaginarla le revolvía el estómago. Tercero, porque de repente había un tercer punto, estaba perdiendo la paciencia y lo único que tenía en la cabeza era tomar a Julia del brazo y llevársela al baño. Agarró el chupito de tequila que Nicolás no se había tomado y lo bebió de un saque.

—Gracias, pero no —le dijo irónicamente, depositando el chupito de nuevo sobre la barra de un golpe fuerte y seco. Cuando dio un paso al frente para dirigirse hacia su objetivo, sintió cómo la sujetaba fuerte del brazo y la obligaba a frenar. Se liberó de su agarre de manera brusca y lo miró con cara de muy pocos amigos—. ¿Qué te pasa? —inquirió en un tono un poco elevado, porque ya la paciencia se le había desintegrado con ese último tequila.

—Ey, tranquila —le pidió, con una sonrisa socarrona que le molestaba sobremanera—. Podemos pasarla bien y asegurarnos de que Julia lo vea, ¿qué te parece? —Y volvió a acercarse rodeándola por la cintura con uno de sus brazos.

Puso ambas manos sobre los hombros de Nicolás, empujándolo hacia atrás para poner distancia

entre ambos, pero el chico insistía en acortarla.

—Soltame, Nicolás, estás borracho. El alcohol te pone insoportable y no me interesa tu propuesta.

—Claro. Te interesa Julia, ¿no? —Y apretó su agarre para pegarla más a él. Su aliento a alcohol mezclado con un fuerte perfume le revolvió todavía más el estómago—. Ella ni te mira y en cambio a mí me interesás muchísimo —insistió, arrastrando las palabras.

—¡No seas pesado, por Dios! —Y lo empujó más fuerte, logrando alejarlo de ella unos cuántos centímetros.

—Para cogerte a Julia necesitás algo entre las piernas que no tenés… O al menos eso creo. —Y la soltó de repente, como si ahora sus ganas de tener algo con ella se hubiesen convertido en puro resentimiento.

Expulsó el aire por la boca, en forma de risa, mientras lo miró de la manera más despectiva que pudo. Ese chico nunca le había faltado el respeto, pero al parecer el alcohol no solo hacía estragos en su persona, sino en el resto de la humanidad también y a ella la coctelera le quemaba entre las manos así que la agitó. Las cortesías y los buenos modales se podían ir bien a la mierda.

—Imbécil.

Y se guardó sus ganas de golpearlo, dando media vuelta hacia Julia que ahora sujetaba a Mariano por la nuca mientras este tenía las manos en su cintura y le hablaba muy cerca de su boca.

—Olvidate de que te mire como lo mira a él, Lara. No sos lo suficientemente mujer ni lo suficientemente hombre —se lo dijo a sus espaldas, cerca del oído y esas palabras la atravesaron entera.

Pudo sentir cómo se le clavaban como astillas por detrás del cráneo y atravesaban todo a su paso, haciendo destrozos y armando una revolución de las cruciales, aunque en ese momento no fuese consciente. Sintió en la cabeza algo parecido a una puntada y cerró fuerte los ojos durante unos segundos. Volvió a abrirlos y enfocó a Julia, que ahora estaba a cierta distancia de Mariano y como si Nicolás no hubiese dicho nada, avanzó a paso firme hacia ella.

Pero Nicolás lo había dicho y el elefante en la habitación era innegable.

***

Habían sido muchas las miradas y los roces. Desde cualquier perspectiva la conexión entre ambas era palpable y no hacía falta decir nada más.

«No sos lo suficientemente mujer ni lo suficientemente hombre».

Mientras se alejaba de la barra y avanzaba hacia ella, evaluó las distintas formas de llevarla lejos del grupo y vivir en carne propia todo lo que su cabeza venía imaginando. Se había cansado de tanto trabajo mental en una sola noche y había accionado, mitad inducida por el alcohol y mitad por la necesidad de sentirla entre sus dedos.

Así que ahí estaban, encerradas en uno de los baños ahogando con besos los gemidos y jadeando la una en el oído de la otra, mientras de fondo se podía escuchar a Pink con la canción *Just like a pill*. La tenía justo como quería, presionada contra la pared y con el vestido a medio subir, solo lo necesario para poder estar tocándola por debajo de su ropa interior, porque no había tiempo para preliminares ni tampoco los necesitaban, ambas se habían tentado a base de susurros, miradas y roces, y en ese baño todo se había vuelto desesperado y apresurado.

Con sus bocas casi rozándose, respirando la una del aire de la otra y con la pierna derecha entremedio de las suyas, la instó a separarlas un poco más y bajó la mirada en dirección a dónde su

mano desaparecía, mientras la penetraba despacio con dos de sus dedos. Cuando estuvo dentro, llevó la boca a su cuello y lo lamió desde la base hasta el lóbulo de la oreja, dejando también algunas mordidas al paso. Podía notar su excitación mientras entraba y salía, y cómo empujaba las caderas contra ella acompañando el ritmo. La presión en su propia entrepierna se estaba volviendo insoportable, toda la sangre concentrada en un solo lugar y necesitaba aliviarse de alguna manera. En un solo y único movimiento empujó los dedos con más fuerza dentro de ella a la vez que se presionaba contra su muslo, aprovechando el envión de cada embestida.

Todo se volvió muy caliente, los jadeos constantes y la forma en que acompañaba el vaivén de sus caderas clavándole las uñas en los costados la estaban llevando al punto ciego de excitación donde nada importa y todo está bien, al menos durante algunos segundos. Demasiado alcohol, demasiada excitación y una rabia punzante por esas palabras que seguían martirizando su cabeza. Aceleró un poco más los movimientos y empujó con más fuerza, de manera hasta brusca, ganándose un gemido directo al oído que la hizo ser consciente en que al fin se la estaba cogiendo y muy bien, porque sentirla disfrutar así no paraba de excitarla un poco más a cada instante. Podía notarla contraerse alrededor de sus dedos y la besó casi de manera desesperada, mientras seguía entrando y saliendo de ella sin dejar de moverse contra su muslo. Pudo sentir las vibraciones de sus gemidos ahogándose dentro de su propia boca cuando el orgasmo la invadió y no dejó de besarla hasta que notó cómo su cuerpo perdía de a poco toda la tensión.

Estaba cerca, muy cerca de tener el suyo propio, solo necesitaba un poco más. Sacó los dedos lentamente de su interior y llevó ambas manos a su cadera, mientras sentía esa lengua lamer su cuello e instintivamente inclinó la cabeza hacia un lado incitándola a que siguiera, porque le encantaba que jugaran en esa zona de su cuerpo. Ya casi estaba, por Dios, solo necesitaba un poco más, pero de repente percibió sus manos intentando desabrocharle el pantalón y esa situación la sintió incómodamente familiar. Sin dejar de moverse contra su muslo las agarró con delicadeza y entrelazó sus dedos con los de ella, aprisionándole las manos contra la pared por encima de su cabeza. Un par de movimientos más y estaba, podía sentir formarse esa tensión en el bajo vientre y necesitaba urgentemente acabar, sentirse completa al menos a la mitad. Volvió a besarla buscando más estímulo y que le respondiese de esa forma tan húmeda y hambrienta la hizo gruñir de manera ronca contra sus labios. Comenzó a moverse con muchas ganas, jadeando, gimiendo, haciendo que todo se duplicase en intensidad, mordiendo fuerte su cuello y ahogando su propio gemido cuando el orgasmo la alcanzó apenas unos segundos después.

—Guau… —se expresó Lucrecia, suspirando y llevando ambas manos hasta acariciar su nuca—. Me encantó la sorpresa, Lara. Jamás me imaginé tenerte así, mucho menos esta noche —le confesó, tomándola del rostro con ambas manos y atrapando sus labios en un beso suave y delicado, como ninguno de todos los que se habían dado esa noche. Era distinto, se sintió más íntimo y la suma del pulgar acariciando su mejilla hizo que todas las alertas se le disparasen.

—Deberíamos salir de acá —le sugirió después de un par de minutos, dedicándole una cálida sonrisa.

La chica la miró por un instante y asintió sin decir nada, acomodándose la ropa y abriendo la puerta para volver con el grupo. ¿Qué había hecho? La respuesta era tan obvia que hasta dolía reconocerlo.

«No sos lo suficientemente mujer ni lo suficientemente hombre», había dicho Nicolás. Y por más que en un principio intentó ignorarlo, solo había podido dar un par de pasos en dirección a Julia antes de frenarse de golpe ante la tercera repetición de esa frase en su cabeza. Una y otra vez, en un

eco invertido que en vez de aminorar la potencia en cada repetición parecía sonar cada vez más fuerte.

«Olvidate de que te mire como lo mira a él», otro disparo certero de Nicolás, porque era cierto y de repente se sintió ridícula al pretender tener la total atención de Julia; ridícula y herida de dos balazos casi mortales, así se fue de ese lugar en dirección a Fusion. Sabía que estaría Lucrecia, sabía a lo que iba y sabía que estaba mal. Lo sabía todo. Pero fue igual.

Su resentimiento, el mismo que había impulsado a Nicolás a decirle todas esas cosas, la había impulsado a ella a buscar consuelo en esa chica, provocado por la impotencia de no ser suficiente. Y no sabía quién era más mierda: si Nicolás por lo que dijo o ella por lo que hizo.

# 8. Conexión

Venía teniendo un domingo con resaca de alcohol y de recuerdos envueltos en una gruesa capa de culpa. Después de salir de ese baño, su mirada había ido de la cerveza al piso, del piso a las manos, de las manos a cualquier punto del bar y cuando en el camino se encontraba con Lucrecia mirándola de esa forma, se repetía todo otra vez, su mirada volvía a la cerveza y el arrepentimiento con las ganas de seguir tomando se le multiplicaban por mil. Así había aguantado unos veinte minutos cuando se vio obligada a salir de ahí, aprovechando el momento en que Lucrecia se había acercado a la barra. Una actitud asquerosamente cobarde y de poco sentido común, pero ahí estaba ella, escabulléndose entre la gente para poder irse a lamer sus propias heridas en soledad.

Tenía el estómago cerrado de los nervios, así que se había pedido una ensalada y agua mineral para tomar. El sábado había sido una noche donde las probabilidades habían pasado de subirla a la cresta de la ola a escupirla en la orilla, cayendo de un golpe seco y dejándola masticando arena.

Le había hecho un rápido resumen a Isabella y ahora estaba recostada en la silla, mirando fijo el celular.

—Es Lucrecia —dijo antes de leer el mensaje—. Encima es atenta y se preocupa. —Bufó exhalando frustración. Sin esperar a que su amiga preguntara tiró el teléfono hacia su lado para que lo leyera.

—«Hola, Lara. Solo quería saber cómo estabas. Anoche desapareciste de repente y me quedé un poco preocupada. Avisame si estás bien, ¿dale?». —Isabella lo leyó y sin mover su cabeza levantó la mirada para enfocarla.

—¿Ves? Por algo así no quería que pasara nada con ella. —Sintió que debía atacar primero ante la mirada reprobatoria de su amiga.

—Pero pasó y lo buscaste vos solita.

Batalla perdida con solo una oración, así que mejor recular y guardarse las armas para otras donde su ejército de excusas fuese más resistente a los ataques.

—Buff —protestó, negando con la cabeza y mirando hacia un costado porque no se le ocurría nada inteligente como respuesta y empezó a mover compulsivamente hacia arriba y abajo su pierna derecha, en claro gesto de nerviosismo. No le iba a entrar bocado, así que corrió el plato porque hasta verlo le revolvía un poco el estómago y volvió su mirada a Isabella—. Ya sé. No voy a decir que tomé demasiado para poner excusas, pero tomé demasiado —gruñó frustrada y se tapó la cara con las manos.

—Recapitulemos. Estás hasta las manos por Julia. Tuvieron un momento intenso y todo indicaba que iba a seguir en el baño del bar, pero como no siguió decidiste que la mejor manera era seguirlo, pero en otro bar, con otra mujer. Te fuiste de un lugar buscando sentirte mejor y terminaste yéndote de nuevo por sentirte peor —relató casi sin respirar y tomó aire para seguir—. En el medio, tenemos a un imbécil llamado Nicolás al cual quiero golpear y mucho. Y un tipo llamado Mariano, que no tiene idea de nada, pero se terminó llevando lo que querías o al menos eso creemos.

Suspiró fuerte, todavía con las manos en la cara, y se refregó los ojos antes de arrastrarlas por su pelo y terminar entrelazadas detrás de la nuca.

—Sí —afirmó súper bajo, casi inaudible.

—El detonante de todo esto fue Nicolás y lo que dijo.

Cerró fuerte los ojos cuando «lo que dijo» volvió a su cabeza, producto del impecable trabajo de su memoria, y el dolor por la connotación de esa frase la hacía sentir estar en carne viva bajo el sol.

Iba a responder que sí, que ya lo sabía, por Dios, pero que la iluminara con su sabiduría porque no tenía la más puta idea de cómo iba a mirar a la cara a su compañera de trabajo el lunes. Nada de todo eso pudo salir de su boca porque otro nuevo mensaje en el celular interrumpió todo. El aparato todavía seguía del lado de Isabella y cuando la vio bajar la vista para mirar, su ceja volvió a levantarse y la miró entre divertida y apenada a partes iguales. No dijo nada y se limitó a acercarle el celular, empujándolo sobre la mesa con la punta del dedo índice.

Julia. Desvió rápidamente la mirada de la pantalla para enfocar a su amiga, quien ahora tenía ambas cejas levantadas y ese gesto ya tiraba más a divertido que a otra cosa. Sabía que algo iba a decir así que lo estaba esperando.

—Cuidado, que no se te junte el ganado. —Y podía ver cómo le temblaban ligeramente los hombros de reírse para adentro.

Puso los ojos en blanco y abrió el mensaje, ignorando lo divertida que estaba su amiga.

—«¡Hola! Anoche desapareciste y quería saber si estabas bien. Por acá con una resaca importante, hacía mucho que no tomaba tanto» —le leyó a Isabella y como siempre le venía pasando con la rubia, se quedó mirando la pantalla con media sonrisa de lado.

—Lo bueno de todo esto, es que podés mandar el mismo mensaje a las dos. Un copiar y pegar a lo grande: «Estoy bien, con mucha resaca, pero bien, gracias por preguntar y perdón por haberme ido sin avisar». —La voz de su amiga le sacó la media sonrisa de la cara y levantó la cabeza para fulminarla con la mirada. Pero la rubia no era fácil de impresionar y en cambio una sonrisa de oreja a oreja le pintaba el rostro. La mirada fulminante le duró poco porque le terminó contagiando la sonrisa y enojarse con Isabella era imposible.

—Sos idiota —se lo dijo casi riendo y volviendo a dejar el celular de mala gana a un costado.

—Un poco, pero es que de verdad es gracioso, Lara, porque a este tema de Lucrecia, Julia y el dos por uno —le tiró un bollo de servilleta que impactó de lleno en su frente— lo voy a seguir tomando en joda, porque si lo comparo con lo que te dijo Nicolás y cómo te afectó, el resto no importa, se arregla con un mensaje o con una charla para aclarar las cosas. —Le tomó una de sus manos con la suya y le dio un fuerte apretón—. No quiero que te creas nada de lo que dijo, Lara, te lo suplico —le pidió, con una mirada de las que van a juego con lo que se expresa en palabras.

—No tengo nada que creerme porque no dijo nada que yo no sepa o crea desde siempre.

—No, Lara…

—Sí, Isa —la interrumpió—. ¿No te das cuenta? Primero la adolescencia y ahora a mis veintiséis años, nunca va a terminar. Estoy jodida. No me puedo quitar el pasado de encima por mucho que me esfuerce, porque llevo casi la mitad de mi vida sin reconocerme. Quise una vez ir más allá y fue un desastre, aunque no te guste que lo diga pasó. Florencia existió.

—¡Y puede que te pase de nuevo! ¿Pero qué vas a hacer? Que te importe una mierda la mirada del otro, Lara. Decime, ¿vas a estar así toda la vida?

—Parece que sí —sentenció, logrando con esas palabras que un silencio invadiese el lugar—. Es fácil desde afuera, pero fui yo la que se bancó esa mirada cuando me quité la ropa. Era yo la que intentaba pasar desapercibida en el colegio para que no se burlaran de mí ni me trataran de rara, la que terminaba sola en un rincón. Era yo la que se iba de cada puta consulta médica con palabras horribles haciéndome mierda. Yo, Isa —reafirmó, señalándose con el dedo y con los ojos abnegados en lágrimas—. ¿Y sabés qué? Al final los médicos tienen razón, no voy a poder tener una vida sexual

plena nunca y anoche lo volví a confirmar una vez más con Lucrecia. Ni borracha dejé que me tocara.

—Ni siquiera sabés qué piensa o siente Lucrecia, ni Julia ni cualquier otra mujer porque creés que todas son como Florencia. Date la oportunidad de…

—Julia estaba borracha y ni siquiera sé si le intereso. Y Lucrecia es mi compañera de trabajo y no quiero ver sus miradas de reojo después. —Dio por cerrado el tema, mirando a su alrededor y limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano porque no era momento ni lugar para quebrarse.

—¿Tomamos un café en casa? —dijo su amiga, dando por cerrado también el tema a menos que ella quisiera volver a abrirlo.

No hacía falta decir más, Isabella conocía sus tiempos y cuándo callarse, pero siempre le decía lo que pensaba cada vez que encontraba un hueco para hacerlo y, aunque pareciera que no, la escuchaba. Si durante todos estos años nunca lo hubiese hecho no sabría qué sería hoy de ella, pero sin embargo era impactante lo fácil que le resultaba sumarle a la sensación de familiaridad el pensar que era un intermedio, algo a mitad de camino. Ni una cosa ni la otra. Ni suficientemente mujer, ni suficientemente hombre. Por eso y por sentirse anormal y rara, es que no podía mirar a los ojos a la gente sin notarse inferior.

Excepto con Julia.

A Julia había podido mirarla como nunca miró a nadie y desde distancias exageradamente cortas. Se había atrevido a decir cosas que jamás había dicho, a jugar con las palabras, a acariciar de manera provocativa. Fue con ella con quien tuvo la valentía de confesarle a alguien que le gustaba, de ser sugerente e insinuante. Ella, Lara Ferrer, la persona que no puede mirar a los ojos ni al cajero del supermercado de la esquina, anoche la había mirado a Julia con seguridad, mientras le decía todo lo que sería capaz de hacerle sin quitarle ni siquiera el vestido. Pero claro, todo había sido producto del alcohol y vivir alcoholizada no era una opción sana ni viable. Hoy todo seguía igual.

Cargaba con un complejo de inferioridad de los potentes, de esos en los que se veía diez escalones por debajo de la persona que tenía delante. No importaba quién sea, siempre estaba por debajo. Siempre. Pero con Julia se sentía diferente, sentía que podía mirarla desde una misma altura, pero a la vez la veía la mujer más inaccesible de su vida. Y es posible que en el fondo supiera que entre ellas algo pasaría de un momento a otro, pero todo sería a medias, todo quedaría a la mitad, en un intermedio como lo era su cuerpo, con sus límites y sus prejuicios, alejando sus manos cuando quisiera tocarla o desnudarla. Y si de algo estaba segura, sin tener que rascar una sola capa para saberlo, era de que Julia no demostraba ser una mujer de cosas a medias.

***

Lunes. Ahí estaba, con las manos vendadas y concentrada al máximo en pegarle a esa pera de boxeo que colgaba del soporte. Siempre visto desde afuera parece fácil, pero a los pocos minutos ya se pueden sentir los brazos agarrotados y los músculos tirantes. Justo lo que necesitaba, quemar energías y un poco de nervios si era posible, porque la hora de ver a Lucrecia se le venía encima y necesitaba que la tierra la tragara y la escupiera en otro continente.

Sintió movimiento al lado y su vista periférica le dio la noticia de que Nicolás estaba en la pera de boxeo contigua a la de ella y automáticamente disminuyó en velocidad los golpes, porque de repente el aire se le había vuelto pesado.

—El sábado te fuiste sin despedirte —habló Nicolás, con la vista fija hacia adelante y sin dejar de embestir el pequeño saco.

—Por algo habrá sido, ¿no? —lo cortó en seco, mientras volvía a la carga con sus golpes, de manera constante, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

Lo escuchó silbar sorprendido ante su respuesta para después reírse falsamente, un «ja-ja» muy teatral.

Su corazón estaba comenzando a mandarle señales de agobio, un «por favor, ignoralo o todo va a empeorar», en código morse a base de fuertes latidos contra el pecho.

—No soy Julia, pero tampoco me trates así —dijo sin mirarla.

Dio un último golpe fuerte al saco y lo miró furiosa.

—¿Qué te pasa, Nicolás? —Lo enfrentó, con la respiración agitada mitad por el ejercicio y mitad por la ansiedad que le generaba el momento—. ¿Sos homofóbico? ¿Te gusta Julia que no parás de nombrarla? O peor… ¿te gusto yo? Porque si es así… —Hizo un sonido, torciendo hacia un costado la boca en una mueca fingida de lamento—. Una pena, porque soy muy lesbiana y así no lo fuese jamás te pondría un dedo encima.

Se alejó sin darle tiempo a responder, pero había llegado a notar cómo apretaba la mandíbula y sus ojos despedían rabia. Un simple rechazo dos noches atrás y ese chico era capaz de comportarse de esa forma: como un nene de primaria queriendo molestar a su compañera de clases. No le cerraba por ningún lado que solamente fuese ese el motivo y por eso hizo referencia a su homofobia, estaba casi segura de que era de esos.

Se había ubicado en las poleas para hacer algo de glúteos, llevaba ahí unos minutos cuando se paró frente a ella. Se veía que su postura había cambiado y la tensión en su cuerpo era notoria, sus movimientos para ponerse y ajustarse los guantes de boxeo eran bruscos y rígidos, pero seguía clavándole la mirada, provocándola y tirando de la cuerda.

—No soy homofóbico, es pura intriga.

—Para ser solo intriga —dijo en un tono esforzado, mientras llevaba la pierna derecha hacia atrás y exigiéndose casi más de la cuenta con el peso—, el sábado estabas demasiado interesado en el patético papel de «usame para darle celos a Julia» —ironizó, sin mirarlo y siguiendo con su rutina, aferrándose con tanta fuerza a las barras laterales que los nudillos los tenía blancos.

Aunque no se notara por dentro era un volcán, la vista se le estaba empezando a nublar y la fuerza para levantar esas pesas seguro que provenía de la adrenalina del momento. El corazón lo tenía en la boca, el aire llegaba mal a sus pulmones y sentía latir fuertemente las sienes.

—Me gustan las raras —dijo Nicolás.

«Raras».

Sintió el momento exacto en el que los oídos empezaron a chillarle. Una sensación abrumadora y dominante, como si fuese una efervescencia, se le hizo presente en la boca del estómago que la llevó a soltar bruscamente la polea, haciendo impactar de un golpe seco las pesas entre sí. No supo qué pasaba a su alrededor porque todo era borroso y solo podía verlo a Nicolás, pero seguro que el ruido habría llamado la atención de todos en el lugar.

—¿Qué mierda te pasa? ¿Por qué no me dejás en paz? —La voz le temblaba por pura furia e impotencia, los ojos los tenía vidriosos y su cólera la arrastraba de la mano hacia el borde de un abismo.

—Tranquila… —respondió, recorriendo su cuerpo con la mirada.

Si hubiese sonado sincero a lo mejor lo habría pensado dos veces, pero ese tono burlón y la risa de fondo la llevaron a saltar hacia el abismo y estrellar su puño derecho sobre el pómulo izquierdo de Nicolás, quién retrocedió por el impacto llevándose la mano al rostro. Volvió a acercarse, con el pecho cerrado y respirando con dificultad, y lo empujó con mucha fuerza haciéndolo chocar de

espaldas contra una máquina cercana. No sentía dolor y su fuerza era proporcional a la furia que sentía. Las endorfinas las debía de tener por las nubes actuando como opiáceos, porque podría estar pegándole directo a la pared que igual no sentiría absolutamente nada. Iba a golpearlo de nuevo, tenía el puño apretado y el pitido en los oídos era cada vez más fuerte, estaba totalmente enceguecida por la situación cuando de repente sintió el impacto del guante de Nicolás a la altura de su ceja izquierda. Cayó al piso de costado y todo lo que siguió después fue confuso. Empezó a escuchar gritos distorsionados a lo lejos, le llegaban como si estuviese metida debajo del agua, y a ver gente moverse. En el medio notó cómo Mariano la levantaba del piso y la aferraba por los hombros, agachando la cabeza para buscar con su mirada la suya. Pudo ver detrás de él el rostro de Nicolás, de manera borrosa, pero lo suficientemente clara como para distinguir esa sonrisa de lado y ese gesto fue suficiente para que la burbuja de la que intentaba escapar expandiera sus tenebrosos tentáculos y volviese a aferrarla por la espalda, absorbiéndola por completo, envolviéndola en ese mundo usurpado por sus peores demonios. Se soltó del agarre y cuando intentó lanzarse sobre Nicolás, las manos de Mariano la tomaron con fuerza de ambos brazos llevándolos hacia su espalda. De un sacudón logró zafarse y en un segundo, por inercia y sin ser consciente, se giró e impactó su puño en alguna parte del rostro de Mariano, porque ya no sabía ni lo que hacía y el miedo a no poder escapar de esa burbuja la cegaba.

—¡Lara! ¡Pará!

Los gritos de Julia a su espalda, sujetándola de la cintura y presionándola fuerte contra su pecho la asomaron a la realidad. La escuchaba pedirle que se tranquilizara, que respirara profundo. Sintió medio cuerpo fuera de esa burbuja y de ese mundo paralelo, con la sensación de una bocanada de aire fresco ingresando a sus pulmones, como si dejara de estar bajo el agua y de repente asomara la cabeza al exterior, inhalando a último momento, justo antes de ahogarse. Julia la arrastraba caminando hacia atrás y no pudo hacer más que dejarse llevar, acompañando sus pasos de manera torpe mientras volvía poco a poco a escuchar las voces y los sonidos con claridad. Sin ser casi consciente estaba sentada en uno de los bancos del vestuario con la rubia pidiéndole que no se fuera de ahí.

Después de unos minutos Julia regresó con su bolso y su mochila, además de lo que parecía ser un botiquín. Se arrodilló frente a ella y cuando sintió sus manos sobre los hombros fue consciente de lo que había pasado, pero estaba tan abatida que no le importó. Habían sido sus brazos los que la habían arrastrado fuera de ese mundo y la habían salvado, sin siquiera sospecharlo. Por eso nada podía estar mal, ni siquiera sentirse así de vulnerable delante de ella.

***

Había apagado su primer cigarrillo cuando entró al gimnasio ese mediodía. Ni bien puso un pie dentro le pareció escuchar unos gritos y cuando paseó la vista por el lugar pudo ver un revuelo en el sector de las máquinas. Vio a Mariano sujetando a Lara por los hombros y a Gastón frente a Nicolás, hablándole a los gritos y señalándolo con el dedo.

No dudó en dejar sus cosas en la mesa de entrada y salir casi corriendo hacia el lugar del conflicto, justo cuando Lara intentaba abalanzarse sobre Nicolás y viendo cómo Mariano la tomaba de los brazos para frenarla. Cuando estaba a tan solo un par de metros fue testigo del puñetazo en la nariz que Lara le dio al zafarse de su agarre y reaccionó inmediatamente, sin un mínimo de dudas, tomando a la castaña fuerte desde atrás y rodeando su cintura con los brazos antes de gritarle que parase. La sujetó fuerte contra ella y al notar los temblores de su cuerpo y su descontrolada forma de

respirar, comenzó a hablarle suave al oído, pidiéndole que respirara y se calmara, a medida que la arrastraba con ella caminando hacia atrás. Necesitaba llevarla dentro del vestuario como fuese y necesitaba hacerlo ya.

Cuando finalmente entraron, dejó a Lara sentada sobre uno de los bancos y salió disparada a buscar sus cosas, un botiquín y a averiguar qué mierda había pasado. Al salir, Nicolás ya no estaba y vio a Mariano sosteniéndose un pedazo de gasa sobre la nariz.

—Ey, Marian. ¿Estás bien? —Se acercó enseguida, sujetándole la cara con ambas manos y mirándolo con el ceño fruncido, claramente preocupada por ese chico.

—Sí, no es nada. Se nota que es tu alumna, tremendo derechazo. —Se animó a bromear y hasta le regaló una de sus encantadoras sonrisas. Le nació acariciarle con el pulgar una de sus mejillas y sonreírle también—. ¿Qué pasó? —le preguntó, mientras dejaba las cosas en el suelo para poder abrir el botiquín y embeber un pedazo de algodón en agua oxigenada y dárselo a Mariano—. Ponete esto.

—Lo obvio, una pelea entre Lara y Nicolás, pero no sé muy bien los motivos. Gastón se lo llevó así que no pude encararlo. Cuando escuché un ruido fuerte de pesas y miré, Lara estaba como loca y en un minuto pasó todo. Una trompada de Lara, un empujón, una trompada de Nicolás, Lara en el piso y lo demás ya lo sabés —resumió.

Cerró el botiquín y volvió a cargar con las cosas para regresar al vestuario, no sin antes acariciar el brazo del chico y agradecerle por haber intervenido, ya tendría tiempo de averiguar más.

Cuando entró y cerró la puerta se encontró con una imagen que le estrujó el corazón y se aguantó como pudo las ganas de abrazarla, azotada brutalmente por los repentinos recuerdos de sus besos noches atrás y cómo le había removido todo por dentro saber que se había ido del bar así, de repente, haciéndole perder el interés en todo y bebiendo más de la cuenta, tratando de emborrachar también a sus propias ganas de llamarla, buscarla y terminar con eso que habían empezado. Pero demasiado alcohol más la imagen de Nicolás tan cerca de Lara la habían llevado a hacer cosas que no planeó. La película en su cabeza había tenido un *plot twist* de esos que te dejan un mal sabor de boca, a mitad de una noche confusa y sin saber muy bien cómo gestionarlo.

Volvió al presente y a Lara. Tenía la espalda apoyada en la pared, los brazos descansando sobre sus piernas medias abiertas y la mirada perdida en algún punto fijo del suelo. Cuando se arrodilló frente a ella su mirada no cambió de lugar ni movió un solo músculo de su cuerpo. Respiraba tranquila, pero ensimismada en sus propios pensamientos. Le dolía verla así y se obligaba a encadenar las ganas de apretarla fuerte contra el pecho y asegurarle que todo estaría bien.

Agarró suavemente su mano derecha y comenzó a quitarle el vendaje, sin decir palabra, y repitió lo mismo con la izquierda. Realizaba los movimientos de manera lenta para tratar de no alterar la situación y de disfrutar, a pesar de todo, la oportunidad de cuidarla. Cuando terminó con sus manos agarró un poco de algodón empapándolo en desinfectante y, sin dejar de estar arrodillada, se levantó un poco y tiró suavemente de sus brazos para despegar apenas su espalda de la pared y acercarla a ella. Llevó la mano a su rostro y delineó su mandíbula con el dedo índice para después terminar acomodando un mechón de pelo moreno detrás de su oreja. La veía tan vulnerable que podría pasarse horas acariciándole el rostro hasta lograr sacarle una sonrisa o que al menos le cambiase la mirada.

Acercó el algodón a su ceja izquierda y comenzó a limpiar la herida; no era profunda, apenas un corte, pero lo suficiente para que se infectara si no la limpiaba como era debido. Cuando terminó, buscó un apósito no muy grande y se lo colocó para después pasear la mirada por su rostro, asegurándose que no había nada más.

Pasó el dedo índice por su ceja sana, por su frente, por su nariz y bajó hasta su mentón para después seguir camino por su mandíbula de nuevo. Le encantaban las facciones de esa chica, en serio, eran preciosas y poder acariciar su rostro de esa manera se sentía demasiado bien. Sin intenciones de nada más que de cuidarla, de hacerla sentir un poquito mejor con sus atenciones. Cuando volvió a repetir la caricia desde el comienzo, al pasar nuevamente por su mentón la mirada de Lara dejó de estar perdida en cualquier punto para enfocarse directo en sus ojos. La miró tan intensamente, con tanto sentimiento y algo más que no pudo descifrar, que su corazón empezó a bombear más rápido de lo normal, frenando todo movimiento y quedándose estática en el lugar, con el dedo todavía rozando su barbilla. Ninguna decía nada. Ninguna se movía. Solo podía escucharse la respiración de ambas y el ambiente cargado de algo distinto, algo íntimo. Una conexión inexplicable de color azul y verde.

Lara acercó el rostro al de ella sin dejar de mirarla y solo desvió la vista a sus labios una milésima de segundos antes de besarla. Y el cuerpo le tembló.

No fue pasional. No fue desesperado. No fue brusco.

Fue distinto.

La castaña tomó su labio inferior entre los suyos durante apenas unos segundos, de forma suave y delicada, para después repetir lo mismo, pero con su labio superior. Un contacto apenas perceptible, pero que a la vez quemaba de intenso, como si sus bocas se estuviesen fundiendo entre sí. Ninguna de las dos intentó profundizar el beso y el dedo índice que todavía seguía en su barbilla lo movió despacio hasta depositar la palma de la mano sobre su mejilla, acariciando la zona con el pulgar. Todo eso se sentía demasiado exclusivo entre ambas y la sensación le gustó y la asustó a partes iguales.

Cuando el contacto terminó y sus bocas se separaron, abrió los ojos, pero los de Lara todavía seguían cerrados.

—¿Estás bien? —le preguntó, acariciando apenas alrededor de su ceja lastimada.

—Ahora sí —le respondió Lara, abriendo los ojos y regalándole ese verde tan alucinante. Parecía como anestesiada, aletargada, y la seguía observando de esa forma tan diferente, como si absolutamente toda su atención estuviese enfocada solo en ella.

—¿Qué pasó con Nicolás?

La castaña se encogió levemente de hombros sin dejar de observarla, como si estuviese viéndola por primera vez y tratase de memorizar sus facciones, recorriéndolas con su mirada y restándole importancia a su pregunta.

—Estoy loca por vos, Juli —le dijo antes de regalarle otro corto beso en los labios, dulce y suave como el anterior—. Estás metida en mi cabeza todo el tiempo. —Otro beso y apoyó su frente en la de ella—. No quise golpear a Mariano, te lo juro… —Suspiró y volvió a cerrar los ojos, besándola de nuevo.

Había respondido a todos y a cada uno de sus besos porque no hacerlo le parecía una locura, algo que rozaba lo inconcebible. Con el corazón triplicando en latidos por minuto y tan abrumada y colapsada de sensaciones por las palabras de Lara, no pudo manejar muy bien la situación y simplemente la abrazó. Rodeó su cuello con los brazos y sintió los de la castaña aferrarla por la cintura al instante. Todo se sentía tan bien y tan correcto, tan justo en tiempo y forma. El abrazo le estaba cosquilleando en el pecho y la sensación la obligó a suspirar. Estaba casi segura de que Lara podía sentir cómo le latía de fuerte el corazón, porque ella estaba sintiendo el suyo y le pareció la conexión más increíble del mundo.

Lara la sujetó un poco más fuerte y pudo sentir su respiración en el cuello que la obligó a ajustar

también su agarre, acariciándole la nuca con una de las manos. La estaba cuidando como podía y como le salía en ese momento, porque quería saberlo todo, qué había pasado, el porqué de los golpes, qué pasaba en su vida, qué era eso que le dolía tanto cuando a veces su mirada cargaba con tanta frustración. Quería saberlo todo sobre una chica de veintiséis años que había conocido hace poco más de un mes.

—Fuertes declaraciones —le dijo en un tono suave, desarmando el abrazo y tratando de bromear para conseguir exactamente eso que estaba viendo en ese preciso momento: su sonrisa; una tímida que apenas le asomaba por los labios, pero suficiente para ella. Se preguntaba si esa chica sería consciente de lo bien que le quedaba y de todas las cosas que podría conseguir con solo ese gesto—. Qué ganas de complicarte la vida con una cuarentona, con un hijo y sin tiempo para nada. Deberías… —Y no pudo terminar porque la boca de Lara atrapando la suya la hizo callar, en un rápido movimiento y con el impulso suficiente como para hacerle casi perder el equilibrio.

—Tengo que ir a trabajar —le dijo, todavía muy cerca de sus labios. Otro corto beso, el sexto que le daba en tan solo unos pocos minutos y sintió que se moría por algunos más.

—Esperá. —La tomó del antebrazo cuando la vio intentar levantarse, porque no quería que se fuera así. Quería cuidarla, estar un rato más con ella, pero lo cierto es que no tenía ninguna excusa y si le decía todo lo que pensaba la que iba a terminar dando fuertes declaraciones sería ella—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí —afirmó, regalándole una hermosa sonrisa—. Gracias por los cuidados, de verdad.

La castaña agarró sus cosas, se levantó y salió del vestuario, dejándola de rodillas en el piso y con su perfume en todo el aire del lugar, algo cítrico y fresco, que le hacía todavía más difícil salir del trance en el que la había dejado. Porque sí, porque a lo mejor también estaba un poco loca por ella.

# 9. Golpes

Estaba apoyada en el respaldo de la silla, rebotando su pie derecho en el piso de manera compulsiva a la espera de ser llamada y que todo pasara de una vez. La herida en la ceja estaba cicatrizando y que le picase terriblemente no colaboraba con su nerviosismo. Se estaba arrepintiendo de haber ido y evaluando seriamente el levantarse e irse.

—Dejá de tocarte —dijo Isabella, después de golpearle la mano y antes que la puerta se abriese.

—Lara Ferrer —anunció la doctora, paseando la vista por la sala de espera.

Estaba que reaccionaba y que no, quedándose dura en la silla como si alguien le hubiese dado al botón de pausa a la película de su vida, hasta que sintió la mano de Isabella tomando la suya y tirando levemente para levantarla. Chica de acción y, además, eficiente, porque al minuto ya estaban sentadas ambas frente a la doctora, al otro lado de su escritorio.

—Bien, Lara, contame qué te trae por acá —le dijo, mirándola a los ojos y reposando sus manos entrelazadas delante de ella.

Doctora Mariela Lescano, cincuenta y dos años y de una carrera aparentemente brillante, aunque de bajo perfil, habían llegado a ella a través de internet y así y todo nada de eso hacía que las ganas de contar de nuevo su historia se hicieran presentes.

Respiró hondo, se removió el pelo y empezó a hablar. Estuvo alrededor de cinco minutos a pleno monólogo, con una doctora mirándola atentamente y sin interrumpirla. Después de algunas preguntas de rigor y comentarios amenos, en plan de intentar relajarla, llegó el momento que tanto quería evitar.

—Lara, sería bueno si pudiera verte y además hacer algunos análisis de sangre rutinarios, que después te explico en detalle, pero más que nada para chequear que todo esté en orden. —Sintió un apretoncito de la mano de Isabella en el muslo ante esa petición que sabía estaba temiendo—. Van a ser solo unos minutos —agregó, con una cálida sonrisa.

Accedió y un momento después estaba acostada en la camilla, vestida con una bata y observando cómo la doctora se ponía guantes de látex en las manos y se acercaba por su costado.

—Relajate, Lara. No tenés porqué sentir vergüenza o estar incómoda, te prometo que será rápido —le dijo en tono suave.

Respiró profundo al mismo tiempo que asentía con la cabeza y trataba de calmarse. Para cualquier persona eso sería un examen rutinario sin importancia, pero para ella era un paso enorme, porque después de tantos años volvía a dejarse revisar por un médico y el miedo a escuchar esas palabras que la fueron condicionando, que le fueron creando una imagen y opinión propia de su persona se hacía presente y las voces se peleaban por hacerse escuchar dentro de su cabeza. Cuando sintió la mirada y el tacto cerca de sus genitales, miró hacia el techo de la habitación y pestañeó varias veces seguidas en el momento en que los ojos empezaron a picarle. Apretó la mandíbula e hizo un esfuerzo sobrehumano para tragarse el llanto y callar las voces de su cabeza, intentando de forma casi desesperada que las imágenes de la única mujer que la había visto desnuda y que de repente se habían hecho presentes se fueran con cada exhalación de aire de su boca. Se repitió internamente que sería rápido y que seguramente ya todo pasaría, que debía aguantar, que no podía ser tan trágico todo, que intentara calmarse, que…

—Podés vestirte, Lara, ya está —dijo sin mirarla a los ojos, sacándose los guantes y desechándolos en un cesto cercano—. Te espero allá.

Sin pensarlo dos veces se levantó como un rayo y se encaminó al baño para vestirse. Desde ahí podía escuchar la voz de Isabella, pero no llegaba a entender la charla y su impaciencia por irse se incrementaba.

—Bueno —comenzó a hablar la doctora ni bien volvió a ocupar la silla frente a ella—, a nivel medicinal puedo darte una charla de varias horas, pero lo que quiero saber es qué pensás de tu cuerpo, Lara, qué es lo que ves —le dijo, volviendo a tomar la misma postura de antes, con sus manos entrelazadas frente a ella y mirándola a los ojos.

Nunca le habían preguntado algo así, pero la respuesta era clara y no tenía que pensarlo demasiado.

—Que está mal y que debió ser corregido en su momento. Me siento mujer, pero mis genitales no son típicamente femeninos y sé que no soy físicamente normal, está a la vista —ironizó, soltando una risa forzada.

Esa pregunta le había molestado y pudo ver de reojo cómo Isabella agachaba la cabeza y mantenía silencio.

—Bueno, en principio, yo no lo llamaría como algo que está mal, sino como una variación natural debido al nivel de testosterona que recibió el feto —respondió a su comentario sin inmutarse y con la calma de siempre—. Por lo que vi en tus estudios y lo que me contaste, estás saludable y en buen estado físico, dejaste la medicación hace años y no hubo consecuencias más allá del crecimiento de vello en barbilla, la zona del ombligo y piernas. —La doctora la miró unos instantes haciendo una pausa, buscando algún ida y vuelta en la conversación pero ante el silencio, continuó—. Sexualmente hablando, ¿podés sentir placer?

Y a simple vista era una pregunta sencilla de responder, pero no para ella, así que simplemente asintió con la cabeza de manera tímida.

—¿No sufrís de dolores en los genitales? ¿Infecciones? —preguntó Mariela.

—No, nada.

—Bien. Sobre las cirugías… —No, de verdad que no. No quería volver a escuchar todas aquellas explicaciones que se las sabía de memoria y por eso no la dejó continuar.

—Reducción de clítoris y vaginoplastia. Después, dilatadores vaginales por varios años —mencionó en un tono de voz neutro, sin ninguna carga adicional e intentando dejarle en claro que no quería que la charla tomase ese rumbo—. Todo eso ya lo sé. Lo que no sé es por qué mis padres no me operaron y lamentablemente no se los puedo preguntar —agregó, encogiéndose de hombros mientras le dedicaba una sonrisa un tanto irónica.

—Bueno, a lo mejor querían esperar a poder explicarte bien las cosas y que pudieras tomar una decisión por tu cuenta. Muchas veces algunos factores importantes son los riesgos que tienen las cirugías, los tratamientos posteriores… Quizás a tus padres les pasó eso, o no supieron qué hacer, o tuvieron miedo, falta de información, incertidumbre, no sé. Las cirugías son irreversibles, Lara.

—¿Y riesgosas dijiste? —Quiso saber su amiga.

—Existen riesgos como en cualquier cirugía. —Intentó resumir.

—Entiendo, ¿pero cuáles serían? —insistió Isabella.

—Bueno, pérdida parcial o total de sensibilidad en el clítoris, dolor al mantener relaciones sexuales por el tejido cicatricial, infección vaginal o urinaria. No estoy diciendo que algo de esto vaya a pasar, en muchos casos son exitosas.

Por unos segundos ninguna de las tres dijo nada. La doctora porque ya había dicho casi todo,

Isabella porque no quiso preguntar más y ella porque estaba procesando toda la información en su cabeza, alguna nueva, otra ya conocida. Pero, sobre todo, estaba descolocada ante la actitud de la doctora y esperaba escuchar cosas que no escuchó y así y todo se sentía incómoda, enojada y a la defensiva.

—Lara —la llamó, al verla mirando un punto fijo del escritorio y perdida en sus pensamientos—. En su momento no quisiste operarte y entiendo que sigue siendo esa tu decisión. Por lo tanto, debemos enfocarnos en que sigas estando saludable, en hacerte ciertos chequeos anuales y algunos controles. Puedo recomendarte una endocrinóloga para que vayas a hacerle una visita y pueda guiarte desde su lado.

Y ella quería decirle que parara, que no le dijera más nada porque su cabeza iba a un millón de revoluciones por minuto. ¿Acaso no iba a cuestionarla? No entendía qué hacía ahí, ni quería controles, ni endocrinóloga ni nada. Quería irse.

—Lara… —la llamó Isabella, volviendo a poner una mano sobre su muslo.

—Podés preguntarme lo que quieras —le dijo la doctora, usando siempre un tono de voz suave.

—No quiero operarme, pero no sé cómo resetear mi cabeza. —Fue todo lo que le salió decir.

—¿En algún momento tuviste algún tipo de ayuda psicológica?

—Un tiempo, cerca de mis dieciocho años, pero después empecé a trabajar, tenía que ayudar a mi abuela, no tenía tiempo para eso y decidí seguir adelante como pude. —Intentó resumir, carraspeando y llevándose el pelo hacia atrás.

—Cuando la variación genital de una persona no representa ningún riesgo físico y los padres deciden no operar, el tratamiento debería enfocarse en el apoyo psicológico y educativo para la familia y el paciente.

—¿Y qué pasa cuando tus padres se mueren y solo te queda tu abuela? ¿Qué pasa cuando no sabés qué tenés? ¿Cuando te mirás al espejo y te das cuenta de que no sos normal? —Quiso seguir, pero no pudo, porque fue como si el nudo en su garganta le hubiese cortado las cuerdas vocales.

—Te entiendo, pero estoy segura de que tus padres tenían toda la intención de apoyarte y acompañarte, Lara. —Y ella también lo estaba y precisamente saber eso era lo que le partía el corazón a la mitad—. A lo mejor estás esperando que te diga lo que te dijeron siempre, pero tu presente es este, tenés la oportunidad de decidir y si querés operarte está bien y nadie debe juzgarte. A ver, hay personas que se ponen más tetas o incluso se cambian de sexo. Lo mismo si no querés hacerlo, aceptando tu cuerpo tal cual es porque no necesitás que sea de otra manera.

«Porque no necesitás que sea de otra manera».

Con esa frase en la cabeza salió del consultorio, caminando en silencio y casi olvidándose de la presencia de Isabella, porque tenía demasiado que procesar y su mente era un lío de pensamientos, una discusión interna de ideas peleando entre sí por llevarse la razón.

Le había dicho a Isabella que necesitaba un tiempo sola y por eso estaba sentada en su cama con la espalda apoyada en la pared, abrazando sus piernas contra el pecho, el mentón apoyado en las rodillas y con la mirada perdida en algún punto fijo, pestañeando siquiera. Inhaló profundo y soltó el aire despacio, pero cuando le salió de manera entrecortada supo que su llanto era inminente. Se apretó más fuerte las piernas y apoyó la frente en las rodillas dándose unos suaves golpes, sin energía para seguir conteniendo las lágrimas que ya caían por vía libre. Estaba sola y no le hacía falta llorar en silencio, así que lloró como lo sintió, como le salió. Lloró desgarrada, lastimada y desahuciada. Lloró gimiendo, jadeando y gritando. Lloró hasta el hartazgo, hasta el cansancio, hasta no poder casi respirar. Llevó de un movimiento brusco su cabeza hacia atrás, chocando levemente contra la pared y abrió los ojos. Pensó en sus padres, en el accidente, en los ataúdes cerrados y en la despedida que

no tuvieron. Recordó el beso en la frente que le dio su madre antes de subirse al auto y cómo su padre le había revuelto el pelo, pidiéndole que se comportase en su ausencia. Golpeó su cabeza contra la pared y maldijo toda su mierda. Su vida, su suerte, los accidentes, los autos, las rutas, los camiones, las testosteronas, los fetos, los genitales, las ausencias y las mujeres que habían pasado por su vida. Maldijo las veces que se sintió discriminada, señalada, rechazada. Maldijo las burlas de sus compañeros de colegio y maldijo a la sociedad entera. Maldijo a Nicolás.

Gruñó fuerte, tan fuerte que la garganta le picó y los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez. Golpeó con los puños el colchón, con fuerza, con bronca, con la misma ceguera que a veces golpeaba la bolsa de boxeo. Golpeó… Golpeó… Golpeó… Hasta que recordó el momento en que Julia la abrazó por detrás, pidiéndole que se tranquilizara. Su voz, sus manos, sus cuidados y su mirada azul.

Y paró.

Se acostó boca arriba cruzando el antebrazo por encima de los ojos y trató de normalizar la respiración. Volvió al momento de la consulta médica recordando la empatía de esa doctora y el contacto de la mano de Isabella en su muslo. Se había ido con una incertidumbre distinta a la de siempre, era una sensación que casi rozaba lo molesto y que la ponía incómoda al hacerse preguntas que jamás se había hecho. ¿Necesitaba que su cuerpo fuese de otra manera? ¿Querría volver a terapia? ¿Había pensado alguna vez en sus genitales como una variación natural? ¿Y si estaba siendo ella la primera en discriminarse? ¿Realmente sus padres querían darle la oportunidad de decidir? ¿Habrían tenido miedo? ¿Qué pasaría si empezara a aceptar su intersexualidad en vez de negarla? ¿Debía contárselo antes a la persona con quien quisiera estar? ¿Después? ¿Durante? ¿Podría alguien enamorarse de ella?

Impulsada por tantas interrogantes se levantó de la cama y se paró frente al espejo de su habitación, secándose las lágrimas con el dorso de su mano. Clavó la mirada en su propio reflejo y sin dejar de mirarse se quitó las zapatillas con la ayuda de sus pies, con sus manos se sacó la remera y después los *jeans*. Observó su cuerpo de arriba a abajo y soltó en un suspiro el aire que le quemaba dentro. Se deshizo lentamente de su ropa interior y se quedó ahí, parada sola y en silencio delante de aquel espejo, observando sus contornos, las definiciones de su cuerpo y sus formas. Se recorrió una y otra vez, de arriba a abajo, hasta terminar en sus propios ojos verdes que la miraban expectantes mientras una frase no paraba de resonar en su cabeza.

«Aceptando tu cuerpo tal cual es porque no necesitás que sea de otra manera».

***

Después de estar largo rato acostada en la cama y bajo la protección de sus sábanas, Antoni se le había subido al pecho con su cara casi pegada a la suya, mirándola fijamente, con sus dos patitas juntas y demostrando una paciencia inagotable a la espera de algún movimiento. Dicen que acariciar a un gato reduce los niveles de estrés y estaba segura de que Antoni lo sabía. Podría asegurar que se le había puesto encima a modo de «vamos, me dejaré acariciar solo para que te sientas mejor», bueno, o al menos ella quería creer eso. Pero sí que funcionaba y se había quedado dormida acariciando su pecho y con la vibración de su ronroneo contra los dedos.

Ese día no trabajaba, por suerte, porque no estaba de humor para nada. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y sin ganas de ver a nadie, pero ese «nadie» era inmune a Julia, al parecer, porque después de haber dormido un par de horas se levantó, se lavó la cara, merendó y se encaminó al gimnasio para ir a la primera de las dos clases que hoy daría la rubia.

Iba en la bicicleta escuchando algo de música cuando un mensaje entró a su WhatsApp y aprovechó un semáforo en rojo para leerlo; era de Lucrecia.

Ey… Recién me doy cuenta de que hoy tenés día libre. Iba a invitarte a casa después de acá.

Igual, si estás con ganas, te espero con un par de cervezas.

Tengo ganas de verte fuera del trabajo.

Mierda. Hacía una semana que la venía esquivando cobardemente sin siquiera ser capaz de mirarla a los ojos. Era vergonzoso, porque si Lucrecia iba a una esquina del bar, ella caminaba hacia la opuesta. Si la veía acercarse, ella de repente encontraba algo urgente para hacer o se acordaba de una tarea pendiente. No había hecho nada malo, dependiendo de la perspectiva que se analizase todo eso, pero la cuestión era que sabía que no pasaría nada más con Lucrecia porque si de nuevo quitaba sus manos cuando intentase tocarla, llegarían las preguntas, las miradas, los cuestionamientos y todo eso de lo cual vivía escapando. No. Era mejor así, aunque también terminase escapando de otras cosas. No había chance de que volviesen a estar tan cerca nuevamente y no sabía cómo resolver la situación. Echarle la culpa al alcohol era patético y decirle la verdad, descartado. Le daba bronca porque le parecía una chica sumamente atractiva, tenerla como la tuvo le había gustado muchísimo. Su cuerpo, sus caricias y su forma de besar habían sido interesantes, pero no era suficiente, no estaba dispuesta a pasar por algo así de nuevo, toda esa mierda del rechazo no la volvería a sufrir.

Ya se había acostumbrado, pero a veces resultaba un poco lacerante saber que con cada mujer que estuviese las cosas serían fugaces y por eso se prevenía, y en oportunidades como la que tuvo con Lucrecia su mente ya estaba programada de esa forma y tenía su cabeza siempre antepuesta a todo lo demás, sus decisiones ya estaban tomadas de antemano.

¡Hola! No me siento muy bien, no voy a ser la mejor compañía. Mis planes son pijama e irme a dormir. Gracias por la invitación, Lucre…

Y escribía mientras caminaba hacia los vestuarios del gimnasio; ya lo decía, cobarde y además mentirosa. Estaba dándole a enviar el mensaje y saliendo de la aplicación cuando sintió que alguien la tomaba por los hombros delicadamente, obligándola a frenar.

—Voy a empezar a creer que chocar conmigo es tu manera de llamar mi atención —le susurró, mirándola divertida y su corazón se encargó de golpear fuerte contra el pecho como diciendo «¡es Julia, es Julia!». Pero a ella no le hacía falta ningún aviso, podría reconocer esa voz y ese perfume entre un millón.

Levantó la mirada y como siempre le pasaba cuando las pupilas recibían su imagen, sonrió. Se acercó a la arquitecta para depositar un suave beso en su mejilla mientras que apoyaba una mano en su cintura, y sin alejarse del todo le susurró un «hola» cerca del oído, segundos antes de soltar el agarre y alejarse lo humanamente posible de esa mujer.

Unos intensos segundos de miradas fijas y estaba por preguntarle si quería concretar esa cena pendiente la semana que viene, ya que le tocaba el turno de mañana en el bar o, si estaba tan ansiosa como ella por ese rato a solas, la cena podría convertirse en un almuerzo cualquiera de los días restantes antes del lunes.

—Venía pensando en la cena que te debo y…

El momento se vio interrumpido cuando el celular le comenzó a sonar. Lo giró para ver quién era y al descubrir el nombre de su abuela no dudó en atender.

—¿Hola? —respondió, con su mirada fija en el piso.

—Lara… —Escuchó a su abuela y su voz sonaba distinta, como adolorida y se sobresaltó de golpe.

—Meme, ¿qué pasa? —le preguntó, levantando la mirada y enfocando a Julia, que tenía su ceño fruncido sospechando que algo no iba bien.

—No te asustes, es que me caí y creo que me lastimé la rodilla porque me duele bastante al pisar —dijo, haciendo un sonido como si en ese momento estuviese intentando exactamente eso.

—Abuela, escuchame, quedate sentada y no te pares. Salgo para allá —le ordenó, prácticamente, porque sabía que era muy testaruda. Guardó rápidamente el celular dentro de la mochila y miró a Julia—. Tengo que irme, mi abuela se cayó y creo que se lastimó la rodilla, tengo miedo que se haya quebrado —dijo apresuradamente, dándose media vuelta para salir.

—Lara, esperá. —Escuchó decir a Julia mientras la tomaba del brazo para frenarla—. Te llevo en el auto, vas a llegar más rápido.

—No, no te preocupes, en serio. Me tomo un taxi.

—No. Esperame acá un minuto. —Y se acercó casi corriendo hacia donde estaba Mariano. La vio gesticular, decirle un par de cosas y ambos miraron hacia donde ella se encontraba.

Recordó al instante el golpe que le había dado al chico y que todavía no se había disculpado, ya que en la semana no había querido volver al gimnasio después del episodio con Nicolás. Bajó la mirada, muy avergonzada y peinándose el pelo hacia atrás con una mano, sin saber muy bien qué hacer.

—Vamos.

Levantó la cabeza cuando escuchó la voz de Julia cerca.

—Lara, cualquier cosa que necesites me avisás. —Le escuchó decir a Mariano que estaba detrás de la rubia.

Uff, encima que se había ligado un golpe de la nada, le ofrecía su ayuda. Intentaba que ese chico le cayera mal, en serio, por el simple hecho de estar con Julia, pero parecía buena gente y eso le ablandaba su ya escasa capacidad de odiar a alguien. A veces el villano no era tan villano y uno terminaba empatizando con el personaje; no sabía cuál era el suyo, pero casi seguro que en la historia no se terminaba llevando a la chica ni eran felices para siempre.

—Gracias… Y perdón por el golpe. —Casi que lo susurró mientras se obligaba a sostenerle la mirada para que pudiese ver que sus disculpas eran sinceras. El contacto visual le estaba haciendo sudar las manos de puro nerviosismo y se aferraba con fuerza a las tiras de la mochila.

El chico hizo un gesto con la mano como no dándole importancia y dio media vuelta para alejarse.

—Vamos, dale. Ezequiel se ocupa de mis clases. Tengo el auto en la esquina. —Y sin perder tiempo se dirigió hacia la puerta y no tuvo más opción que seguirla.

En poco menos de media hora llegaron a la casa de su abuela. Estacionaron justo enfrente, ambas bajaron preocupadas y abrió la puerta con llave anunciándose ni bien puso un pie adentro para no asustarla apareciendo de golpe. Apenas llegó a la cocina la vio sentada y con su pierna en alto descansando en otra silla.

—¡Seguro que te caíste por culo inquieto, Irene! —Fue el saludo ni bien llegó a su posición y pudo escuchar la risa de Julia a sus espaldas. Miró la rodilla al notarla algo hinchada y supo entonces que se había lesionado, aunque esperaba que fuese algo leve—. ¿Te duele algo más? ¿Qué pasó? —le preguntó, poniendo una mano en su hombro y ejerciendo una leve presión.

—Bueno, me subí a una silla para buscar algo y cuando bajé debí haber pisado mal, porque perdí el equilibrio y caí de rodillas. Me molesta un poco la muñeca también, pero apenas —dijo mientras se subía los lentes por el puente de su nariz.

Informado todo eso y después de las presentaciones formales, entre las dos levantaron la silla

donde estaba sentada Irene y de esa forma la llevaron hacia el auto. Si bien estaba la opción de llamar a una ambulancia y de hecho fue lo primero que propuso, Julia se negó diciendo que para qué esperar teniendo el auto afuera.

—Vamos a ir al hospital donde trabaja mi hermana. Es traumatóloga y está de turno ahora —le informó y por su tono le pareció que no había mucha opción a réplica.

Se sentía un tanto incómoda y un poco abusadora de confianzas, porque no solo había tenido que dejar sus clases y llevarla, sino que también se estaba tomando otras molestias que no hacían falta.

—Juli, en serio, ya hiciste un montón. Las clases, traerme, ahora llevarnos… —le dijo, mirándola cariñosamente.

—Lo hago porque quiero —la interrumpió, poniendo una mano sobre su muslo y acariciándolo un par de veces con el pulgar. La miró fugazmente antes de verla observar a su abuela por el espejo retrovisor—. Seguramente no es nada, pero el hospital está acá cerca y para qué pensarlo tanto. ¿O acaso no tengo razón, Irene? —le preguntó con una sonrisa, volviéndola a mirar por el espejo.

—La verdad es que no —respondió y a ella se le escapó una risotada por la sinceridad de su abuela—. Mi nieta tiene razón, no hace falta que te molestes. Además, no sé si mi obra social cubre ese hospital y…

—No te preocupes por eso —la interrumpió Julia, sin dejar en ningún momento de sonreír—. Las dos en mi contra, qué barbaridad. Pero no me importa, les aviso —bromeó mientras ponía el guiño y doblaba hacia la derecha.

El resto del viaje la miró casi embelesada y totalmente abstraída por lo que era Julia en sí. La manera de poner los cambios del auto, la forma de agarrar el volante y cómo desviaba la vista a los espejos retrovisores. El entrecejo apenas fruncido cuando ponía especial atención en algo y cómo se pellizcaba el labio inferior con los dientes cuando estaba ansiosa.

—Ya llegamos —dijo mientras estacionaba el auto en el acceso al hospital.

—Gracias, querida. —Irene apretó el hombro derecho de Julia enfatizando sus palabras—. Tenés una amiga adorable, Lara.

Ambas se miraron y sonrieron. Julia bajó no sin antes pedirle que la esperara un momento, que iba a recepción para pedir un enfermero para poder ingresarla en silla de ruedas.

Se quedó mirando cómo se alejaba a paso rápido y no dejó de observarla hasta que la perdió de vista cuando ingresó al hospital y entonces, sin darse cuenta, estaba sonriendo como una tonta y recordando el momento exacto en el que se conocieron, sintiéndose afortunada de haber estado a la hora y lugar indicado para que sucediera.

—Nunca te vi sonreír así —dijo Irene haciéndola sobresaltar. Estaba apoyada de costado en el asiento del auto y su rostro dentro del rango de visión de esa avispada mujer, que al parecer no había golpe ni dolor que hiciera que se perdiera detalle.

Agachó la cabeza avergonzada porque era cierto, nunca había sonreído de esa forma al mirar a alguien y la sensación de calor en el pecho era totalmente nueva e inesperada. A lo mejor su teoría de que con Julia todo era exclusivamente físico ya no tenía tanta solidez como antes y sus bases se estaban resquebrajando poco a poco, porque si de algo estaba segura era de que su confesión no había sido producto del momento con Nicolás. No tenía dudas de que estaba loca por ella.

***

Después de haber conseguido que llevaran en silla de ruedas a Irene al sector de la guardia del hospital, le pidió a Lara que la esperase junto a su abuela mientras ella buscaba a su hermana. Sí,

sabía que no era de vital importancia que Martina la viese, que cualquier médico sería totalmente capaz de tratar con Irene y dar un claro diagnóstico, pero necesitaba que su hermana la tratase y asegurarse al mil porciento que todo estaba bien, como si hubiese sido un terrible accidente y no una caída desde una silla. Así que ignoró por completo el pedido de esas dos, «a palabras necias, oídos sordos» pensó la abuela, y finalmente Martina se había ocupado.

—Te debo una —le dijo a su hermana mientras le daba un corto abrazo.

—Lo que me debes es contarme quién es la chica que te hace venir al hospital buscando…

—¡Gracias! —la interrumpió sin dejarla terminar, porque esa cara con la ceja levantada y esa mirada interrogante ya la conocía de sobra, no tenía tiempo para preguntas y si lo tuviese se ocuparía de hacerlo desaparecer.

Se unió a Lara y su abuela justo cuando el enfermero llegaba con Irene en la silla de ruedas de nuevo hasta el auto y la estaba ubicando en el asiento de atrás. Después de agradecerle la ayuda y cerrar la puerta, levantó la vista por encima del techo y tuvo que achicar los ojos para intentar enfocar mejor, porque no sabía si estaba viendo bien o su mente le estaba jugando una mala pasada. Una muy mala pasada, de poca gracia y con mucha mala leche.

Se quedó inmóvil en el sitio con la respiración atascada en algún lugar y con el organismo funcionando a media máquina, porque estaba casi segura que era él.

Esteban.

Medio segundo después y su respiración pasó de estar atascada a escurrirse de esa prisión y reaparecer de manera inconsistente. El corazón salió de ese letargo y decidió empezar a bombear con una potencia que hasta podía escucharlo retumbar en los oídos. Las manos le empezaron a sudar y un temblor en las rodillas se hizo presente. La vista se le nubló y estaba segura de que había sido producto de no haber pestañeado por varios segundos. Todo a su alrededor se veía en blanco y solo podía distinguir esa silueta a lo lejos.

Por Dios, era Esteban. Tenía que ser Esteban, porque además ese hombre también la estaba observando y esa mirada podría reconocerla a kilómetros de distancia, pero habían pasado muchos años desde la última vez que lo tuvo enfrente y no estaba totalmente segura de estar viendo bien.

—¿Es…? —Intentó hablar, decir algo, pero su voz salió apenas audible.

Lara estaba parada al lado y al parecer su actitud llamó la atención de la chica.

—¿Julia? ¿Qué pasa? —Escuchó a lo lejos, como si esa voz viniese de las profundidades de un pozo—. Ey, Julia —insistió, pero esta vez tomándola suavemente del brazo y ese contacto la hizo pestañear varias veces seguidas, girando el rostro para enfocarla.

La vio mirar en dirección a donde ella estaba mirando, con el ceño fruncido y una expresión total de confusión. Su gesto le hizo recordar que del otro lado estaba Esteban y volvió a girar el rostro rápidamente, pero ya no lo encontró. Hizo un barrido desesperado con la mirada repleta de temor por encontrarlo de repente más cerca, pero creyó verlo caminar rápido hasta la esquina y doblar para desaparecer de su campo visual. Sintió que debía reaccionar y salir corriendo para enfrentarlo. Tomarlo de un brazo de manera brusca, obligándolo a girar para así poder quedar frente a frente y verse reflejada en esos ojos. Mirarlo con todo el odio que le fuese posible y exigirle, a los gritos y empujándolo salvajemente por el pecho, que no intentara acercarse de nuevo a Martina. Jurarle que lo mataría, que sería capaz de cometer la peor de las locuras si osaba cualquier tipo de contacto con su hermana, incluso si eso significaba terminar con ella en la cárcel, separada de su hijo y de su familia, pero él estaría muerto y todo acabaría de una puta vez.

Notó que unas manos se posaban en sus mejillas y la obligaban a girar el rostro. El contacto lo sintió cálido o quizás tan solo era el contraste de su piel fría contra esos tibios dedos.

Cerró con fuerza los ojos intentando así borrar la imagen de ese hombre y los escalofriantes recuerdos que la apalearon de golpe, uno después de otro como diapositivas, en blanco y negro y a una velocidad irreal, como cuando se avanza una película que ya se vio y se reconocen las escenas por muy rápido que pasen.

—Tengo que avisarle… —murmuró para adentro.

—¿Cómo? —preguntó Lara—. Julia, por favor, ¿qué pasa? Mirame —le pidió, pero no podía abrir los ojos y en cambio los apretó más fuerte.

Comenzó a sentir un sudor frío recorriéndole la nuca y a su vez unas tibias caricias en el rostro que le hacían sentir un nuevo contraste tan abismal como efímero.

—Mirame Julia. —Volvió a escuchar y sus caricias se hicieron más latentes.

Abrió los ojos despacio y tomó una bocanada de aire para expulsarlo lentamente. Entonces la miró y sus ojos verdes la trajeron a la realidad, la atraparon en un mundo paralelo donde no existía el pasado o donde existía, pero no dolía. Por unos segundos tuvo la sensación de que todo estaba bien y aunque supiese que solo sería eso, segundos, le dieron el sacudón para volver a sentir su sangre correr.

Se acordó de dónde estaba y por qué, obligándose a reaccionar y con la misma rapidez con la que se rompió se volvió a unir por dentro y a recomponerse. Apoyó las manos sobre las de Lara y tomándolas con delicadeza las alejó de su rostro y dejó un beso en cada palma.

—No pasa nada, solo… No pasa nada, Lara. Llevemos a tu abuela para que descanse, ¿sí? —le pidió, conectando con su mirada y agradeciéndole en silencio su preocupación.

Sin hacer preguntas la vio asentir con la cabeza y dedicarle una sonrisa. Suspiró profundamente girando sobre los talones y se encaminó para ubicarse detrás del volante, encendiendo el motor y buscando con insistencia la tranquilidad que necesitaba en ese momento. No sabía qué mierda iba a hacer, si hablar o no con Martina, con su padre o ir a la Policía. La intranquilizaba y le escocía por dentro el no poder asegurar al 100 % si había sido él, alguien parecido o una puta visión.

El viaje de regreso fue bastante silencioso. Ella estaba sumida en sus propios pensamientos y Lara miraba por la ventanilla, seguramente pensando en lo que había pasado y en su abuela, quien estaba adormilada y podía verla por el espejo retrovisor entreabrir sus ojos de a ratos.

Llegaron y entre las dos la cargaron en la silla de ruedas. Gracias a Martina había conseguido una para salir del paso, pero mañana se encargaría de alquilar otra y dejársela a Lara. Apenas entraron a la casa no quiso molestar ni alargar el momento, por eso después de asegurarse de que no necesitaban nada más se despidió de ambas y casi sin mirar a Lara se metió dentro de su auto y se fue, con la urgente necesidad de llegar al gimnasio, ponerse los guantes y cargarse a golpes a la primera bolsa libre.

El viaje hasta el lugar duró poco menos de veinte minutos, a esa hora el tránsito era menos ajetreado y lo agradeció, porque tanta ansiedad le estaba haciendo pasar los límites de velocidad y los pensamientos la distraían de su concentración en el tránsito. Ni bien estacionó se bajó del auto dando un portazo, colgó su bolso al hombro y se metió de lleno en el lugar. Pasó por recepción derecho a los vestuarios sin mirar hacia ningún lado y no se percató de que Mariano estaba ahí ni que la había saludado.

—Julia. —Volvió a insistir en un tono más elevado, tomándola del brazo y haciendo que frenara el avance. El contacto la sobresaltó y de pronto la imagen de Esteban lo ocupó todo y se zafó del agarre con brusquedad, girándose y mirándolo con furia—. Ey… tranquila —le dijo, levantando las manos a modo de rendición y clavando sus ojos confusos en ella.

Sintió las manos del chico sobre sus hombros y las sacó de un manotazo, golpeando sus

antebrazos con el dorso. Su mirada oscura se volvió más confusa todavía y a ella todo le colapsó por dentro: los sentimientos, los miedos, los recuerdos, la agonía por no saber qué hacer y las ganas de que todo fuese una pesadilla. Todo le reventó como una bomba en el centro del pecho y su cabeza desconectó. Miró a Mariano con algún nuevo sentimiento que no supo calificar y lo agarró de la muñeca arrastrándolo a la oficina sin decir ni explicar nada. Lo empujó adentro, trabó la puerta y llevó ambas manos a la nuca del chico para terminar golpeándolo con un beso. No fue suave ni tuvo preámbulo, introdujo la lengua en su boca y volvió el beso más agresivo a la vez que lo guiaba hasta una de las sillas, obligándolo a sentarse sin dejar de besarlo y clavando los dedos en su nuca. No quería cortar el contacto, no quería detenerse ni un instante a pensar ni generar momentos en donde Mariano pudiese poner un freno o preguntar qué le pasaba. No quería nada, solo lo quería a él. Quería dominarlo sin ser delicada, saciarse de él y que ni siquiera hablara, porque necesitaba acallar las voces en su cabeza y que el silencio resultante se llenara solo de sus gemidos.

Se sentó a horcajadas encima de Mariano y comenzó a mover las caderas refregándose contra su entrepierna, sintiendo cómo empezaba a endurecerse con cada movimiento. Gimió en medio del beso porque le gustó, la hizo sentir poderosa, segura, invencible, como si todos sus nervios y su ansiedad saliesen mutados en deseo sexual, en algo meramente carnal sin opción a nada más que a satisfacer su instinto. Y tanta furia la llevó a morder con fuerza el labio inferior de Mariano antes de pararse delante de él, con la mente enajenada y casi sin sentir el suelo debajo de sus pies.

—Julia… —susurró con la respiración agitada.

—Callate —le ordenó sin dejar de mirarlo mientras se bajaba el pantalón deportivo y se lo quitaba bajo la atenta mirada del chico.

Cuando lo vio abrir la boca para volver a hablar, se sentó nuevamente encima de él y atrapó sus labios en un beso el doble de intenso. Lo sintió gemir y llevar las manos a su culo, apretándolo con delicadeza y acompañando sus movimientos de cadera. Pero ella no quería delicadezas así que llevó sus propias manos sobre las de Mariano y las apretó fuerte, en un claro mensaje de que necesitaba sentirlo todo mucho más intenso.

Los jadeos de ambos comenzaron a mezclarse entre sí y ella ya estaba lista para lo siguiente, no necesitaba ni un segundo más. No quería buscar el tiempo para quitarse la ropa ni tampoco precisaba de más estímulos.

—No —le dijo, cuando Mariano intentó cambiar de posición.

Le agarró la cara con ambas manos y la acercó a su escote, porque quería sentir su lengua en esa zona del cuerpo mientras le bajaba apenas el pantalón junto con la ropa interior, lo justo para liberar su miembro, sintiendo lo duro que lo tenía y lo listo que estaba para ella.

Más. Necesitaba más y necesitaba controlarlo todo. Así que buscó la salida a ese sentimiento y ni se tomó tiempo a quitarse la ropa interior, tan solo la corrió a un costado con una mano mientras con la otra tomaba el miembro de Mariano y se llenaba lentamente de él. Los primeros movimientos fueron suaves, pero después toda esa furia se volvió a apoderar de ella, con ese desborde de insuficiencia condensada en su mandíbula apretada y en la fuerza con la que arañaba la espalda de Mariano por sobre su remera. Comenzó a moverse más rápido, con los ojos cerrados y gimiendo contra su oído. Su cabeza seguía desconectada y solo se concentraba en escuchar los sonidos que producían sus movimientos y la manera en que tenía Mariano de gemir. En sus grandes manos apretando su trasero y en cómo mordía su cuello a la vez que subía y bajaba las caderas, haciendo esos choques cada vez más sonoros y excitantes.

Bajó una de las manos a su propia entrepierna para tocarse y así acelerar la llegada del orgasmo que tanto necesitaba. Con rabia, con furia, con lágrimas en los ojos. Un minuto le llevó para que

todo explotara; el mayor placer la inundó llevándose con su oleaje toda la furia, pero dejando en las orillas de su cuerpo una miserable sensación de impotencia y hastío.

# 10. Simple

Le había contado a Isabella lo que había pasado con Irene y su amiga no dudó ni medio segundo en darle ese día libre y algunos más, si así lo necesitaba. Y la verdad es que sí, necesitaba al menos ese martes completo para poder cuidar de su abuela y ayudarla con las cosas básicas, pero ya vería cómo resolvía el resto de la semana porque no pretendía abusar ni aprovecharse del estatus de amiga para beneficio propio.

¿Cómo está Irene? Ya tengo la silla de ruedas, paso por tu casa como quedamos. Tengo que enviarle a mi socia unos diseños y salgo para allá.

Fascinada.

Así la tenía la rubia y con cada gesto la encandilaba cada vez más. Prácticamente no habían dejado de mensajearse desde que Julia las había dejado en la casa de su abuela y ella, además de extrañarla y querer verla todo el tiempo, tampoco podía dejar de pensar en lo que había pasado frente al hospital.

Estaba segura de que Julia había visto a alguien en la vereda de enfrente y ese alguien no le generaba buenas sensaciones, porque había entrado en un estado de nerviosismo puro y hasta había balbuceado un «tengo que avisarle», con la mandíbula tensa y los ojos fuertemente cerrados.

Irene está bien y recién entro al depto. ¡Mil gracias por la silla!

Sos increíble.

E insultantemente hermosa.

No quería imaginarse lo peor, pero se venía comiendo la cabeza con eso y obviamente no iba a preguntarle nada, aunque se moría por saber. Y no se moría por saber de metida, sino porque quería conocer su historia y abrazarla fuerte, apretarla contra su cuerpo, acariciarle la espalda y jurarle que todo estaría bien. Secarle las lágrimas con los pulgares y besarla con ternura, en los labios, en las sienes, en la frente. Quería acompañarla si se sentía mal, porque sí, porque era increíble e insultantemente hermosa.

De repente quiero besarte.

—¡Dios! ¡Cómo me encantás! —dijo en voz alta mientras se frotaba la cara con una mano y gruñía de pura frustración por no tenerla ahí con ella.

De repente también quiero besarte.

Tiró el celular en el sillón no sin antes desconectar los auriculares para que *Evanescence* sonase de fondo por el altavoz, y levantó con ímpetu a Antoni en sus brazos, tomándolo por debajo de sus patas delanteras y dándole un fuerte beso en el cachete, otro en la cabecita y lo levantó un poco más para besarle la panza.

—En un rato viene Julia. Nada de malas caras ni miradas intimidantes, ¿me entendiste? —le preguntó a su gato, sin bajarlo y mirándolo desafiante; este le contestó con un maullido tirando a gruñido donde claramente podía escucharse un «me bajas ya o al primer paso te muerdo los tobillos», y lo bajó, claro, porque no quería conflictos.

Era pasado el mediodía y después de haberle preparado el almuerzo a Irene, la había dejado acostada en su cama con la tele encendida y un par de libros. Isabella en un rato iría para allá a visitarla y de paso cubrir su ausencia. Tenía que pasar por su departamento no solo para agarrar un poco de ropa, sino también para darle de comer a Antoni y estar al menos un par de horas con él. Y en eso estaban, cada uno concentrado en el almuerzo cuando el timbre sonó, haciéndola sobresaltar.

Caminó hacia el portero y al preguntar quién era, su voz le avisó que estaba en la puerta del edificio. Vivía en un segundo piso así que bajó las escaleras de dos en dos, a toda velocidad, y en menos de un minuto le estaba abriendo la puerta principal para dejarla pasar.

La imagen que vieron sus ojos la dejó un poco atontada y seguro que la estaba mirando intensamente, porque era la primera vez que la veía con ropa formal. No disimuló ni un poco cuando la recorrió con la mirada, porque con Julia ya se estaba acostumbrando a que las cosas fuesen más fáciles y desde el día del primer beso casi todo le salía sin pensar y mirarla a los ojos o de forma descarada ya no le costaba tanto.

Madre mía con la ropa de trabajo y de repente la arquitectura le gustaba un poco más. Llevaba un pantalón de vestir azul cobalto, una camisa sin mangas color hueso con un par de botones abiertos, lentes de sol y el pelo suelto y revuelto. Cuando cerró la puerta sin dejar de mirarla, la rubia tuvo la gran idea de mostrarle sus hermosos ojos azules perfectamente maquillados y como plus, para dejarla *knock out* y pidiendo tiempo muerto, le sonrió en el momento exacto en que una oleada de su perfume envolvía el lugar. Sincronización perfecta y de película que puso a todos sus sentidos en alerta y, para su increíble suerte, esa mujer le había dicho que quería besarla.

—Hola —le dijo, regalándole una de las sonrisas más sinceras de su vida que fue desapareciendo de manera paulatina a medida que Julia, sin decir nada, se iba acercando hasta quedar ambas a escasos centímetros.

La vio llevar la mano a su rostro acariciando su mejilla con el pulgar y desviando la mirada a sus labios. Todo eso condensado en unos pocos segundos y con los pulmones reteniendo la respiración por la impaciencia que le generaba la expectativa de sus movimientos. Medio segundo más y el contacto de sus labios sobre los suyos la estremeció por fuera sin sorprenderla, pero la desconcertó un poco haber sentido tanto por dentro, una sensación de bienestar que salió de su cuerpo en forma de suspiro y que se convirtió en un sutil cosquilleo en el estómago cuando la sintió sonreír levemente en medio del beso.

—Hola —le respondió con la mano todavía sobre su mejilla—. Perdón, pero necesitaba besarte —se disculpó algo avergonzada, pero sin bajar la mirada.

—Imperdonable sería que no lo hubieses hecho. —Le sonrió—. ¿Subimos? —La agarró de la mano para llevarla hacia las escaleras y el calor de su tacto era una sensación tan agradable, que no la soltó hasta que estuvieron delante de la puerta del departamento.

Abrió pasando primero y cuando la rubia estuvo dentro se acercó a ella haciéndola retroceder hasta chocar su espalda contra la puerta. Con *Everybody's fool* sonando de fondo y sin preámbulos, en un movimiento seguro se pegó a su cuerpo, la agarró de la nuca y la besó de manera firme. Las manos de Julia se aferraron instintivamente y con fuerza a su cintura por debajo de la ropa y ella no supo cuánto necesitaba sentirla así hasta que la sintió. En sus labios, en el interior de su boca y en su piel. La sintió en el aire que respiraba impregnado de su perfume, en sus oídos al escucharla suspirar y en su pecho presionado contra el suyo. La sentía parte de ella, en su sangre caliente y en su pulso acelerado. Esta vez no se encontraban a escondidas en ningún jardín, no estaba Mariano a pocos metros ni había motivos para detenerse y por Dios que no pensaba hacerlo.

Bajó la mano derecha de manera lenta, pero segura por su cuello, pasando por entremedio de sus clavículas hasta llegar al abdomen. Retrocedió con la punta de los dedos el camino recorrido y volvió a descender, pero esta vez acariciándola suavemente con las uñas al pasar por encima de uno de sus pechos, mordiéndole el labio inferior cuando sintió un pequeño gemido salir de su boca. La rubia bajó las manos hasta su trasero, la presionó fuerte contra ella y no pudo pensar en nada más que en lo bien que se sentía todo eso. Por su cabeza desfilaban un sinfín de cosas que quería hacerle y no

sabía por cuál empezar, entonces dejó que su boca decidiera por ella y comenzó a dejar un reguero de besos por su mandíbula hasta llegar al punto sensible debajo de la oreja. Estaba acariciando con la lengua esa delicada piel mientras comenzaba a desabrochar su camisa, muy despacio e intentando controlar el impulso de abrirla de un tirón.

—Un gato… —dijo con voz entrecortada—. Hay un gato mirándome.

Cerró los ojos ante esa información y automáticamente frenó todo movimiento, maldiciendo hasta en hebreo al susodicho. Giró la cabeza y ahí estaba, el mismísimo demonio con cara de póquer, sentado en sus patas traseras sobre el apoyabrazos del sillón y observando la escena con suma atención. Inmóvil, con su porte de mafioso y clavando sus ojos felinos en ellas, intimidando a más no poder.

—¡Antoni! —Intentó elevar la voz, pero la excitación que llevaba encima la hizo sonar rasposa. Ese descarado ser la miró, pestañeó a cámara lenta y volvió a dirigir su mirada a esa desconocida—. Ignoralo —le casi suplicó mientras volvía a su cuello, presionándola todavía más contra la puerta.

—No, no… Lara, pará. No puedo, les tengo miedo y encima me está mirando mal.

Y a ella ya no le quedaban idiomas en los cuales putear, pero no estaba dispuesta a parar precisamente. Agarró a Julia de la mano y se encaminó hacia la habitación, pudiendo observar de reojo cómo Antoni las seguía con la mirada hasta que las vio perderse dentro.

«Maldito gato. Una semana sin atún», pensó.

Cerró la puerta de un manotazo sin quitarle la vista a esa mujer que al parecer ya se sentía segura dentro de esas cuatro paredes, porque tiró de su mano que todavía sostenía para pegarla de nuevo a ella y buscar su boca de manera casi desesperada. Sintió la presión de su mano en la nuca intensificando todo por mil y ese gesto la motivó a volver a la tarea de desabrochar los botones de su camisa, a la vez que avanzaba con pasos torpes intentando guiar a la rubia hasta hacerla chocar contra el borde de la cama. Cuando llegó al último botón y abrió la prenda de par en par casi pudo sentir cómo las pupilas se le dilataban por la anticipación y porque ese sujetador blanco le quedaba tremendo. Se perdió en el pecho de Julia subiendo y bajando agitado, mientras la observaba con la mirada oscurecida y las pupilas se le dilataron todavía más cuando le deslizó la camisa por los hombros, acariciando con la punta de los dedos la piel a su paso.

Era perfecta. Sus clavículas, sus hombros tonificados, su cuello. La empujó suavemente hasta recostarla sobre la cama sin dejar de perseguir su cuerpo, como un animal hambriento acorralando a su presa, y terminó sentándose a horcajadas sobre ella a la altura de sus caderas. La rubia se incorporó lo justo para atrapar sus labios mientras enredaba los dedos en su pelo y la arrastraba con ella. Ese gesto demandante la excitó demasiado y la impulsó a llevar las manos a sus costados en dirección a sus pechos. Se moría por saber cómo se sentiría tocarlos, tantas veces se lo había imaginado que estar a nada de concretar un punto de los tantos que había ido acumulando la estaba poniendo un poco nerviosa. El deseo la agobió y apretó ambos a la vez, provocando que Julia gimiera en su boca y ella tuvo que dejar de besarla porque necesitaba ver sus propias manos en ese cuerpo, observar su cara, conocer sus expresiones de placer y verse reflejada en sus ojos azules. Una manera de comprobar que todo era real, que estaba sucediendo, que la tenía en su cama incentivándola a más. Hundió la boca entre sus pechos y recorrió con la punta de la lengua su esternón, apretándolos un poco más y quemándose en la suavidad de su piel caliente y de su olor.

Por puro instinto movió un poco las caderas para conseguir algo de fricción mientras besaba húmedo y mordía suave la piel por encima del borde de aquel sujetador. Llevaban apenas unos minutos de previa, pero su excitación era tal que estaba segura de que con un poco de roce llegaría al orgasmo. «Una adolescente precoz, Lara, qué patético». Frenó todo vaivén y en cambio llevó las

manos a la espalda de Julia para desabrochar la prenda, viéndola arquearse para facilitarle la tarea a la vez que sentía un suave tirón en su pelo que le hizo inclinar la cabeza hacia un costado y así darle pase libre a su cuello. Le encantaba cuando atendían esa zona de su cuerpo y al sentir la lengua de Julia recorrerlo en toda su extensión la piel se le erizó al instante y un jadeo escapó de su boca cuando sus dientes mordieron el lóbulo de su oreja.

Todo lo que le estaba haciendo sentir esa mujer era nuevo, era devastador y era alucinante. Distinto. Demasiado intenso para alguien como ella.

Pudo ver cómo se quitaba el sujetador dejando su pecho al desnudo y sintió una punzada de deseo corromperla por dentro. Recordó lo perfectamente bien que se había sentido tocarlos por encima de la ropa y eso la llevó a un capricho irrefrenable de querer sentir esa piel directamente sobre la palma de su mano. Debajo de su lengua. Cuando estaba a punto de acercar su boca, Julia tiró de su remera hacia arriba para intentar desnudarla y ella se dejó, sin saber por qué. Simplemente pasó, estaba casi mareada de tanto estímulo que solo pudo buscar sus labios de nuevo, de manera lenta y sensual, con sus lenguas jugando dentro y fuera de sus bocas, creando un beso muy húmedo y excitante a partes iguales.

De repente se vio con la espalda pegada al colchón y con Julia encima, intercambiando posiciones y pasando a tener el control absoluto. Una incomodidad fuera de todo contexto la abrumó y la paralizó, sintiéndose totalmente vulnerable ante la novedad de la situación. No solía perder el dominio y eso iba camino a serlo. Dentro de su cabeza empezaron a revolotear pensamientos molestos que amenazaban con abstraerla del momento, el corazón empezó a latir descontrolado, repiqueteando como un tambor golpeado por las palmas de la inseguridad, que lo volvían más pequeño y desesperado por escapar a algún sitio que lo volviese a tranquilizar.

En su empeño por espantar a sus fantasmas, se incorporó hasta quedar sentada en la cama con Julia todavía encima y rodeando su cintura con los brazos buscó sus labios de nuevo. Sintió su lengua moverse dentro de su boca, acariciar su paladar, mientras volvía a empujarla contra el colchón, apoyando la palma de las manos a cada lado de su cabeza.

—Me volvés loca, Lara. Quiero hacerte tantas cosas… —le susurró con su boca rozando la suya antes de moverse contra sus caderas y gemir en consecuencia.

Esas palabras le provocaron un fuego intenso concentrado en el bajo vientre y trató de no detenerse a pensar en lo que implicaba que Julia quisiera hacerle tantas cosas, así que como método de distracción y en un intento por no joder el momento, llevó las manos a la espalda de Julia y recorrió lentamente toda su columna vertebral, poniendo total atención a cómo se erizaba la piel bajo sus dedos. La rubia se enderezó hasta quedar con la espalda recta, le agarró ambas manos hasta llevarlas a sus pechos para hacer que los apretase, y ese gesto la arrastró a la más pura desesperación, presionando fuerte la mandíbula ante la imagen delante de sus ojos.

—Dios —masculló entre dientes—. Me encantás —agregó con un hilo de voz antes de sentir cómo Julia le desabrochaba los primeros botones del pantalón.

Tardó en darse cuenta, otra vez sobrepasada por el deseo y la adrenalina del momento, que solo fue consciente cuando sintió un roce en su pubis.

Un roce y el principio del fin.

Su cuerpo reaccionó dando un respingo, naturalmente y a modo de defensa, activando el cierre a todos los sentidos y guardándolos bajo llave, levantando esos muros y volviendo al mismo lugar de siempre, al que tanto le costaba dejar atrás. A su jodida casilla de partida.

Agarró a Julia de la muñeca y sacó su mano de una manera un tanto brusca, provocando que la mirase de manera sorprendida.

—¿Qué pasa? —le preguntó, con el ceño fruncido y respirando con dificultad.

—Nada.

Necesitaba evitar las preguntas, así que hizo lo mejor que sabía hacer: disuadir. Flexionó las piernas hasta quedar con la planta de los pies sobre el colchón y quiso tomar impulso para intercambiar posiciones en un intento exasperado por tener el control. Pero no iba a salir como lo esperaba y Julia no solo afirmó su postura encima de ella, sino que además pasó suave un dedo por debajo del elástico de su ropa interior, clavando la mirada en sus ojos y observándola de una manera distinta, como si intentase ver más allá, expectante a cualquier reacción.

—No. —Apenas lo susurró.

Agarró con delicadeza sus manos y se sorprendió cuando Julia se inclinó para besarla, porque no lo esperaba y porque en la versión que existía dentro de su cabeza la rubia la miraba sin entender, pidiéndole explicaciones y yéndose de ahí ante la falta de respuestas. En cambio, se recostó al lado suyo boca arriba y la escuchó suspirar profundo.

«¡Mierda, mierda, mierda, Lara!».

Cerró los ojos con fuerza y un sentimiento de frustración la entristeció. Rabia, hastío e impotencia mezclados con los restos de excitación que todavía llevaba encima la hicieron tensarse por completo y empezar a sentir un intenso nudo en la garganta y unas ganas brutales de romper algo. No quería que fuera así, no con ella. ¿Pero qué hacía?, se preguntaba en silencio, justo en el preciso momento en que la mano de Julia tomaba la suya, entrelazando los dedos y sin decir absolutamente nada. Giró la cabeza sobre la almohada y la vio con los ojos cerrados, respirando más tranquila y con un semblante relajado. No había preguntas, ni reclamos, ni una sola palabra. Eran ellas dos, tomándose un tiempo. Ella por pura necesidad y Julia por simple empatía.

Sentir su pulgar acariciándole el dorso de la mano fue como una inyección de esperanza, un roce que le cosquilleaba por cientos de puntos a la vez. Un simple gesto atado a un millón de motivos para hablar.

«Explicáselos, como me lo explicaste a mí», fue la primera frase que murmuró su mente, rescatada de esa charla con Isabella.

«No podés permitir que una persona te haga creer que todas son iguales», y esa segunda ya la estaba convenciendo.

«No quiero que las cosas sean así, no con ella», se repitió.

Volvió la vista al frente, cerró los ojos y tomó aire. Su empatía, su silencio, el sonido tranquilo de su respiración y su pulgar que no dejaba de acariciarla, todo eso, lo juntó y lo agarró en un puño imaginario apretándolo contra el pecho, dándole el coraje que pensó que nunca tendría. Si quería enamorarse de ella misma este era el primer paso y con ese salvavidas imaginario aferrado contra su tórax puso un pie adelante.

—Soy intersexual —lo soltó, con la sensación de que no lo estaba viviendo realmente y que lo presenciaba desde afuera, como si fuese la proyección de una película que la tenía sentada en primera fila y al borde del asiento, mordiéndose las uñas a la espera del desenlace.

«Soy intersexual». Dos palabras y un mundo nuevo producto de la unión de dos paralelos: uno habitado por sus demonios y otro que luchaba por forjarse y sostenerse en su día a día. Una unión en donde tendría que convivir con sus dos caras y empezar a jugar en el bando de la aceptación y el reconocimiento, haciéndole frente y dándole pelea a sus enemigos.

Tenía el corazón latiendo a toda velocidad. Por Dios, es que se le iba a salir del pecho porque podía escucharlo retumbar en los oídos. Era tan intenso lo que estaba experimentando que por momentos se sentía hasta mareada; no sabía si la presión la tenía por el piso o por las nubes y

aunque estuviese acostada podía hasta incluso sentir cómo le temblaban las piernas. No tenía claro por dónde seguir ni cómo actuar. Tampoco quería abrir los ojos por puro miedo y porque si los abría se volvería más real todavía.

«Soy intersexual». Dos palabras, dos manos entrelazadas y una caricia distraída. Un reconocimiento de quién era, un paso de gigante que dejaría una huella imborrable dentro de su habitación.

De pronto sintió cómo Julia apretaba el agarre a su mano y depositaba un suave beso en el dorso, mientras que con el otro pulgar le secaba una lágrima que caía por su mejilla. Un simple gesto más que la llenó de valentía y la impulsó a abrir los ojos lentamente y con un poco de confusión, porque jamás se había percatado de que estaba llorando. Giró la cabeza para mirarla encontrándose con sus ojos fijos en ella, sonriéndole como si no pasara nada y con sus manos unidas apoyadas en su propio pecho desnudo. La importancia de lo simple, de lo mundano, de lo ínfimo.

—No tengo prácticamente conocimiento sobre el tema y me siento una ignorante —lo dijo resoplando, en una clara autocrítica y ella sonrió en consecuencia.

—No te preocupes, casi nadie sabe lo que es. ¿Preferís la historia larga o la corta?

—La que quieras.

Y a ella tanta simpleza la estaba descolocando. Resultaba bastante irónico sentirse cómoda ante lo complicado e incómoda ante lo simple. Irónico y de mal gusto, porque desde la consulta médica se venía sintiendo fuera de lugar, en posiciones que nunca había estado y eso la llevaba a frenar su carrera de golpe, como cuando te encontrás de frente con algo inesperado, girando la cabeza hacia ambos lados buscando respuestas y abriendo la boca para terminar sin decir nada.

—Mis padres murieron en un accidente de tránsito cuando tenía doce años —comenzó a decir mientras acariciaba con su propio pulgar el anillo que tenía en el dedo medio—. Quedé a cargo de mi abuela materna, Irene, que ya la conocés. —Giró el rostro para mirarla y la vio asentir con una leve sonrisa en los labios—. Tuve una infancia feliz con ellos, hasta mis doce años todo en mi vida estaba bien, no veía nada malo en mi cuerpo porque simplemente no había nada que me pareciese «mal». —Remarcó la palabra haciendo comillas en el aire con su mano libre—. Mis padres me dejaban vestirme con lo que me gustaba y jugar con los juguetes que quisiera, nunca me condicionaron. —Sonrió con nostalgia—. Pero mi adolescencia fue difícil. —La sonrisa fue desapareciendo y las manchas oscuras de esos años tan complejos comenzaban a ensombrecer la habitación—. Me empecé a desarrollar antes que el resto y tenía más vello de lo normal en el rostro y en las piernas… Fue ahí cuando empecé a sentirme rara. —Suspiró, girando su rostro para observar a Julia—. Imaginate lo que fueron mis años en el colegio… Un calvario.

—Me imagino… —Sintió una tibia y acogedora caricia en su mano, ínfima, apenas un roce pero que, sumado a la calidez de su mirada clavada en la suya, le dieron el aire para continuar con el relato de su historia.

—Además… miraba mis genitales y no se veían como en las fotos, Juli, nunca fueron normales.

La sintió moverse sin soltarle la mano y cuando giró para mirarla pudo verla ponerse boca abajo y apoyarse sobre los antebrazos. La alcanzó a ver fruncir la nariz y reconoció el gesto; lo hacía cuando no estaba del todo de acuerdo con algo.

—Definí «normales» —le pidió, alzando una ceja y dibujando las comillas en el aire.

—Normales, Juli. Dale, me entendés. Están fuera de los parámetros normales —le respondió de manera nerviosa con un burdo tono profesional en su última frase.

—No sé eh… Necesitaría chequear en vivo esa información —le dijo, con todo el descaro del mundo y con una sonrisa brillante, haciendo caminar juguetonamente el dedo índice y medio por su

abdomen, en dirección sur.

De repente percibió un calor subir hasta su rostro y de seguro sus mejillas eran un fuego, hasta podía sentir las orejas arder. Le dio un golpecito a su mano y se tapó la cara como pudo, porque tenía libre solamente una, y la escuchó reírse suave. Intentó mantenerse seria, pero tenía una risa jodidamente contagiosa y no pudo evitar reír ella también. Otro manotazo, pero ahora en su hombro, en un doble reto por ese comentario, y al parecer a Julia esos golpes le parecían graciosos porque se la veía divertida con la situación. ¿Cómo era posible que en medio del relato de su historia esa mujer fuese capaz de hacerla reír?

Se miraron durante algunos segundos sin dejar de sonreír, cuando inesperadamente Julia se acercó a ella para dejarle un corto y suave beso en los labios. Ese gesto la incitó a seguir, sumergida sin darse cuenta en un ambiente relajado y cómodo.

—En mi caso, tengo lo que los médicos llaman «genitales ambiguos»… Mi clítoris es más grande y mi vagina es… distinta. —Utilizar aquellas palabras tan gráficas y explícitas la hicieron avergonzarse, porque sí, porque estaba acostumbrada a sentir vergüenza de sí misma y porque ser tan directa con alguien era una sensación nueva, pero así tenía que ser, si ya había dado el paso al contar que era intersexual ahora no quería borrar aquella huella tan importante, ahora tenía que hacer las cosas diferente. Reconocerse—. Yo no era ni una cosa ni la otra y por eso pensaba que estaba bien la burla, que me la merecía. —Volvió la vista al techo y cerró los ojos haciendo una pausa.

—Sabés que no, pero te entiendo, debe haber sido difícil… En el colegio y a esa edad a veces somos tan crueles…

—Sí… Excepto Isabella. —Se le dibujó una sonrisa que no llegaba a reflejarse en sus ojos tristes, pero que no por eso dejaba de ser sincera al recordar a su amiga—. Yo ya estaba rota y cada vez era peor, pero apareció ella y fue la primera persona a quien le conté mi historia y con su apoyo decidí ver a un médico. —Cerró la mano en un puño al rememorar aquello—. Cuatro consultas, cuatro médicos distintos, hasta que necesité parar. Me iba con palabras como «hipertrofia», «anormal», «ambiguo», «raro», y con cirugías para «arreglar» y «corregir» mi cuerpo —recordó, sintiendo el pecho contraerse.

—¿Qué edad tenías? —preguntó Julia por lo bajo, en un tono afectuoso, dulce, casi hasta que podía sentir sus palabras como una caricia.

—Dieciséis. Ahí me enteré sobre la reducción de clítoris y la vaginoplastia… —Intentó continuar, pero la necesidad de un suspiro la obligó a parar unos segundos, los cuales se cargaron de un silencio tan intenso que giró la cabeza para mirar a Julia, quien la observaba con el mismo cariño y empatía de siempre, pero su expresión denotaba una leve confusión que entendía y que esperaba. Quiso seguir dejando huellas nuevas, no retroceder sobre sus pasos y por eso puso en simples palabras lo que durante tantos años le repitieron de manera académica—. La vaginoplastia es una cirugía para reconstruir mi vagina, básicamente.

—Por Dios… —susurró Julia. No quiso mirarla porque necesitaba seguir, soltarlo todo, explicarse y descargar lo que tanto tiempo tuvo guardado dentro. Quería ser escuchada porque de repente ardía en una necesidad de contarle todo, de abrirse a ella, de que las huellas que estaba dejando quedaran marcadas como hierro caliente sobre la piel y hacerlo junto a Julia, junto a la primera mujer con la que se sentía capaz de todo. Una mujer que le daba el espacio para ser quien era.

—Esas cirugías se hacen de pequeña y seguramente fue lo que les propusieron a mis padres.

—Y ellos decidieron esperar.

—Ajá. Después de esa cirugía te tienen que poner unos dilatadores vaginales durante varios años, todo esto cuando sos una nena… —continuó, con la mirada clavada al techo y la dura emoción que sentía cada vez que se imaginaba aquello—. Lo peor son las consecuencias psicológicas que puede dejar todo eso. Leí testimonios de muchas personas que lo recuerdan o comparan a una violación. —Al segundo de decirlo sintió un profundo suspiro de Julia y cómo soltaba el aire de manera lenta. Giró su rostro y se encontró con su mirada enrojecida, brillante, cargada de una tristeza que la hizo emocionarse más de lo que ya estaba. Tuvo que hacer un doble esfuerzo para contener las lágrimas, porque quería seguir, porque aún faltaban huellas por dejar.

—Es tremendo… —dijo Julia en un susurro de tan bajo nivel que si no fuese por la cercanía no hubiese podido escucharlo. Sonrió con tristeza mientras afirmaba con la cabeza y volvió su vista al techo, una vez más.

—Pasaron dos años completos y sentirme «la rara» ya había pasado a ser mi día a día —continuó, con el llanto atravesado. Cientos de recuerdos la estaban golpeando de lleno y creía que no iba a poder seguir, pero otro beso de Julia en el dorso de su mano y unas caricias en el antebrazo la hicieron aferrarse a la simpleza del gesto y buscar su mirada.

—Contame hasta donde puedas y quieras.

—Tanto silencio de tu parte me pone incómoda, no sé qué estás pensando y siento que en cualquier momento vas a vestirte y a salir corriendo —lo dijo de corrido y tapándose los ojos con la mano, avergonzada.

—Es tu historia y estoy simplemente dejando que me la cuentes. Y lo que pienso es en las ganas que tengo de besarte y seguramente sí, en un rato me vista para acompañarte a la casa de Irene.

El corazón le latió raro un par de veces y volvió su mirada al frente, evitando romperse y tomándose unos segundos antes de seguir.

—Se llenó mi mundo de preguntas, Juli. —Suspiró, tomándose un momento para ordenar sus pensamientos sin desviar la mirada del techo de la habitación—. Pasé por muchas etapas; primero juzgué a mis padres por no operarme, después a preguntarme el por qué se habían negado a las cirugías. No entendía absolutamente nada y esa falta de información solo me hizo odiarlos. —Instintivamente volvió a acariciar su anillo y a pestañear seguido en un intento por contener las lágrimas—. Pero ya sabés eso que dicen, no hablar de alguien o juzgarlo cuando no tiene la posibilidad de defenderse —dijo con una mueca y una sonrisa irónica—. Así que decidí convertir ese odio en más odio, pero hacia mí misma. Poco inteligente, ya sé, pero me sacó culpa y a cambio sentí que me reconciliaba con ellos.

—¿Sentías que tenías que perdonarlos?

—Al principio sí —respondió sin dudar—. Pero con el tiempo entendí que lo hicieron para que esa decisión fuese mía. Que supiera cómo era cada cirugía, los tratamientos y sobre todo que supiera el porqué. Hay muchas personas que fueron operadas sin consentimiento y hoy lo padecen, ¿sabés? Estoy segura de que mis padres no querían eso, pero, claro, jamás pensaron que se iban a morir en un accidente. —Giró su rostro para observarla y la vio asentir con la cabeza—. Mi abuela me contó que una vez escuchó sin querer parte de una charla entre ellos. ¿Sabés qué le preguntaba mi papá a mi mamá? —Hizo unos segundos de silencio, con su vista nuevamente en el techo, porque esa pregunta era solo retórica—. «¿Por qué hablan de curarla si nuestra hija no está enferma?» —citó, y una lágrima descendió por su mejilla, capturada al instante por el pulgar de Julia—. Creo que recién ayer entendí a qué se referían. Catorce años después, Juli.

—Te faltaron tus padres y no puedo imaginarme lo duro que debe haber sido, pero mirate, Lara. No querés operarte porque en el fondo creés que no hay nada malo en vos y yo no puedo estar más

de acuerdo con eso. —Le escuchó decir en un tono que rebalsaba sinceridad. Porque era cierto. La visita a la doctora en parte le dio la respuesta a esa pregunta que siempre se repetía, aunque la ignorase, aunque la negase, siempre la recordaba: «¿Por qué hablan de curarla si nuestra hija no está enferma?».

—Estoy recién empezando a entenderlo. Hace años que lucho contra algo que no sé muy bien qué es. Mi cabeza está llena de palabras que hablan de hipertrofias, de ambigüedades, de anormalidades —tomó aire para conseguir unos segundos extras y terminar de juntar el valor, porque su relato había llegado al presente de su historia, a las secuelas de esos años—. No puedo ni siquiera tocarme, Juli. Y nunca pude dejar que me tocaran. Una sola vez lo intenté y fue un desastre… —confesó avergonzada.

—Pero ahora empezaste a avanzar, a verte de otra manera —le dijo, tomando su rostro del mentón para hacer que la mirase—. Pasitos de bebé, ¿sí? —susurró, sonriendo con dulzura.

Un sentimiento que no pudo describir la quemó por dentro, sintió como si todo su cuerpo estuviese siendo acobijado por los brazos de aquella mujer que ahora solo la estaba mirando, y en medio de esa sensación tan alucinante pensó que el mundo no estaba tan mal. Absorbió todo lo que su mirada azul le transmitía antes de asentir con la cabeza y devolverle la sonrisa.

—Ayer visité a una doctora con Isabella y fue distinto a todas las demás consultas, fue algo así como reveladora. Salí hecha mierda y frustrada, enojada porque me dijo cosas que no esperaba escuchar —giró su cuerpo para quedar de costado y poder mirarla a los ojos—. Antes de ese día tuve otra consulta, pero no pude entrar porque me quedé paralizada frente a la puerta del hospital… Fue el día que te prometí una cena a cambio de masajes, ¿te acordás? —le preguntó sonriendo, mientras la veía imitar su posición de lado.

—¿Acordarme? ¿Acaso te pensás que me olvidé de ese trueque? Lo estoy esperando desde ese día —le dijo mientras levantaba su ceja izquierda, poniendo su mejor cara de pervertida.

No pudo más que soltar una carcajada y negar con la cabeza, porque esa rubia era imposible. Se acercó para besarla y suspirar en el camino, dejando sus labios reposar sobre los de ella durante unos pocos segundos, los suficientes para sonreír en mitad del beso.

—Irene e Isabella fueron siempre mis pilares, incluso lo siguen siendo. Creo que todo hubiese sido mil veces peor sin ellas, estoy segura. Jamás les voy a poder devolver en mi vida todo lo que hicieron por mí.

—Y yo estoy segura de que con verte empezar a entender las cosas va a ser suficiente para ellas y tu deuda esté saldada —afirmó, mientras le acariciaba el puente de la nariz con la yema del dedo índice.

Cerró los ojos sintiendo cómo recorría con delicadeza los restos del corte de su ceja y volvió a sonreír cuando sintió acariciarle su labio inferior. Abrió los ojos después de dejarle un beso a ese dedo que seguía acariciando su boca y deseó que el tiempo se detuviera ahí mismo. Gritarle fuerte un «¡pará acá, que todo esto me está gustando demasiado!», mientras se le plantaba delante para no dejarlo avanzar. Era la primera vez, en veintiséis años, que se sentía así con alguien.

Y si bien no había podido dar ese paso, si bien el miedo nuevamente se había apoderado de la situación y no había permitido que Julia la tocara, algo dentro de ella había cambiado. Estaba compartiendo su cama, charlando sobre su vida, pero lo que le impactó de lleno y le explotó delante de la cara fue haberlo hecho entre risas. Si le decían a ella que iba a reírse una vez, tan solo una vez contándole su historia a alguien, hubiese tildado de demente a quien afirmase semejante barbaridad.

Pero había pasado. No sabía si porque Julia era especial o porque simplemente lo había intentado. O porque lo había intentado con alguien especial. O quizás porque tenía que ser con ella y no había

más explicación que esa. A veces el destino se pone caprichoso y no deja de patalear hasta conseguir lo que quiere. Todo se había dado de una forma exquisitamente natural, fiel al estilo de la rubia y a su manera de naturalizar la vida.

Esa explosión delante de su cara había desperdigado por los aires toneladas de ilusiones y perspectivas diferentes, salpicándola de preguntas donde todas comenzaban con un «¿y si…?»

«¿Y si doy un paso más?», pensó, mientras se perdía en la profundidad de un nuevo beso, bajo el encanto y la suavidad de esos labios que ya los sentía suyos.

***

Acababan de estacionar frente a la casa de Irene cuando la frenó para evitar que bajase del auto.

—Juli —llamó su atención, sujetándola del brazo haciendo que la rubia se girase a mirarla—. Estuvimos hablando todo el tiempo de mí, pero me gustaría saber cómo estás… —Se animó a decir, dejando la frase a medio terminar y con miedo a incomodarla. Notó un asomo de tristeza en sus ojos ante la pregunta y agachó su cabeza, tomando aire y soltándolo de manera casi imperceptible, como si quisiera esconder el suspiro junto con su mirada—. Que te haya contado de mí no significa que pretenda lo mismo de tu parte, pero estuve ahí, te vi mal y solo quiero saber cómo estás. No respondiste a mis mensajes ayer y me había quedado preocupada —habló tratando de que supiese sus intenciones.

—Perdoname por no responderte —se disculpó mientras volvía a mirarla y acariciaba con una mano su mejilla—. Me fui al gimnasio para despejarme un poco… —Apretó los labios en una mueca que no supo interpretar, dejando la frase a medias y a ella con una sensación extraña dentro del pecho. Cuando iba a decirle que no pasaba nada si no respondía a sus mensajes, aunque en el fondo sí pasara, un cambio total de actitud en la rubia la dejó sin palabras. De repente se enderezó en el asiento poniendo su espalda rígida y recta, frunció la nariz y todo el cuerpo de esa mujer se transformó en pura incomodidad—. Estoy mejor, no te preocupes. —Sonrió mientras se lo decía, pero el gesto claramente no era sincero, sino por demás de forzado—. Por cierto, Nicolás tiene la entrada prohibida al gimnasio. Una lástima, porque me hubiese gustado cruzármelo ayer y ver qué tan suficientemente hombre es. ¿Vamos? —le preguntó, haciendo un movimiento con la cabeza en dirección a la puerta de la casa de Irene y cerrando así toda posibilidad de retomar la charla.

—Vamos. —Fue todo lo que pudo decir.

Bajaron entre las dos la silla de ruedas y no llegó a poner la llave en la cerradura de la puerta cuando ésta se abrió, mostrando a una Isabella sonriente al otro lado.

—Culo inquieto exponenciado a mil. La abuela está insoportable, te aviso.

—¿En serio? Como si no la conocieras, Isa. Por culo inquieto se cayó, te cuento —le respondió, volviendo la atención a Julia—. ¿Entramos así buscamos la otra? Ya tendrías que estar en la oficina. —Miró la hora en su celular mientras lo decía, intentando ocultar la molestia que había empezado a sentir ni bien se bajó del auto.

—Julia, ¿no? —Escuchó preguntar a Isabella.

—Isabella, ¿no?—la imitó la rubia.

—Si tenemos que esperar a que nos presenten…

Puso los ojos en blanco porque de repente no estaba de humor para la escena. Las vio saludarse con un beso en la mejilla y sintió la mirada de ambas sobre ella.

—Perdón, perdón —dijo todavía molesta, levantando las manos a modo de rendición—. Julia, Isabella. Isabella, Julia. ¿Entramos? —les preguntó, mirando a una y a otra y pudo observar cómo la

rubia levantaba una ceja, mostrando media sonrisa entre divertida y extrañada, tratando de deducir seguramente su cambio de actitud y eso le molestó todavía más.

Le hizo un gesto con la mano para que entrara primero y cuando pasó por su lado enfocó los ojos en Isabella, quien parecía una imitación de Julia, con la ceja levantada, pero en vez de divertida y extrañada su sonrisa era insinuante.

—Te la tenías bien guardada a la rubia, eh… —susurró, mientras le pellizcaba el costado a la altura de las costillas.

—¡Tch! —Chasqueó con la lengua y le dio un manotazo en el antebrazo para que dejara de tocarla.

Se metió a la casa con su amiga pisándole los talones y vio a Julia justo cuando estaba entrando en la habitación de Irene, dispuesta claramente a saludarla. Aprovechó el momento para buscar la silla de ruedas y plegarla, así después podrían subirla al auto.

Se fue a la cocina en busca de un vaso de agua y a esperar a Julia, porque no tenía ganas de interactuar con ella en ese preciso momento. Sabía cómo se sentía y sabía que era mejor tomarse unos minutos, porque se conocía de sobra y no quería terminar tratándola mal. Mientras estaba apoyada de espaldas en la mesada de la cocina tomando agua, Julia e Isabella se acercaban a su posición, charlando animadamente y sin percatarse de su presencia.

—Venite una noche de estas a Nexo, te va a encantar. En un par de fines de semana hay un acústico de una chica que canta tremendo —le decía Isabella.

—¡Me encantaría! Seguro me doy una vuelta —afirmó la rubia, con una encantadora sonrisa y clavando sus ojos en ella segundos después.

—Lista la silla, te ayudo a subirla —le dijo a la vez que dejaba el vaso sobre la mesa y se encaminaba hacia la puerta, donde ya tenía todo preparado.

No le había dado tiempo ni a responder, pero cuando había pasado por su lado notó cómo la miraba con ambas cejas levantadas. Se estaba comportando como una idiota, lo sabía, pero a veces era tan transparente con sus sentimientos que le resultaba difícil ocultarlos.

Sin perder el tiempo abrió la puerta, agarró la silla y se encaminó al auto. Medio minuto después sintió su presencia detrás de ella.

—¿Pasa algo? —la inquirió sin vueltas, plantándose frente a ella con los brazos cruzados debajo del pecho.

—Nada, solo que no quiero demorarte más, Juli. —Y fue su turno para sonreír forzadamente.

Volvió a tomar la silla acercándose al baúl del auto y sin poder sostenerle la mirada, así que esperó a que se acercara, con la vista fija en el piso.

Julia pasó por su lado y en silencio abrió el baúl para entre las dos meter la silla dentro. Una vez ubicada, lo cerró de un golpe seco y se apoyó de espaldas sobre él.

—¿Segura? —insistió, mirándola fijamente y achicando un poco sus ojos, intentando descifrarla.

—Sí, Juli. Andá de una vez, en serio que no pasa nada. —Y volvió a sonreír, más forzosamente que antes, eso seguro, pero igual se acercó y le dejó un suave beso en la mejilla para disuadirla y porque también lo necesitaba—. Gracias por la silla, por la charla, por todo. —Y volvió a besarla en su otra mejilla, esta vez solo por pura necesidad.

—Un placer. —Y sin decir nada más y con una sonrisa ahora sincera, giró sobre los talones y se metió dentro del auto. Se cruzó de brazos y caminó a paso lento hacia la entrada de la casa, mirando sus propios pies y con esa sensación dentro del pecho que había podido identificar y ponerle un nombre. Y ese nombre claramente era Mariano.

# 11. Rotas

—A las dos y media la primera videollamada con Funes para ver de qué se trata el proyecto. A las cuatro reunión con Villalba y a las cinco deberían estar saliendo para reunirse con Federico en el terreno del centro comercial —comenzó a enumerar Sofía—. Para Villalba, ya me ocupé de dejar la carpeta lista, la tengo en mi escritorio. Ah, y Eduardo me avisó de que tiene un nuevo proyecto en la mira, que mañana pasa. No sé quién de ustedes se va a ocupar…

—Lucía —sentenció, sin perder tiempo.

Escuchaba la voz de Sofía de fondo, casi sin prestar atención, pero su oído siempre estaba atento a lo importante, aunque su cabeza estuviese recordando sin cesar a Esteban.

—Bueno, para estar en otra galaxia reaccionaste con demasiada velocidad —comentó Lucía, con los brazos cruzados bajo el pecho y reprochándole entre líneas la repartija de tareas.

—Con Villalba ya tengo bastante, ¿no te parece? —reclamó, algo molesta—. Sofi, ¿pudiste contactar a la escribana?

—Sí, me dijo que mañana nos envía la escritura.

—Si mañana no la envía, volvé a insistir. Estamos trabados por culpa de ese papelerío y ya estoy perdiendo la paciencia. Por favor, ponete firme si hace falta —pidió seriamente y vio a su secretaria asentir de la misma forma. Miró a Lucía, quien la observaba con sus ojos entrecerrados y bajó la pantalla de la computadora, dispuesta a tomarse un descanso—. Me voy a la cocina un rato, si viene una chica llamada Lara, acompañala directamente, no hace falta que la anuncies. Y dejame la carpeta de Villalba acá en el escritorio, por favor.

—Listo. —Sofía volvió a asentir, levantando los papeles, su taza de café y saliendo de la oficina después de asegurarse de que no precisaban nada más.

—Lara… —murmuró Lucía, llevándose una mano a la barbilla en gesto pensativo mientras se sentaba de lado sobre el escritorio—. ¿La criatura portadora de unos increíbles ojos verdes? ¿Esa que arrastraste con tus pervertidas excusas para bailar tango? ¿El escote de la blusa es por Villalba o por Lara? Te vas a ir al infierno, son las tetas del mal —dijo de corrido, haciendo la cruz con sus dos dedos índices.

Se mordió el labio inferior conteniendo la risa y negó con la cabeza, levantándose de la silla con clara intención de irse.

—Almuerzo en la cocina con Lara, no aparezcas.

—Pobre chica, andá despacio que le va a dar algo, no tires toda la carne al asador. —La escuchó decir riéndose antes de cerrar la puerta, dejándola sola en su propia oficina.

«Si supieras…», pensó, acordándose de cómo Lara la había tocado días atrás, haciendo que las imágenes le provocaran un escalofrío y una sonrisa en los labios.

«Basta de mutilación genital», leyó en su celular mientras esperaba a la castaña. Desde que Lara le había contado su historia automáticamente quiso saber más del tema, conocer los porqués, buscar información. Quería entender su dolor, su frustración, su pasado. Estar a la altura para poder acompañarla, ayudarla de alguna forma, aunque aún no supiese cuál. Y eso también la asustaba un poco, porque hacía muchos años que se movía únicamente dentro de lo carnal, de lo accesible, de lo rápido y lo concreto. Pero con Lara no lo sentía así, con ella era distinto y no tenía muy en claro

distinto a qué, pero el tema la volvía un poco loca y a veces se dormía pensando en eso. En ella, en sus ojos verdes y en cómo de a poco se le estaba metiendo dentro de una manera alarmante. La sentía pegada a cada parte de su piel y recordar sus besos la hacía sonreír como idiota. Como ahora, así que sacudió la cabeza para revolear sus pensamientos y trató de enfocarse en la lectura.

«Basta de mutilación genital», releyó aquella frase que al parecer era una de las luchas actuales de la comunidad intersexual, pero cuando se disponía a leer el artículo una oleada de su perfume invadió el ambiente. Por instinto su mirada la buscó y ahí estaba, parada tímidamente frente a ella y llevando una bolsa en cada mano. Se paró inmediatamente, acercándose para ayudarla mientras sonreía y miraba embobada a una castaña con las mejillas algo rojas y claramente nerviosa. Cada vez que la veía le parecía más hermosa y era absurdo que esa chica no fuese consciente de su belleza y en cambio se ocultase avergonzada de sí misma. No sabía cómo la veían los demás, no sabía cómo se veía ella misma, pero a sus ojos era una mujer preciosa.

—Hola —la saludó con un suave beso en la mejilla después de dejar las bolsas sobre la mesa—. Te estaba esperando, calculo que Sofía te mostró el camino.

—Sí, sí. Es un edificio hermoso y estoy que no lo puedo creer, arquitecta Cohen —le dijo, mirándola de pies a cabeza antes de hacer una reverencia y dejarle un beso en el dorso de la mano. Rio al verla y sintió cómo el día mejoraba con su sola presencia—. Te traje unos granos del café que te preparé en casa mientras escuchábamos los maullidos de Antoni encerrado en la habitación —le recordó, con toda la malicia del mundo.

—Te vas a burlar siempre, ¿no?

La vio asentir y se quedó enganchada a su mirada divertida. Y tal como le pasó ese día en la entrada del edificio, un cosquilleo tan intenso como raro se apoderó de ella, algo así como una sensación de vértigo en el estómago que solo la impulsaba a acercarse a Lara, como si el espacio entre ellas de pronto le pareciese ridículo y fuera de lugar. Una pura y clara necesidad de su contacto físico, de sentirla, que la arrastró imaginariamente a otro lugar lejos de ahí, y sin un asomo de duda puso una de las manos en su baja espalda para atraerla contra sí, llevando la otra libre a su nuca y atrapando sus labios en una suave caricia. Los primeros segundos Lara pareció no reaccionar y solo se dejó besar, hasta que la sintió entreabrir los labios y la unión se volvió perfecta, con cada embestida todo se intensificaba como si estuvieran devorándose, pero sin hacerlo, a un ritmo lento, a cámara lenta, suave e inocente.

—Antes que llegue La… La… La… La… ¡Apa!

Lucía, claro que Lucía. Dicen que el sol siempre está y su amiga también, pero no para iluminar sus días, sino para arruinar los momentos. A pesar de escucharla y de saber que estaba ahí, fue Lara quien se alejó de un sobresalto mientras ella se había quedado unos segundos casi estática y con los ojos cerrados. Suspiró sonoramente, agachó la cabeza de manera dramática y cuando la levantó le clavó una mirada de asesina serial. ¿Y cuál era la cara de Lucía? De felicidad. Una felicidad plena por haberla agarrado justo comiéndole la boca a una mujer, ese momento que se quejaba de nunca haber presenciado y que decía que su amistad se haría más sólida cuando lo viese. A los ojos de Lucía era inadmisible que siendo casi hermanas nunca la hubiese visto en una situación así. Para ella todo eso no tenía ningún sentido y cada vez que lo mencionaba dudaba de la salud mental de su amiga. Como ahora, cuando la veía con esa sonrisa pervertida, pero a la vez como si estuviese a punto de llorar de la emoción. Qué decir, Lucía era tan… Lucía.

—Perdón, te fuiste hace dos minutos no pensé que… —la interrumpió sin decir nada, solo levantando una mano y negando apenas con la cabeza. Tantos años de amistad que sirvieran para

algo, aunque sea para hablar sin palabras y para transmitirle a través del más profundo silencio todo lo que la odiaba en ese momento.

—Lara, este ser humano es Lucía, mi socia. —Porque no pensaba tildarla en ese momento de amiga, no señor.

Y cuando enfocó sus ojos en la castaña casi se muere de la ternura, porque si antes estaba avergonzada siendo solamente ellas dos, ahora tenía en su rostro la clara expresión de «tragame tierra» y ella se la quería comer a besos. Le parecía tan frágil que solo deseaba abrazarla y que escondiera la cara en su cuello.

—Un gusto *enorme*, Lara —le dijo la desubicada de su amiga, enfatizando la palabra *enorme* y acercándose para dejarle un sonoro beso en la mejilla.

—Igualmente. —Apenas si lo dijo después de mirarla medio segundo y desviar la vista hacia el piso, cambiando el peso de su cuerpo a su otra pierna y peinándose el pelo hacia atrás con la mano.

Había notado que cuando estaba nerviosa hacía alguno de esos gestos y que los haya hecho los dos a la vez lo decía todo. Entonces volvió a mirar a su amiga con la sonrisa más falsa posible y con solo un movimiento de ojos en dirección a la puerta le indicó cuál debía ser el camino de sus pasos si quería seguir con vida para contarlo. El silencioso mensaje fue captado a la perfección, ya lo decía, y después de disculparse de nuevo y poniendo una excusa, las dejó solas.

—¿Comemos? —preguntó mientras rodeaba la mesa para empezar a sacar la comida y así hacerla olvidar del incómodo momento, además de servirle a ella también para dejar de pensar en que Lara era a la primera persona que besaba en su lugar de trabajo—. Así insista mil veces no me vas a dejar pagar nada de todo esto, ¿no?

—No, lo mínimo que puedo hacer para devolverte algo de todo lo que hiciste por mí. Además, no puede ser que nunca hayas probado estas crepas. Traje una de queso azul, rúcula, peras y cebollas caramelizadas que te vas a morir, no hagas esa cara —dijo entre risas y señalándola con el dedo, al observar su gesto de asco—. Y otra más clásica, de cuatro quesos.

—¿Y esta tercera?

—Es una dulce para compartir, de postre. Rellena de pasta de avellanas y frutillas.

—Oh Dios… Creo que te amo —soltó su comentario mientras casi salivaba por esa crepa.

Las cosas dulces eran su perdición y casi que podría vivir a base de chocolate. Volvió su mirada a Lara y se la encontró con las mejillas rosadas de nuevo, con una exagerada concentración en servir las dos crepas y casi dejando la vida en eso. La observó en silencio sin poder quitarse esa estúpida sonrisa que le provocaba verla tan tímida y vulnerable hasta que terminó y, sin esperarlo, la castaña le acercó una crepa a la boca, llegando a ver claramente que era la que contenía esa mezcla rara de cosas. Juntó coraje y separó apenas los labios para morder un poco, sintiendo la mirada de la chica clavada en su gesto. Estaba preparada para el mayor disimulo de la historia, su mejor actuación, pero al masticar y degustar la crepa se sorprendió; la combinación era exquisita y estaba dispuesta a chantajear a Lara con lo que fuese para que ella se comiese la otra.

—Casi orgásmica, ¿eh? —le preguntó la castaña, con media sonrisa de lado.

—Orgásmica, a secas —confirmó, mientras le quitaba la crepa de las manos y arqueaba la ceja.

—Entendido. Me toca la de cuatro quesos —comentó rendida, alzando ambas manos a la vez.

—Chica lista. —Le guiñó un ojo antes de darle otro mordisco a esa delicia.

Se pasó el almuerzo respondiendo decenas de preguntas relacionadas a su trabajo, a cómo era vivir de la arquitectura, de sus proyectos hechos y de los que vendrían. Le encantaba verla así de entusiasmada, pero quería su turno para preguntar.

—Entonces… Te gusta cocinar, salir a correr, el rock y sos fanática de Agatha Christie. Amante

de la arquitectura y, como buena Gaudiniana, te encantaría ir a Barcelona para ver la Sagrada Familia.

—Dicen que la terminan en el 2026 —comentó, con los ojos brillantes por la emoción.

—Sí, y también dicen que tendrías que dejar de dar vueltas y anotarte en la universidad. ¿Qué esperás? —Quiso saber, mientras agarraba el café para moler unos granos y preparar un par de tazas.

—Algún día, no sé. Tengo que cuidar de mi abuela, trabajar y ahorrar plata para terminar los arreglos de la casa, se está viniendo abajo y no quiero.

El tono de voz que usó le llamó la atención y cuando se giró para mirarla, pudo observar cómo acariciaba el anillo de su mano izquierda. No era la primera vez que la veía hacer eso y supuso que debía de ser algún regalo de sus padres o alguna conexión con ellos. Guardó silencio y lo único que se escuchaba era el sonido del chorro de café cayendo dentro de las tazas, llenando la cocina de un exquisito aroma. Dejó una delante de Lara y volvió a sentarse al lado suyo, dispuesta a seguir conversando.

—Podés hacerla a tu ritmo, nadie te apura. Yo puedo ayudarte con las materias —lo dijo sin pensar, sin darse cuenta del futuro implícito que había en esas palabras y peor todavía, de lo mucho que le gustaba la idea—. Boxeo no, tango no. A lo mejor como profesora de arquitectura soy buena, eh —bromeó enseguida, en un intento por camuflar su comentario anterior. Sintió la mirada de Lara recorrer sus facciones y la incomodidad la hizo beber nerviosa de su taza de café.

—¿Tenerte como profesora particular? Interesante.

—¿A cambio de qué? Sabés que me manejo con trueques y vas a empezar a acumular deudas.

—Por ahora no se me ocurre nada interesante para ofrecerte.

—¿Segura? Porque yo te encuentro muy… —se acercó para hablarle más de cerca— interesante y más irresistible que el chocolate —le dijo mientras sonreía y se mordía el labio inferior, con la vista fija en los suyos.

Su intento barato de seducción se vio frustrado cuando Lara soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás y mirándola completamente sonrojada. Estaba segura de que se reía de puro nerviosismo.

—No mientas. El chocolate es tu perdición.

—Y vos podrías ser la perdición de cualquiera. —Le guiñó un ojo y cuando la vio bajar la mirada a su taza de café y apretarla entre las manos, decidió darle un respiro antes de verla arrastrarse por la silla hasta desaparecer.

—¿Qué tal las clases? Esta semana retomo. ¿Seguís igual de intensa? —Cambio abrupto de tema y mejillas coloradas.

—Sos una flojita… Y sí, siguen igual de intensas y estoy empezando a extrañar verte por allá…

—¿Sí? —preguntó enseguida Lara, con media sonrisa asomando de sus labios.

Asintió con la cabeza y la que cambió abruptamente de tema ahora fue ella, porque entre el comentario anterior y darle a entender que la extrañaba, se empezó a incomodar un poco y no era habitual en ella.

Apoyó el codo sobre la mesa y la barbilla descansando en la palma de su mano y se dedicó a recorrerle las facciones con la mirada mientras la escuchaba hablar. Se había olvidado de todo; de Esteban, de Villalba, de las reuniones, de Mariano… Ufff, se olvidaba hasta de él cuando la tenía enfrente y no estaba muy segura de cómo sentirse al respecto. Lo que más incómoda la ponía y la hacía revolverse en el lugar cuando se acordaba, como ahora, era la sensación que tuvo ese día dentro de su auto, cuando le contó a Lara que había ido al gimnasio para despejarse. Y no lo había conseguido en absoluto, porque aquel ataque de furia mutado en un polvo sin motivo, con la única finalidad de sentir que tenía el control, había terminado con ella al borde del llanto y saliendo del

gimnasio casi sin despedirse ni dando explicaciones, con la sensación de estar en el lugar equivocado y siendo manipulada por el pasado y por el miedo. Pero sí, había tenido sexo con Mariano y cuando su cabeza rememoró esos momentos mientras tenía a la castaña enfrente, sintió una leve culpa que creyó podía gestionar. Pero lo que no podía gestionar era otra culpa que sentía en paralelo, más intensa y molesta, como si estuviese en falta con Lara al haber estado con Mariano. Loco, raro e incomprensible para su cabeza, un sentimiento descarado que la llevó al agobio y a cerrarse por completo a continuar cualquier tipo de charla.

Una sonrisa de esos tentadores labios la volvió a la realidad y como todas las cosas llegan a su fin, sobre todo las más lindas, eran casi las dos de la tarde y ella tenía que prepararse para la videollamada y Lara volver a la casa de Irene. La comida, el postre y el delicioso café le habían cambiado el ánimo por completo sin sospechar que volvería a estrellarse de cara contra el piso. A su ánimo y a ella también.

—¿Me podés explicar por qué mierda no me dijiste que viste a Esteban en la puerta del hospital, Julia? —La voz alterada de Martina la sobresaltó y el corazón se le aceleró de golpe ante esas palabras.

Miró a Lara congelada en el lugar y sin saber qué hacer.

—Después te llamo —le susurró, tomándola del brazo y dándole un apretoncito a modo de disculpas.

La chica asintió y sin decir absolutamente nada desapareció.

—Martina calmate, por favor —le rogó, cerrando la puerta de la cocina para tener más privacidad —. Iba a contártelo.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que me diese cuenta de que pusiste a una persona para que me vigilara? Enfrente de casa y en el hospital, Julia. ¡Y yo ni enterada! ¡¿Pero qué mierda te pasa?!

—Bajá la voz, Martina.

—¡No bajo la voz, ni bajo el tono ni bajo la puta alteración que llevo encima! —gritó su hermana, a la vez que tiraba el bolso sobre la mesa sin ningún cuidado, temblando y con los ojos enrojecidos.

El vocabulario y el tono de voz que estaba usando Martina lo veías solo en situaciones extremas.

—No te lo dije porque no estoy segura de haber visto bien. Todo este tema me tiene muy nerviosa y puede que me haya traicionado la cabeza. No quise preocuparte —se explicó, de manera pausada y tratando de mantener la calma.

—Claro, si para dejar las preocupaciones y decisiones a tu cargo estás mandada a hacer, ¿no? — Se acercó a ella clavándole la mirada y la furia que vio en sus ojos le recordó a la misma furia de tantos años atrás.

El pulso se le disparó y unos escalofríos para nada agradables recorrieron su espalda, dando un paso atrás por inercia y agachando la cabeza. Necesitaba enfocarse, calmarse y volver a explicarle la situación las veces que fueran necesarias.

—No, Tina. Hablé con papá y…

—¡Por supuesto que hablaste con papá! Ahorrate toda esa parte porque ya la sé. ¿Pero qué les pasa? ¿Por qué me lo ocultaste, Julia?

—Ya te lo dije, no…

—No quisiste preocuparme, está bien. —Esto último lo dijo de manera resignada, apretándose el puente de la nariz con dos de sus dedos y cerrando fuerte los ojos—. ¿Y si era él? ¿Sabés lo que eso significa? —le preguntó y ella solo pudo asentir—. ¡Significa que se pasó la orden de alejamiento por el culo, Julia! ¡Y significa que si era él yo no estaba ni enterada! —Volvió a alterarse.

—¡Dejá de gritar, carajo! —le dijo, tomándola por los hombros y paradójicamente, gritando ella

también—. ¡Solo quiero protegerte, Martina, por Dios! Y si te lo decía tampoco ibas a aceptar que alguien vigilara la casa.

De un manotazo se zafó de su agarre y le dio la espalda. Podía notar el movimiento agitado de su cuerpo debido a su respiración alterada y cómo se llevaba ambas manos a la cabeza, entrelazando los dedos en su pelo y llevándolos hacia atrás, hasta llegar a su nuca. Fueron unos segundos eternos hasta que la escuchó emitir un gruñido de frustración y girarse de nuevo hacia ella. La mandíbula apretada, el ceño fruncido y podía notar la tensión en cada centímetro de su cuerpo.

—¡No quiero que me protejas más, Julia! Dejá de cargar con todo, de sentirte culpable de mi pasado. ¡Dejá de sobreprotegerme! ¡Así no podés avanzar y si no avanzás yo también me quedo atrás! —le pidió mientras las primeras lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas.

—Martina… —Dio un paso hacia ella, pero su hermana retrocedió otro, manteniendo las distancias.

—¡No, Julia, basta! ¡Reaccioná de una puta vez, por favor! Porque yo pude rehacer mi vida cuando pensaba que jamás iba a dejar que un hombre me pusiese un dedo encima. Cada vez que Lautaro levantaba la mano para acariciarme yo cerraba los ojos esperando el golpe. Y si se me acercaba por la espalda se me cortaba la respiración. Mucho tiempo me llevó dejar de temblar, pero acá estoy. —Fue su turno ahora de sentir una tensión endurecer todo su cuerpo, a la vez que la vista se le nublaba en consecuencia de las lágrimas que anegaban sus ojos—. Decime en cambio dónde estás parada vos, cómo está tu vida, cómo avanzaste.

—No sigas por ahí —le advirtió.

—Claro que voy a seguir por ahí y si nunca hablo del tema es porque me lo pediste, porque metés debajo de la alfombra cosas que no superaste.

—Basta, Martina —le suplicó, con la voz quebrada.

—¡Basta nada! Vas de superada, con tu mejor cara y tu mejor sonrisa de arquitecta, pero por dentro estás hecha mierda, estás rota. Sos la primera en pararte frente al resto y tomar decisiones por los demás. ¿Y vos qué?

—¡Bueno, basta! ¡Dejá de analizarme, Martina! No sos mi psicóloga y estás dando vuelta las cosas, yo solo quiero pro… ¡Argh! —gruñó frustrada—. ¡Me cago en todo! ¡Sí, quiero protegerte! ¿Y sabés por qué? Porque no pude hacerlo esa vez y no quiero fallarte de nuevo. ¡Por Dios! No es difícil de entender. —No alcanzó a decir esto cuando sintió el rostro empapado en lágrimas y el cuerpo temblarle como una hoja—. No quiero fallarte de nuevo —repitió, llevando ambas manos a su cara para sofocar el sonido de su llanto.

Escuchó cómo la puerta de la cocina se abría y unos brazos la envolvían. Pudo reconocer enseguida que era Lucía, tantos años abrazándola que ese contacto lo conocía de memoria.

—A veces creo que te olvidás de cómo fueron las cosas.

No podía verla, pero por el tono de su voz supo que su hermana seguía llorando.

—Martina, por favor… —le pidió Lucía.

A los pocos segundos sintió un silencio ensordecedor y supo que se había ido, dejándola con el pecho entumecido de dolor y con la garganta ardiendo de tanto contener las ganas de llorar a los gritos. Lucía seguía abrazándola, sosteniéndola en sus brazos, pero el agarre no era suficiente y por eso se desplomó. Sus piernas temblaron y como si alguien hubiese ralentizado el tiempo se vio cayendo de a poco, acompañada por el cuerpo de su amiga, hasta quedar ambas sentadas en el piso, con Lucía acunándola fuerte contra su pecho. Ninguna de las dos dijo nada, porque no había nada más para decir.

***

Después de ese episodio su semana había transcurrido más lenta de lo que le hubiese gustado. Finalmente se había ocupado ella de reunirse con Eduardo para que le contara sobre ese nuevo proyecto y de acaparar todo lo que pudiese, taparse de trabajo, de obligaciones, de clases en el gimnasio y de momentos con su hijo. De charlas interminables por teléfono y por WhatsApp con Lara. Y de un encuentro más con Mariano, un encuentro frustrado que no llegó ni a un roce porque lo sintió todo tan distinto a como fue siempre, que después se terminó preguntando si lo buscaba por necesidad, por obligarse a dejar de sentir lo que estaba empezando a sentir por Lara o por demostrarle a su hermana lo equivocada que estaba. O todo a la vez, metido dentro de una gran mochila cargada sobre los hombros y con la esperanza de alivianar un poco su peso. Pero no le daba resultado y al final no sabía si era porque el suelo donde pisaba cada vez se volvía más lodoso o la carga era tan grande que terminaba hundida hasta en el más firme cemento.

El sonido de unas risas la trajeron al presente, pestañeando un par de veces seguidas para reubicarse. Volvió a ser consciente de la presencia de sus tres acompañantes, pero por sobre todo de una, sentada a su derecha y tan cerca que sus piernas se rozaban.

El bar de Isabella, Nexo, estaba realmente bien y se preguntaba por qué no lo había visitado antes. La respuesta llegó a modo de «porque tenés un hijo, poca vida nocturna y muchas responsabilidades, Julia». Era cierto, como tan cierto que no dudó un segundo en aprovechar esas horas que tenía para conocer el lugar y estar con Lara, mientras Nacho estaba en el cumpleaños de uno de sus amigos. Noche de pizzas, gaseosas y videojuegos para su hijo; noche de música en vivo, cerveza y buena compañía para ella. Estaban en una esquina del local, sentadas en unos cómodos sillones dobles con una mesa baja en el medio y con una vista perfecta al escenario.

—¿Te gusta el lugar? —Sintió cómo Lara se inclinaba un poco hacia ella para preguntarle.

—Me encanta —le confirmó, acomodándose de lado sobre el sillón para mirarla de frente, a escasos centímetros de su cara y con unas ganas increíbles de besarla ahí mismo.

Sus labios estaban comenzando a dibujar media sonrisa traviesa, a punto de decirle que no solo el bar le encantaba, cuando su vista periférica captó movimiento sobre la mesa, acompañado por ruido de cubiertos y platos. Vio los ojos de Lara desviarse a sus espaldas y sonreírle a la chica que las atendía, quien además debía de ser su compañera de trabajo. Cuando la buscó con la mirada pudo distinguir el brillo en sus pupilas y cómo le devolvía el gesto de una manera especial, a la vez que le guiñaba un ojo. En la esquina superior de esa chomba negra que usaban como uniforme se leía «Lucrecia» en letras violetas y ella se dedicó unos segundos a escanear su figura: cuerpazo, ojos oscuros, piel clara, pelo cobrizo y se le formaban unos adorables hoyuelos cuando sonreía y que seguramente en ese momento se moría por mostrárselos de cerca a Lara, en exclusiva y a solas, porque no tenía cuarenta años para nada y su olfato estaba por demás entrenado.

—Ey Juli, tenemos que venir más seguido, me encanta este lugar —le comentó Lucía por sobre la mesa, levantando su cerveza y animando a que el resto hiciera lo mismo—. Brindemos por Nexo y por las nuevas amistades —animó, mientras la miraba y le guiñaba un ojo—. Lara, tu amiga Isabella me cae muuuuy bien, te la cambio por Julia.

Madre mía. Revoleó los ojos porque a su amiga con un par de cervezas ya la tenías muy contenta y acercó su botella al resto para sumarse al brindis. Le dedicó una sonrisa exclusiva a Lara antes de tomar sin dejar de mirarla; una conexión de puta madre, porque la castaña le estaba devolviendo el gesto a modo espejo y eso se sentía muy bien. Unos tres segundos de «me encanta todo esto» transmitido en silenciosas palabras.

—Para caerte mal me tenés bastante cariño. —Retomó la conversación que había quedado en el aire, mientras se llevaba un pedazo de queso a la boca.

—Trabajamos juntas, te veo todos los días, sería imposible no encariñarse.

—Te entiendo, me pasa lo mismo con Lara. —Se sumó Isabella, haciendo que la castaña abriera la boca en gesto de indignación. Adorable.

Escuchó de fondo la carcajada de Lucía y las vio chocar sus botellas de modo cómplice.

—Necesitamos otra vuelta —dijo, tomándose el último trago y recorriendo el lugar con la mirada.

—Yo me ocupo. Lucre está a mil, pobre —le informó Lara, poniendo una mano sobre su muslo antes de levantarse.

La siguió con la mirada y la vio tomando las bebidas de una de las heladeras, poniéndolas sobre la barra antes de acercarse a un empleado que estaba detrás de un monitor, para informarle seguramente de las consumiciones. Cuando la vio rodear la barra para tomar las cuatro cervezas, pareció dudar sobre algo y recorrer el lugar con la mirada. Lucrecia no tardó en aparecer y destapar las bebidas, muy amablemente y con una sonrisa plasmada en la cara. Estaban charlando, se notaba cierta confianza entre ambas y a esa chica la sonrisa no se le iba, sacando a relucir esos adorables hoyuelos en su adorable rostro. Una de las manos de Lucrecia fue a parar a la cintura de Lara mientras se acercaba a su oído para susurrarle algo. Achicó un poco los ojos para agudizar la vista y no perderse detalle, en el momento justo que la chica depositaba un beso en la mejilla de la castaña, de manera lenta y tomándose su tiempo. A ella todo le pareció demasiado lento y demasiado el tiempo invertido en el gesto. Una escena muy de novela de bajo presupuesto a la que solo le faltaban los violines de fondo, según su humilde opinión.

Lucrecia volvió a sonreírle con esos perfectísimos hoyuelos en su perfectísimo rostro, antes de darse media vuelta y alejarse de Lara, quien parecía no reaccionar. «Ufff, por favor, ni que le hubiese comido la boca», ironizó para sus adentros, mientras intentaba prestar atención a la charla que se estaba dando entre Isabella y Lucía. En fin, sus pocas dudas sobre si había pasado algo o no entre esas dos estaba solventada. «Más sabe el diablo por viejo que por diablo», pensó la abuela, en el mismo instante en que Lara regresaba. Se corrió sobre el sillón para dejarle lugar sin que tuviese que andar pasando entre ella y la mesa, y casi sin darle tiempo a acomodarse la miró interrogante.

—¿Qué? —le preguntó Lara, algo incómoda.

—No sabía que tenías algo con Lucrecia, de haberlo sabido… —Le salió de adentro y además notoriamente molesta, haciendo que un arrepentimiento la invada de lleno y obligándose a cerrar la boca para dejar la frase inconclusa. ¿De haberlo sabido, qué?

Lara la miró confundida, seguramente haciéndose la misma pregunta que ella, e inclinó un poco la cabeza hacia un costado con su ceño fruncido y la mirada cargada de sorpresa. Le dio un trago a su botella sin dejar de observarla para después sonreír y agachar la cabeza, negando un par de veces.

—¿Qué tal está Mariano? —le preguntó, volviéndola a mirar, pero esta vez con una carga distinta en los ojos.

Tragó saliva, pensó durante unos segundos y cuando abrió la boca para responderle las luces del bar se apagaron, dejando solamente iluminado el escenario. Unos segundos más de intensas miradas y Lara giró su cuerpo de lado, levantando su brazo izquierdo y apoyándose de costado contra el respaldar del sillón, para quedar en diagonal al escenario y dándole la espalda.

¿De haberlo sabido, qué?

Unos aplausos acompañados de varios silbidos la sacaron de sus pensamientos, haciendo que se acomodase ella también prácticamente imitando la pose de Lara y tratando de prestar atención a los primeros acordes que sonaban a través de una guitarra y a la chica detrás del micrófono. Era un

recital acústico, con *covers* de rock nacional, y la voz de la cantante era ronca y bastante sensual como para mantenerte mirándola y escuchándola con atención, pero así y todo a ella no se le escapaban las miradas que Lucrecia le dedicaba a Lara desde la barra. La chica se la devoraba con la mirada y se preguntaba hasta qué punto Lara la habría dejado llegar. ¿La frenó como la frenó a ella o la dejó tocar un poco más? ¿Cuándo habrá sido la última vez que estuvieron juntas? ¿Habrá sido más de una vez? ¿Le gustaría más sentirla a ella o a Lucrecia? ¿Le gustaban más sus besos o los de ella? Mierda, esas preguntas comparativas no le estaban gustando nada, así que frenó todo de golpe y se acercó más a Lara, mucho más. Tanto, que cuando levantó su brazo izquierdo para apoyarlo pegado al de ella sobre el respaldo del sillón, sus pechos terminaron rozando la espalda de la castaña. La vio tensarse y le gustó. Ese era su momento y no pensaba desaprovecharlo.

Su mano estaba tan cerca del antebrazo de Lara que con solo levantar el dedo índice y acercarlo un par de centímetros podría acariciar su piel. Y entonces lo hizo. A su dedo índice le sumó el dedo medio, porque decidió que con uno solo no le bastaba. Comenzó una caricia lenta en un camino ascendente, apenas rozando con la yema de los dedos para después descender con sus uñas y volver a empezar. Podía ver y sentir cómo tenía la piel de su brazo completamente erizada, haciendo un efecto rebote y produciéndole lo mismo a ella con solo ver su reacción. A Lara se le erizaba la piel por sus caricias y a ella se le erizaba por verla así, un ida y vuelta alucinante, una electricidad bidireccional con efectos secundarios compartidos, un «te gusta y me gusta que te guste» convirtiéndolo todo en un bucle demasiado atrayente y adictivo. Sobre todo, eso: adictivo.

Y como toda adicción, siempre se necesita más; aprovechó la oscuridad del ambiente y de estar en un rincón del local para avanzar otro poco. Estaba refugiada por la pared que bordeaba el respaldo y que continuaba en forma de *l* por el lateral del sillón, por lo que siguió con esas caricias entre paredes cómplices, sin dejar de hacerlo lento y lamentándose un poco de que sus hombros estuviesen cubiertos de ropa, porque le hubiese encantado acariciarlos también. Y morderlos. Acercar los labios a su nuca y besarla despacio mientras corría su pelo hacia un costado para terminar sujetándolo en un puño. Llegar con sus besos hasta debajo de su oreja y lamer ese hueco tan sensible. Escucharla gemir. Dios, le encantaban los gemidos de Lara y toda esa alborotada imaginación que estaba teniendo la hizo respirar hondo y soltar el aire sobre su cuello, con la mirada fija en él. La frustración de no poder hacer todo lo que se estaba imaginando la llevó a bajar la mano hasta su omóplato y descender por su costado, arañándola despacio por el camino. Su cadera hizo de tope y como un imán se aferró a ella, clavándole los dedos en una señal clara de la más pura necesidad de querer estar a solas con ella. Desvestirla, quitarle la ropa con brusquedad, con ansias, con la paciencia en menos diez. Venía acumulando tantas ganas de avanzar con Lara que en ese momento le dolían físicamente. Y así como la paciencia la tenía por el piso, su temperatura corporal iba subiendo de dos en dos a medida que sentía el calor de la castaña y cómo se tensaba todavía más al sentir su respiración tan cerca.

A lo mejor fue el más puro instinto básico, el más carnal. O fue la oscuridad del lugar, las luces bajas, la intimidad de ese rincón con esas paredes de aliadas o la voz sensual de esa chica cantando *Me gusta*, de Ciro y Los Persas, con tan solo la compañía de su guitarra. O a lo mejor fue el suspiro que le escuchó a Lara cuando se pegó más a ella acercando los labios a su oído, respirándole más de cerca si se podía. No sabía por qué, pero necesitaba que supiera el poder que tenía sobre ella.

—Cada vez que te tengo así de cerca me desespero —le susurró, apretando el agarre a su cadera —. Me gustás tanto y me estoy muriendo de ganas de tocarte entera, Lara. —Hizo una pausa para dejar un beso húmedo debajo de su oreja y la sintió expulsar con fuerza el aire de sus pulmones.

Una abrasadora corriente le sacudió la columna vertebral y una presión en el bajo vientre la llevó

a juntar las piernas con fuerza, impulsada por el deseo contenido y por el calor que sus propias palabras le estaban generando. Se imaginó la lengua de Lara atrapando la minúscula gota de sudor que sentía resbalar entre sus propios pechos y ahogó un gemido ante la imagen, porque si cerraba fuerte los ojos hasta podía sentirla.

—El corazón me late más rápido, me transpiran las manos y la respiración se me acelera cuando te tengo pegada a mí. —Movió la mano un poco hacia su abdomen y clavó suavemente los dedos, aprisionando un poco de la tela de su ropa en el movimiento. Un segundo después la mano de Lara estaba sobre la de ella, presionándola más contra su cuerpo a la vez que se corría el pelo sobre uno de sus hombros, dejándole el camino a su cuello totalmente despejado.

Miró al frente y solo estaba de testigo la pared, así que sin dudarlo y arrastrada por el momento, pasó la punta de la lengua por debajo de su oreja hasta llegar al lóbulo y morderlo. Las uñas de Lara se clavaron en su antebrazo y a ella el gesto la volvió loca, podía sentir el corazón golpeando contra el pecho a lo bestia y sin pausas.

—Me muero porque me dejes tocarte —le susurró, después de gemir bajito contra su oído—. Si supieras lo poco que me importa cómo seas de cintura para abajo no tendrías tantas dudas. Sos más que eso, Lara, y si ahora mismo pudieras tocar entre mis piernas y sentir cómo estoy… —La escuchó murmurar un «Dios» con mucho sentimiento y soltar el aire lentamente de manera entrecortada—. Quiero que esta noche te toques pensando en mí. ¿Lo vas a hacer?

Quería que se tocara pensando en ella y no por narcisista, sino porque necesitaba que esa chica se quisiera un poco más. Que reconociera su cuerpo de manera natural, porque estaba segura de que sin ese segundo paso no iba a haber ninguno más. El primero ya lo había dado, ese día cuando le contó su historia, pero faltaban muchos más. Por supuesto que habría personas que la rechazarían, que la juzgarían o que simplemente no estarían interesadas en estar con ella. A lo mejor la clave estaba en cuánto permitir que eso le afectara, pero no era fácil y lo sabía, porque una persona no solo podía ser capaz de juzgar, rechazar y ser cruel. Una persona podía ser mucho más que eso: podía agredir, basurear, abusar y golpear; podía arruinarle la vida a una familia completa en tan solo unos minutos y años después caminar como si nada por la calle.

Y mientras veía a la castaña asentir en silencio a su pregunta, ella se acordaba de que ya conocía parte de su historia y le seguía gustando como ese primer día que chocaron en el gimnasio y sus ojos la impactaron. Le gustaba Lara y le gustaba mucho. La tenía atrapada con su sonrisa y con sus gestos nerviosos. Con su mirada tímida y con su forma de caminar. La atontaba cada vez un poco más cuando algo le hacía gracia y escuchaba su risa o cómo se ponía colorada cuando la sorprendía mirándola en el gimnasio. La admiraba por cuidar así de su abuela y por mantenerse de pie. Por juntar plata para arreglar la casa. Por hacer lo que podía, por no dejarse vencer.

Sí. Le gustaba Lara y le gustaba mucho. Su boca, su nariz y su forma de entreabrir los labios antes de besarla. La manera que tenía de apretar su nuca cuando quería intensificar el beso y el tacto de sus manos. La enloquecía la suavidad de su piel y cada centímetro nuevo que iba descubriendo le gustaba más que el anterior, y estaba segura de que era increíblemente perfecta incluso sin haberlo visto todo.

***

Estaba acostada boca arriba en su cama, con la música a todo volumen en sus auriculares y repitiendo una y otra vez el momento del bar. Si cerraba los ojos todavía podía sentir el calor del cuerpo de Julia a sus espaldas y los escalofríos que la recorrían entera cada vez que su cálido aliento

chocaba contra su oído y su voz… su maldita voz haciendo estragos dentro de su cabeza y desmenuzando toda cordura.

No se había esperado esa reacción, porque minutos antes de sentirla tan cerca la charla había terminado un poco tensa y ella bastante molesta. Porque sí, porque escucharla recriminarle su relación con Lucrecia le había anudado el estómago en medio segundo y una creciente bronca la había llevado a preguntarle por Mariano, con toda la mala leche del mundo y dispuesta a más, pero las luces del bar se habían apagado de golpe y después de sostenerle la mirada todo lo que pudo, decidió darle la espalda y buscar la calma en esos acordes de guitarra.

Estaba enojada, indignada y con unas cuántas frases anotadas en tinta indeleble dentro de su cabeza para que no se le borraran y poder decirlas cuando retomaran la conversación. Ese era el plan. Pero minutos después, descubrió que la tinta indeleble al parecer no era resistente a las altas temperaturas y la rubia le había fundido las neuronas al completo, haciendo que sus espectaculares frases se derritiesen por el camino.

Todavía no podía creer todo eso. Cómo había calculado cada uno de sus movimientos, ocultos bajo la oscuridad, camuflados entre las paredes y los recovecos del sillón. Volvió a sentir el mismo escalofrío que sintió con la primera caricia de sus dedos en la piel de su antebrazo, cómo le había quemado el camino recorrido y la intensidad del momento. La sensación de ser tocada por completo y sin embargo apenas le rozaba la piel. En sus oídos comenzó a sonar Fito Páez con su canción *Insoportable* y se le escapó una risa irónica y resentida a la vez. La sensualidad de los acordes le hizo revivir la desesperación que había sentido por tener que controlar las ganas de girarse y besarla sin cuidado, sujetándola fuerte de la nuca hasta desgastarle los labios. Recordó el tacto de sus dedos, sus uñas arañándole la piel, su puño aferrando la ropa a la altura de su abdomen y en su cabeza su voz, volviéndola loca mientras sentía su pecho moverse contra su espalda al compás de su respiración agitada.

«Me estoy muriendo de ganas de tocarte entera».

Y ella quería que la tocara entera, por favor, lo deseó tanto en ese momento y lo deseaba tanto ahora que sentía su piel afiebrada.

Volvió a cerrar los ojos y no importaba el orden en el que los recuerdos desfilasen por su mente, porque todos la ponían igual de caliente y su cuerpo entero le pedía a gritos alguna vía de escape.

Que se tocara pensando en ella.

Julia sabía que nunca lo había hecho y sin embargo se lo había pedido. ¿Por qué? No lo sabía y en ese momento no podía pensar en otra cosa más que en su lengua caliente sobre la piel sensible de su cuello y en cómo la había mordido. Gruñó bajito ante una nueva punzada en el bajo vientre y la ola de calor acumulada se estaba volviendo insostenible. Insoportable. Apretaba con fuerza las piernas moviéndose inquieta debajo de las sábanas y con los puños cerrados sobre su abdomen. Quería, pero no podía, lo necesitaba, pero no se animaba.

«…Y si ahora mismo pudieras tocar entre mis piernas y sentir cómo estoy…», esas palabras desatando nudos invisibles en su cabeza la reventaron por dentro, las sintió como latigazos en sus puños haciendo que los desarmara lentamente, mientras imaginaba que la tocaba y muriéndose un poco por sentir su humedad entre los dedos.

«Me muero porque me dejes tocarte», y el gemido de Julia antes de esa frase.

Bajó la mano derecha por sobre su pijama y la apoyó temblorosamente. Podía sentir toda la sangre concentrada en un solo lugar y una corriente eléctrica la recorrió entera al primer roce. Apenas, casi imperceptible, pero tan intenso como las caricias de Julia. Imaginó que era su mano que la estaba tocando y cubrió con la palma toda su intimidad, haciendo presión y sintiendo el calor que

emanaba. El eco de ese gemido seguía sonando dentro de su cabeza y por Dios, necesitaba sentirla, recorrerla, besarla entera. Con los dedos de la mano libre presionó su cadera, tal y como lo había hecho la rubia horas atrás y eso lo volvió todo un poco más real, llevándola a hacer presión con la palma de su mano y a moverse contra ella.

«Si supieras lo poco que me importa cómo seas de cintura para abajo», pero a ella le importaba y por eso había vuelto a cerrar la mano en un puño cuando quiso meterla debajo de su ropa interior. Volvía a agobiarse, a sentir esa sensación de rareza, de ambigüedad, de saberse mal y sentirse incorrecta y atrofiada. Pero una frase vino a su rescate y la voz de Julia le caló hasta los huesos: «Sos más que eso, Lara», y ella lo sabía, pero necesitaba que se lo dijeran. Era mucho más que la forma de sus genitales. Era una persona completa y sana. Ser intersexual no era algo malo, era simplemente una parte de ella que la hacía en su totalidad.

«Sos más que eso, Lara», se repitió, y volvió a llevar la mano a su entrepierna esta vez por encima de su ropa interior. Nunca se había tocado así, solo lo hacía cuando vestía pantalones gruesos y siempre por encima de la ropa, y el tener ahora solo una capa de tela de por medio le hacía sentir todo el doble de intenso y el doble de difícil también. «Me gustás tanto…», y el recuerdo de sus dedos bajando por el costado de su cuerpo. Escuchar su respiración agitada y la tirantez que eso le había producido en la boca del estómago, muy similar a la que sentía ahora mismo, sumado al cosquilleo en la punta de los dedos por la acuciante necesidad de tocarla la sobreestimulaban brutalmente y sin darse cuenta sucedió. Comenzó a tocarse con suaves movimientos, aferrada a las imágenes como a un salvavidas, tirando y abusando de ellas a cómo le diera la gana. Era solo ella, sus manos, la música y Julia metida a fuego en todo su cuerpo. Volvió a recordarla pegada a ella y a imaginarse que eran sus dedos los que ejercían esa presión, que la tocaban sin despegarse un milímetro de su espalda pudiendo sentir la forma de sus pechos y recibiendo sus gemidos directamente sobre su oído. Se tensó cuando sintió una corriente nacer desde dentro y el efecto residual en forma de cosquillas que subía por todo su estómago. Aumentó un poco el ritmo de los movimientos y sentir el orgasmo cada vez más cerca la estaba comenzando a desesperar y a llevarla a lugares en los que nunca había estado. Lugares de su cabeza inexplorados, porque darse placer con solo una capa de ropa de por medio para muchos podría significar una estupidez, pero para ella eran diez pasos hacia adelante.

«Cada vez que te tengo así de cerca me desespero», y ella se estaba desesperando cada vez más, porque seguía recordándola con cada movimiento de sus dedos y era el mejor incentivo de su vida. Tenía mucho calor, su entrepierna latía del más puro deseo y una bola de fuego comenzaba a formarse dentro. Volvió a arquear la espalda, a gemir y a susurrar el nombre de Julia sin dejar de tocarse. Cerró fuerte los ojos, entreabrió los labios y comenzó a jadear bajito al compás de sus movimientos, porque ya casi estaba, ya era tal el tirón en su bajo vientre que en cualquier momento se rompería. Fue consciente de todo lo que estaba sintiendo y mientras una ola de calor la invadía, otra completamente emotiva la empapaba por dentro. Mientras el nudo en el vientre se desataba a través de un intenso orgasmo, otro se creaba dentro de su garganta y humedecía sus ojos. Las últimas oleadas de placer morían en un estremecimiento final, mientras que unas lágrimas nacían y descendían por sus mejillas. Sin quererlo, sin buscarlo y sin planearlo. Había resultado así y estaba bien, por primera vez en su vida sentía que estaba bien.

Seguía rota, partida en mil pedazos y con la difícil tarea de juntar sus piezas y armar el rompecabezas más jodido de toda su vida. Pero ahí estaba, diez pasos adelante, con su cuerpo relajado y siendo arrastrada por los brazos de Morfeo.

# 12. Trueque

Miércoles.

Mitad de semana y mitad de ella, porque un 50 % de su mente estaba casi hiperventilando por la anticipación, mientras que el otro 50 % le susurraba «todo esto te queda grande, Julia», despacio y al oído.

Es que Lara la había invitado a almorzar a su casa agarrándose de una nueva molestia en el cuello, con la excusa de la necesidad de sus masajes y dando como parte de pago una comida casera. Si la castaña supiera lo que se moría por estar a solas con ella y lo innecesario que era buscar excusas, porque con solo levantar un dedo y hacerle señas de que se acercara la tenía en un segundo al lado y totalmente predispuesta.

Si se dejaba llevar por su 50 % irracional todo el plan le parecía de puta madre y se moría de ganas por estar con ella. Su lado más carnal a base de gemidos y orgasmos la empujaba por la espalda y de a poquito hacia la castaña, sin pensar en otra cosa más que en descubrirla por completo. Pero después el otro 50 % racional la tironeaba del brazo y la hacía retroceder, recordándole cosas que la hacían protestar internamente y ponerla de mal humor. Si fuese una criatura se pondría a patalear y a lloriquear de pura frustración.

—¡Ey! —El movimiento de la mano de Lucía frente a sus ojos la sacó de sus pensamientos y la trajo de nuevo a su oficina, sentada detrás del escritorio y reclinada en su cómodo sillón. Tenía desparramados un montón de documentos para firmar, pero su nerviosismo le impedía razonar cualquier frase y terminaba leyendo la misma oración durante cinco minutos sin poder concentrarse —. ¿Qué te pasa? ¿En qué pensás? —Quiso saber su amiga, sentada frente a ella y jugando con un lápiz entre los dedos.

—En mil cosas. —Intentó resumir, pero la mirada interrogante de Lucía la instaba a explayarse un poco más—. Media parte de mi cabeza se está imaginando lo que puede llegar a pasar hoy con Lara y te juro que me estoy muriendo de ganas, en serio.

—¿Pero…?

—Pero la otra mitad se pone en detallista y analiza todo lo que eso implica para ella. Su maldita primera vez en serio con alguien, Lucía. Uff, es que siento que todo esto me queda grande —dijo, casi lamentándose y enderezándose en el sillón.

—No entiendo. ¿Tenés miedo de que Lara se enamore o algo así?

—No, no es eso. —Resopló, en la desesperación de no poder explicarse—. Ya sé que soy idiota, pero tengo cuarenta años, Lu. Ella veintiséis. Posibilidades casi en cero de que tengamos futuro y no sé si seguir avanzando o darme media vuelta y chau.

—Sí, sos idiota —confirmó su amiga.

—Gracias.

—No, por favor, es un placer —le respondió con total seriedad—. Sigo sin entender, porque tampoco sabés qué quiere ella. A lo mejor solo quiere coger y listo, poder dar ese paso. No hay por qué romantizar todo, es más simple.

—No sé, Lu… El sábado en Nexo me preguntó por Mariano —se acordó y en consecuencia a Lucrecia y sus adorables hoyuelos.

—¿Y qué le dijiste? —Quiso saber Lucía.

—Nada, me salvó la campana y empezó justo el acústico. Le nombré antes a Lucrecia y a lo mejor de una manera un poquito resentida, y por eso me retrucó preguntando por él —reconoció, esquivando la mirada de su amiga.

Ante el inesperado silencio levantó la vista y se la encontró sonriendo abiertamente y con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Qué? —le preguntó, algo nerviosa y acomodándose en el sillón.

—Nada, nada. Solo me estaba preguntando si tu otra mitad detallista piensa en lo que implica todo esto para Lara o para vos.

—No te sigo —le dijo, más nerviosa que antes.

—Prestá atención y anotá. —Carraspeó y le tiró el lápiz que sostenía dándole de lleno en el pecho —. Primero, estás que te cagás de miedo de sentir cosas por ella, si es que ya no las sentís. Segundo, ¿Mariano? ¡Ja! Perdoname que me ría. Tercero, en este tiempo te vi tomarte más atenciones y molestias por Lara que por cualquier otra persona. Cuarto, se te cae la baba cuando la nombrás y ni hablar de las sonrisas bobas que te aparecen cuando se mensajean, ese sería el quinto punto. Sexto, te jode que pueda llegar a tener algo con Lucrecia y necesito parar con la lista porque no puedo con tanto —terminó casi sin aire y levantando las piernas para apoyar los pies sobre el escritorio.

Primero le salió emitir una sola carcajada repleta de ironía para después bufar a modo de protesta. Se le quedó mirando sin saber qué decir y ante la falta de palabras lo único que pudo hacer fue dejarse caer sobre el escritorio, apoyando la frente sobre sus antebrazos.

—¿De dónde sacaste de repente tantos puntos? —le preguntó desde su escondite.

—Soy muy observadora, lo sabés. Y el placer que estoy sintiendo en este momento al ver que no podés negar nada de lo que dije es impagable.

Y no, no podía negar ningún maldito punto.

—Es que en serio, le llevo catorce años.

—¿Y? Me aburrís —la interrumpió Lucía, bajando las piernas y sentándose recta en la silla—. ¿Desde cuándo todo gira en torno a la edad? —le preguntó, tamborileando con los dedos sobre la madera del escritorio.

—Nunca estuve con alguien al que le lleve tantos años…

—Siempre naturalizás todo Julia, desde tus dieciséis cuando le comiste la boca a Micaela. Siempre, excepto cuando te ponés así y alejás a la gente, en eso tu hermana tiene razón. ¿Cómo está Martina? —le preguntó de repente y ella levantó la cabeza mirándola confundida, aunque en el fondo agradecía el cambio de tema.

—Me habla poco y nada… —Se vio interrumpida por el sonido de un mensaje en el celular—. Es Lara. «Todo listo, te espero» —leyó en voz alta.

Volvió a echar de manera dramática la cabeza sobre los antebrazos y refunfuñó algo inentendible al oído humano.

—No busques problemas donde no los hay y dejá que todo fluya. Problemas son los que tengo yo… —dijo Lucía, haciendo una pausa y recostándose sobre el respaldo de la silla.

—¿Qué te pasa? —Quiso saber, preocupada.

—Me encontré dos canas en la cabeza Julia, pero eso no es lo peor… —Levantó la suya para buscarla con la mirada sin dejar de estar con medio cuerpo sobre el escritorio y se quedó a la espera de que le contara el problema real—. Me encontré otra en la casita.

Abrió la boca para decir algo, pero se quedó en el intento. A sus labios entreabiertos se le sumó fruncir el ceño y negar una sola vez con la cabeza. Un combo de gestos que representaba el más

puro desconcierto.

—¿Cómo? —Le tuvo que preguntar, porque tenía la sensación de no haber escuchado bien.

—Me encontré una cana allá abajo… —le aclaró.

Después de unos segundos del más profundo análisis pudo darse cuenta de lo que eso significaba.

—¿Esto es lo que creo que es? —le preguntó, mientras apretaba los labios para contener una carcajada. Realmente se la veía angustiada.

—Sí. ¿Te pasó? —Quiso saber, transmitiendo una seriedad impactante, como si estuvieran debatiendo sobre las inversiones hechas el último año.

—No sé, la ventaja de ser rubia —le dijo entre risas, porque de verdad que no podía creer las preocupaciones de Lucía. Ante la mirada atónita de su amiga, se levantó del sillón y buscó su bolso porque era hora de irse y no quería llegar tarde.

—Seguro tenés. Prefiero ser consciente de la realidad y no vivir en una mentira.

Carcajeó más fuerte mientras negaba con la cabeza. Pasó por al lado, puso una mano sobre su hombro y le dio un apretoncito, porque en el fondo quería que se sintiera acompañada y apoyada en el sentimiento.

—Seguro que te queda sexi —le susurró al oído y a cambio recibió un manotazo.

—¡Ojalá te acuerdes de mi cana cuando estés a punto de llegar al orgasmo y te quedes con las ganas de verle la cara a Dios! —La escuchó decir mientras abría la puerta de la oficina.

Se rio todavía más fuerte y saludó a Sofía de camino antes de cruzar la puerta principal, con restos de sonrisa en el rostro.

«En quince minutos llego», le respondió a Lara mientras ingresaba al ascensor, con los nervios sintiéndolos cosquillear en el estómago y el organismo totalmente revolucionado.

***

No sabía si era por el espacio reducido, por el clima primaveral o porque sentía su lengua justo en esa parte del cuello donde más le gustaba. No lo sabía con certeza, pero, por favor, que no parara, porque su sangre estaba por hervir y el calor de su cuerpo le decía que eso la estaba excitando demasiado. Los pequeños jadeos que retumbaban dentro del lugar más los dedos de Julia clavados en uno de sus glúteos, apretándolo con fuerza mientras la acercaba más contra ella sin dejar de besar su cuello, la estaban haciendo perder el control y deseando tenerla en una cama en vez de estar en los asientos delanteros de su auto, estacionado frente a su edificio. La despedida se había calentado bastante y lo que empezó con un suave y delicado beso terminó con ambas de costado en los asientos, quedando de frente y comiéndose con la mirada. Y con la boca, porque sus besos eran altamente adictivos y ella siempre quería más. La tenía casi encima suyo, podía sentir la forma de sus pechos presionados contra los de ella y cada vez que la tenía así el cuerpo de esa mujer le gustaba un poco más. Se estaban besando y tocando mucho, sentía los labios un poco inflamados y el ambiente se estaba cargando de un aire denso y de una desesperación por ir a más. Había acariciado sus pechos por encima de la ropa, sus brazos, su cintura y sus muslos. La rubia había besado su cuello, su mentón, el inicio de su pecho y sus manos habían viajado por sus caderas, su espalda y sus piernas. Ahora, bajo los efectos de un beso extremadamente húmedo e impaciente, sus uñas se estaban clavando en la espalda de Julia mientras que la otra mano volvía a sujetarla con fuerza por la nuca, intensificando más el beso si eso era posible y gimiendo al sentir sus dientes mordiéndole el labio inferior. Ese sonido produjo un efecto instantáneo en Julia quien clavó los ojos en su boca

entreabierta, mientras enredaba los dedos en su pelo y se los apretaba en un puño. Pensó que con ese gesto el beso seguiría, pero en cambio apoyó su frente sobre la de ella y cerró los ojos.

«Me vas a matar, Lara. Mejor paremos acá, porque me está costando mucho controlarme», le había casi suplicado. Por un instante la idea de invitarla a subir y dejar los miedos atrás la había invadido, pero su instinto de protección y de evitar situaciones incómodas terminaron siendo más fuertes y la imagen de una Julia acalorada, despeinada y con su ropa desacomodada había sido algo muy difícil de dejar atrás.

—¡Ey! —El movimiento de la mano de Isabella delante de sus ojos la arrancó de esos recuerdos, trayéndola al presente y haciéndola removerse incómoda en el sillón de su casa, ante el cosquilleo que había sentido en el estómago al revivir ese acalorado momento dentro del auto.

Habían pasado diez días desde la noche en Nexo y su autocontrol se debilitaba con cada nuevo beso de Julia. Antes de esa prolongada despedida frente a su edificio habían tenido otro encuentro en los vestuarios del gimnasio, que había terminado con Julia atrapada entre la pared y su cuerpo, metiéndose mano y comiéndose la boca durante varios minutos hasta que la rubia había parado todo y ella, a base de manotazos imaginarios en busca de alguna razón lógica para no dejarse llevar, se había separado lentamente de su cuerpo al no tener la certeza de poder avanzar. Pero ese día dentro del auto sintió la resistencia al mínimo y el deseo al tope. Quedarse a mitad de camino era una tortura, le terminaba doliendo casi físicamente y sospechaba que a Julia le pasaba lo mismo. Era evidente las ganas que tenía de tocarla y cómo terminaba desviando sus caricias cuando recuperaba el control que por momentos perdía, respetando sus límites y frenando todo de manera pausada, a base de frentes unidas, pulgares en su mejilla y miradas cargadas de pura empatía. Porque Julia la esperaba, la escuchaba, la acompañaba y le daba los mejores abrazos del mundo. No se había ido corriendo, no la había mirado raro y seguía ahí porque quería, porque todavía teniendo la posibilidad de irse, Julia elegía quedarse.

—Estoy muy nerviosa, Isabella —le confesó, tirando el celular sobre la mesa baja y recostándose en el sillón con el rostro escondido detrás de las manos.

—¡Tranquila, mujer! Estás dando por hecho que algo va a pasar y puede que solamente tengan un almuerzo en paz. Julia no se cansa de demostrarte que no van a avanzar sin que estés segura.

—Es que últimamente me encuentro queriendo que Julia deje de controlarse, Isa. Y creo que por eso estoy tan nerviosa ahora.

—Yo no puedo estar más contenta por escucharte decir esto, en serio. Me siento como una mamá emocionada por saber que su hija va a perder la virginidad con la persona que quiere —le dijo la muy idiota, llevándose las manos al pecho y fingiendo estar emocionada, aunque sospechaba que esa emoción era mitad fingida y mitad real.

—¡Tch! —Chasqueó con la lengua y golpeó con su puño el hombro de Isabella—. Me vas a poner más nerviosa —le recriminó, intentando ocultar una sonrisa, porque en el fondo las bromas de su amiga siempre le quitaban drama al asunto y la relajaban un poco.

—¿Volvió a salir el tema Lucrecia, Mariano…?

—No. Pero más de una vez me dijo que no entendía mis ganas de querer complicarme la vida con una cuarentona, con un hijo y sin tiempo para nada —le contaba a Isabella, mientras era consciente de cuántas cosas desconocía sobre Julia y a la vez lo cerca que se sentía de ella y lo importante que se había vuelto en su vida.

—Nunca te pregunté sobre la diferencia de edad y si…

—Ni siquiera lo pienso, Isa. —No la dejó seguir, porque era una de las pocas cosas que tenía en claro—. Ni una sola vez me paré a pensar en eso ni en su hijo, al contrario, son cosas que la vuelven

más atractiva para mí —reconoció con una leve sonrisa cuando de golpe sintió la mano de Isabella acariciar su barbilla.

—Las babas —bromeó.

Se rio con ganas mientras agarraba la mano de su amiga y la corría lejos de ella.

—Las babas, sí —dijo, con media sonrisa en su cara—. En serio que me tiene… —Se vio interrumpida por el sonido de un mensaje en el celular—. Es Julia, que en quince minutos llega —le informó, con la boca en forma de *o* y los ojos abiertos de par en par, mirándola fijo, a la espera de que Isabella le diera la fórmula secreta para tranquilizarla.

—Yo solo te digo una cosa —comenzó a decir su amiga y ella la miró expectante, ilusionándose ante la posibilidad de que le hubiese leído la mente y estuviese a punto de apiadarse, pasándole la fórmula escrita en un diminuto papel y exigiendo a cambio que no la compartiese con nadie—, esa mujer lleva, ¿cuánto? ¿Quince? ¿Veinte años ejerciendo la bisexualidad? —preguntó, haciendo cuentas mentalmente—. Ufff, Lara, no sé si envidiarte o preocuparme, porque te van a dar vuelta como a una media.

Abrió más su boca ante el comentario y encima le estaba dando palmaditas en su espalda a modo de apoyo.

—Recordame por qué sos mi amiga —le pidió, todavía sentada en el sillón mientras Isabella se levantaba, agarraba sus cosas y se encaminaba hacia la puerta.

—Te morirías sin mí —le dijo después de abrir, dándose media vuelta y lanzando un beso al aire —. Te quiero. Disfrutá del almuerzo y todo lo que traiga el día. —Le guiñó un ojo y sin más, desapareció.

Ese «te quiero» no solo le había sacado una sonrisa sincera, sino que le había hecho caer en la cuenta de que jamás había negado las palabras de Isabella. «Me siento como una mamá emocionada por saber que su hija va a perder la virginidad con la persona que quiere», y dejando el chiste de lado, no había podido negar la última parte de la frase. Mierda… Es que sí, la quería, estaba segura y quería quererla mucho más.

Se refregó la cara con las manos y salió disparada hacia el baño. Volvió a chequear frente al espejo su rostro, comprobando por vigésima vez no tener ningún vello y se acomodó el pelo, dejándolo caer por ambos lados de sus hombros. Volvió a acomodarse la remera, un poco más ajustada de lo que solía usar, de color verde con escote en *v*, y salió a los tiros hacia su habitación para mirarse frente al espejo de cuerpo entero. Se acomodó los *jeans* y giró de medio lado para comprobar si le hacía buen culo. Le dio el visto bueno a la imagen y volvió a ponerse de frente, suspirando profundamente mientras se miraba a los ojos. Era solo ella, arreglada para un almuerzo con la persona que le estaba poniendo el mundo patas arriba sin siquiera proponérselo, llevándola a querer traspasar sus propios límites por tan solo el deseo que sentía por ella, y unida a su persona por miles de hilos invisibles de confianza y atracción en todo sentido, porque ya no se trataba solo de algo físico. Le gustaba su cara, su cuerpo, sus ojos y sus labios. Pero también su forma de hablarle, de escucharla, de preocuparse por ella y por Irene. Que fuese arquitecta y artista, que le gustase bailar tango, boxear y compartir un café juntas. Que sonriera cuando la sorprendía con un beso y la forma que tenía de recorrerle el rostro con la punta de los dedos. Le gustaba y le gustaba entera. Con sus cuarenta años y con su hijo.

El sonido del portero la sobresaltó y su corazón decidió acompañarla en el sentimiento, acelerando su ritmo y bombeando sangre a lo loco. Era increíble como ese músculo podía pasar de cero a cien en milésimas de segundos y sin poder controlarlo. Igual lo intentó, respiró profundo un

par de veces tratando de enviarle señales de calma, pero no hubo caso, así que decidió dejarlo en paz y darle luz verde a todo lo que tuviese que pasar.

No perdió el tiempo y bajó por las escaleras casi a los saltos sin siquiera responder al portero, abriendo la puerta de entrada y dándole paso a Julia y a todo lo que su llegada trajese con ella. Le alcanzó con recorrerla con la mirada una sola vez para sentir su autocontrol empezando a bajar unas décimas. Llevaba puesta una blusa blanca sin mangas, de escote negro en *v* con cierre incorporado y abierto casi hasta el final, dejando ver el inicio de su escote. Un pantalón de vestir negro, ajustado perfectamente desde sus caderas hasta por encima de los tobillos, y zapatos a tono. Algo caliente rebasó en su pecho cuando se encontró con su azul clavado en ella y fue como escuchar el sonido de la primera quebradura a su instinto de protección cuando los labios de Julia se posaron sobre los suyos, en un inocente beso acompañado por la cálida palma de su mano sobre la mejilla.

—Lara… —La sintió murmurar a su espalda ni bien entraron al departamento, buscando refugio detrás de ella ante los ojos interrogantes de Antoni, sentado en sus patas traseras en medio del *living*.

—Es un gato super dócil, Juli. De verdad, no es agresivo y seguro se va a acercar para con… —No terminó de decir eso que Antoni se estaba acercando a paso lento, haciendo que la rubia le apretase fuerte el brazo con una de sus manos y sin salir de su refugio detrás de ella.

A medio metro de su posición, Antoni frenó cualquier avance y estiró toda su columna vertebral, con bostezo incluido y sentándose de nuevo para analizar tranquilo la situación, con la mirada fija en Julia. A esa bola de pelos le gustaba hacerse el interesante y meter un poco de suspenso delante de extraños, era su rutina y el poder que le daba ser el rey de la casa.

El puto amo.

—Lara, podrías encerrarlo mientras…

De nuevo Antoni interrumpiendo, como si la hubiese entendido y actuando en consecuencia. Recortó el espacio que quedaba entre ellos mientras sentía los dedos de Julia clavarse en su brazo y ella no sabía si reírse o comérsela a besos. O a lo mejor podía comérsela a besos entre risas y esa combinación le parecía mejor.

Antoni pasó por su lado y pudo verlo olfatear el zapato de la rubia, después su tobillo y acto seguido emitió un corto maullido.

—Lara…

—Me vas a gastar el nombre —le dijo entre risas.

Iba a pedirle que se tranquilizara, por favor, que era solo un gato vago, poco ágil y haciéndose el malo para imponer respeto. Pero no hizo falta, porque de repente Antoni refregó su mejilla sobre la pierna de Julia y después todo el costado de su cuerpo, con su cola parada vibrando levemente y emitiendo otro suave maullido. Su gato había caído enamorado de esa rubia, sin dudas, y no lo culpaba.

—¿Es su ritual antes de morderme la pierna? ¿Qué está haciendo? —le preguntó, sin dejar de mirarlo.

—Te está marcando.

—¿Cómo que me está marcando? ¿Para qué? ¿Para que después sus amigos me puedan identificar en la calle y me ataquen en manada? —le preguntó una insegura Julia y ella no pudo evitar romper a reír.

—Sí, claro. Son una banda organizada. —Sintió la palma de Julia golpear su hombro mientras veía cómo Antoni ahora se le refregaba contra sus propias piernas.

—Te está marcando a vos también. Vamos a morir —le dijo la rubia y fue su turno ahora de girarse para golpearle el hombro, tomar su rostro entre las manos y darle un corto beso en los labios.

—Está dejando sus feromonas en tu ropa y eso es señal de aceptación, así que tranquila. Amor a primera vista, espero que no le rompas el corazón —bromeó, con su rostro todavía entre las manos.

Unió sus labios de nuevo por un par de segundos y la sintió sonreír levemente ante el gesto. Cuando iba a separarse, Julia se aferró a su cintura y entreabrió la boca para profundizar un poco. Fueron apenas unos segundos, pero que le bastaron para sentir ese sabor particular que tenían sus besos, algo acaramelado y fresco que los volvían adictivos.

Después de unos minutos, con un Antoni olvidándose de ellas por completo y sentado en el sillón del *living*, se dispusieron a almorzar. Había hecho su mejor receta: una entrada de pan tostado con salsa griega adornada con *ciboulette* y, como plato principal, un *risotto* a la crema de hongos y queso. La entrada había sido un éxito, Julia quedó encantada con esa salsa griega y ahora estaba sirviendo el arroz.

—Huele riquísimo —expresó la rubia, tomando un poco con el tenedor para llevárselo a la boca y ella la miró expectante en espera del veredicto—. Mmmm, Dios mío, Lara. Esto está tremendo, ¿todo lo hacés así de bien? —Levantó su ceja izquierda y en su rostro se dibujó una sonrisa pícara. Y si bien solían usar esos juegos de palabras con doble sentido, nunca se terminaba de acostumbrar y cada vez que le ponía esa cara toda la vergüenza le caía de a baldazos encima.

—Vas a tener que averiguarlo. —Se animó a decir peleando contra su timidez, sonriendo de lado mientras cargaba el tenedor con un poco de arroz y sin dejar de mirarla a los ojos. Esa respuesta le salió con una seguridad fingida, porque en el fondo de su cabeza resonaba un «seguro que no tan bien como vos», cuando recordó sus veinte años ejerciendo la bisexualidad. Gracias Isabella.

Julia imitó su sonrisa antes de tomar un sorbo de vino, clavándole la mirada por encima de la copa. Le sostuvo el duelo como una campeona, hasta que la rubia volvió a dejar la copa frente a su plato y bajó la vista a su *risotto*, con intención de seguir almorzando. Agradeció internamente la pausa porque tanta tensión la iba a matar.

Los minutos siguientes habían pasado a base de charlas entre diferentes temas e inmersas en un clima totalmente relajado. Pudo conocer más detalles sobre la vida de Julia y ella se abrió a contarle un poco más sobre su historia. La arquitecta había tomado su mano por encima de la mesa y en ese momento sentía la caricia del pulgar sobre el dorso.

—De verdad, de verdad, de verdad… Gracias por el almuerzo. Todo estuvo increíblemente rico —le dijo, dedicándole una amplia sonrisa que rebotaba hasta en el azul de sus ojos.

—¿Postre? —La miró mientras levantaba su mano y le dejaba un suave beso.

—Nunca le digo que no a un postre —aseguró, manteniendo la sonrisa.

Pasado el momento, estaban sentadas de lado en el sillón y mirándose de frente, con un compilado de canciones de Soda Stereo sonando de fondo.

—¿Más vino?

—No, gracias —le respondió Julia, acercándose un poco más a ella para después estirar su brazo y con la mano acomodarle un mechón de pelo detrás de la oreja. Sintió unos nervios naturales pero repentinos ante su cercanía y su intensa mirada.

—¿Tenés que volver a la oficina? —le preguntó, mientras tomaba un sorbo de vino.

La vio negar con la cabeza y bajar la mirada a sus labios.

—¿Querés que me vaya? —Quiso saber. Y como si fuese un espejo imitó ese par de acciones de Julia, negando con la cabeza y observando su boca por un par de segundos.

Y no supo si fue la sincronía del momento, la forma en que se humedeció los labios o la manera en que el escote de su blusa la estaba provocando.

De un solo trago terminó el contenido de su copa y la dejó sobre la mesa. Los segundos que le

llevó fueron suficientes para acelerar sus pulsaciones y pudo notar cómo le temblaba el cuerpo en consecuencia. Su organismo entero tenía en claro lo que estaba por pasar y se lo estaba haciendo saber de manera directa y sin intermediarios. Un claro mensaje de «estás a un paso de que alguien te toque por primera vez, Lara», y si lo pensaba en detalle las ganas de salir corriendo y encerrarse en el baño la sobrepasaba, gritando un «¡ya sé, mierda, ya sé!» por el camino.

Entonces buscó en su mirada un punto de salvación y cuando lo encontró, un suspiro de los profundos le salió por sí solo y una sensación de confianza la invadió, ralentizando el ritmo de su corazón a los niveles más bajos, para volver a descontrolarse al acercarse mucho más a Julia, quien seguía con la mirada cada uno de sus movimientos.

Clavó los ojos en su boca entreabierta y la imagen la impulsó a llevar la mano izquierda hasta su nuca y de un suave tirón atraerla hacia ella. Atrapó su labio inferior entre los suyos durante unos segundos, sin moverlos, y cuando se separó apenas unos centímetros para abrir los ojos, pudo alcanzar a ver cómo la boca de Julia volvía a buscar ansiosa su contacto de nuevo, dándole paso a profundizar el beso. Ajustó el agarre acercándose un poco más a su cuerpo y la nueva posición hizo que Julia pasara uno de los brazos por su cintura y la pegara más a ella, mientras que con la otra mano acariciaba uno de sus muslos.

No supo cuánto tiempo llevaban besándose, pero el nivel de intensidad no bajaba ni un poco, sintiéndose firmemente invadida por la lengua de Julia en un juego de caricias con la suya, entrando y saliendo de su boca con cada embestida. Insistente, imperativa, demandante. Sus labios succionaban los suyos, sus dientes la mordían, su boca la abrasaba entera, la incendiaba por dentro y la incitaba a fundirse en un momento único, porque nunca nadie le había provocado tanto con un beso.

Arrastrada por un calor infernal, se subió a horcajadas encima de la rubia y se quitó de un solo movimiento la remera. Ese giro en los acontecimientos sorprendió a Julia que la miraba casi atónita y respirando ligeramente por la boca, y aprovechó sus labios entreabiertos para volver a besarla porque por Dios que no podía parar de hacerlo. El agarre a su nuca era firme y todo se estaba volviendo más impaciente, más acelerado y mucho más húmedo.

Un sueño. Era un maldito sueño a punto de hacerse realidad y el corazón le retumbaba en la garganta cuando cortó el beso para poder quitarle la blusa. La visión de sus pechos enmarcados por un sostén con algo de encaje, en color verde petróleo, que subía y bajaba al ritmo de su respiración, la llevó a suspirar por lo bajo mientras empezaba a respirar por la boca porque de otra forma le resultaba imposible, el aire no le llegaba a los pulmones, y llevó la mano derecha al cuello de Julia para delinear con el pulgar la barbilla y el contorno de su mandíbula. Con la punta de los dedos rozó uno de sus hombros enganchando la tira del sostén por el camino, acariciando su clavícula y terminando entre medio de sus pechos. Toda la piel de Julia estaba erizada y esa imagen tan sensual era sublime, alucinante.

Sin dejar de observar sus propios movimientos los acarició con la palma de las manos, suave, despacio y provocando un jadeo en la rubia, quien la agarró de la nuca y buscó sus labios casi desesperadamente y profundizando desde el comienzo. Le respondió de igual forma sin dejar de acariciarla y por instinto comenzó a mover sus caderas contra el abdomen de Julia, creando una suave fricción en su entrepierna. La situación se estaba descontrolando, hacía demasiado calor y ella solo podía pensar en arrancarle la ropa. La rubia abandonó sus labios y comenzó a dejarle besos húmedos en el cuello y en el hombro. Sintió su aliento caliente cuando le mordió el lóbulo de la oreja acompañando el gesto con un ronco gemido, y aquel sonido tan erótico la hizo sacudirse levemente ante el escalofrío, tomándole el rostro entre las manos para mirarla, fijo y a los ojos. La tenía ahí, agitada por el deseo y dispuesta a darle lo que quisiera tomar.

Y ella iba a tomarlo todo.

Se levantó de manera abrupta y agarró la mano de Julia, tirando de ella y obligándola a levantarse. La fue guiando entre besos hacia la habitación y una vez dentro y sin dejar de besarla, la empujó suavemente sobre la cama hasta recostarla con su cabeza sobre la almohada.

Arrodillada entre medio de sus piernas y sin perder el tiempo, desprendió el botón de su pantalón y muy lentamente bajó el cierre, con su atención enfocada en cada centímetro de piel que descubría. Comenzó a bajar la prenda despacio, con calma y completamente embelesada por esas piernas que iban apareciendo en el camino, haciéndole estremecer toda la piel de solo imaginarse cómo sería besarla entera. Se lamió los labios por la anticipación y subió con la palma de las manos por el costado de sus muslos hasta llegar a su cintura; inventó un camino de dientes y labios que tuvo como primera parada el hueso de su cadera, impulsándola a recorrer con la punta de la lengua una línea caliente hasta debajo de su ombligo.

Se sentó a horcajadas sobre su pubis y llevó las manos a la espalda de Julia para desabrocharle el sostén. La rubia se incorporó mientras se quitaba la prenda y llevó las manos a sus caderas, subiendo por su columna vertebral y pasando los dedos por debajo del broche del suyo, acariciándola con sus uñas en un claro pedido de igualdad de condiciones. Necesitó mirarla a los ojos mientras ella misma se desnudaba, porque eso era su ancla a la realidad y su seguridad, su cable a tierra. Perdió la conexión con su azul preferido cuando la vio bajar la mirada a su torso desnudo, a la vez que sus dedos iniciaban un viaje desde su baja espalda hasta llegar a sus pechos y rozarlos con la palma de las manos abiertas.

—Sos hermosa —le dijo antes de empezar a besarle el cuello en una línea directa hacia su esternón.

Un trayecto de fuego rasgado con sus labios le dejaba la piel hirviendo y unas intensas cosquillas en su interior la invadieron cuando sintió su lengua caliente lamerle el pezón, dibujando círculos a su alrededor hasta endurecerlo. No pudo evitar gemir y enredar los dedos en su pelo rubio, acercándola más para que no parase, mientras mecía sus caderas contra su abdomen. Julia suspiró ante su impaciencia y succionó el pezón mientras seguía estimulándolo con la lengua dentro de su boca, para después de unos segundos cambiar sus atenciones al otro. Lo lamía con la punta de la lengua, lo besaba, lo mordía, lo acariciaba y a ella la excitación le aumentaba a lo bestia y la hacía moverse contra ella buscando más.

Julia no avanzaba un solo paso sin antes buscar en su mirada indicios de dudas, de miedos, de alguna señal de «pará porque no puedo». Pero ella no quería parar y buscaba sus ojos ante cualquier sensación incómoda y cuando los encontraba, la sobrepasaban las ganas de dejarle hacer lo que quisiese con ella. Llevó las manos a sus hombros y se ayudó con el peso de su cuerpo y de sus ganas de saborearla entera, para empujar a Julia y recostarla sobre el colchón. Fue su turno de lamer, besar y morder. La sentía retorcerse debajo de su cuerpo y gemir ante sus caricias. Por Dios, sus pechos la volvían loca y tuvo que apretar ambos a la vez mientras pasaba la lengua por entre medio, gimiendo ronco y conteniendo las ganas de hacerlo todo más fuerte.

—Te quiero adentro, Lara —le dijo entre gemidos y tomándole el rostro entre las manos.

Sintió una electricidad similar a un calambre en la boca del estómago que la dejó paralizada, en medio de un estado de ensoñación y perdida en el más profundo deseo de complacerla. Julia llevó las manos a su propia ropa interior para bajarla y aquel movimiento la sacudió de vuelta a la realidad, como si alguien hubiese chasqueado los dedos delante de su cara para que reaccionara.

Salió de encima de su cuerpo y se paró a los pies de la cama, enganchando los dedos al elástico de la prenda y tironeando impaciente. La visión de una Julia totalmente desnuda y respirando de esa

forma acelerada la llevó a calentarse ella también, sus manos tomaron vida propia y sin darse cuenta estaba desabrochando su propio pantalón, manteniendo la conexión con su mirada hasta que la ropa cayó derrotada al piso, junto con un par de miedos muertos también.

Subió de rodillas al colchón y se ubicó entre las piernas de la arquitecta para buscar y encontrar los labios de Julia en un beso cargado de anticipación. Decenas y decenas de dudas y preguntas se animaron a revivir e interrumpir el momento y fue por eso que, sin dejar de besarla y buscando volver a anestesiar sus demonios, su mano libre descendió sin preámbulos hasta la entrepierna de Julia y cuando sintió su humedad entre los dedos creyó morirse ahí mismo, porque esa mujer estaba muy mojada y estaba así por ella. Solo por ella.

Gimieron ambas a la vez cuando comenzó a acariciarla despacio, recorriendo con la punta de los dedos cada rincón y arrastrando su humedad con cada caricia, sintiendo su textura, su calor, mientras la rubia se retorcía, subía las caderas y las manos la sujetaban fuerte por la nuca.

Sin hacerle desearlo más la penetró con un dedo y comenzó a moverlo en su interior, adentro y afuera, en vaivenes lentos y profundos—. Otro más —le pidió, y esa mujer la iba a matar, en serio. Le encantaba y la encendía de mil maneras distintas que fuese tan demandante, tan directa y expresiva.

Su respiración agitada, sus sonidos, sus pechos moviéndose al ritmo de las embestidas cada vez más fuertes y su puta cara de placer la iban a llevar al orgasmo sin siquiera pretenderlo, porque cada vez que sus dedos entraban y salían, empapados de ella y resbalando tan bien, era un latigazo más de placer impactando de cintura para abajo.

—¿Te gusta así? —Necesitó preguntarle.

—Me encanta, Lara. Me encanta cómo me cogés.

Un gruñido gutural salió de su garganta por el impacto de esas palabras que la llevaron a tensionar la mandíbula y acelerar el ritmo de los movimientos, volviéndolos mucho más bruscos y profundos.

—No tenés idea… de las veces que me imaginé… tenerte así —confesó de manera entrecortada por el esfuerzo—. ¿Sos mía, Julia? —le preguntó en medio de su agitada respiración, con sus dedos dentro de ella, empujando bien profundo y arqueándolos en su interior—. ¿Solo mía? —insistió, sacándolos despacio y embistiéndola más fuerte y profundo, provocando un jadeo en la rubia y que el agarre a su pelo se hiciera más tirante. Necesitaba saberlo, si era suya, solo suya, pero no en un sentido de posesión, de pertenencia. Necesitaba saber si era suya en un sentido de unión, de conexión, de estar ahí con ella y solo con ella.

—Solo tuya —le susurró contra los labios y el corazón le pausó la vida por un segundo.

Con los dedos mojados y después de un par de fuertes embestidas más, los sacó despacio y se puso de rodillas entre sus piernas para acercar la boca y lamerla entera, de abajo hacia arriba, tan solo una vez, pero quedándose profundamente enamorada al instante de su sabor. Un intenso gemido escapó de los labios de Julia a la vez que subía las caderas buscando el contacto de nuevo y no tenía intenciones de hacerse rogar, así que besó y lamió cada rincón de su intimidad. Rápido, lento, en círculos y directo. Cuando sintió los dedos de Julia enredarse en su pelo presionándola contra ella y moviendo las caderas casi sin control, no pudo evitar gruñir y hacerlo todo más intenso porque sí, porque ya no podía contenerse más. Volvió a penetrarla sin dejar de estimularla con la lengua, una y otra vez. Más rápido, más fuerte, más profundo. Los jadeos se volvieron constantes y un minuto después la sintió tensarse y llegar al orgasmo, con un largo y ronco gemido que la hizo gemir también sin despegar los labios de su entrepierna, volviéndose adicta a la sensación de sentirla así en su boca.

Cuando la vio relajarse empezó a dejar besos en su abdomen y en sus caderas, recorriendo esa

piel que quería suya, saboreando la sal que la fina capa de sudor le dejaba en los labios. Las manos de Julia la tomaron del rostro y la obligaron a subir, encontrándose a mitad de camino en un beso que lo decía todo. Porque no solo iba a ser nuevo que alguien la tocase, sino que ese preciso momento también lo era. Estar tranquila y sin pensar en excusas, porque no le servían y porque simplemente sabía que esa mujer sería la primera en muchas cosas de su vida. Dejarse besar y escuchar su respiración irregular, sin preocuparse por lo que pasaría a continuación y por lo que casi estaba comenzando a pasar, porque de repente las piernas de Julia le rodearon la cintura y, de una manera tan sutil como contundente, empujó apenas con los talones a la altura de su baja espalda hasta hacer que sus intimidades se juntaran. Julia subió las caderas tentándola, provocándola, mostrándole un camino, una opción, algo por donde empezar. Su azul era más oscuro y su mirada la buscaba como intentando leerla por dentro, saber si estaba bien. Buscando un verde distinto que le diera una señal para avanzar, pero esa mujer no tenía que buscar nada más, porque esa mujer era Julia, y con ella lo quería todo.

Dejándose vencer por la convicción de su mirada empezó a mover apenas las caderas, haciendo que el punto de contacto que las unía se sintiese un poco más. La entrepierna de la rubia seguía caliente y mojada, y a pesar de tener todavía la ropa interior la nueva sensación le vibró hasta en los huesos.

Mentiría si dijese que por su cabeza, en ese mismo instante, no estaban pasando los mismos pensamientos de siempre. Mentiría descaradamente si dijese que, mientras se movía encima de Julia, la opción de llegar al orgasmo de esa forma y con su ropa interior todavía puesta no la tenía como primera opción. Y mentiría todavía más si dijese que imaginarse el momento en el que Julia la viese completamente desnuda no la volvía loca de una manera para nada placentera.

Pero también mentiría si dijese que con ella no se sentía diferente, confundida en el mejor sentido de la palabra. Que sus ojos no eran el ancla que la sostenían a una realidad distinta, evitando ser arrastrada por el tsunami de miedos e inseguridades que vivía en su interior. Mentiría también si dijese que no le importaba si se acostaba con otro, si regalaba sus besos a otra boca, si le gemía de esa forma a alguien más.

Dios santo, mentiría como nunca si dijese que no la invadían unos celos punzantes al imaginar que sus uñas se clavasen en otra espalda que no fuese en la de ella, como lo estaba haciendo en ese mismo instante.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Julia la empujó por los hombros hasta que su espalda quedó pegada al colchón. De repente se sintió sumamente expuesta y unos nervios repentinos le zamarrearon el alma, pero Julia no dejaba de mirarla y en ningún momento desvió los ojos de los suyos, mientras comenzaba a acariciarla por encima de su ombligo. Suave y lento. Apenas la tocaba y sus caricias fueron subiendo hasta llegar a su rostro y delinear con un dedo su nariz, el contorno de sus labios, su barbilla y seguir por su mandíbula para terminar con la mano detrás de la nuca, acercándola hasta sus labios para besarlos. El beso era dulce, tierno y pausado. Sus lenguas no tardaron en encontrarse, pero esta vez de una manera distinta, siendo cómplices de algo nuevo. Algo que la rompía por dentro y la rearmaba a la vez.

La mano de Julia bajó por su cuello hasta uno de sus pechos y lo acarició con delicadeza y hasta con cierto temor. Llevó su propia mano encima de la de Julia y la instó a tocarla más, provocando un suspiro en la rubia y haciendo que su boca aumentara en un par de niveles la intensidad del beso, sintiendo cómo masajeaba su pecho y su pezón se endurecía ante el tacto. Capas y capas de placer que caían enteras sobre su cuerpo y la envolvían en una bruma de confusión, plantada entre la

necesidad de avanzar y el miedo a retroceder en consecuencia, meciéndose en la incómoda sensación de exponerse un poco más.

Sintió la lengua de Julia recorrerla desde la base del cuello hasta el lóbulo de su oreja, atrapándolo entre los dientes y comenzando a respirar diferente. Sus sentimientos estaban divididos entre pedirle que la tocase ya mismo o pedirle un tiempo muerto, una pausa, un «probemos en otro momento». Su cuerpo se tensó automáticamente cuando la mano de Julia descendió hasta el borde de su ropa interior y la tensión se debió de haber sentido en todo el ambiente, porque la rubia desvió la caricia hasta uno de sus muslos dejando la mano quieta en el lugar.

No sabía para qué lado de la balanza inclinarse, tener el cuerpo rígido y en alerta no ayudaba, hasta que el siguiente movimiento de Julia la descolocó por completo y una tercera opción aparecía, intrusa a su realidad.

La rubia le agarró una de las manos y sin soltarla la llevó hasta el ombligo. Mientras le recorría con besos la mandíbula y la comisura de los labios, fue guiando lentamente la mano hacia su propia entrepierna hasta introducirla por debajo de la ropa interior. Despacio, a cámara lenta, como dándole el tiempo a negarse si así lo quería. El corazón se le iba a salir volando, estaba segura, porque podía sentirlo agarrado a las costillas intentando escapar de su pecho. Esa opción nunca había sido una escena de los miles que su cabeza había imaginado y a lo mejor fue por eso, por la novedad y la incertidumbre de no saber el desenlace, por no tener un final preestablecido en donde todo salía mal, en donde la miraban raro y se sentía incorrecta. O a lo mejor fue porque sencillamente era ella, Julia, quien lo estaba haciendo. No lo supo con exactitud, pero de repente su propia mano estaba en esa zona prohibida mientras sentía el calor de la palma de Julia sobre su dorso, que no hizo nada, no la instó a tocarse, ni presionó sus dedos ni movió los suyos.

No hizo nada, pero a la vez lo hizo todo.

—Te juro que me estoy muriendo de ganas por tocarte… —Suspiró profundo—. Pero quiero que lo hagamos juntas —le susurró al oído, mientras se pegaba más a ella y dejaba besos por su cuello, su mejilla y su mentón—. Que puedas tocarte de la forma en que te gusta… Sin culpas… —le dijo justo antes de delinear su labio inferior con la lengua, provocándola a empezar un beso que daría paso a mucho más—. Sin miedos…

Con su mente en otra galaxia, empezó una suave presión con la palma para después, poco a poco, ir subiendo hasta ese manojo de nervios anhelante de caricias, impaciente de ser tocado por primera vez siendo el placer el único fin, sin camillas de hospitales ni guantes de látex de por medio. Sentir la mano de Julia sobre la suya y cómo intentaba controlarse la estaba derritiendo por dentro, como si un espeso líquido caliente la recorriera internamente hasta cubrirlo todo. Sintiéndose totalmente manipulada por mil sensaciones distintas, sus dedos decidieron por ella y comenzó a tocarse con un poco más de decisión y de calor, porque dentro de esa habitación la temperatura estaba subiendo a zancadas. Julia no paraba de besarla, ni un segundo, y ella se dejaba besar porque no podía con tanto. Se lo devolvía de manera torpe y se sentía abrumada y golpeada de placer por cientos de puntos distintos de su anatomía. Sus dedos se movían cada vez más seguros y conscientes del tacto, cuando de repente se escuchó a sí misma gimiendo por lo bajo y mordiéndose el labio inferior, devastada por las nuevas sensaciones y colmada de ansiedad por más.

Nunca imaginó poder sentir ese placer sin una gota de culpa ensuciándolo todo.

—Me encanta escucharte —susurró Julia contra sus labios y eso la hizo repetirlo más fuerte, provocando otro en la rubia justo antes de lamer y morder su yugular.

La boca de Julia abandonó su cuello para trazar un camino hasta uno de sus pechos, provocando que el cuerpo se le sacudiera entero mientras su lengua mojaba la piel a su paso. Aturdida y con el

deseo burbujeando de las ganas estrepitosas por avanzar un poco más, se encontró de frente con un profundo cansancio de tener que imaginarse cómo sería que la tocara; estaba a un paso de cometer la más hermosa de las locuras.

—Tocame, Julia —le pidió con la voz rota. Y lentamente retiró la mano.

El mundo cambió en el preciso instante en que sintió el calor de su palma y unas intensas ganas de llorar la invadieron. Un gemido entrecortado por la emoción salió de su garganta cuando Julia besó su barbilla a la vez que ejercía una leve presión con la mano. Abrió los ojos porque necesitaba ver su cara y conocer la expresión que tendría al descubrir su cuerpo, con el corazón martillando sus costillas insistente en salir a volar, a lo loco y sin importar el destino, confundido ante tanta expectativa y con el miedo corriendo por sus venas ante la opción del rechazo. Pero se encontró con sus ojos clavados en los suyos, mirándola de una forma que jamás la había mirado y sumándole una nueva quebradura más a su instinto de protección, hiriéndolo de manera letal y llevándose con él los restos del poco autocontrol que le quedaban.

Se dio cuenta entonces de que Julia no bajaba la mirada porque no necesitaba mirar otra cosa que no fueran sus ojos.

—Mostrame cómo te gusta —le pidió, encontrándose cara a cara con una Julia muriéndose de ganas por tocarla. A ella. Y no había rechazo. No había nada más que deseo en su mirada y ansias en sus dedos.

Llevó la mano por encima de la de Julia y comenzó a guiarla, a mostrarle el ritmo que necesitaba, a cómo y dónde tocarla. Sus caderas empezaron a moverse por inercia buscando más contacto y su respiración a volverse más irregular. Quitó la mano y apretó las sábanas en un puño cuando Julia hizo la presión justa en el lugar justo. Estaba terriblemente excitada y atrapada en la inmediatez de su mirada, en sus dedos tocándola y en la manera que tenía de morderse el labio inferior cuando la escuchaba gemir. Llevó el dedo índice para liberar ese labio atrapado entre sus dientes y sintió la punta de su lengua rozarle la yema, produciéndole unas pequeñas cosquillas intermitentes que la incitaron a introducirlo despacio dentro de su boca sin quitar la mirada. Por favor, que alguien la salvara de una inminente muerte súbita, porque ver esos labios succionándole el dedo y lamiéndolo después, con una mirada jodidamente sugerente, le estaba haciendo demasiadas cosas a su organismo y necesitaba besarla con urgencia, pero su dedo volvió a desaparecer dentro de la boca de Julia y no podía apartar la mirada de esos labios.

—No tenés idea cómo me calentás —le dijo con voz firme mientras pasaba la mano por detrás de su nuca enredando los dedos en su pelo, apretando con fuerza varios mechones en un puño.

—¿Mucho? —la incitó, lamiéndose los labios y mirando fijo los suyos, sin dejar de tocarla.

Se estrelló contra su boca suspirando ante el primer contacto, aumentando el ritmo del vaivén de las caderas y, sin darse cuenta, su ropa interior pasó a ser historia, abandonada en algún rincón de la habitación. Una descarga eléctrica muy, muy intensa en su bajo vientre la impulsó a cortar bruscamente el beso y echar la cabeza hacia atrás, con jadeo incluido, y unas ganas increíbles de sentirla en cada centímetro de su piel. A lo lejos y como música de fondo de lo que sabía sería el capítulo preferido de su vida, comenzó a escuchar los primeros acordes de la canción *Entre caníbales* y, sintiéndose en plena sintonía con un cantante ansioso por disfrutar del momento que había esperado durante una eternidad, se abandonó al placer. De un solo movimiento hizo rodar el cuerpo de Julia hasta dejarla de espaldas al colchón y se sentó a horcajadas sobre ella, a la altura de sus muslos. Tomándola por el rostro y atrayéndola hacia ella para que se sentase también, buscó una de sus manos y la llevó a su entrepierna sin perder el tiempo. Sus brazos rodearon el cuello de Julia y comenzó a moverse sobre su mano, con el autocontrol sepultado diez mil metros bajo tierra y con el

azul de sus ojos transformándose en el ancla que necesitaba y que la mantendría a flote, ahora para siempre. La rubia le rodeó la cintura con su brazo libre y comenzó a moverse ella también, acompañando sus propios movimientos y volviéndolo todo intensamente nuevo, estrellándose con la necesidad de que el orgasmo la rompiese en mil pedazos para comenzar a respirar, a vivir distinto, a avanzar diez mil pasos y dejar atrás su jodida casilla de salida.

Sedienta de sus labios, la agarró con ambas manos de la nuca y terminó con la absurda distancia que la separaba de su boca, de manera urgente y profunda, en un beso brusco, extremadamente húmedo y muy exigente. Sus labios se buscaban una y otra vez sin respiro, sin pausas ni miramientos. Era el beso más intenso que se habían dado y podía sentir el calor que desprendían sus cuerpos. Se besaban con tanto ímpetu que el aire parecía escasear y sus dedos se humedecieron con el sudor que comenzaba a aparecer en la nuca de Julia. Revolvió su pelo con las manos para terminar sujetándolo en un puño, mientras sus movimientos de cadera aumentaban en ritmo y en presión y la lengua caliente de Julia dentro de su boca la empujaba al borde del precipicio.

—Me estás volviendo loca moviéndote así —le confesó una Julia con los labios húmedos y con la voz completamente rota por la excitación.

La vio recorrer su cuerpo con la mirada por primera vez, desde sus labios pasando por sus pechos hasta terminar en su entrepierna. Eso en vez de incomodarla la incentivó a moverse todavía más entre jadeos constantes, provocando lo mismo en Julia, y de repente todo se trataba de sexo y puro placer. De sus uñas clavadas en la espalda de la rubia y del sudor de sus cuerpos mezclándose. De mucho pero mucho calor.

—Me encantás… Me volvés loca. —Y con el estímulo de su voz sintió cómo se le formaba esa bola de calor y de tensión en el bajo vientre.

Comenzó a moverse cada vez más rápido contra su mano, a gemir sin parar, hasta que su cuerpo se estremeció al completo y el orgasmo le reventó cualquier cimiento de inseguridad, haciendo sucumbir todos sus miedos en un gemido casi afónico, con la cabeza echada hacia atrás y los dientes de Julia clavados en su hombro. Su corazón, que no había parado de aturdirla sobrepasado de euforia, con tres golpes finales y cruciales lo sintió por fin salir a volar.

Sumergida en el más profundo de los silencios en donde solo se escuchaban las respiraciones de ambas, se aferró con sus brazos al cuello de Julia con la misma fuerza que la emoción a su garganta, mordiéndose el labio inferior ante los espasmos que todavía le sacudían el cuerpo y empujándola por los hombros hasta recostarla sobre el colchón, segundos después.

Y mientras caía rendida y exhausta sobre Julia, con su frente apoyada en el hombro de esa increíble mujer que ahora le acariciaba la espalda con la punta de sus dedos, una emoción que trenzaba decenas de sentimientos distintos la asaltó. Los ojos se le llenaron de lágrimas porque de repente estaba abrumada por tantas nuevas perspectivas y por todo lo que sentía, ahí, completamente desnuda y encima de una mujer que le susurraba al oído lo mucho que le encantaba.

En tan solo unas horas su temor al rechazo había agonizado hasta la extinción, pero a cambio y sin previo aviso, nacía la sombra del creciente miedo de perder a Julia.

# 13. Variación

Se había pasado más de media hora sentada en el piso y mirando aquel cuadro mientras fumaba, ese mismo que había comenzado hacía ya algunos meses y lo había colocado en un rincón junto con otros cuadros y lienzos en blanco. Aquella pareja seguía en la misma posición de baile y solo una de las dos siluetas parecía estar más definida, las huellas en el suelo no llegaban a ningún sitio y el cielo seguía tan negro como siempre. Había perdido la vista en esa imagen tratando de encontrar sus ganas de retomar la pintura, pero era frustrante no hallarlas, sentirse seca de inspiración y en pleno contraste con sus ojos algo llorosos.

Se hubiese quedado petrificada en esa posición si no hubiese sido por la llegada de Lara, quien ahora estaba boquiabierta mirando el regalo mientras ella la observaba con cara media de tonta, seguro. Una bolsa que contenía unos hermosos guantes de boxeo, acompañados con vendas y hasta un protector bucal que no sabía cuándo iba a usar porque Lara al *ring* todavía no se había subido.

—¡Me encanta! No puedo creer que me hayas comprado todo esto, en serio.

—Tenía ganas de regalártelo y ya no podías seguir sin tu equipo —le aseguró encogiéndose de hombros y Lara la miró con ojos vidriosos. Volvió la atención al regalo y a revolver un poco más para encontrarse con una musculosa verde con detalles en negro—. Hace juego con tus ojos. —Le nació decir, mirándola embobada y con media sonrisa.

—Gracias —le susurró, quizás con un entusiasmo un par de niveles más abajo al que tuvo cuando descubrió los guantes, pero sus pensamientos fueron interrumpidos cuando Lara le tomó el rostro con una mano y unió sus labios con los de ella.

—La vi, te la imaginé puesta y… la imagen fue sexi —le dijo con una sonrisa y acercando sus labios de nuevo, pero el beso se quedó en el camino cuando el celular empezó a sonar—. Es el tono de mi hermana, tengo que atender, ya vuelvo. —Y no se levantó sin antes robarle ese beso.

—¿Todo bien? —sintió la voz de Lara a su espalda mientras dejaba el celular sobre la mesa del *living*, minutos después.

Martina la había llamado para una tregua, las cosas entre ellas habían quedado tirantes y su hermana finalmente reconoció que debían conversar.

—Sí, quedé con Martina en cenar un día de la semana —comentaba mientras volvía a su posición en el sillón, tomando la copa de vino y sentándose en un extremo con la espalda contra el apoyabrazos, reposando las piernas sobre el regazo de Lara—. Supongo que el nombre de Esteban te debe sonar, ¿no?

—Algo —le respondió, antes de beber de su copa.

—Martina salió durante varios años con él y resultó ser un violento de mierda, un golpeador —lo dijo sin tanto preámbulo y simulando una superación que sabía no existía, como siempre que tocaba ese tema, y desvió la mirada del verde de sus ojos para llevarla al bordó de su vino—. Al principio se calló, pensó que el primer golpe había sido por una discusión que tuvieron, algo que no se iba a volver a repetir, así que… no se lo dijo a nadie.

»Al segundo golpe, creyó que había tenido la culpa por dejar que su compañero de la facultad la llamase tanto por teléfono, sabiendo lo celoso que era Esteban —continuó, revolviendo el contenido de su copa y perdiéndose en el relato—. Al tercero, estaba borracho y la terminó

culpando… Que si ella no hubiese querido irse dejándolo con la palabra en la boca, él nunca le hubiese partido la ceja de un golpe —recordó, con media sonrisa irónica en el rostro.

—Que hijo de puta… —susurró Lara—. ¿Nunca se animó a denunciarlo?

Negó con la cabeza un par de veces y se tomó unos segundos para beber de su copa, tragándose también con el líquido varios nudos de dolor.

—Esteban le prometía que no iba a volver a pasar y ella le creía, lo perdonaba…

—Pero el tipo seguía —adivinó Lara.

Esta vez asintió mientras buscaba la forma de que los recuerdos no le estrangulasen el alma.

—Una noche que él no iba a estar, quedé en cenar con ella en su casa y fui con la decisión de sacarla de ahí. Ya tenía todo pensado… —Un suspiró cortó su relato y necesitó parpadear insistentemente para evaporar las lágrimas de sus ojos. Ese conocido escalofrío, distinto a todos, la recorrió entera—. Pero no llegué a tiempo, Martina terminó en el hospital. Si yo hubiese actuado antes podría haber evitado todo eso, pero le fallé. Ella me pedía ayuda a su manera y yo le fallé, Lara. Hasta el día de hoy me arrepiento y no dejo de recriminarme lo mal que manejé todo y lo poco que pude protegerla.

—No te castigues con eso, Juli. Seguro que en su momento hiciste lo mejor. —Sentía la mano acariciar su pierna y bajar ahora a uno de sus pies, para masajearlo cariñosamente.

—Tendría que haberla arrastrado a denunciarlo si hacía falta, Lara. Para ella fue durísimo y a nosotros la culpa que sentimos nos cambió la vida. —Volvió a suspirar, largando el aire por la boca y bebiendo un trago de vino después—. Esteban salió de la cárcel y está libre. Él está libre y yo aterrada —le dijo, con una mirada que suplicaba ser comprendida.

—¿Fue a él a quien viste en la puerta del hospital?

—No sé. Estoy casi segura, pero no sé —dijo en un tono frustrado por no poder afirmarlo en un 100 %—. A veces siento que hago todo mal —confesó.

—No digas eso, Juli. Tan mal no te va, ¿no te parece?

—Creo que lo único que hice bien en mi vida fue criar a Nacho…

—Que no es poco. ¿Lo criaste sola? —le preguntó y ella levantó su cabeza en acto reflejo para mirarla.

—Sí. El padre de Nacho desapareció, no sabe que existe y es mejor así. —Y como no sabía qué decir, intentó escapar de la situación de manera sutil—. Contame algo lindo. —Le puso ojitos y todo a la petición, a ver si así la convencía.

Lara se le quedó mirando unos segundos, como colgada de algún pensamiento, hasta que pareció reaccionar y después de darle un trago a su copa la dejó sobre la mesa. Volvió a sentir sus manos en los pies y debía reconocer que el momento estaba siendo de lo más agradable. Le gustaba mucho estar así con ella.

—Lo único lindo que ahora mismo tengo para contar es que hace más o menos un mes tuve algo así como… mi primera vez con una mujer.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo va todo? —bromeó, aunque en el fondo quería escuchar qué pensaba.

—Bueno, dejando de lado que ese día me sentí un poco estafada porque, a ver… esa mujer me dijo que a cambio de mi exquisita comida casera me iba a dar una sesión de masajes que todavía sigo esperando. —Se atrevió a bromear ella también y en momentos así le daban ganas de comérsela a besos, porque verla relajada era su parte favorita—. Dejando eso de lado, todo va bastante bien.

—Ajá —masculló, tratando de esconder la sonrisa detrás de la copa de vino—. Pero seguramente ese día tuviste los mejores orgasmos de tu vida a cambio —retrucó.

—Digamos que no tengo contra qué comparar, así que sí. —Y a ella no le salió otra cosa más que

abrir grande la boca y no poder creer lo que escuchaba. El gesto le había salido claramente exagerado y había sido a propósito, porque sabía que la haría reír y cada vez que escuchaba su risa le encantaba un poco más.

—Eso fue cruel —dijo a la vez que fruncía un poco la nariz. La escucho reír de nuevo para después levantar uno de sus pies y dejarle un beso en el empeine.

—Fue increíble, Juli. —Ahora con un tono más serio y mirándola con ternura—. No cambiaría nada, me encantó cómo fue todo de principio a fin y te juro que me tomó por sorpresa. No esperaba que ese día me terminaras dando los mejores orgasmos de mi vida.

No pudo más que reír ante cómo había terminado esa confesión, dándole una patadita con el pie en su muslo. Lara se lo atrapó y le regaló otro beso más.

—¿Sabés cuál fue uno de los primeros pensamientos que tuve cuando chocamos ese día? —le preguntó, y la vio negar con la cabeza sonriendo de medio lado—. Primero quedé embobada con tus ojos y tu boca, y después pensé que si tu cuerpo era tan hermoso como tu cara… Ufff. —Resopló divertida, arqueando una ceja y mordiéndose el labio inferior—. Bueno, a lo mejor esperabas un «fue amor a primera vista» pero lo lamento, no —reconoció entre risas contagiándola a Lara también—. Fueron pensamientos muy básicos, pero no me equivoqué. Tu cuerpo es hermoso y ojalá algún día lo veas como lo veo yo. Además, estoy segura de que no soy la única que lo piensa. —Tuvo que decirlo porque le picaba por dentro y de tanto rascarse ya le ardía. Y claramente lo había dicho por Lucrecia y la imagen de ellas dos juntas mucha gracia no le hacía, la verdad, y seguramente su cara sería evidente por eso bebió otro sorbo de vino e intentó camuflarlo detrás de la copa. Pero a veces se veía pensando no solo en los catorce años que le llevaba, sino en lo que esa chica necesitaba darse cuenta de que mucha gente pensaría así si tan solo les diese la oportunidad de conocerla.

—No sé, por ahora estoy asimilando todo esto —le respondió un poco más seria de lo que le hubiese gustado, como si la última frase que dijo no le hubiese caído del todo bien.

—Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero ya diste el primer paso y a lo mejor empezar a naturalizar las cosas sea el segundo. No sé, tenés veintiséis años y mucho por descubrir.

Toda esa bella e inspiradora frase que parecía sacada de un libro de autoayuda le quedó espectacular, pero era cierto que lo pensaba y era algo que siempre intentaba hacer. Naturalizar.

—Básicamente me estás diciendo que me acueste con otras personas —le dijo, antes de expulsar el aire por la boca en forma de risa, un tanto irónica—. ¿Es para poder seguir acostándote con Mariano sin culpas? No tenés por qué sentirte así, si es eso lo que te preocupa. —Y si bien las manos seguían en sus pies, ya no la acariciaban y podía sentir la tensión en sus dedos. Todo estaba tomando un rumbo que no quería y necesitaba desesperadamente verla sonreír de nuevo.

—No me estoy acostando con Mariano. —La vio levantar apenas las cejas y mirarla un poco incrédula, como si eso le sorprendiese.

Pero era cierto, porque a base de excusas baratas se había negado un par de veces a algún que otro encuentro con él y no sabía por qué, pero ya desde su último intento fallido no habían vuelto a estar juntos y de eso hacía más de un mes. O a lo mejor lo sabía, lo veía escrito en letras grandes y claras delante de sus ojos, pero se empeñaba en cerrarlos fuerte y cuando los volvía a abrir, mágicamente desaparecía. Sacó las piernas de encima de su regazo y se sentó a horcajadas sobre la castaña.

—A ver, hace un mes que nos estamos acostando y me encanta —comenzó a hablar, dejando un corto beso en sus labios—. Me fascina tu cuerpo entero y no paro de pensarte. —Otro beso, ahora en su nariz—. Estás acá, conmigo, y estoy con muchas ganas de quitarte toda… —un beso en su mejilla derecha—, toda… —otro en su mejilla izquierda— la ropa. —Mordió delicadamente su

barbilla para después dejar un beso en el mismo lugar. Agarró su propia blusa del borde y se la quitó de un solo movimiento, llevando las manos a su rostro y obligándola a que la mirase—. Me gusta mucho estar así, nunca tengas dudas de eso ni de lo que disfruto cada momento juntas. —«Ni de cómo estoy empezando a quererte», se guardó para sí.

Soltó el aire de manera aliviada cuando finalmente la vio sonreír después de esa confesión, tiñendo a ese alivio de una fina capa de preocupación por lo cierto de sus propias palabras.

No supo si fue su sonrisa o la manera en que después la besó. Si fue el momento exacto en el que su cabeza imaginó esos labios besando a otros que no fuesen los de ella o si, a modo de hazaña totalmente kamikaze y de sentirse, en consecuencia, la persona más bipolar del mundo, se escuchó a ella misma decir algo que cambiaría todo y nada a la vez, porque una simple palabra que hacía tanto tiempo ansiaba poder decir salía de sus labios, mientras sentía las manos de Lara acariciar su espalda, de la forma más suave que la habían acariciado en la vida.

—Quedate —le pidió todavía sin creerse lo que su propia boca decía, y sin darle tiempo a responder se perdió en la suavidad de esos labios que ya los sentía suyos.

***

Estaba sofocada. Es que ahí, entre sus piernas, hacía mucho calor, pero a ella no le importaba, porque podía sentir esas manos aferrarse a su pelo y los gemidos cada vez más fuertes la estaban volviendo loca, se le metían bajo la piel y la excitaban a ella también. Lo que había empezado con caricias lentas y tentadoras usando apenas la punta de su lengua, se había convertido en lamidas intensas y más rápidas, incentivada por la presión y el fuerte agarre de la mano de Lara sobre su cabeza. Y sus gemidos. Sus putos gemidos que la estremecían entera y le multiplicaban sus ganas de devorarla, de no querer separar la boca de su entrepierna porque finalmente la estaba probando por primera vez y decir que le encantaba, era poco. Ansiaba tanto estar así y se frustraba enormemente cada vez que lo intentaba y notaba la tensión de Lara, pero entonces desviaba sus besos a cualquier parte de su cuerpo porque siempre se trataba de ella, de querer hacerla sentir bien y sus ganas de hacerle de todo se las guardaba para más adelante. Llevó la mirada a su cara desde ahí abajo porque no se iba a perdonar nunca perderse esos gestos que ponía cuando estaba por acabar y lo hizo en el momento justo en que el abdomen se le contraía al mismo tiempo que llevaba la cabeza hacia atrás, tensando el cuerpo por unos segundos, los que el orgasmo tardó en recorrerla entera, y ella sintió que nunca había disfrutado tanto de ver a alguien así.

—Dios… —La escuchó decir bajito, mientras subía con besos por su abdomen disfrutando del aroma natural de su piel.

—Buen día —la saludó, justo antes de atrapar sus labios en un beso muy perezoso y lento.

La castaña se lo devolvió de igual forma, todavía con la respiración un poco irregular y acariciando su espalda con la punta de los dedos.

—Buen día —le respondió casi sin cortar el beso.

Salió de encima y se recostó de lado para poder verla, porque le encantaba su perfil y esa cara adormilada que tenía era nueva ante sus ojos y muy adorable. Había perdido la cuenta de cuántos años pasaron desde la última vez que amaneció con alguien al lado, en su casa, en su cama. Se mordió el labio inferior ante las cosas nuevas e indescifrables que le produjo ese pensamiento y su inminente análisis de la situación se vio interrumpida cuando la vio llevarse ambas manos a la cara y mascullar algo por lo bajo que no pudo llegar a entender.

—¿Qué pasa? —le preguntó después de escucharle un suspiro que le sonó frustrado.

Silencio. Seguía con la cara escondida, no decía nada y ella se estaba impacientando. Vio claramente dos opciones: esperar o apurar un poco los trámites.

—Ey. —Eligió acelerar los procesos y cuando logró descubrirle el rostro notó que sus ojos estaban enrojecidos, como a punto de llorar.

Mierda, ella era muy empática, claro que sí, pero pésima en el arte del consuelo. No sabía qué puta hacer: si abrazar, si dar espacio, hablar, callarse o contar un chiste. Era algo que a sus cuarenta años todavía no sabía manejar muy bien y todo lo que hacía le parecía inverosímil. A ella le gustaba mucho que cuando lloraba simplemente la abrazaran, en silencio, hasta que pudiera desahogarse. Así que eso hizo. Se acercó a su cuerpo, se puso boca arriba y la atrajo hacia ella, haciendo que apoyara la cabeza en su pecho mientras le acariciaba el pelo. El gesto le resultó extrañamente familiar, pero sobre todo muy íntimo, y tuvo que poner la mente en blanco para no enroscarse en sus pensamientos si quería seguir naturalizando el momento.

—Perdón. —Suspiró Lara, mientras se secaba las primeras lágrimas con los dedos.

—Está bien, prometo tratar de mejorar el sexo oral, pero por favor, no llores. —Probó suerte con un chiste y su cuerpo se relajó cuando la escuchó reír y golpear cariñosamente su brazo con la palma de la mano.

—Te va a parecer una estupidez, pero… ufff, lo de recién … Sentir tantas cosas nuevas en mi cuerpo… Tener un momento como este con alguien lo veía tan lejano y de repente… —Trató de seguir, pero podía notar cómo le costaba expresarse y poner en palabras lo que le pasaba, así que siguió acariciándola y dándole el tiempo que necesitase—. No tengo vergüenza de mi cuerpo. Me siento una persona sana cuando estamos así. No sé si es tu forma de tocarme, de mirarme o… —Hizo un ruidito súper adorable similar a un gruñido y un segundo después chasqueó la lengua, claros sonidos de frustración que la estaban incomodando, pero a ella la hacían querer abrazarla más fuerte —. Para mí implica mucho más que sexo, es empezar a cambiar por dentro cuando siempre pensé que tenía que hacerlo por fuera.

—Me encanta escucharte decir que no tenés vergüenza de tu cuerpo…

—Delante tuyo, Juli —se sinceró.

Por comentarios como ese estaba cada vez más segura de que Lara necesitaba experimentar, ganar confianza de sí misma, darse cuenta de que ella no era la única capaz de quererla tal cual era, que el mundo no terminaba en sus brazos.

«Básicamente me estás diciendo que me acueste con otras personas», recordó.

Básicamente, sí. Aunque el sexo solo sería una consecuencia, porque la seguridad que Lara necesitaba ganar pasaba por otro lado.

Un acto altruista y desinteresado de su parte. Y bastante suicida también, pero así eran las cosas.

La abrazó un poco más fuerte sintiendo su cuerpo pegado al de ella y su calor, el roce de su piel y la manera que tenía de apoyar la palma de la mano en su pecho se convirtió en un combo perfecto que la hizo querer tenerla así al menos mil amaneceres más.

—Sos tan hermosa… —Le salió sin darse cuenta, con una queja escondida de fondo.

Sintió la mano de Lara bajar por su abdomen y subir por el costado hasta llegar a rodear su cuello, pero el escalofrío llegó cuando en un solo movimiento la castaña encajó a la perfección su cuerpo sobre el suyo.

—¿A pesar de ser un bicho raro? —le preguntó, mirándola con un verde sobrecargado de emoción.

—Me voy a poner en papel de doctora Lescano y decirte que no lo llamaría bicho raro, sino una… —Frunció la nariz al no recordar el término exacto.

—Variación natural.

—Eso… variación natural —repitió, mientras le acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja y un incipiente calor comenzaba a invadir su cuerpo, al notar como la castaña bajaba la mirada hacia su boca—. Me encanta tu variación natural —sentenció con un corto beso que resultó lo suficientemente largo como para darle tiempo de sonreír contra sus labios.

—Ya sabés… —La escuchó decir, antes de sentir los dientes de Lara mordiéndole muy suavemente el labio inferior y acomodarse mejor sobre ella, abriéndole un poco más las piernas con la ayuda de una de sus rodillas—. La culpa es de la testosterona —le dijo con media sonrisa traviesa, un segundo antes de mover apenas las caderas contra ella mientras la lengua de la castaña aterrizaba sobre uno de sus pezones, lamiéndolo de la forma que sabía que la volvía loca. Lento y tortuoso.

No pudo evitar suspirar al sentir el contacto y clavó los ojos en su boca, porque esa imagen tampoco se la quería perder. Los siguientes movimientos de caderas fueron más intensos y mucho, mucho más precisos.

—Uff… —Soltó el aire de manera entrecortada mientras llevaba las manos a la espalda de Lara, para terminar enredando los dedos en su pelo despeinado y llenarse los pulmones del aroma que desprendía—. Bendita testosterona que me permite sentirte así. —Logró decir casi en un quejido, producto de un nuevo empuje de la castaña.

Lara levantó la cabeza y se encontró con su verde completamente oscurecido y su boca entreabierta, pero el golpe letal que le hizo demasiadas cosquillas dentro fue cuando, entre pequeños jadeos y movimientos lentos, le regaló una sonrisa. Fue en ese segundo cuando supo que no quería besarla, sino que lo necesitaba, y toda su cordura la perdió cuando se sintió embriagada en la más deliciosa humedad de aquel beso.

***

—A ver, mirame —le pidió, aprovechando el semáforo en rojo. Desvió la mirada de la pantalla del celular para fijar la vista en su amiga—. Por Dios, tu cara es tan evidente. Dale mis saludos a Julia.

La verdad es que sí, estaba mensajeándose con la rubia y sí, seguramente tenía cara de idiota, así que no pudo objetar nada y se limitó a morderse el labio inferior y negar con la cabeza.

—Le doy tus saludos, le doy todo, te juro. —Resopló, mientras guardaba el teléfono en el bolso deportivo—. ¿Es normal que quiera coger con ella todo el día? —le preguntó, con el ceño fruncido.

—Tranquilo Ned, piensa en la Biblia —bromeó su amiga, fanática de *Los Simpsons*. Le salió una carcajada sincera porque era verdad, pero Isabella no se salvó del manotazo que recibió en el hombro—. ¡Ey! ¡La verdad no ofende! Estás más caliente que pelotazo en la oreja. Julia creó un monstruo, tendrías que aprovecharlo y recuperar el tiempo perdido.

—Lo estoy recuperando con ella.

—¿Y Lucrecia? —le preguntó, arqueando una ceja.

—¿Qué pasa con Lucrecia?

—Te gusta, le gustás. Ya pasó algo entre ustedes y hasta donde sé, no le molestaría repetir —le dijo, mirándola brevemente para volver la atención al tráfico.

Un malestar la sorprendió y solo atinó a mirar a través de la ventanilla del auto.

—¿Por qué mierda todo el mundo me quiere ver cogiendo con cualquiera? No entiendo, te juro —se quejó, sumamente frustrada—. Julia me dio a entender lo mismo y la verdad, me molesta muchísimo —confesó, aprovechando el momento para descargarse.

—¿Por qué te molesta? —Quiso saber Isabella.

—Porque no entiendo qué tiene de malo que solamente quiera coger con Julia.

—No tiene nada de malo, pero no pensé que estabas en ese punto. —La oyó decir, mientras frenaba en otro semáforo y la miraba—. No quise decir que estés con cualquiera, para nada. Solamente te lo dije porque…

—Porque nada, Isa. Dejemos el tema ahí —le pidió, mientras miraba al frente y sentía los ojos de su amiga fijos en ella. A lo mejor había tenido una reacción un poco exagerada e Isabella no tenía la culpa de nada, así que después de unos segundos aflojó un poco la tensión—. Le dije que si me decía todo eso para poder acostarse con Mariano sin culpas, que no hacía falta.

—¿Y qué te respondió? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Que no se está acostando con Mariano, que le encanta estar conmigo y un segundo después la tenía sentada encima mío, quitándose la ropa y después bueno… Ya te imaginarás cómo terminamos —resumió, con una sonrisa de lado.

—Sí, sí. Ya estoy acostumbrada a que no me cuentes las partes más jugosas, maldita lesbiana cruel —le contestó entre risas, contagiándola a ella también.

—El domingo por la mañana amanecí con Julia haciéndome sexo oral.

Automáticamente vio cómo Isabella se llevaba una mano al pecho y abría exageradamente la boca ante ese detalle inesperado.

—¡Avisame cuando me vayas a contar algo así! ¡Casi doy un volantazo! Por favor, desarrolla.

—No seas pervertida. —Se llevó otro manotazo en el hombro—. No es ese el punto. A lo que voy, que después de eso me puse a llorar como una imbécil, ¿podés creerlo?

Y ahora fue ella quien recibió un manotazo, pero en su nuca.

—¿Cómo que te pusiste a llorar? Por favor, desarrolla —repitió, la muy idiota.

—Fue un cúmulo de cosas. Pasé de cero a cien en un mes, siento que estoy en otro cuerpo Isa, no sé cómo explicarlo… —Y de nuevo se sentía frustrada por no encontrar las palabras, mientras Isabella estacionaba el auto justo delante del gimnasio. Sin perder el tiempo la vio ponerse de lado en su asiento para mirarla, esperando que siguiera—. Por un lado, la parte sexual, obvio. Con Julia descubrí que… Cómo decirlo… —Chasqueó la lengua, tomándose unos segundos para encontrar las palabras—. Mi cuerpo no está mal, ¿sabés? De hecho, lleva mucho a la imaginación, a distintas formas de buscar placer, no sé… Termina siendo todo muy erótico cuando estoy con ella —confesó, y a pesar de la enorme confianza que tenía con Isabella no pudo evitar sonrojarse y sonreír tímidamente.

—Escucharte decir finalmente que tu cuerpo no está mal es muy fuerte —le dijo, visiblemente emocionada.

—Ya sé, fue por eso que me puse a llorar, ¿entendés? Porque también sentí un cambio por dentro, una forma de verme distinta en todo sentido, Isa, no solo sexual. Me levanto a la mañana y cuando me miro al espejo me acuerdo de sus palabras sobre lo hermosa que ella me ve y me lo creo. Te juro que me lo creo —aseguró, mirando al frente y tratando de contener las lágrimas—. No quiero estar con nadie más, solo con ella. Tampoco quiero dejar de sentirme así y ahora que encontré a alguien que me quiere tal cual soy, no quiero perderla, ¿me podés entender? No me imagino con otra persona que no sea con Julia —soltó, completamente segura de sus palabras, pero un poco confundida ante el ceño levemente fruncido de su amiga, en un gesto como de preocupación. Tan solo fueron unos segundos, porque después la vio negar con la cabeza y sonreír.

—No pienses tanto y disfrutalo, ¿sí? —le respondió, tomándola de la mano y dándole un cariñoso apretón—. No sé a dónde irá a parar lo de ustedes, pero si fue ella quien te ayudó a ver tu

cuerpo de otra manera, esa rubia es una de mis personas favoritas en el mundo entero. —Le hizo saber, mientras se secaba rápidamente una lágrima que caía por su mejilla y a ella el corazón se le estrujó entero—. Además… ¿qué otra cosa se podía esperar de alguien que levanta una ceja y tiene ojos azules? Madre mía, un 8 % tiene ese color, por si no lo sabías. Casi que me estoy enamorando, te digo —bromeó, porque Isabella era Isabella y ante el mínimo drama su vía rápida de escape era el humor—. Andá, dale, vas a llegar tarde —le pidió, mientras se acomodaba de frente al volante.

—Solo una cosa más… —le dijo, mientras acercaba la boca al oído de su amiga para susurrarle —. Es zurda —le informó, usando un tono exageradamente sensual, y ese dato hizo que la rubia girara su cabeza en medio segundo y la mirase con la boca abierta.

—¡Me estás jodiendo! —exclamó, en el mismo instante que ella abría la puerta para bajarse del auto, dándole la espalda y riéndose por lo bajo—. Lara, solo un 10 % es zurdo. ¡Oh, por Dios! Creo que voy a tener un orgasmo, ¡esa mujer es un tres en uno! —Casi que le gritó, porque ya estaba cerrando la puerta y no pudo contener una carcajada ante el comentario de su amiga.

No podía creer su obsesión por los porcentajes y lo increíblemente atrayentes que se volvían para ella.

La escuchó decir algo más que no entendió y entre risas abrió la puerta del gimnasio para ir a su encuentro con Julia; hoy su rubia daba clases. Avanzó pasando por la recepción vacía y la vio hablando con Mariano, señalando unas bolsas de boxeo y gesticulando con las manos cuando sus miradas se cruzaron, dedicándole una sonrisa que para el resto de los mortales seguro pasaba desapercibida, pero para ella era simplemente perfecta. Ante eso, Mariano siguió la dirección de la mirada de Julia y cuando la vio también le dedicó una sonrisa que casi ni registró.

Ya la clase estaba por empezar. Se ajustó su pelo atado en una cola alta y se acomodó en el lugar para la clase, junto a unos cuantos alumnos más y siguiendo de cerca la interacción de esos dos. Una mano en la cintura de Julia le hizo tensar la mandíbula por acto reflejo, pero se reprochó a sí misma sentirse así y decidió empezar a elongar un poco. No pasó mucho hasta que sintió la enérgica voz de la rubia preguntando si estaban todos listos para la clase de hoy. Jesús bendito, su reciente descubrimiento sexual sumado a esa mujer en papel de entrenadora ruda la calentaba y mucho. Sus ganas constantes de querer presionarla contra cualquier superficie dura se multiplicaron por cien, mínimo, cuando la rodeó y le preguntó al oído si estaba lista. Todas sus terminaciones nerviosas reaccionaron y tuvo que invocar a todos los dioses del autocontrol cuando la rubia siguió su camino acariciándole la baja espalda a su paso.

Como era de esperar, la clase estaba siendo intensa. El calentamiento de diez minutos la había activado, se sentía con mucha energía y lista para pegarle duro a esa bolsa que tenía delante. Los ojos se le desviaban seguido hacia donde estaba Julia, en un promedio de una vez cada diez segundos, y cuando cruzaban miradas a ella la fauna entera le revoloteaba en el estómago. Cuando la rubia se acercaba para indicarle algo, con ese tono de voz tan ronco y sensual, los vellos de la nuca se le ponían como púas y el escalofrío que recorría su espalda junto con el sudor, la hacían estremecerse entera, porque esas indicaciones venían siempre acompañadas de roces y de miradas hacia su boca que la impacientaban.

En ese preciso momento estaba ya en el tramo final de la clase, no por eso menos intensa, con su cuerpo paralelo al piso y sosteniendo su peso en la clásica posición de plancha. El objetivo era aguantar treinta segundos y descansar veinte. Así tres veces. La primera y segunda vuelta fueron relativamente sostenibles en el tiempo, pero la última no tanto, y no precisamente por falta de fuerza. Sintiéndose muy vigorosa y orgullosa de su resistencia, estiró los brazos para iniciar los últimos treinta segundos cuando Julia se posicionó frente a ella, de cuclillas, con el torso muy cerca

de su cara. Gracias a la musculosa turquesa que llevaba puesta tenía, literalmente, su perfecto y muy pronunciado escote a escasos centímetros de los ojos.

—Que no se te suban las caderas —le remarcó, apoyando una de sus manos en su baja espalda para hacer un poco de presión hacia abajo. «Piensa en la Biblia, piensa en la Biblia», murmuró por lo bajo—. Acordate de que la fuerza se concentra en el vientre. —Y después de decir eso, su mano fue a parar a la zona y un poco más abajo también, en una sutil, pero muy provocadora caricia.

Los brazos empezaron a temblarle y una gota de sudor le caía por la sien, con los ojos fijos en ese escote y unas ganas bestiales de quitarle la ropa.

Los treinta segundos más largos de la historia y cayó desplomada contra el piso.

—Pensé que tenías más aguante. ¿Cansada del fin de semana? —la provocó, sin darle tiempo a responder.

La clase estaba terminando con los últimos movimientos de elongación, Julia había pasado por su lado camino a recepción y cuando se incorporó para estirar un poco los brazos, otra vez esa tensión en la mandíbula al ver a Mariano hablando de cerca con la rubia, apoyando una mano en uno de sus hombros y sintiendo cierto alivio cuando vio como Julia, de manera muy sutil, se deshizo del agarre. Pero tuvo la mala idea de parar unos segundos y observar. Ese hombre era sumamente atractivo y quién no querría algo con él. Cara linda, musculatura ideal, de esas que no son exageradas ni tampoco pasan desapercibidas. Sonrisa de publicidad. Simpático, extrovertido y, sobre todo, buena persona, porque aunque no lo conociese tanto con ella siempre había sido muy amable y hasta había interferido para protegerla en su pelea con Nicolás. Le había quitado importancia al golpe que recibió a cambio, y se notaba que los días siguientes la miraba preocupado y estaba algo pendiente de que estuviese bien. Le encontraba un solo defecto y era el estar interesado en la misma mujer que ella, en tocarla cada vez que podía y en mirarla de esa forma encantadora. Fue entonces cuando se preguntó internamente por qué Julia decidiría no estar con él o dejar de estarlo. Ella no era ni lo suficientemente mujer ni lo suficientemente hombre. En cambio, Mariano, era un diez de diez.

Trató de pensar diferente, de sentirse suficiente para Julia y sacar de cualquier rincón un poco de seguridad en sí misma. La buscó en su cabeza, en sus pensamientos, en los recuerdos juntas, en las palabras que se dijeron, en cómo la miraba. Quizás durante un breve momento creyó sentir una pizca de confianza, de esperanza, de credibilidad en su persona. Suspiró. Y justo cuando estaba por decidir que con esa exhalación expulsaría también su pisoteada autoestima, aunque fuese un rato, la imagen de la familia perfecta la golpeó de lleno, de derecha y de revés, haciendo sacudir en dos tiempos toda su absurda ilusión de ser suficiente para alguien.

En algún momento que no supo cuándo, Lucía había llegado con Ignacio y estaba hablando con Julia mientras Mariano le daba golpes juguetones al chico en el estómago, riéndose cuando intentaba devolvérselos sin éxito alguno. Se notaba una complicidad que contrastaba dolorosamente con su realidad y con su ingenua posibilidad de un futuro con esa mujer.

De repente lo vio todo tan claro que dolió.

El cuchillo parecía revolverse dentro de su herida cuando Julia, ante la risa de su hijo, se giró y observó la escena con una sonrisa tan plena, tan sincera y tan grande que su cara entera brillaba en consecuencia. Mierda, es que si agudizaba un poco la vista hasta podía llegar a verle el brillo reflejarse en sus ojos.

Supo entonces que no podía competir contra eso cuando ni siquiera se consideraba una digna rival. Era solo una intrusa, una distracción o a lo mejor la novedad, rara e inusual. ¿Cuánto tiempo más pasaría hasta que Julia se aburriese? ¿Cuándo se daría cuenta de lo complicada que era su cabeza

y de todo lo que tendría que soportar al estar con ella? ¿Qué haría cuando toda la seguridad, la forma de ver la vida, la decisión y el ímpetu de Julia chocase de lleno con todas sus carencias?

Y en ese taxativo momento sintió que solo era cuestión de tiempo terminar perdiendo a la única mujer que la aceptaba tal cual era.

# 14. Negación

—Mañana a la noche cenamos. Por favor, si lo llegás a ver prometeme que me lo vas a contar, Tina —le rogó a su hermana a través del teléfono.

—Sí, Juli, te lo prometo. Es una sensación, estoy sensible con todo esto y seguro que es por esas llamadas, me estoy comiendo la cabeza.

—¿Fueron dos veces en el mismo día? ¿Nada de nada pudiste escuchar?

—Nada, y sí, fueron dos veces y después no llamaron más, seguro cuando se dieron cuenta de que habían marcado mal, Juli. No debería haberte contado…

—Basta con eso, por favor. Hiciste bien y me parece perfecto que papá esté moviendo sus contactos. Solo queremos protegerte, entendelo de una vez.

—¿Y a ustedes quién los protege?

—Martina. Basta —sentenció, en un tono firme—. Te veo mañana, ¿sí? Te quiero, cuidate. —Y cortó después de intercambiar saludos.

En un rato llegaría Lara. La había sorprendido llamándola para preguntarle si podía darse una vuelta por su casa y ella había aceptado encantada. Llevaban casi tres meses viéndose y aquel par de ojos verdes había llegado a su vida para agitar las aguas que siempre la mecían en la tranquilidad de lo seguro, de lo inmediato, de lo simple y efímero. Pero de repente se encontraba nadando en un mar vertiginoso, agitado y repleto de obstáculos, aunque lo más increíble de todo era que no quería irse. Lo más increíble era que elegía quedarse. Con ella y para ella, viendo cómo avanzaba y teniendo el privilegio de vivirlo a su lado.

Pero también notaba que había ciertas actitudes en Lara que no habían cambiado, que seguían aferradas como lapas a su piel y que por mucho que hiciera palanca para tratar de despegarlas, a base de caricias y cuidados, seguían ahí. Actitudes bañadas en inseguridades, en miedos, en recuerdos y en seguir sintiéndose rara e inferior al resto. Matices en sus ojos que ella captaba muy bien y por mucho que Lara intentase esconderlas sabía que la castaña todavía tenía mucho, muchísimo por superar y odiaba cuando en su mirada veía todo ese miedo que aún seguía latente, quizás en menor grado, pero seguía ahí. Porque si bien había podido derrumbar aquel muro basado en lo sexual, estaba segura de que ese había sido uno escondido detrás de otro mucho más grande y fuerte, uno poderoso construido a base de un pasado que la llevó a una idea equivocada de ella misma y que, sin dudas, seguía firme e iba a ser el más difícil de derribar.

Dejó de pensar en la castaña y volvió al jardín de la casa para ver cómo iba la instalación del soporte para la bolsa de boxeo que se había comprado a través de los proveedores del gimnasio. Mariano había insistido en ayudarla con eso y ahí estaba, colocando esos fierros a la pared en un sector cubierto del jardín.

—Ya casi estamos. Te dije que no hacía falta que te tomes la tarde entera en el trabajo —le dijo el chico mientras terminaba de hacer los últimos ajustes.

—Bueno, tampoco es como que me tomé la tarde, me traje el trabajo a casa —le respondió, encogiéndose de hombros y con gesto resignado.

Lo vio revisar que todo estuviese bien y entre los dos colgaron su nueva adquisición y estaba que se moría por golpearla un poco. Los dos se quedaron mirando el resultado final y de repente el

silencio pitaba volviéndose algo incómodo.

—¿Ansiosa por probarla? —le preguntó Mariano, dándole un puñetazo juguetón en el hombro.

—Sabés que sí —confirmó entre risas y devolviéndole el golpe.

El chico lo interceptó y la agarró de la muñeca acercándola a su cuerpo de un suave tirón. Quedaron muy cerca y en otra circunstancia eso hubiese sido suficiente para iniciar algo, pero en ese momento no se sentía cómoda y más todavía sabiendo que Lara llegaría en media hora. Aprovechó que todo se había iniciado como un jugueteo para seguir en la misma dirección, aferrándose al recurso de la risa y dándole un empujón para poner distancia.

—Vamos que te sirvo algo fresco, en unos minutos tengo que llamar a Lucía —mintió.

Caminaron hacia la cocina y cuando estaba llenando un vaso con agua fresca, Mariano la abrazó por la espalda entrelazando los dedos a la altura de su vientre.

—Te extraño —le confesó, acercando la boca a su oído después de un suspiro que emanaba nostalgia y sentir su aliento le produjo un breve escalofrío en todo el cuerpo—. ¿Lucía no puede esperar un poco? —La tentó, pegando más su cuerpo al de ella, presionándola sutilmente con las caderas y dejando un beso debajo de su oreja.

Otro corto escalofrío porque era inevitable que su cuerpo no reaccionase, siempre lo había hecho con Mariano, pero algo no encajaba, algo la inquietaba y la hacía retorcerse incómoda sin poder disfrutar del momento. Trató de poner la cabeza en orden, pero sentirlo moverse contra ella y refregarse de esa forma no estaba ayudando y ahora esas grandes manos subían por su abdomen a la vez que sentía cómo la empujaba otra vez con las caderas, haciendo que chocase contra la mesada de la cocina.

Pero de repente, unos ojos verdes. Aquellas manos no eran las de Lara, esos suspiros no eran los suyos y de nuevo la sensación de que algo no estaba encajando y que eso no debería estar pasando, no con él. Sencillamente, no quería que siguiera. Y eso fue el puntapié inicial que hizo rodar la pelota de su incomodidad hacia adelante y en picada, porque ya no era solo Lara, sino la conversación reciente con Martina, su familia, Esteban y las llamadas. La pelota se le volvió gigante e imposible de frenar.

—Pará Mariano, por favor. —No tuvo que pedirlo dos veces para que dejara de tocarla y se separase lentamente de ella. Se giró y apoyó la palma de las manos sobre la mesada detrás de su cuerpo y lo miró porque quería que viera que era sincera—. Tengo la cabeza en otro lado, en serio. Recién hablé con Martina, hay algunos problemas con ella y además… —«Y además no puedo dejar de pensar en Lara»—. Necesito parar un poco.

Mariano levantó las manos en gesto de haber entendido y dio dos pasos hacia atrás después de agarrar el vaso con agua y tomarlo de un tirón.

—Lo noto desde hace un tiempo, pero no quería dejar de intentarlo. Mejor me voy. —Le guiño un ojo y se giró para caminar hacia la puerta.

Lo siguió y, como si de una novela se tratase y todo estuviese perfectamente guionado, abrió la puerta y se encontró con Lara a punto de tocar el timbre veinte minutos antes de la hora. Con Lara y su mano estática en el aire, la boca apenas entreabierta y la mirada que iba de Mariano a ella, de ella a Mariano. Un momento extremadamente incómodo, pero al segundo vio al chico cruzar el umbral de la puerta, saludando a Lara con un gesto de la mano y apenas pronunciando un «hola Lara, justo me iba», seguido de un «nos vemos, Julia» de manera atropellada, mientras se alejaba rápido al auto. La puta madre, que mal se veía todo eso, pero así había resultado y ya nada podía hacer.

—Hola —la saludó poniendo su mejor sonrisa porque de verdad que siempre sonreía así cuando la veía.

—Hola —respondió la castaña—. ¿Puedo pasar?

—¡Claro! —Dio un paso al costado sin dejar de mirarla.

No tenía la mejor cara y ella se moría de ganas de hacerla sonreír a base de besos y caricias, pero también sabía lo confusa que estaba siendo la situación y lo que se estaría imaginando. La agobiante necesidad de aclarar las cosas sumado a lo poco que le gustaba verla así, la llevó a querer hablar con la verdad.

—Lara, no sé si hace falta aclararlo… —comenzó a decir ni bien cerró la puerta, pero se vio incapaz de seguir hablando cuando la boca de la castaña se lo impidió.

Estrelló los labios sin delicadeza alguna contra los suyos y la fuerza misma del movimiento la llevó a chocar de espaldas contra la puerta, siendo acompañada por el cuerpo de Lara que se pegaba al de ella como un imán. Sus caderas la presionaban con firmeza y su lengua no había pedido permiso para invadirle la boca, de manera brusca y muy impaciente. La escuchó inhalar profundo mientras la besaba y soltar el aire en un jadeo cuando separó sus labios durante una milésima de segundo, el tiempo justo para volver a atraparlos con la misma intensidad. Se estaban comiendo la boca, literal, porque ahora se lo devolvía de igual forma y tratando de seguirle el ritmo, llevando las manos a su baja espalda y metiéndolas por debajo de la ropa, sintiendo su piel hervir. El poder que Lara tenía sobre ella a veces la asustaba, porque podía hacerla olvidar de todo y de todos para pasar a ser solo ellas dos. Con un momento caliente o con horas de sexo; con una charla mientras compartían un café, un mensaje por celular o una llamada… Con una sonrisa, un beso o una sola mirada.

Se disponía a quitarle la remera cuando de repente, de un solo movimiento brusco, la castaña la giró para dejarla de cara a la puerta, con ella pegadísima a su espalda y tomándola con fuerza de las caderas. Estaba siendo demandante y teniendo el control absoluto de la situación, jamás lo habían hecho así y la novedad le encantaba. Los largos dedos de Lara clavándose en los huesos de su cadera mientras se movía contra ella buscando algo de fricción, más los jadeos a escasos centímetros del oído y una creciente necesidad de sentirla la llevaron a intentar desabrocharle el pantalón y así poder tocarla un poco. No llegó a desprender ni el primer botón cuando Lara la agarró de ambas muñecas y levantó sus manos a cada lado de su cabeza, sujetándola con fuerza e inmovilizándola casi por completo. Al parecer se iba a tratar solo de coger a lo bestia, sin delicadezas ni demasiadas atenciones, y a ella la idea le parecía de puta madre, para qué mentir, y cuando empezó a preguntarse el porqué de esa intensidad repentina, Lara comenzó a moverse contra ella, sus jadeos se transformaron en gemidos y sus gemidos en pequeños gruñidos que la hicieron olvidarse de todo. Le soltó las manos y las de Lara fueron a parar debajo de su ropa, apretando fuerte sus pechos y masajeándolos con firmeza. Los sonidos de Lara se vieron ahora mezclados con sus propios gemidos, las respiraciones agitadas se enredaban entre sí y podía sentir emanar el calor por cada poro de su piel.

Logró despegarse unos centímetros de la puerta al intentar girarse, pero Lara se lo impidió y en un movimiento seco volvió a aprisionarla contra la madera. No solo quería tocarla, sino que lo necesitaba y lo iba a intentar de nuevo justo cuando la castaña comenzó a desabrocharle el pantalón, a bajar el cierre y a meter una de las manos por debajo de su ropa interior. Un gemido con mucho sentimiento salió de su boca cuando comenzó a masturbarla y a moverse de nuevo contra ella. Lara llevó la mano libre a su pelo, encerró varios mechones en un puño y tiró suavemente de ellos hacía atrás, haciendo que su cuello quedara expuesto y a su disposición. No tardó en recorrerlo con la lengua en toda su extensión para después morderlo, haciéndola temblar entre sus brazos.

—¿Te lo cogiste? —La sorprendió con la pregunta.

—No —respondió ahogada en un gemido, justo antes de sentir cómo la penetraba suave con un dedo.

—¿Te gustaría que yo tenga lo que él tiene entre las piernas? —le preguntó con fiereza y abrió los ojos de repente, sin saber si había escuchado bien.

—No, Lara, me gustás como…

—¿O te gustaría que sea como vos? —atacó, a la vez que hacía más profunda la penetración para señalar a lo que se refería. No pudo definir el tono que Lara usó para preguntarle eso, pero sin dudas había cambiado—. Decime, ¿me querés más mujer o más hombre? —Y en un segundo dejó todos los juegos de lado sacando su mano para girarse, quedando las dos de frente.

—Te quiero tal cual sos, Lara —le dijo antes de tomarle el rostro entre las manos y besarla—. Te sentís mujer y yo no veo otra cosa que no sea eso… No me vuelvas a preguntar una cosa así nunca más, por favor. ¿Me lo prometés? —le preguntó mirándola a los ojos.

—No —le dijo en un susurro bajo y en el fugaz sonido que producen solo esas dos letras, pudo notar cómo su voz se había roto. Sintió el más triste *dejà vú* de su vida y la sensación de que la castaña había dado mil pasos atrás.

«No». Una simple palabra que en la vida de la castaña abarcaba muchas complejidades y una historia gigante sobre los hombros.

Volvió a presionarla contra la puerta, escondiendo el rostro en el hueco de su cuello y con intenciones de seguir tocándola.

—No, Lara —le dijo suavemente—. Así no.

Sacó su mano y tomó entre las suyas ese rostro embravecido. Buscó su verde y se perdió unos instantes en esos ojos, pensando qué decir o qué hacer, pero lo único que le nació fue besarla. Despacio, suave y siendo consciente de la piel de sus labios, de su temperatura y de su textura. Del sabor que tenían sus besos y de la calidez de su lengua. Sin prisa, pero sin pausa. Besarla hasta la muerte si era necesario, si eso ayudaba en algo para que esa chica no retrocediera todo lo que había avanzado. Que sintiera el cariño y aprecio que le tenía, lo que le importaba, lo que quería verla avanzar. Por Dios, que sintiera lo mucho que le gustaba, así como era, cargando con el único pecado de una belleza implacable. Que a través de ese beso pudiese sentir lo que tenía atravesado en su garganta, lo que ese «Te quiero tal cual sos» realmente significaba.

«Te quiero tal cual sos».

«Te quiero».

Y de verdad que quiso seguir besándola, pero no pudo evitar separarse de su boca cuando una lágrima le rozó el pulgar. Se encontró con un verde totalmente apagado y triste, con una mirada enrojecida repleta de desconfianza y frustración. El pecho se le cerró de repente ante la imagen y sencillamente no supo qué hacer. Golpeada desde mil ángulos distintos por miles de sensaciones que estaba sintiendo por verla así le impedían pensar con claridad. Porque Lara se había roto y ella, en consecuencia, un poco también. Porque quería protegerla, pero no sabía cómo.

Sin decir una sola palabra la castaña puso las manos sobre las suyas, que todavía seguían en su rostro, y unió sus labios en un único beso. Destemplado y vacío.

Segundos después abrió la puerta y se fue, dejándola con la mirada en la nada misma y con la amarga sensación de que con Lara, quizás, las cosas tampoco encajaban del todo bien.

***

Solo quiero saber cómo estás, Lara.

Por favor, contestame.

iró el celular y se llevó las manos a la cabeza, apoyándose en sus codos sobre la barra. Cerró los ojos y trató de controlar las lágrimas que de nuevo amenazaban con joderle el día y hacerlo menos llevadero. Era viernes y hacía desde el lunes que no la veía ni le respondía ninguno de sus mensajes o llamadas. No podía. No sabía qué decirle ni tampoco quería verla. Había ido al gimnasio en horarios que sabía que no estaría y simplemente hacía su rutina y volvía a casa, sin mirar ni hablar con nadie. Se limitaba solo a la compañía de Antoni y se dormía llorando, porque así de jodida estaba.

—Ey… —Una mano en su antebrazo le hizo abrir los ojos y salir de su escondite.

—Isa, no quiero hablar.

Por más que su amiga intentase todos los días saber qué le pasaba, no había abierto la boca al respecto y si bien la respetaba, no dejaba de intentarlo. Poniendo la mano en su hombro, mirándola con cariño o acomodándole un mechón de pelo detrás de la oreja. O un beso en la sien, como lo estaba haciendo en ese preciso momento. Los ojos se le volvieron a empañar ante el gesto, y las ganas de acurrucarse en un rincón a llorar hasta que duela la sucumbieron como una meta a corto plazo.

—Soy una idiota. Soy la más idiota de todas —dijo, antes de gruñir y secarse con bronca una lágrima que resbalaba por su mejilla. No quería que la vieran así y mucho menos en su trabajo. Eso era muy irresponsable de su parte así que se recompuso como por arte de magia, irguiendo la espalda con falsa decisión y suspirando con fuerza—. No quiero pasarme la hora de almuerzo llorando, así que me voy a mi mesa a comer algo. —Aunque sabía que no probaría casi bocado.

Y de la hora, ya llevaba veinte minutos revolviendo la comida en el plato, sentada a la mesa un poco alejada que siempre dejaban libre para los empleados, en una esquina del salón. Con la mirada fija en el tenedor que giraba sin sentido aparente y con el estómago revuelto como única compañía, el ruido de una silla arrastrándose delante de ella llamó su atención y levantó la mirada.

—Hola. —Y el azul de sus ojos le quitó la respiración.

De verdad. Su corazón se saltó un latido, creando un suspenso entremedio, para después arremeter con rapidez contra el pecho, golpeándole las costillas y sintiéndolo latir en la garganta. Por Dios, verla le recordaba lo mucho que la había extrañado y cuánto la necesitaba en su vida. Tanto que cuando le explotó delante de la cara no supo cómo manejarlo. Cuando vio a Mariano en su casa se sintió la persona más insignificante del mundo, aplastada bajo toneladas de inseguridad hundiéndola en el piso con el doble de fuerza que unos meses atrás.

«Cómo pude pensar que podría elegirme a mí antes que a él, antes que a cualquiera», fue lo primero que pensó cuando los vio y lo último cuando se fue.

—Hola —le respondió, agachando la cabeza porque esa mirada la estaba atravesando de lado a lado.

—¿Por qué desapareciste así, Lara? Me cansé de escribirte, de llamarte. Estaba realmente preocupada, ¿podemos hablar? —El tono que utilizó para decirle eso la hizo buscarla con la mirada. Fue como estar durmiendo durante horas en la más absoluta oscuridad y de repente abrir los ojos bajo pleno sol, enceguecida ante la incipiente claridad que tapaba su visión con una delgada capa blanca. Eso mismo sintió, pero en vez de claridad, lo que en ese momento la encegueció fue la impotencia y la bronca por el poder que esos ojos tenían sobre ella, un poder que la llevaría a decir cosas sin pensar, sin filtros activos y con la única intención de restarle puntos a esa mirada que no buscaba ganar batallas, sino comprenderlas. Inconscientemente estaba iniciando una guerra que solo terminaría siendo contra ella misma, aunque ahora no lo supiera.

—¿Hablar de qué? No te das cuenta de que no sé qué decirte, que no sé qué hacer para sacarte de mi cabeza —le dijo entre dientes, golpeándose repetidamente su sien con los dedos—. Que me muero por ser parte de tu vida, pero me muero un poco más cuando caigo en la realidad de lo poca cosa que soy, de lo imbécil que fui al pretender que no lo elijas a él. Después de veintiséis años encontré a alguien que no me mira raro… Pero está claro que no estoy a la altura. ¿De qué querés hablar? ¿De eso? No, Julia, no quiero hacerte sentir culpable de nada ni que me tengas lástima —lo soltó todo de una, casi sin respirar y fue por eso que necesitó inspirar con urgencia y soltar el aire de manera pausada.

Al instante sintió un terrible miedo apoderarse de ella al no saber las consecuencias de ese exabrupto, porque cuando Julia le preguntó si podían hablar su primera opción fue negarse hasta el cansancio y de repente estaba sufriendo un ataque de verborragia incapaz de controlar. Julia la miraba casi atónita, seguramente procesando su discurso.

—Yo no lo elegí a Mariano.

—Tampoco a mí —sentenció.

Se hizo un silencio que lo sintió hasta en las entrañas y que solo afirmaba lo que pensaba. Dejó de mirarla porque de verdad que le dolía y porque sus ganas de abrazarla la estaban haciendo sentir hasta descompuesta.

—No tengo que elegir a nadie, Lara, no se trata de eso. Claro que quiero estar con vos, pero siento que…

—No lo elegís a él, no me elegís a mí. No elegís a nadie, porque no estás de verdad ni con él ni conmigo ni con nadie. ¿Así es cómo funcionás?

—No digas eso… —lo dijo con un tono cansado, adornado con media sonrisa triste en la cara.

Mierda, cada vez le dolía más, porque quería acercarse, quería arreglar las cosas, pero su inseguridad y el capricho a colación de escucharla decir que solo quería estar con ella lo único que lograba, al parecer, era lo contrario.

—Para no querer estar con él lo mirás como si fuese tu familia entera. —Y se arrepintió al segundo de haberlo dicho, porque seguía empeorando las cosas.

—¿Cómo?

—El día que fue Lucía al gimnasio con Nacho los vi. Tu hijo jugando con Mariano y vos mirándolos como si fuese lo puto mejor del mundo, Julia.

—Lara, estás llevando la conversación a cualquier parte. Yo no miro de ninguna forma a Mariano y si veía la escena era nada más que por mi hijo, porque verlo feliz me hace feliz a mí. —Trató de explicarle y eso tenía todo el sentido del mundo.

Una idiota, así se sentía. Pero su cabeza no le daba tregua y cuando un poquito de cordura asomaba por alguna esquina de sus sesos era cuando más masoquista su cerebro se volvía, porque el recuerdo de Mariano saliendo de su casa volvía a revolverle el estómago y la llenaba de ira, dejando su sentido común fuera de juego. Comenzó a mover la pierna de manera compulsiva, sintiendo los nervios picotearla por dentro y con una acuciante necesidad de salir corriendo.

—Ese día te busqué, quería presentarte a Nacho, pero cuando…

—Y te hace tan feliz que Mariano haga feliz a tu hijo, que se lo agradeciste acostándote con él —la interrumpió usando un tono irónico, rozando la burla y sin escucharla.

—No me acosté con él, ya te lo dije. Y también te dije que hace bastante dejé de hacerlo —le susurró, con el rostro endurecido e inclinándose hacia ella por encima de la mesa—. Fue a casa a poner un soporte para una bolsa de boxeo que me compré. No te voy a negar que intentó acercarse,

que pasara algo, pero… —Suspiró, dejándose caer contra el respaldar de la silla y mirando hacia el techo—. Pero no pasó nada, Lara, no pude… ¿Es que no te das cuenta…?

—No me des explicaciones.

—Entonces no las pidas.

Se rio forzadamente porque no encontraba otra forma de reaccionar ante eso. La simpleza con la que Julia planteaba la charla o le respondía la dejaba siempre con una sensación de no estar a la altura. Le daba bronca, porque cuanto más simple Julia lo veía, más complicado era para ella.

—Tu problema no es Mariano, Lara. Por favor, date cuenta. Estamos perdiendo el tiempo hablando de cosas que no importan.

—¿Por qué te metiste en mi vida? ¿Por qué te acostaste conmigo si sabías cómo eran las cosas? —le preguntó, ignorando por completo lo que decía.

—¿Cómo eran las cosas? Explicame.

—No me jodas, Julia. Sabés mi historia y sabés lo que significó todo esto para mí.

—Por supuesto que lo sé y creeme que me comí la cabeza la noche anterior a nuestro almuerzo porque sabía lo que probablemente pasaría. Sentía que todo me quedaba grande. Pero también es cierto que no te obligué a nada. —Otra vez la asquerosa sensación de sentirse en desventaja en esa discusión. Corrió el plato a un lado y tomó un poco de su gaseosa, haciendo un esfuerzo sobrehumano para que el líquido le pasara por la garganta—. No entiendo esta conversación, te lo juro. ¿No podemos simplemente dejar que las cosas fluyan? —le preguntó Julia, bajando su tono a uno más dulce y amigable.

Fue entonces cuando vio ante sí la oportunidad de arreglar las cosas, de volver a tenerla de la manera que fuese, de no perderla. De despertarse abrazada a ella con la esperanza de un futuro juntas. Pero lo que dijo a continuación la sacó de todo eje.

—Todo esto me confirma que necesitás abrirte a la posibilidad de conocer gente que te vea más allá de la barrera que vos misma ponés.

—No, por favor, Julia. No. —Acompañó la frase negando con la cabeza y levantando ambas manos, en gesto de que pare.

—A veces sufrimos más con lo que imaginamos que con la realidad…

—Otra vez con eso no, por favor… —la interrumpió, negándose a escuchar.

—¿Acaso no pensás lo fácil que sería para mí seguir con esto, sin importarme cómo te sentís? Acostarnos una, dos o mil veces por semana, sabiendo que estás esperando que eso pase para sentirte aceptada, pero que después seguís sintiéndote menos. ¿Te pensás que no lo veo? —le preguntó, acercándose de nuevo por encima de la mesa mientras hablaba—. Hace cuatro días atrás me preguntaste si yo quería que fueses hombre o mujer, Lara —le recordó, con los ojos algo enrojecidos ante el discurso.

El nudo en la garganta era tan potente que le pinchaba por dentro como agujas. Cuando una lágrima caliente rodó por su mejilla la mano de Julia fue automáticamente a su rostro para secarla con el pulgar. Esa caricia le quemó y por puro reflejo se alejó de su tacto. Suspiró hondo porque no quería llorar, no ahí, en su lugar de trabajo y no en ese momento, frente a Julia.

— No termino de entender que me mandes a coger con otra, como si todo se tratase de sexo…

—No —la interrumpió enseguida, sin darle tiempo a seguir—. No quiero que… —La vio arrugar la nariz y pasar la mano por su pelo llevándolo hacia atrás—. Necesitás ganar confianza en tu persona, Lara. El sexo es solo una consecuencia de todo eso.

—¿Y ni siquiera un poco te jode? —Tuvo que preguntarle, porque necesitaba saberlo.

—No importa si me jode o no. Tengo a un golpeador que posiblemente esté intentando acercarse

a mi hermana de nuevo y un hijo que criar. Vivo nerviosa todo el día y creeme que estar así y verte así me pone peor, no tenés idea lo que… —Quiso seguir, pero se frenó, girando su rostro hacia la pared y pestañeando rápidamente, como intentando contener las lágrimas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que jamás se había detenido a pensar en sus problemas, en que ella también tenía una vida y que no la estaba pasando bien.

—Julia, explicame por favor qué tiene de grave que quiera estar solamente con vos.

—No tendría nada de grave si fuese solo eso, pero sí es grave cuando estar conmigo o no va de la mano de tu confianza en vos misma. Me parte al medio eso, pero no se trata de mí, Lara, ni de lo que yo sienta, eso no importa.

—No es así y no te entiendo. ¿Cuál es el problema? ¿Tu edad? Me importa una mierda tu edad. ¿Tu complicada vida? Explicame.

—El problema es que tu seguridad gira en torno a mí y no quiero eso. Podés entenderlo o no, podés odiarme, mandarme a la mierda o creer que lo hago porque es la salida más fácil.

—No, Julia, por favor…

—Lara… —La voz se le quebró y volvió a mirar hacia la pared, tragando con dificultad y poniéndose visiblemente nerviosa.

—Julia… —Las palmas de las manos le sudaban y los dedos casi le dolían por querer acariciarla, por hacerle desaparecer esa mirada que ahora tenía. Quería ese azul que la calmaba, que la hacía sentirse plena, segura. Sentía que la perdía a ella y a todas sus esperanzas de una vida distinta—. Dejame intentarlo al lado tuyo —insistió, volviendo a ignorar sus palabras, con un hilo de esperanza en la voz y con todo el interior a punto de romperse en mil pedazos. Se moría por escucharla decir que nunca la dejaría, que siempre estaría con ella. Pero por la cabeza de Julia pasaba otra cosa.

—Dejemos que las cosas fluyan, ¿sí? A lo mejor solo necesitamos un tiempo muerto. Acomodar mi vida y que puedas hacer lo mismo con la tuya. Está siendo terriblemente difícil para mí decirte esto, no tenés idea de cuánto, Lara… —La miró cuando escuchó su voz quebrarse y esa mirada le estaba diciendo cosas que en ese momento le costaba leer, pero que más adelante entendería.

Clavó los ojos en su azul preferido y pudo sentir cómo algo se quebraba en su interior, en ese momento podría jurar que lo sintió romperse, dejándola sin fuerzas para más y con la necesidad de dormir hasta que dejase de doler. Por dentro y por fuera, porque por dentro todo su organismo estaba afiebrado y aletargado, con la convicción de que su cuerpo era el culpable de todo, porque si fuese normal eso no estaría pasando. Por fuera, porque temblaba como una hoja y su cercanía la estaba lastimando.

—Andate, Julia —le pidió con la voz atascada en la garganta.

—Lara, por favor.

—Andate —insistió, desviando la mirada lejos de ella, con esa desesperación de mierda por pedirle que se vaya, pero que se quede a la vez, que no le hiciera caso.

Pero de nuevo, mientras más fácil Julia lo hacía, más difícil para ella. La oyó suspirar y mirarla durante varios segundos antes de levantarse y caminar en dirección a la puerta. Su perfume se le metió hasta en los huesos y el corazón le dio un vuelco cuando su silueta se perdió detrás del vidrio. Se quedó ahí unos instantes, mirando a la nada y con la angustia de haberla perdido. Todo a su alrededor había desaparecido y en reemplazo podía ver escenas de ellas dos juntas; de Julia arrugando su nariz cuando algo le molestaba o delineando su rostro con la punta de los dedos. De Julia enseñándole a bailar tango o de cómo dar un golpe certero. De mil caricias por encima y por debajo de la ropa. Del sabor dulce que tenían sus besos y de su blanca piel. De su cuerpo. De su risa.

De sus ojos.

Se levantó arrastrando la silla hacia atrás y corrió hacia la puerta. La cruzó sin mirar a nadie y cuando estuvo afuera la buscó desesperada, encontrándola justo subiendo al auto. En una milésima de segundo su cuerpo reaccionó y sus piernas volvieron a activarse, corriendo hacia ella y abriendo la puerta del lado del acompañante para meterse adentro, con la respiración acelerada y el corazón en una mano.

—Puedo seguir con mi vida sin vos. No voy a morirme por no tenerte cerca, a pesar de que en este momento crea que sí. Seguramente siga yendo al gimnasio solo para verte, aunque no sea lo más sano para mí. Pero lo voy a superar y sé que va a llegar el día en el que verte no me duela.

—Lara… —Intentó hablar, pero la frenó.

—Puedo con todo eso, pero ¿sabés cuál es el problema? Que no quiero. No te quiero fuera de mi vida, Julia. No —le aseguró, acompañando el gesto con un movimiento de cabeza.

—No lo hagas más difícil, te lo suplico.

—¿Es por Mariano? —le preguntó, clavándole la mirada y tragándose como podía el silencio que siguió—. Es por Mariano —afirmó, expulsando el aire por la boca mientras sonreía y negaba con la cabeza.

—Bajate Lara, no entendés nada…

—Entiendo todo.

—¡No! ¡No entendés nada! —gritó, golpeando con fuerza el volante del auto. Le siguieron segundos de otro brutal silencio ensordecedor, repiqueteando en el aire el eco del gesto—. Que te deje ir no significa que no te quiera, ¡¿no te das cuenta?! ¡¿Tan poco se me nota lo mucho que me importás?! —No dijo nada, tan solo pudo contener la respiración y tragar con dificultad—. Hace meses que Mariano ya no me interesa porque no dejo de pensar en vos, ¡y sí! ¡Me jode! ¡Me jode muchísimo y me parte al medio imaginarte con otra mujer! —le confesó, mirando hacia adelante y dejando caer la cabeza en el asiento. La vio cerrar los ojos y suspirar, para después volver a mirarla —. La noche que te pedí que te quedaras… Cuando me desperté y estabas durmiendo al lado mío fue… No quería que terminara nunca. ¿Sabés hace cuánto tiempo que no me sentía así? —le preguntó, sin darle tiempo a responder aunque seguramente nada podría haberle dicho—. Y me rompí junto con vos contra la puerta de casa porque no puedo verte mal, porque me importa lo que te pasa, Lara… No es sano todo esto.

Silencio. Solo podía escucharse el sonido de sus respiraciones y el bullicio de la calle y de los autos pasar.

—Solo dejame hacerte una pregunta, ¿sí? —le pidió Julia.

—Sí —accedió, mirándola con todo el organismo en suspenso.

—En el bar dijiste que después de veintiséis años encontraste a alguien que no te mira raro… Con total sinceridad Lara, decime, ¿te aferrás a mí porque me querés o porque me ves como tu única oportunidad de ser aceptada por alguien?

La pregunta quedó flotando en el aire durante varios segundos, envuelta en un profundo silencio que no podía romper. ¿Se había enamorado de Julia o era simplemente una persona desesperada por no volver a estar sola? ¿Se veía capaz de conocer a alguien nuevo y entregarse como lo hizo con ella? ¿Estaba preparada? ¿Realmente había empezado a cambiar la forma en que se veía o solamente lo hacía cuando estaba con ella? Y si al final solo era capaz de desnudarse delante de Julia, ¿qué hacía entonces si la perdía?

Abrió la boca para decir algo, pero se quedó en el intento y con los labios entreabiertos, mirándola confusa y con la cabeza llena de una bruma espesa que no la dejaba pensar con claridad. La impotencia por no encontrar las palabras y por sentirse otra vez sobrepasada en la conversación

la llenó de ira y de la más peligrosa frustración. Porque el enojo, y más cuando es hacia uno mismo, lleva siempre a decir cosas que no se quieren decir y a actuar sin pensar, castigándonos por no saber de qué otra forma resolverlo.

—No me creo tu postura desinteresada ni valiente, ¿sabés? Creo que te importa todo una mierda, que no sabés cómo hacer para terminar con algo que siempre fue un juego. Te llamó la atención mi historia de vida, ¿no? Mi vergüenza de mirarte a los ojos y cómo me ponía cuando te acercabas… Pero en el fondo pensás igual que Nicolás. —Se rio y podía notar cómo la sangre le hervía por dentro, cómo la furia que sentía por perderla la estaba haciendo decir cosas que, más adelante, se daría cuenta que no pensaba. Pero ahora no era más adelante, y ahora volvía a odiar al mundo entero tal y como siempre lo hizo, con la diferencia de que esta vez tenía delante a alguien más a quien culpar. Justo a quien menos se lo merecía—. Todo se te fue de las manos y ahora me querés vender a una Julia preocupada por mí. —Volvió a reírse—. Todo esto solo se trata de vos, porque sos una persona tremendamente egoísta, que solo quiere que me acueste con otras personas para poder hacer lo mismo sin sentirse culpable.

En ese mismo segundo, en ese preciso instante, pudo ver cómo el azul de sus ojos cambiaba y cómo su mirada preferida se moría, acunando unas lágrimas que sabía estaba luchando por ocultar. Quizás se había pasado un poco, pero su ilógica necesidad de lastimarla seguía latente, un «si a mí me duele quiero que a vos también», sin recordar que a Julia ya le dolía y sin darse cuenta de que cada palabra que decía las alejaba todavía más.

—Hacelo. Cogé con quien quieras que yo no te voy a molestar más. ¿Querés que esté con otra mujer? No te preocupes, tus deseos son órdenes. —Y con esa última frase abrió la puerta del auto y se bajó, caminando decidida y a paso firme hacia el bar.

Julia no la frenó, ni la llamó, ni la buscó. No bajó de su auto desesperada ante la posibilidad de perderla ni la abrazó para impedirle que se fuera. Julia no interrumpió su discurso para decirle que estaba equivocada ni su momento de película existió, porque el sol calaba hasta los huesos y no había lluvia que cayera sobre ellas mientras ambas se besaban enamoradas. Julia no le pidió que se olvidase de todo y empezaran de cero, un borrón y cuenta nueva.

No.

Julia arrancó su auto y se fue.

Así que no tuvo más opción que abrir la puerta del bar y caminar al baño, sumergida en la más profunda decepción y con muchas ganas de demostrarle al mundo entero que ella podía. Que se quería. Que las miradas interrogantes podían irse bien a la mierda. Se lavaría la cara, se acomodaría el pelo y saldría a vivir la vida.

—¿Estás bien? —le preguntó alguien a sus espaldas, a la vez que sentía una cálida mano apoyarse en uno de sus hombros.

—No —respondió, encontrándose con la mirada de Lucrecia a través del espejo.

# 15. Pasado

Se bajó dando un portazo cargado de realidad y con una gigantesca necesidad de respirar aire puro, porque tenía la sensación de estar ahogándose dentro del auto. Al prender el sexto cigarrillo del día la mayor de las contradicciones se le hizo presente cuando su ansiedad por respirar aire puro la llevó a llenarse los pulmones de humo. Increíble. Le resultó tragicómico y soltó una carcajada antes de darle una pitada y apoyarse de espaldas contra la puerta del auto. Con un brazo doblado sobre el estómago y el otro, el que sostenía el cigarrillo, apoyado con el codo sobre él, fumaba y expulsaba el humo delante de sus ojos dedicándose a mirar cómo desaparecía y volvía a aparecer después de otra pitada. Y mientras ella consumía el cigarrillo, el nerviosismo la consumía a ella. Y mientras más nerviosa, más fumaba. Y mientras más fumaba más necesitaba seguir haciéndolo. Un claro círculo vicioso que no la llevaba a nada más que a hacerse daño a sí misma, pero le importaba una mierda, porque peor no podía sentirse.

Se había visto desbordada en medio de la discusión con Lara dentro del auto y terminó diciendo cosas que a lo mejor se debería haber guardado, porque no quería condicionarla ni hacerlo todo más difícil. Pero hacía varios días que ya no le veía sentido el seguir negando la firmeza de sus sentimientos y cómo esa chica había cambiado su vida en tan solo unos meses.

Enamorada a sus cuarenta años de una mujer de veintiséis. Qué jodida estaba. Jodida y destrozada, con mil pedacitos de ella misma desparramados por doquier. Los miraba con profunda tristeza y con unas terribles ganas de juntarlos uno a uno y tratar de rearmarlo todo, pero sabía que no era el momento ni la forma de hacer las cosas. Aunque doliese. Aunque las lágrimas no dejasen de resbalar por sus mejillas, una detrás de la otra, como había sido casi todo el día. Aunque los miles de «te amo» le revoloteasen alrededor de la cara y si cerraba los ojos para no verlos, se le metían por los párpados y todo se volvía el doble de gigante y el triple de doloroso.

Jamás pensó que todo terminaría de esa forma, pero lo aceptó, como se acepta lo que no se puede cambiar. Un mantra inamovible en su vida y que a veces le parecía bastante repulsivo, pero lo seguía aplicando a diestra y siniestra, sin excepciones a la regla. Estaba convencida de que era lo mejor para Lara y quizás ahora no lo entendiese, pero confiaba que a la larga sí. Tampoco sabía hasta qué punto ella estaba segura al lado suyo y era una idea que varias veces se le pasaba por la cabeza. Las amenazas de Esteban por vengarse antes de ir a prisión eran algo que la perseguían hasta en sueños. Eso no podía seguir así, pero confiaba en su padre y en que pudiera hacer algo que fuese más allá de una orden de alejamiento, porque jamás volvería a vivir en paz sabiendo que estaba libre, en la misma ciudad que ellas y con la sensación de que las perseguía a dónde fuesen. A ella por venganza y a su hermana por obsesión.

Hasta el último día de su condena pidió internamente algún tipo de justicia divina, alguien que le devolviera a Esteban cada golpe que había recibido Martina de sus manos. Que sufriera, que pidiera perdón, que suplicara que se detuvieran. Que los ojos se le cargasen de temor ante un puño cerrado o un cuchillo afilado. Que fuese tanto su miedo que ante la sola cercanía de alguien encogiese los hombros y agachase la cabeza, totalmente sumiso y entregado a la acción del otro, sabiendo que nada podría hacer para evitarlo. Que esperase temblando el inevitable primer impacto y rogase desesperadamente que el dolor pase rápido, que los moretones desaparezcan y nadie preguntase qué

pasaba, porque la humillación sería tan grande que no sabría cómo enfrentarla, porque cargaría con la sensación de que contar eso sería peor y hasta mortal. Entonces guardaría silencio, siempre. Con la oculta esperanza de que todo cambiase mientras su cabeza trataría de idear una manera de escapar sin que fuese su sentencia de muerte. Que viviese con miedo y se quedase paralizado ante la vida, como lo había hecho su hermana durante tantos años.

Pero la justicia divina no existe y la vida no es como la cuentan las películas, por eso ahí estaba, cargando ella misma con el miedo que tanto le deseaba al otro, como si alguien se le estuviese riendo en la puta cara.

Pisó el cigarrillo contra el cemento de la calle mientras expulsaba la última pitada y ponía la alarma del auto, camino a la entrada de la casa de Martina y con unas ganas particulares de abrazarla. La había invitado a cenar ya que Lautaro había tenido que salir de urgencia ante una complicación con uno de sus pacientes, y su hermana le envió un mensaje preguntándole si no quería aprovechar el guiso de lentejas que había preparado con sus propias manos, lo cual no dudó ni medio segundo en aceptar. Primero, porque Martina era una excelente cocinera y segundo, porque su compañía seguro la hacía sentir un poco mejor. A Nacho lo había dejado en su práctica de fútbol, pero el club había organizado una «hamburgueseada» para después del entrenamiento, así que ese plan le vino como anillo al dedo.

—Si no fuese porque hoy tengo ganas de que me convides un cigarrillo, me pondría en densa y te pediría que tires el paquete y dejes ese vicio de porquería. —Arrancó su hermana a decir después de abrazarla—. Odio que después de tantos años estés fumando de nuevo.

—Tranquila, está controlado —le respondió, con una sensación de no estar siendo completamente sincera. Dejó la cartera sobre el sofá del *living* y la siguió hasta la cocina, justo cuando estaba controlando la cena—. ¡Qué rico olorcito a comida casera! —le dijo mientras tomaba asiento en una de las sillas altas junto a la barra de madera.

—No necesito ayuda, no te vayas a estresar —ironizó su hermana al verla cómodamente sentada.

—Sabés que me gusta que me atiendas y más cuando sé lo mucho que te jode. —Levantó ambas cejas mirándola muy sonriente cuando Martina se dio la vuelta para observarla con indignación.

—Destapá un vino y serví un par de copas, faltan unos minutos —le ordenó y tuvo la sensación de que no había opción a réplica.

Se levantó con desgana después de poner los ojos en blanco y completamente fastidiada de que le jodieran el plan de ser atendida como una reina.

—¿Qué pasó con el paciente de Lautaro? —le preguntó mientras empezaba a descorchar la botella.

—Complicaciones esperadas después de una cirugía, ya sabés, el corazón no es un músculo fácil. Es una criatura, apenas diez años…

Suspiró ante eso. Su hermana tenía una particular sensibilidad hacia los niños y los adoraba. A veces la ponía un poco triste porque por más que sonriera ella sabía que a menudo las cosas por dentro eran distintas. Matices en sus expresiones que su hermana utilizaba para disimular, pero que quedaban claras cada vez que se relacionaba con Ignacio. Su sobrino había sido su perdición y su sanación, un batido de sentimientos encontrados y profundamente contradictorios, pero que la habían ayudado de manera colateral a seguir adelante. Tal y como le pasó a ella, pero por motivos distintos.

—Brindemos porque todo salga bien —le dijo mientras servía un poco de vino en las copas. Le dio una a su hermana y tomaron el primer trago en silencio, cada una metida en sus propios pensamientos.

—¿Qué tal Lucía? Parece que la historieta con Gustavo va sobre ruedas —le dijo sonriendo, mientras dejaba su copa sobre la mesada y sacaba unos platos.

—Todavía no lo puedo creer. Ya van como cinco polvos seguidos y no se aburre —señaló, haciendo reír a su hermana quien ahora apagaba la cocina.

—¿Y cuántos polvos llevás con Lara? —Fue instantáneo que una horrible puntada en el pecho se hiciera presente al escuchar su nombre.

Su cara, sumada a la falta de respuesta, debieron haber sido claras señales de que no tenía intenciones de ahondar en ese tema. Pero a Martina le gustaba charlar sobre su vida y más cuando eran temas de los cuales ella no quería hablar. Esa chica de respeto, cero. Aunque debía reconocer que nueve de diez veces se lo agradecía, en el fondo, en silencio y para ella misma, claro.

—No los conté —resumió—. Hablando de Lucía, me dijo que te guardes el fin de semana que viene para salir las tres a tomar algo —le comentó tratando de desviar el rumbo de la charla. Sería algo temporal, lo sabía, pero quería al menos ganar tiempo para ponerlo en palabras y que se volviese real. A lo mejor, lo que tardase en hablarlo podría ser inversamente proporcional a la tristeza que le produciría eso. Un razonamiento completamente carente de toda lógica y que solo le recordaba lo mucho que la castaña se le había metido dentro.

Levantó la vista y la vio negar con la cabeza mientras servía la comida en ambos platos, lo que le dio a entender que ese desvío en la conversación iba a ser muy temporal y por ende mayor su tristeza.

—Vamos para la mesa del *living* —le pidió mientras pasaba por su lado.

Se limitó a seguirla sin chistar, porque a veces ponerse en plan sumisa y mirarla con ojitos de lástima la había ayudado a terminar charlando de cualquier cosa menos de su vida, y en ese momento le vendría mucho mejor.

—¿Cómo va todo con Lautaro? —le preguntó, llevándose un poco de guiso a la boca y haciendo un sonido de agrado al saborearlo—. Riquísimo.

—Bien, la verdad es que bien. Pensé que la convivencia iba a ser complicada, pero no —reconoció, con una sonrisa asomando en sus labios—. Con él puedo ser yo misma y eso me hace feliz, no necesito más. —Se encogió de hombros en un gesto relajado y sin perder esa sonrisa.

Agarró la copa de vino y tomó un sorbo mientras pensaba lo importante que era para ella escucharla hablar así. Uno de los mayores temores que siempre había tenido era que su hermana no fuese capaz de reconstruir su vida y quedase abstraída en ese mundo violento al que había pertenecido durante un tiempo. Atormentada, temerosa y mirando siempre hacia atrás por sobre su hombro. Recordaba lo reacia que se había vuelto al contacto físico, lo mucho que la sobresaltaba que elevasen la voz y el respingo que por inercia daba su cuerpo cuando la tocaban.

Martina amaba a Esteban, tanto que volvía a confiar en él una y otra vez. Y cuando además del cuerpo rompen también la confianza, volver a recuperarla para algunos puede llegar a ser, incluso, hasta imposible. Por suerte y gracias a miles de abrazos, Martina pudo salir adelante. Su hermana lo había logrado.

—Yo tampoco necesitaría nada más si todos los días me cocinaran así, te juro. —Intentó bromear, porque pensar en todo eso la había emocionado un poco y cuando sintió un asomo de nudo empezar a formarse en la garganta decidió usar el humor como vía de escape. Y desviar la mirada, por supuesto, porque su hermana podía leerla como a un libro abierto.

—Me encantaría que dejases de pensar siempre en los demás y te ocuparas un poco de lo que necesitás —comenzó a decir y al instante todo su cuerpo se tensionó, sabiendo lo que vendría a

continuación—. Ojalá pudiera mirarte y saber que estás bien. Como lo está Nacho, como lo estoy yo, los viejos, los amigos…

—Pará, no sigas. Entiendo para dónde vas y en serio que no quiero hablar de eso, Tina.

—¿Qué pasa con Mariano?

—Nada pasa —reconoció, girando su copa de vino y mirando el líquido revolverse dentro—. En algún momento pensé que sí, pero después… —Suspiró sonoramente, dando otro sorbo a su vino.

—Pero después, Lara.

Escuchar eso tan fuerte y claro hizo que el vino lo sintiera pasar caliente por la garganta y comenzara a picarle a su paso. Carraspeó y se recostó sobre el respaldo de la silla, mirando fijamente a su hermana en un duelo que ya había perdido sin haber empezado. Porque negar eso carecía de todo sentido.

—Pero después, Lara —afirmó. Una leve sonrisa asomó en los labios de Martina y un brillo en sus ojos la obligó a aclarar un poco la situación—. Pero se terminó, lo que sea que hayamos tenido.

—¿Por qué? —preguntó su hermana, asombrada.

—Porque todo es complicado. Primero, le llevo catorce años, Tina. —Se apuró a seguir cuando la vio abrir la boca para opinar sobre eso con un claro gesto de fastidio—. Segundo, ahora mismo, con Esteban suelto siento que conmigo nadie está seguro. Además, las cosas para ella no son fáciles y necesita tiempo para acomodar algunas cosas de su vida, y créeme que esto último es lo más importante.

—Claro, cómo no lo sospeché. Lo más importante es lo que le pase al otro —ironizó su hermana, clavándole la mirada por encima de su copa de vino. Porque Martina decía las cosas de frente y mirándote a los ojos—. ¿Creés que no pudiste protegerme? Está bien, nada va a hacerte cambiar de opinión así te digan mil veces que no es así. Pero está bien —repitió, levantando las manos a modo de rendición—. Pero, por favor, no quieras arreglar eso queriendo proteger a los que te rodean, porque no funciona así. No podés impedir que la gente que te importa se equivoque, sufra, llore y se dé la cabeza contra la pared.

—Ya sé. Simplemente no es nuestro momento con Lara, nada más —dijo, cerrando el tema con esa frase y queriendo no pensar en todo lo que había dicho Martina.

La escuchó suspirar y dejó caer sus hombros, completamente frustrada ante la conversación.

El resto de la cena por suerte había transcurrido de forma amena. Venían teniendo una sobremesa de lo más interesante, donde Martina le había contado un poco sobre su trabajo, las cirugías que se le venían y del polvo que se había echado con Lautaro en la sala de descanso del hospital.

—¡Qué hija de puta! —exclamó ante eso—. Me imagino la adrenalina del momento, aunque debe ser común eso en los hospitales, ¿no?

—No sé si común, pero… —Levantó ambas cejas y se encogió de hombros—. Le tengo ganas a la sala de resonancia —le confesó, terminando los restos de su vino y mirándola divertida.

—Jodida fetichista de lugares prohibidos —le dijo entre risas—. A veces me pregunto si Lucía alguna vez habrá usado la oficina —pensó en voz alta, frotándose la barbilla con el dedo índice y pulgar—. Cuando me imagino su culo sobre la mesada de la cocina lo pienso dos veces antes de apoyar mis medialunas —confesó, sacudiendo los hombros al sentir un escalofrío ante las imágenes que su cabeza reproducía.

—¿Pero tenés alguna duda? —le preguntó Martina entre carcajadas al notar su cara de espanto.

—Basta. Dejame vivir en la ignorancia —le pidió, riéndose también y sintiéndose totalmente relajada.

El sonido de un mensaje en el celular de su hermana interrumpió la charla.

—Es Lautaro, en diez minutos sale para acá —le contó y pudo notar ese brillo particular en su mirada que tan bien le hacía verlo.

—Bueno, me voy entonces. Seguro que tanto hablar de sexo en lugares prohibidos te puso caliente —le dijo antes de terminar su vino de un trago y levantarse de la silla—. Yo me voy a buscar a Nacho y a dormir sola mientras tenés sexo desenfrenado con tu novio, así que no te merecés que te ayude a limpiar —resolvió, llevándose un manotazo en el hombro por parte de Martina.

—Te vas a dormir sola porque querés. —Le guiñó un ojo y caminó hacia la puerta.

La vio girar la llave y abrirla, sintiendo automáticamente el aire que venía de afuera. En ese barrio con tanto espacio verde las noches eran más frescas incluso en pleno verano, y cada vez que la visitaba en su cabeza volvía a aparecer la idea de empezar un proyecto para construirse una casa para ella, de fin de semana, donde poder relajarse en el silencio y la tranquilidad de ese barrio cuando necesitase escapar de sus lugares comunes. Quién sabe, a lo mejor algún día.

—La próxima vengo con Nacho y hacemos algo a la parrilla, en el jardín —le dijo con el mentón apoyado en su hombro mientras la abrazaba fuerte. Sentía los brazos de su hermana rodeándola por la cintura y la palma de su mano acariciarle la espalda.

—Todos los planes que incluyan a Nacho son de mis preferidos. Es más, podés quedarte en tu casa y mandarlo solamente a él —le dijo la muy idiota y ella sonrió disfrutando del momento.

Pero algo pasó, porque de repente el cuerpo de Martina se volvió completamente rígido, sus caricias en la espalda se congelaron y pudo sentir los fuertes latidos del corazón de su hermana contra su propio pecho. Se alejó un poco de ella sin soltarla del todo, solo lo justo para poder mirarla a la cara y el gesto que le vio la preocupó de manera alarmante.

—¿Qué pasa, Martina? —le preguntó, sintiéndose absolutamente estúpida, porque solo bastaba con seguir la dirección de su mirada para descubrir lo que jamás hubiese querido.

Deslizó las manos hasta los antebrazos de su hermana y giró su cuerpo de cintura para arriba, sintiendo el momento transcurrir a cámara lenta, y terminó encontrándose con esa mirada que automáticamente le heló la sangre y le paró el corazón en seco. Por puro acto reflejo terminó de girar su cuerpo completamente, dándole la espalda a Martina y enfrentándose al segundo peor momento de su vida.

Dio dos pasos rápidos hacia atrás llevándose con ella a su hermana y con su mano izquierda intentó cerrar la puerta, pero fue inútil. Completa y desgarradoramente inútil. Y tarde, por segunda vez.

—Esto es fácil. Un solo grito y las mato a las dos, ¿está claro?

Su voz.

Alguna vez creyó que jamás volvería a escucharla.

Aquellas palabras se le metieron por los oídos y sonaron tan fuerte dentro de su cabeza, que una intensísima puntada justo en la base le produjo un escalofrío muy potente por todo el cuerpo, tanto que esa casa le pareció estar a diez grados bajo cero.

Esteban les apuntaba con un arma y su pulso estaba totalmente firme, su mirada segura y su voz no había temblado ni un poco. Había dado dos pasos dentro de la casa y cerrado la puerta detrás de él con la mano que no sostenía el arma.

Ninguna de las dos decía nada. Ella seguía dándole la espalda a Martina, tratando de cubrirla de la posible línea de fuego y pensando en que todo volvía a repetirse, una vez más. Aunque solo podía sentir ese intenso frío, distinto al que uno está acostumbrado, su cuerpo no temblaba y no podía sentir una gota de nerviosismo. Las grandes dosis de adrenalina que debía tener en ese momento

hacían que sus músculos estén sumamente tensos y expectantes, en alerta y con los cinco sentidos absorbiendo todo a su alrededor. Sentía el estómago con un vacío que le daba la sensación de tenerlo flotando dentro del cuerpo y los latidos de su corazón de repente se habían ralentizado, de tal forma que le resultaban hasta casi imperceptibles. Pero, sin embargo, un inmenso terror le corría por las venas.

—Martina, sentate en el sillón. Calladita la boca, no digas una sola palabra, ¿me entendiste? —le dijo, mirándola con furia y apuntándole con el arma. Su tono se había elevado pero su pulso seguía firme y su voz inquebrantable. Se veía decidido, pero ellas todavía no sabían a qué.

«Por favor Lautaro, aparecé ya», era todo lo que se repetía en bucle dentro de su cabeza.

Percibió a su hermana separarse de su cuerpo y cuando por instinto se giró para impedirlo, sintió cómo Esteban la tomaba fuertemente del pelo y tiraba hacia atrás, obligándola a retroceder un par de pasos. Fue entonces cuando sintió su cuerpo pegado a la espalda y esa casa de repente se volvía más fría, tanto como el cañón de la pistola apoyada en su sien. No pudo evitar soltar un quejido ante el agarre y llevar la mano a la muñeca de Esteban, lo que producía que tirase más de su pelo y el dolor se duplicara.

—Quedate quieta, Julia —le dijo con voz firme muy cerca del oído.

Esa frase, junto con la sensación que le produjo su aliento al chocar contra su piel, le trajo automáticamente los más espeluznantes y dolorosos recuerdos a su mente, haciendo que cerrara con fuerza los ojos en un vano intento por apartarlos. Unos recuerdos que creía encerrados bajo cientos de candados que en ese momento reventaban delante de ella, volando por los aires y desparramando imágenes que se le clavaban en el centro del pecho.

Cómo si de una película se tratase, su vida retrocedió años atrás y se vio sumergida en el pasado.

Era de noche y había ido al departamento de Martina con la firme decisión de sacarla de ahí y llevársela con ella, pero cuando la puerta se abrió y vio a Esteban sonreírle de esa forma e invitándola amablemente a pasar, supo que las cosas no iban a salir cómo esperaba.

—¿Dónde está Martina? —le preguntó sin siquiera saludarlo, avanzando por el *living*.

—Está descansando, no se sentía bien. —Escuchó a sus espaldas y el tono que había usado para decir eso le prendió las primeras alarmas.

Se giró por instinto y observó su mirada enrojecida y llena de algo que no supo identificar pero que la impulsó a avanzar por el *living* en dirección a la habitación.

—Necesito hablar con ella —le informó mientras caminaba a paso rápido hacia la puerta cerrada. No llegó al picaporte cuando la mano de Esteban la agarró por uno de los brazos obligándola a frenar su avance. Tironeó de ella y la hizo retroceder hasta que ambos quedaron cara a cara, muy cerca.

—Te dije que está descansando. —Inmediatamente pudo sentir el olor a alcohol impregnado en su aliento y el miedo comenzó a correrle por las venas junto con la creciente necesidad de abrir esa puerta.

De un movimiento se soltó de su agarre, clavándole una mirada amenazadora y sin perder un segundo se giró y abrió la puerta de la habitación. Se encontró con su hermana medio de costado sobre la cama y algo le dijo que no estaba precisamente descansando. Casi que corrió la distancia que la separaba de ella y se arrodilló al borde de la cama, apoyando una de las manos sobre el hombro de su hermana.

—Martina —la llamó, moviéndola levemente para no sobresaltarla si es que realmente estaba dormida, pero no respondió ni se movió. Tampoco le vio ninguna intención de abrir los ojos y era

como si no la hubiese escuchado—. Martina —insistió, esta vez empujando con más ímpetu su hombro.

Al ver que seguía sin reaccionar giró su cuerpo, y cuando el lado del rostro que estaba apoyado sobre la almohada quedó al descubierto, la vista se le nubló por las repentinas lágrimas que empezaron a brotar de sus ojos al ver su párpado completamente inflamado y su labio partido, con un hilo de sangre todavía húmedo marcando una línea desde su comisura hasta perderse por su cuello, sobre el cual también pudo percibir una franja rojiza, de esas que quedan cuando se aprieta insistentemente sobre una zona.

—¡Martina, por Dios! —gritó ahogada, esta vez tomando su rostro con delicadeza entre las manos y sintiendo cómo el llanto le cerraba la garganta y el pecho, haciendo difícil poder respirar con normalidad.

Las manos empezaron a temblarle y el corazón iba a reventarle las costillas si no hacía algo para sacar a su hermana ya mismo de ahí y llevarla a un hospital. Había perdido la noción del tiempo y del espacio, cuando repentinamente se acordó que Esteban estaba en algún lugar del departamento y había sido el culpable de lo que sus ojos veían. Iba a matarlo. No sabía cómo, pero iba a matarlo e iba a hacerlo en ese preciso instante. Se levantó como un resorte y no esperó tenerlo tan cerca cuando se giró para buscarlo, haciendo que su cuerpo diese un respingo ante el susto.

—¡¿Qué le hiciste, hijo de puta?! —lo increpó y se asombró a sí misma de lo firme que su voz había salido cuando todo dentro suyo se derretía de dolor—. ¡¡Qué le hiciste!! —gritó, empujándolo por el pecho con todas sus fuerzas, pero logrando que solamente diese un par de pasos hacia atrás.

—Callate —le respondió entre dientes, acercándose a ella de un solo movimiento y tapándole la boca con la palma de una de sus manos, mientras que con la otra la sujetaba por el cuello—. Cerrá la boca si no querés terminar como ella —agregó, visiblemente agitado y al tenerlo tan cerca pudo finalmente descifrar lo que tenían esos ojos; estaban desencajados y cargados de la más absoluta furia. Su mandíbula tensionada y la fuerza con la que la sujetaba la estaba comenzando a lastimar.

En un instante de lucidez y con la desesperación de llamar a una ambulancia para que atendieran a su hermana, le dio un rodillazo en la entrepierna logrando que aflojara instantáneamente el agarre. Con las pulsaciones elevadas lo golpeó con el puño de lleno en la nariz, escuchando cómo se partía y viendo a Esteban llevarse ambas manos al rostro, pero fue en ese preciso momento donde cometió el mayor error de todos, porque en vez de buscar una forma de noquearlo e inmovilizarlo, un sonido de queja proveniente de su hermana la llevó a girarse bruscamente y volver a arrodillarse al lado suyo.

—¡Martina! —la llamó, volviendo a tomar su rostro entre las manos, pero su hermana no reaccionaba ni abría los ojos—. Martina, por favor. Mirame… Ya pasó todo, te voy a sacar de acá, ¿me escuchás? —le dijo en un susurro, mirándola fijamente y esperando una señal de que la escuchaba—. Martina… —fue lo último que pudo decirle, porque un tirón a su pelo la obligó a levantarse y en un segundo se vio inmovilizada por los brazos de Esteban que la aferraban desde atrás.

—Escuchame bien, hija de puta. Escuchame muy bien lo que voy a decirte —le masculló al oído —. Un solo grito… uno solo… y te juro que te desmayo de un golpe y a tu hermana la mato. ¿Me entendiste? —le preguntó, apretándola más contra su cuerpo—. ¡¿Me entendiste?!

—Sí —respondió como pudo, casi afónica.

—No intentes nada estúpido, Julia. Porque te puede salir bien, pero si te sale mal… —Lo sintió chasquear con la lengua y suspirar—. No la ves nunca más —repitió, asegurándose de que había entendido el mensaje. Pero no pudo volver a decir nada más, no cuando la visión de su hermana

tirada en esa cama, inconsciente, le estaba haciendo sentir un dolor que nunca había sentido y que creía que jamás volvería a sentir.

Esteban comenzó a caminar hacia atrás casi arrastrándola y cada paso era uno más que la alejaba de su hermana.

—Martina… —Fue todo lo que pudo decir. Jamás supo si su nombre lo pronunció en voz alta o solo resonó dentro de su cabeza, pero todo lo que necesitaba era llamar a una ambulancia, por favor, y que se ocuparan de ella. Si pudiera soltarse y… «Porque te puede salir bien, pero si te sale mal…».

Entonces se rindió y eso fue el principio del peor momento de su vida.

—Me partiste la nariz —le dijo, llevándose una mano al rostro mientras su otro brazo seguía sujetándola por detrás—. Me la rompiste, rubia. —Vio delante de sus ojos los dedos de Esteban manchados de sangre y su cuerpo entró en una completa tensión cuando se los refregó a la altura de su ombligo por encima de la blusa, y el miedo que sintió hizo que la respiración se le agitara de un tirón y comenzara a temblar entera.

—Siempre me calentaste, ¿sabías? —le susurró al oído y pudo sentir cómo la bilis le subía por el estómago, produciéndole un exceso de saliva dentro de la boca y unas inmensas ganas de vomitar.

Esteban seguía sujetándola y a ella cada inhalación de aire, paradójicamente, la ahogaba.

—Por favor… —le pidió en un hilo de voz, sofocada en su propia respiración y comenzando a hiperventilar.

—Te gustaba provocarme y que te mire, ¿eh? —le dijo mientras la apretaba más fuerte contra él.

—No… —Atinó a decir entre sollozos, con los ojos fuertemente cerrados y tratando de abstraerse del momento, intentando no sentir el abuso en cada fibra de su cuerpo.

—Mirá cómo me ponés… —La apretó más contra él y eso la hizo sollozar con más fuerza, pero al instante recordó que la vida de Martina dependía de su silencio.

Su vida estaba en sus manos y tenía que protegerla, así que se tragó como pudo cada lágrima, cada necesidad de gritar y todas sus fuerzas las usó en ahogar el llanto. Con el resto que quedaba de ella solo intentó soltarse de su agarre, pero fracasó al instante, consiguiendo que Esteban se enfureciera y volviera a tomarla del pelo mientras la arrastraba hacia la mesa del *living*.

—Quedate quieta, Julia —le exigió en el mismo momento que la giró, tirando de un manotazo una de las sillas y empujándola por la espalda contra la mesa, haciendo que su cuerpo de cintura para arriba quedara apoyado sobre la madera.

—Por favor… —le suplicó en un susurro sin fuerzas.

De sus ojos no paraban de brotar lágrimas y en su cabeza solo tenía la imagen de su hermana en esa cama, golpeada e inconsciente. Tenía el rojo de su sangre grabado a fuego en las retinas y el resto era como si solo pudiese verlo en blanco y negro.

—Shhh. Todo es tu culpa, si no hubieses venido esto no estaría pasando.

Pudo escuchar la hebilla del cinturón de Esteban al ser desprendida y nunca imaginó que un sonido tan insignificante se iba a convertir en uno que no olvidaría en toda su vida.

En ese instante y después de esas palabras su cerebro se desconectó. Fue en ese momento cuando entendió eso que una vez su padre le dijo mientras veían una pelea de boxeo: no importaba cuántos golpes dieras, sino cuáles, cómo y en qué momento. Si tenía en cuenta esas tres cosas, a veces bastaba solo uno para noquear a tu rival. Tarde lo comprendió y no había podido dar ese golpe certero cuando tuvo la oportunidad, y en cambio, la que estaba abatida era ella, porque la vida tenía incontables maneras distintas de golpear y le había tocado esa, siendo el precio que debía pagar si quería proteger a su hermana.

—¡Soltala, hijo de puta! —El grito la hizo volver al presente, pudiendo distinguir a Martina

parada y con los puños cerrados al costado de su cuerpo—. ¡Dejanos en paz!

—¡Callate! ¡Cerrá la boca si no querés que le vuele la cabeza! —gritó visiblemente nervioso, a la vez que le rodeaba el cuello con su brazo y apretaba con fuerza, produciéndole una sensación de ahogo mayor a la que ya tenía.

—Soltame… —Pudo decir, llevando las manos al antebrazo de Esteban para intentar que aflojara y poder respirar un poco mejor.

Su hermana al ver esa expresión de ahogo en su cara volvió a sentarse rápidamente, con su rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué querés, Esteban? Decime por favor qué querés, pero soltala.

—¿Qué quiero? Ver a mi hijo, primero.

—No —respondió casi sin dejarlo terminar la frase, mientras seguía intentando respirar.

Con Nacho no. Con su hijo no iba a permitir nada y le importaba una mierda que le volaran los sesos por negarse.

—¿Cómo pudiste ocultarme que tengo un hijo? Un hijo de catorce años que no sabe que existo —le preguntó, con la voz resquebrajada y con el pulso ya no tan firme, pudiendo sentir cómo el cañón de la pistola movía la piel de su sien producto del temblor en su mano—. Las tendría que haber matado a las dos. —Escupió sus palabras, pronunciándolas entre dientes y con una clara furia en cada sílaba—. A vos por puta —dijo, apuntando con el arma hacia Martina—. Y a vos por meterte donde no te llaman. —Volvió a sentir el cañón en su sien.

—Estás reclamando no haberte enterado de que tenés un hijo por haber violado a mi hermana —le dijo Martina, sentada completamente tensa en el sillón y escupiendo las palabras con la mandíbula apretada y casi sin gesticular—. Sos lo más asqueroso que conocí en mi vida, Esteban. Sos…

—¡Te dije que te calles! —gritó al lado de su oído y solo pudo cerrar fuerte los ojos en el mismo momento que su cuerpo se sobresaltaba ante el susto.

La desesperante sensación de que en cualquier momento apretaría el gatillo y todo terminaría en ese preciso instante, con su hermana completamente rota delante de ella como última imagen y con miles de asuntos pendientes por resolver. Con muchas situaciones por vivir que quedarían en la nada. Con Ignacio recibiendo la noticia de que su papá había matado a su mamá, con catorce años y arruinándole la vida desde tan chico. Con sus padres destrozados y llenos de impotencia por no haber podido hacer nada, con las ganas envueltas en la más desquiciada locura de salir a la calle con un arma y matar al responsable de la muerte de su hija. Se iría sin saber si su hermana pudo sobrevivir o también moriría a manos de una persona que no debería estar ahí en esos momentos. Su vida terminaría sin darle un abrazo a Mariano ni poder agradecerle lo buen tipo que siempre había sido con ella. Cerraría los ojos por última vez sin sentirse protegida por los brazos de Lucía, su hermana de la vida, su socia y amiga. No la vería más reír de esa forma ni llorar junto a ella cuando algo le dolía, porque su dolor también era el suyo y su vida no era vida si no estaba con ella. Jamás volvería a verse reflejada en esos ojos verdes que la enamoraron desde aquel tango ni a besar sus labios una vez más. En esa mujer llena de una vida que le costaba tanto disfrutar y no precisamente porque no quisiera, sino porque su historia cargaba de una complejidad que pocos podrían entender. Fue con Lara con quien volvió a creer y a tener ganas de dar muchos pasos más, aunque hoy no fuese el momento, pero dispuesta a esperarla una eternidad.

En esos instantes nada dependía de ella, todo dependía de la decisión a manos de un loco.

—Esteban… —Intentó que su voz sonara lo más pacífica posible, porque sentía que ya no le quedaba otra opción que no fuese la absoluta sumisión.

—¡¿Dónde mierda está mi hijo?! Llamalo. Agarrá el celular y llamalo, quiero hablar con él —le

exigió a los gritos, a la vez que apretaba su cuello y giraba sin sentido con ella, buscando seguramente su cartera.

—Julia no va a llamar a nadie, Esteban. ¿Qué mierda tenés en la cabeza? —La voz de Martina llamó su atención y volvió a girarse hacia ella, mientras podía sentir su respiración descontrolada, cómo su pecho subía y bajaba a sus espaldas y volvía a tomarla fuertemente del pelo—. Soltá el arma —le pidió, bajando la voz y levantándose despacio del sillón.

El corazón le dio un vuelco al no estar para nada segura de las consecuencias de ese movimiento y la sobredosis de adrenalina estaba manipulando su cuerpo, sintiéndolo casi entumecido y al borde del colapso. Un fuertísimo tirón a su pelo la hizo quejarse y al instante se vio empujada brutalmente por la espalda, haciéndola caer de rodillas frente al sillón y al lado de Martina. Sintió las manos de su hermana tomarla de los brazos para ayudarla a levantarse, mientras un grito ahogado de Esteban a sus espaldas la volvía a sobresaltar.

—¿Querés saber qué mierda tengo en la cabeza? —le preguntó a Martina, mientras se golpeaba su propia frente con la culata del arma y sus ojos se enrojecían. Podía verlo respirar por la boca, a través de sus dientes apretados, largando furia y odio con cada exhalación—. ¡¡Un puto tumor!! ¡Eso tengo! ¡Una mierda de tumor que los inútiles de los médicos no saben quitar! —les dijo, totalmente fuera de sí y golpeándose ahora la cabeza con la palma de su mano libre.

La justicia divina sí que existía.

—Tranquilizate, Esteban, por favor… —Intentó calmarlo, con la única esperanza de poder acercarse a él y quitarle el arma. Si tenía que matarlo, lo haría.

—¡Y todo por tu culpa, hija de mil puta! —le gritó al escuchar su voz, apuntándole con el arma, aunque su pulso a estas alturas estaba totalmente descontrolado y sin ningún asomo de firmeza, pero eso en vez de tranquilizarla la ponía peor, porque bajo ese estado de nerviosismo Esteban era más propenso todavía a cometer cualquier locura—. Te lo dije, Julia. Te dije que me iba a vengar y llevo catorce años de mierda esperando darte un tiro en la cabeza. Pero antes quiero que llames a mi hijo. No tengo nada que perder, Julia, nada. O me mata la Policía o me mata el cáncer.

—Nos vas a matar igual, llame o no llame a mi hijo…

—¡¡Nuestro hijo!! —gritó, pateando la mesa baja que se interponía entre ellos haciendo volar por los aires todo lo que había encima.

Se volvió a sobresaltar y estaba segura que en cualquier momento podría desmayarse y la sola idea la desesperaba. Necesitaba juntar las fuerzas de donde sea para poder sobrellevar la situación de la manera más inteligente posible, pero para eso era indispensable lograr que se calmara.

—Matate, Esteban —le escuchó decir a Martina, con una voz totalmente tranquila contrastando bruscamente al mensaje que llevaban sus palabras—. Hacele un favor a tu hijo y matate.

—Callate —le ordenó Esteban, mirándola con furia.

—¿Qué vas a hacer? ¿Lo vas a llamar, a presentarte como su padre y le vas a contar la verdad? ¿Le vas a decir que violaste a su mamá? ¿Qué acabas de salir de la cárcel y ahora mismo la estás amenazando a ella y a su tía con un arma? ¿Todo eso le vas a decir?

—Callate —repitió, con los ojos anegados en lágrimas y la voz completamente quebrada.

—Martina… —le suplicó ella, en un susurro, apretándole suavemente el antebrazo para llamar su atención. Necesitaba que parase porque ese hombre era una bomba de tiempo y no sabía cuándo explotaría.

—Catorce años encerrado y tan solo te bastaron unos meses para volver a ser la misma mierda de siempre —continuó, ignorando su agarre y manteniendo la voz llena de una calma inexistente en el lugar.

—¡Callate, hija de puta, callate! —Intentó gritar, pero su voz se escuchó ahogada, estaba al límite y se le notaba en cada gesto. Comenzó a golpearse la frente con la palma de la mano y a llorar compulsivamente. Su mirada estaba perdida en algún punto del piso y balbuceaba palabras que no llegaba a entender.

—Matate, Esteban. O lo hace la Policía o lo hace el cáncer —repitió las mismas palabras que él había dicho minutos atrás.

La tensión que estaba viviendo le estaba paralizando todo por dentro y su cuerpo estaba al borde de sufrir una combustión. Le resultaba casi imposible distinguir realidad de fantasía, porque no estaba segura de si toda la situación estaba pasando de verdad o su cabeza le estaba jugando una mala pasada.

—¡Argh!

Y de repente con ese grito ahogado pudo ver cómo Esteban llevaba el arma a su propia sien. Jamás se hubiese imaginado deseando la muerte de alguien, pero en ese preciso momento lo único que quería era que apretara el puto gatillo y se volara los sesos. Y si él no lo hacía, lo iba a hacer ella.

Sus ojos estaban clavados en el dedo índice de Esteban. Podía ver la leve presión que estaba haciendo sobre el gatillo y le daban ganas de acercarse y apretarlo ella misma y terminar con todo eso de una maldita vez. Pero se contuvo, porque podía asegurar que era cuestión de segundos.

—¡¡Matate!! —gritó Martina esta vez con furia, soltándose del agarre que todavía ejercía en su antebrazo y ese movimiento llamó la atención de Esteban, quien la miró y en sus ojos vio algo que jamás había visto en nadie.

En tan solo dos segundos, dos malditos e insignificantes segundos, todo cambió. Por segunda vez la vida la golpeaba donde más le dolía, refregándole en la cara lo absurdo e inútil que era intentar proteger a su hermana de lo inevitable, poniendo ante ella la más absoluta sensación de incapacidad de frenar al destino y a las malas decisiones. Dándole la dolorosa lección de que no somos nada ante el abuso de poder que brinda apuntar con un arma y tener la vida del otro en tus manos.

Dos segundos y el sonido de un disparo.

Sus ojos fijos en Esteban, buscando un indicio que le dijese que esa bala estaba en su cabeza y que de un momento a otro lo vería caer desplomado al piso, pero los segundos pasaban y ese hombre seguía de pie, parado frente a ella y con la mirada perdida. Sus ojos reaccionaron y recorrieron su brazo derecho, extendido y apuntando hacia el espacio que ocupaba su hermana al lado suyo.

«Martina».

Diez segundos y el sonido de su cuerpo cayendo sobre el sillón la trajeron a la realidad, girando la cabeza como si fuese a cámara lenta para buscarla con la mirada, bajo el más profundo miedo de encontrarse con lo peor.

Quince segundos y el sonido de otro disparo.

Ya no estaba segura de si las balas las tenía ella y todavía no sentía dolor o si todas estaban en el cuerpo de su hermana, pero ese segundo disparo le produjo el mayor sobresalto de su vida y se sintió morir, de manera literal, cuando arrodillada frente a Martina todo se volvía a ver en blanco y negro, pudiendo solo distinguir el rojo de su sangre entre los dedos.

# 16. Aceptación

Estaba cumpliendo al pie de la letra todo lo que le dijo un mes atrás y no porque quisiera, sino porque no sabía hacerlo de otra manera. Tal y como predijo, le dolía por mil lados distintos y no estaba siendo lo más sano para ella, pero tampoco sabía cómo seguir. Y cada vez que la veía lo contaba como un día menos que la separaba de ese en el que ya no le doliese verla, en el que no muriese por no tenerla cerca.

La siguiente semana a ese viernes donde hablaron por última vez cara a cara, le llamó la atención que no hubiese programada ninguna clase a cargo de Julia. Lo primero que se imaginó fue que la rubia había decidido desaparecer de su vida de manera brusca, arrancando de raíz la posibilidad de volver a verla, pero cuando ese mismo lunes le preguntó a Mariano el motivo de su ausencia, le había comentado que Julia estaba con algunos temas personales y que esa semana no iba a estar yendo al gimnasio. Todas las alarmas se le encendieron y al instante se preguntó si Esteban no tendría algo que ver, fue por eso que no dudó un instante en enviarle un mensaje sin importarle la discusión, ni la distancia ni todo lo que se habían dicho días atrás, porque presentía que Julia no estaba bien.

Cuando le llegó un audio por WhatsApp de casi dos minutos se imaginó lo peor. Y mientras lo reproducía se había largado a llorar a medida que el tono quebrado y apagado de su voz le contaba lo que había pasado, haciendo trizas su corazón al escucharla de esa manera. La primera reacción fue llamarla, pero no sabía si era lo adecuado o lo que Julia necesitaba en ese momento, así que optó por preguntarle a través de otro mensaje si no quería que se vieran para charlar o si había algo en lo que pudiese ayudarla. Sus ganas de abrazarla y acompañarla eran tan grandes que cada vez que lo pensaba se largaba a llorar, pero respetó su decisión cuando le agradeció el ofrecimiento diciéndole que necesitaba estar sola. Esos días sin saber de ella terminaron siendo unos de los más duros y difíciles de su vida.

Dos semanas después volvió a estar su nombre en los horarios del gimnasio. No había ido a ninguna de sus clases porque le parecía bastante imposible de soportar, pero se aparecía antes o después, y si bien a simple vista parecía ser lo mismo, no lo era. Si iba después, era poco el tiempo que la veía, apenas charlando unos minutos con alguno de los alumnos o preparándose para irse. Pero si iba antes, la cosa era distinta. Su mente perversa le tendía la mejor de las trampas haciéndola ir media hora antes de la clase solo para verla llegar, terminando por completar el resto de su rutina a media máquina por el efecto de tener los ojos clavados en ella. Como ahora.

Ya no la miraba con ese deseo que nacía desde sus entrañas. No. Ahora mirarla dolía, porque lo hacía con nostalgia, con la tristeza que se mira lo inalcanzable. Observaba su cara y solo quería rozarla con la punta de los dedos. O a veces fantaseaba con acomodarle el pelo cuando notaba que algún mechón rebelde caía sobre su rostro. Pero lo más doloroso era cuando sus miradas se cruzaban, porque claro que lo hacían, y en momentos así su corazón comenzaba a latir a la velocidad de la luz esos dos segundos que duraba la conexión.

El poder de ese azul sobre ella seguía siendo implacable, por más apagado y triste que estuviera.

Sintió que estaba tomando una muy mala decisión cuando eligió quedarse en vez de irse. Ver toda la clase en vez de agarrar sus cosas e irse a casa, para terminar llorando por lo que nunca tuvo. Es que de verdad no le encontraba diferencia entre sufrir por verla y sufrir en soledad. Estar cada vez

más convencida de que había dado mil pasos hacia atrás, de que nunca se volvería a sentir normal con alguien como se sintió con Julia; libre de sus propios prejuicios. Sin miradas esquivas ni pensamientos oscuros. Porque con ella llevaba mejor la muerte de sus padres, se olvidaba de los médicos, de las cirugías, de las palabras que la formaron. Cuando estaba con ella se miraba al espejo y se sentía hermosa.

«Me encanta tu variación natural», le había dicho esa mañana y le creía, por supuesto que le creía. A Julia le encantaba su variación natural, pero sin ella todo se volvía apático y ficticio. Erróneo. Jodidamente difícil de superar. ¿Por qué? Todavía se lo seguía preguntando, pero cuando trataba de imaginarse con cualquier otra persona fallaba al primer intento. Con Julia no. Con Julia era otra historia.

Un alboroto la sacó de sus pensamientos y se dio cuenta de que la clase había terminado y con ella su tiempo de verla. La energía con la que la arquitecta se movía estaba disfrazada de manera muy precaria, a base de falsas sonrisas y de un andar forzadamente erguido. Tironeada por la acuciante necesidad de su cercanía y de la urgencia por saber cómo estaba, tomó la segunda mala decisión del día y la siguió hacia los vestuarios. Si mañana le decían lo mucho que le iba a doler eso no dudaría en volver a hacerlo, si a cambio existía la posibilidad de sentir de nuevo el calor de sus labios.

Con el corazón en un puño y el estómago encogido, abrió la puerta del vestuario dando dos pasos hacia adelante. La vio de espaldas y pudo notar cómo levantaba la cabeza y tensaba los hombros cuando el sonido de la puerta al cerrarse llamó su atención. No se giró, no movió un solo músculo y ella tampoco. No supo cuánto fue el tiempo que se quedó ahí parada, tan solo mirándola, hasta que sus piernas empezaron a recortar la distancia que había entre ellas. Dubitativa, insegura, temblorosa. El piso parecía moverse debajo de sus pies a medida que avanzaba y cuando su perfume le trajo los mejores recuerdos, lloró. Por no tenerla, por estar separadas, por una intensa impotencia. Por sentir que su vida sin Julia no tenía sentido y por saber que creer eso era su mayor problema; que todos los sentidos que necesitaba estaban ahí afuera, esperando por ella. Pero lloró, por todo y por nada a la vez. Con solo dos lágrimas visibles en su rostro, pero con un mar entero oculto en sus pupilas.

Ambas quedaron cara a cara cuando Julia giró su cuerpo. Era la primera vez en un mes que volvían a estar a solas y tan cerca que sus respiraciones se mezclaban, como así también sus miradas: la suya, tan azul y tan clara, tan poderosamente hipnótica; los suyos, seguro que enrojecidos y más claros que de costumbre por la humedad que cargaban, pero que no le impedían ver a esa mujer, desgarradoramente hermosa, parada frente a ella en total silencio, inmóvil. De nuevo no supo cuánto tiempo pasó, porque con ella siempre era igual, hasta que después de agachar levemente su cabeza la vio dar un paso en diagonal para emprender el camino que la alejaría de su lado. Pero no lo iba a permitir, no todavía, no así.

Su instinto por evitar lo inevitable la llevó a tomarla de la mano, tan suavemente que no hizo falta nada más para que Julia volviese a quedar inmóvil. Porque a veces no es necesario el uso de la fuerza cuando un simple roce paraliza todo alrededor.

De un solo paso volvió a ponerse frente a ella y llevó la mano de Julia a su propio pecho, precisamente donde estaba su corazón embravecido. Los ojos de ambas se cerraron a la vez, sus frentes se unieron y sus alientos chocaron entre sí, creando un muro invisible que pedía a gritos ser derrumbado. Así fue, que atraída por la urgencia de volver a sentir sus labios, de un solo golpe certero destruyó ese muro con la más suave caricia como arma, atrapando su labio superior entre los suyos y quedándose ahí, congelada en el tiempo hasta que en una segunda y muy suave embestida atrapó el inferior, rozándolo con la punta de la lengua en una tímida caricia. La boca de Julia se entreabrió y fue entonces cuando no dudó en buscar su interior, sintiendo la calidez y la humedad de

su lengua mezclándose con la suya, embriagándose de ese sabor dulce tan familiar y de la suave piel de sus labios. Estaba siendo el beso más lento que se habían dado y a la vez el más intenso, lleno de algo que sabía a despedida y a lo mejor por eso quiso alargarlo un poco más, despegándose solo lo justo para cambiar de ángulo y volver a atrapar esa boca que la ayudaba a respirar. Eso no tenía que estar pasando, pero ninguna de las dos podía evitarlo, buscándose una y otra vez sin descanso, sin despegarse ni un instante y desgastándose los labios en lo que sabían eran los últimos segundos del beso.

En ese momento sus preguntas fueron respondidas y lo entendió absolutamente todo.

La amaba.

Desesperadamente y con una seguridad que jamás había sentido. Pero la amaba mal. Su amor era nocivo.

En lo que duró la unión de sus bocas aceptó que creer que la vida sin ella no tenía sentido era su más profundo error. Porque Julia tenía razón. La amaba, pero también veía en ella su única oportunidad de ser aceptada por alguien y en esa ecuación eso era lo que sobraba, lo que la hacía perderse en el resultado equivocado.

De repente la entendió y todas sus palabras unieron los puntos del círculo de su historia.

Julia se separó de sus labios, la miró a los ojos y en silencio, sin decir una sola palabra, rozó su pecho en una caricia que tenía un fin predestinado y doloroso, pero sumamente necesario. Y así, con su espalda erguida y la naturalidad de siempre, se fue sin más.

Pestañeó lentamente varias veces, procesando el hecho de que todavía podía sentir el tacto de esos labios sobre los suyos y el calor de la palma de su mano. Comenzó a extrañarla, a pesar de que todavía escuchaba sus pasos alejándose, sintiéndose confusa ante la certeza de saber que eso era el comienzo de algo nuevo.

Intentó huir, escaparse a cualquier lado que la hiciese sentir mejor, pero no pudo. Se quedó ahí, estática, sin poder decir nada, sin poder despegarse de la sensación de la suave piel de su mano debajo de la suya. Sin poder gritarle que no se fuera.

De golpe todo su cuerpo reaccionó y llenó sus pulmones con una bocanada de aire, decidida a tomar sus cosas y salir de ahí. Necesitaba respirar en otro lugar que no estuviese impregnado de su perfume; lo necesitaba y con urgencia.

Sin saludar a nadie caminó hacia la salida y cuando abrió la puerta se encontró de frente con una mirada que no esperaba, acompañada por una cálida sonrisa enmarcada de unos tiernos hoyuelos.

—Al final pude escaparme y no sabía si todavía te iba a encontrar por acá. Te escribí, pero como no leíste los mensajes supuse que sí y me arriesgué a venir —le dijo Lucrecia, llevándose las manos a los bolsillos traseros de su pantalón, algo nerviosa e impaciente. Al ver que seguía sin decir nada, sacudió delante de sus ojos lo que parecían ser las llaves de un auto—. ¿Vamos?

La chica se había comprado un auto usado y la ansiada entrega había sido acordada para el día de hoy. Cuando ayer le habían dado la noticia, en medio de la más absoluta euforia le había propuesto buscarla por el gimnasio para llevarla a su casa y, de paso, conociera su nueva adquisición. Desde que en el baño del bar le había confesado que no estaba bien, después de su conversación con Julia, entre ellas había fluido la comunicación y había surgido cierta complicidad. Solían mantener charlas por celular y hacer algún que otro plan de salir a tomar algo, aunque nunca lo habían concretado por su falta de decisión.

Pero ahora se le había plantado delante de ella, sacudiendo las llaves de su auto y decidida a llevarla a su casa. A lo mejor haberse quedado en el gimnasio un rato más no había sido tan mala elección.

—Vamos —le respondió, con una sincera y limpia sonrisa asomando en sus labios.

Caminó al lado en silencio, buscando un nuevo ritmo a su respiración y llenándose los pulmones de un nuevo perfume, sin saber que a pocos metros de ellas unos ojos azules la miraban desde el interior de un auto, inundados en lágrimas que rebalsaban tristeza, pero, a la vez, reflejaban un profundo orgullo salpicado silenciosamente de una dolorosa aceptación.

***

—¿Cómo podés tener tanta energía? —Sintió su voz ahogada y cuando se giró la vio boca abajo, con la cara enterrada en la almohada y las sábanas cubriendo hasta su baja espalda—. Al menos si esta semana me hubieses dado horario de tarde, no estaría tan cansada.

—¿Perdón? ¿Lo tuyo es puro interés? —le preguntó divertida.

—No, pero… —Se incorporó lo suficiente para apoyarse en sus antebrazos y mirarla—. Dos meses acostándome con la encargada y ni un solo privilegio. —Le siguió el juego.

—Dale, levantate que vamos a llegar tarde —le dijo entre risas y dándole una palmada en el culo antes de ponerse su remera sin mangas preferida, negra, algo holgada y con una estampa en blanco donde se leía *Queen*, junto a una corona debajo.

Estaba rebuscando entre las sábanas cuando de repente sintió los brazos de Lucrecia rodeándola por el cuello mientras le dejaba un suave beso en la mejilla izquierda, apoyando el mentón sobre su hombro.

—¿Buscabas esto? —le preguntó, moviendo delante de sus ojos la ropa interior.

Sonrió y giró la cabeza para poder alcanzar sus labios. Esa chica besaba muy, pero muy bien y más cuando lo hacía de esa forma tan perezosa y cansada, porque se convertían en movimientos lentos, pero sin dejar de ser profundos y excitantes. Sus besos posorgasmo eran de sus preferidos y le encantaban, pero se estaba haciendo tarde e Isabella, Juan y algunos compañeros más del bar las esperaban en Fusion.

—Sí —afirmó, antes de darle otro rápido beso.

Lucrecia apoyó una de las manos en su mejilla y volvió a besarla, para después recorrerle la nariz con la punta del dedo índice en una caricia que disfrutó con los ojos cerrados, hasta que unos recuerdos abruptos e imprevistos la llevaron a una de las tantas veces que Julia la había acariciado de esa forma, terminando siempre en su mandíbula. Cuando sintió la caricia llegar a su mentón, abrió los ojos y se removió en el lugar poniéndose un poco nerviosa mientras intentaba perderse en esos ojos oscuros, pero el contraste con el recuerdo de otros azules le dio de lleno en el pecho y se sintió un tanto abrumada.

—Vamos Lu, llegamos tarde —le pidió a la vez que empezaba a ponerse la ropa interior y a lo mejor fue un poco brusca la manera en que cortó el momento, porque esa chica se le quedó mirando algo confusa. Se sintió bastante mal y la culpa de pensar en Julia mientras Lucrecia la acariciaba contaminó el día que venían teniendo y tuvo que hacer algo para que todo volviese a sentirse bien—. ¿Te quedás esta noche a dormir en casa?

—Me encantaría, jefa —le respondió, haciendo aparecer esos hoyuelos que la volvían un poco loca y ella le devolvió la sonrisa antes de darle un último beso.

—Tu jefa es Isabella y apurate si querés seguir cayéndole bien —contestó a la vez que se ponía los pantalones y se sentaba en la cama para calzarse.

En quince minutos estaban en el auto de Lucrecia rumbo al bar, entre quejas por ser la conductora designada y verse la noche entera tomando gaseosa, pero sintiendo que valía la pena si

era para pasar un rato juntas. Así le había dicho y cada vez que le decía cosas como esas algo por dentro le pasaba, aunque todavía no sabía muy bien qué, pero tampoco tuvo tiempo de ponerse a pensar demasiado porque Lucrecia ya había estacionado y las ganas de tomarse algo fuerte la estaban empezando a impacientar, así que en menos de dos minutos se había desabrochado el cinturón de seguridad, bajado del auto y ahora estaba entrando a Fusion con Lucrecia tomándola de la mano; otro gesto que le generaba cosas indefinidas, pero las ignoraba o las empujaba suavecito por la espalda hacia el costado del camino de sus más analíticos pensamientos, desviándolas por el atajo hacia ese baúl donde acumulaba los temas pendientes a tratar en algún momento.

Apenas entraron se deshizo delicadamente del agarre de Lucrecia y pudo ver al grupo ya ubicado en unos sillones: estaban Isabella, Juan, Sebastián y Diego, estos dos eran compañeros de trabajo, y además estaba Andrea al caer, que venía demorada. Saludó a cada uno con una sonrisa de verdad, porque empezar a relacionarse con Lucrecia había sido el puntapié para abrirse más a sus compañeros, empezar a unirse a las salidas que organizaban y llenarse la vida con un poco de bullicio y distracción.

—¡Al fin llegaron! —gritó su amiga—. Ya no los aguanto más hablando de fútbol. En serio, ¿cómo puede ser tan típica la escena? —les preguntó a los tres hombres, levantando ambas cejas y con la palma de las manos hacia arriba. Se ligó un beso en la mejilla por parte de Juan y aunque se hiciera la dura ese gesto la hizo sonreír y suavizar el suyo.

—Me escapo a buscar algo para tomar. ¿Una cerveza y después gaseosa toda la noche? —le preguntó divertida a Lucrecia.

—Dale. —Y sin más se fue rápidamente a la barra.

Mientras esperaba su Martini se puso a revisar un poco las redes sociales y contuvo la respiración cuando, al reproducir un video que había publicado el gimnasio, apareció Julia haciendo una publicidad muy casera donde contaba brevemente sobre las clases de boxeo. Se odió un poco a sí misma y a cómo su cuerpo procesaba esos gestos y la forma en que tenía de sonreír mientras hablaba. Se perdió en cada movimiento de sus labios al pronunciar las palabras y en cómo se los humedecía con la lengua. En sus ojos, por Dios. En ese azul que incluso a través de una pantalla le estrujaba todo por dentro y la hacía sentir vulnerable y fuerte a la vez. En cómo se secaba con la punta de los dedos una gota de sudor que caía por su sien y levantaba la ceja izquierda al desafiarte con ir a una de sus clases.

Se perdió en ella. En Julia y en el renovado deseo de besarla. Un deseo que lo sentía adormecido, de a ratos, pero que cuando despertaba lo hacía de mal humor y con la furia de verse todavía encerrado bajo mil candados.

Al parecer ver ese video dos veces no había sido suficiente y por eso lo tuvo que reproducir una tercera, justo cuando sintió la voz de Isabella a su izquierda.

—Me dieron ganas de un trago y Lucre está impaciente por la cerveza —le dijo su amiga a la vez que bajaba la mirada al celular y levantaba una ceja, para un segundo después volver a mirarla y automáticamente desviar la vista detrás de ella, como observando a alguien más. No tardó nada en girar su propia cabeza para encontrarse con Lucrecia a su derecha, también mirando la pantalla y con una expresión que no pudo descifrar.

«Mierda».

Sin que le diera tiempo a apagar el celular la chica ya había desviado la mirada antes de dedicarle una brevísima sonrisa y preguntarle si le había pedido ya la cerveza. En ese momento le pareció que Lucrecia también tenía su propio atajo al baúl de temas pendientes y sintió en el aire y en esos ojos que Julia era uno de esos. Se quedó mirando su perfil mientras podía captar cómo observaba al chico

detrás de la barra terminando de preparar el trago, apoyada en sus antebrazos y repiqueteando con los dedos sobre la madera. El sonido de la cerveza y el vaso siendo depositados delante de sus narices llamó su atención, pero cuando se dispuso a seguirla después de verla tomar su cerveza sintió la mano de Isabella agarrándola por el brazo.

—Lara, esperá. —Se giró y la miró expectante y ansiosa, porque de verdad quería ir con Lucrecia y su amiga parecía no tener apuro—. ¿Qué hacías mirando un video de Julia?

—No estaba mirando un video de Julia. Era del gimnasio —le dijo casi protestando después de poner los ojos en blanco, porque estaba incómoda y el momento había sido extraño e inquietantemente silencioso.

—Seguir mirando sus fotos y sus videos no me parece que sea buena idea. De verdad te lo digo. No tengo nada en contra de Julia y lo sabés, pero si se terminó lo que tenían creo que tenés que pasar página o ir y buscarla, una de dos. Pero estar en el medio no creo que te esté funcionando.

—Uff Isa… —Fue todo lo que pudo responder, totalmente frustrada y con esa conocida angustia que la sentía crecer de lleno en el pecho.

—¿Le viste la cara a Lucre recién?

—Claro que la vi y por eso quería ir con ella —le respondió enseguida, expulsando el aire de un tirón por la boca y sonriendo irónicamente.

—Lara… —Hizo una pausa, suspirando y apretándole su antebrazo levemente—. La cara que tenías mientras mirabas el celular era…

—Era nada, ¿sí? —mintió.

—Era todo —refutó Isabella. Clavó los ojos en los de su amiga entre furiosa y resignada. Entre ser valiente y reconocer que tenía razón o convertirse en la más cobarde de todas. Entre aceptarlo o negarlo—. Seguís yendo a las clases de boxeo solo para verla. ¿Te pensás que Lucrecia no se da cuenta? —Y si había algo que sabía hacer Isabella era dar en el clavo, en la tecla justa que sabía que la haría confesar.

—No somos pareja ni tenemos un compromiso. Tengo derecho a sentirme como quiera y a ver los videos que se me canten. A sentirme como la mierda cada vez que veo a Julia en el gimnasio. ¿Y? Y nada, Isa. Lucrecia es grande y si se da cuenta como vos decís y así y todo sigue acostándose conmigo, entonces a lo mejor simplemente busca eso y le importa un carajo de quien yo esté o no enamorada.

«Aceptarlo o negarlo».

Se quedó en completo silencio, sumamente sorprendida de sus propias palabras porque, podría jurarlo por su vida misma, que las últimas semanas había creído que la estaba superando. Y si algo faltaba para terminar de aceptarlo era ver aparecer por la puerta a Julia y entonces toda su burbuja de superación reventó. Tuvo que pestañear varias veces para estar segura de lo que sus ojos veían y tal debió haber sido su cara, que Isabella se giró siguiendo la línea que trazaba su mirada. Dos segundos después y su amiga la estaba observando de nuevo y analizando su expresión, lo sabía y lo sentía sin siquiera verla.

«Me cago en la puta madre», lo pensó y lo dijo, tan fuerte y tan claro que temió ser muy obvia ante lo que estaba sintiendo. Pura frustración, bronca, enojo y ganas de salir corriendo del lugar.

Sin saber muy bien lo que hacía o, mejor dicho, siendo plenamente consciente de que buscaba con desesperación hacer que su cuerpo entero dejase de temblar, caminó decidida hacia Lucrecia y agarrándola del brazo la hizo girar hasta que ambas quedaron cara a cara. El gesto de confusión con el que la miró esa chica la confundió a ella también, porque de repente no sabía qué hacer ni qué

decir. No sabía por qué mierda había prácticamente corrido hacia ella y ahora estaba paralizada, mirándola fijo y totalmente desbordada.

—Vamos a mi casa. —Casi que le rogó.

—¿Qué? Acabamos de llegar —le respondió con el ceño fruncido y mirándola más confundida que antes.

—No me siento bien.

—¿Qué te pasa? —Quiso saber, a la vez que su gesto cambiaba a uno de preocupación y apoyaba la palma de la mano en su mejilla.

«Me pasa que necesito volver a respirar».

—Nada. —Quiso sonar segura, pero el tono de su voz era inestable y agachar la mirada a la vez que retiraba suavemente la mano de Lucrecia de su mejilla, contrastaba con su respuesta y en vez de nada en ese momento pasaba todo.

No sabía bajo qué fundamentos, pero no quería que Julia viese que Lucrecia la acariciaba y por eso le había retirado la mano. Una acción que no pudo evitar y que la puso todavía más nerviosa. ¿Por qué no quería que la viera con ella? ¿Qué quería demostrar? ¿Acaso no quería que Julia pensara que estaba con alguien y que la había olvidado? ¿Y qué si pensaba eso? Por Dios, tenía la cabeza llena de preguntas y su accionar de mierda no ayudaba en lo más mínimo a sentirse mejor. En ese momento debería estar dejándose acariciar por Lucrecia y besarla. Eso. Debería besarla y no dejarse arrastrar por los efectos colaterales que sufría por tan solo ver a esa mujer entrar al mismo espacio donde ella estaba.

«Besala, Lara. Besala y pasá página».

Pero no podía moverse y a lo mejor le estaba tomando más tiempo del que debía todo eso, y cuando volvió a levantar la cabeza vio a Lucrecia con la mirada fija por sobre su hombro en dirección a la barra. Dio medio giro y la escena de Isabella saludando a Julia y a Lucía la hizo volverse a Lucrecia y mirarla con ojos de sentirse al descubierto, completamente en evidencia ante sus repentinas ganas de irse. ¿Qué podía decir? Nada, porque todo lo que dijese carecería de sentido alguno.

—¿No vas a saludar? —le preguntó Lucrecia, recorriendo su mirada de un lado a otro esperando una respuesta.

—Prefiero irme. ¿Vamos? —insistió e intentó dibujar en su cara una sincera sonrisa, pero evidentemente falló porque Lucrecia la miraba seria y no le devolvía el gesto.

—No creo que tengas que irte conmigo a ningún lado. Creo que necesitás irte sola —le respondió y sin poder sostenerle la mirada giró la cabeza hacia un costado, negando levemente—. O con Julia —agregó. Medio segundo tardó en volver a enfrentar sus ojos y mirarla como si le estuviese hablando en código, cuando sabía muy bien a lo que Lucrecia se refería y entenderlo a la perfección le jodía mucho y la enojaba, como si el resto del mundo tuviese la culpa de lo que solo ella era responsable—. No pasa nada, Lara, de verdad. No es algo que me sorprenda.

—Lucre, ¿no podemos irnos y hablar de lo que haga falta? —Volvió a insistir, enredando nerviosa los dedos en su propio pelo y peinándolo hacia atrás, porque si bien irse con Julia no era en absoluto una opción viable, se sentía como la mierda con solo saber lo que se moría en realidad por hacerlo. Por acercarse, tomarla de la mano y sin decirle nada llevársela de ahí, directo y sin escalas a su departamento.

—Sabés que soy directa y no me gustan las vueltas. Sea donde sea que estemos fue porque las dos quisimos y no me voy a poner en víctima ni a reclamarte nada. No estoy enamorada si es eso lo que te preocupa —le dijo, y eso le hizo cosquillas por dentro, pero de las nerviosas, de las incómodas e

inexplicables. La miró con el ceño fruncido sintiéndose entre desconcertada y aliviada a partes iguales—. Me encantás y obvio que me jode todo esto, porque no voy a negarte que me gustaría irme de acá y que terminemos en la cama. Pero no así, Lara. No es lo que quiero.

—¿Y qué es lo que querés? Decímelo y a lo mejor…

—No —la cortó—. No se trata de eso. No busco nada en especial, tan solo dejo que las cosas fluyan. Te quiero y por eso prefiero no seguir con esto, porque estoy segura de que no te hace bien y a la larga seguramente me termine haciendo mal a mí también —finalizó, y cuando quiso darse cuenta tenía los labios de Lucrecia sobre los suyos, en un beso extra suave y lleno de empatía. Tan solo fueron unos segundos y la sintió alejarse, para cuando abrió los ojos se encontró con los de la chica algo apagados, pero con una leve sonrisa.

Volvió a besarla, solo una unión de labios quietos, pero esta vez con ímpetu y hasta con ruido al final. Le repitió que todo estaba bien antes de mirarla por última vez, guiñarle un ojo y alejarse de su lado.

Decir que se había quedado estupefacta ante la reacción de Lucrecia era decir poco. El impactante contraste entre su forma de tomar las cosas y la de ella la había dejado con la boca abierta y en punto muerto, regulando y recalculando qué hacer a continuación. Mientras su cabeza era un gran signo de pregunta y en su interior todos los sentimientos le murmuraban a la vez, Lucrecia se alejaba en dirección indefinida a paso relajado, sosteniendo su cerveza como si nada le importase y descubrir eso de repente le molestó. Y le molestó también que le molestase porque parecía una broma sentirse así, indignarse porque esa chica se estaba tomando las cosas de una manera que no se esperaba, mientras a su vez se imaginaba yéndose con Julia a su departamento. Una locura. Una completa y absurda locura, por eso empezó a agobiarse y la sensación de que el lugar la estaba sofocando la hizo sacudir la cabeza y prácticamente correr hacia la salida.

En dos minutos estaba subida a un taxi y en quince abriendo la puerta de su casa. En treinta ya estaba con su pijama, acostada boca arriba en la cama con Antoni en el abdomen dándole el calor que su frío cuerpo necesitaba, mientras sentía su ronroneo vibrarle en el pecho. Acariciaba su pelaje distraídamente mientras pensaba en lo mucho que puede cambiar todo en menos de una hora. Porque minutos atrás estaba camino a la barra de un bar para tomarse un trago y llevarle una cerveza a la chica que la acompañaba y una hora después tenía todo del revés. La noche le había refregado en la cara lo enganchada que todavía estaba a esos ojos azules y cuánto le afectaba tan solo compartir el mismo espacio y tiempo con ella. Es que la vio entrar y fue como si todo alrededor hubiese desaparecido de un plumazo. En milésimas de segundos la había recorrido entera con la mirada y si cerraba los ojos todavía podía verla. Se había imaginado cómo sería que Julia la estuviese buscando por el lugar y que cuando la encontrase, le sonriera acercándose a ella para saludarla con un beso mientras posaba una de las manos sobre su mejilla, para terminar delineando su mandíbula con la punta del dedo índice. Se lo había imaginado y lo había deseado salvajemente, a niveles tan altos que llegó a sospechar que si no fuese por la presencia de Lucrecia a lo mejor ahora mismo la estaría besando, aunque se le fuese la vida en esos labios.

El destino en tan solo unos minutos le había hecho una jugada maestra, poniéndole ese video delante de sus narices en el momento exacto, como un preaviso, como una minúscula dosis de lo que después sentiría multiplicado por mil, cuando el destino jugara su as bajo la manga poniéndole frente a ella a la mujer que amaba.

Cerró los ojos con la certeza de que ella también quería jugar y de que estaba preparada para enfrentar a su destino, que las cartas ya estaban repartidas y que ahora era su turno.

Y después de unos minutos, se durmió con la convicción de que iba a dejarlo todo en esa jugada.

***

Cerró la ducha, se paró frente al espejo empañado del baño y con una mano desempañó solo una parte, lo justo para ver su mentón. Tomó la pinza de depilar, pero algo le hizo frenar sus movimientos y se quedó pensativa, mirando el reflejo de su rostro borroso en el espejo. Sintió la necesidad de modificar su rutina, de empezar a aceptarse, de cambiar su forma de verse y esta vez de una manera muy literal. Llevó la mano de nuevo al espejo y lo desempañó en su totalidad, descubriendo de a poco su cara reflejada y sonrió. Apenas, sí, pero sonrió y recorrió su propio rostro con la mirada, familiarizándose con el verde de sus ojos y la línea de sus facciones, antes de tomar la pinza de nuevo y tironear de aquel vello en su mentón. Minutos después, salió del baño, se vistió y abandonó el departamento con un destino concreto.

Era mediodía del lunes, más precisamente las doce y cuarenta minutos y ahí estaba ella, vestida con unos *jeans* desgastados, zapatillas, una musculosa blanca con la frase «Haz que suceda» en letras negras y su pelo suelto hacia un costado descansando sobre su hombro izquierdo. Le habían avisado de que podía pasar y su mano, únicamente adornada por el anillo de sus padres, se apoyó temblorosa sobre el picaporte de la única puerta que la separaba de Julia.

Respiró y soltó el aire lentamente por la boca tomando el valor para entrar a su oficina y verla. No tenía un discurso, no tenía nada pensado y su jugada se valía simplemente de confesar lo que sentía. No guardaba ningún as bajo la manga más que decirle cuánto la amaba y lo mucho que le dolía hacerlo. Lo que pasara después volvía a quedar en manos del destino y de la jugada que hiciera cuando le tocara su turno.

Giró el picaporte, abrió y a medida que iba descubriendo la oficina también la descubría a ella, de pie apoyada sobre el escritorio y aferrándose con las manos al borde. Vestía una pollera negra suelta con detalles en blanco y una blusa a tono, también negra, haciendo juego con sus zapatos. Tenía el pelo recogido, pero varios mechones caían por el costado, enmarcando un rostro perfectamente maquillado.

—Hola —le dijo mientras se acercaba hacia Julia y su perfume comenzaba a invadirla, quedando a escasos centímetros de su cuerpo y conteniendo cada músculo que se esforzaba por pegarse a ella y romperla en un abrazo eterno.

—Hola —respondió, sin moverse del lugar y con su azul clavándose en su verde—. Qué sorpresa. ¿Cómo estás? —Quiso saber, pero ella no tenía tiempo para formalidades y la garganta le quemaba por decirlo.

—Enamorada de vos —soltó de golpe, dejando a la rubia estática y con las cejas apenas levantadas, la boca entreabierta y hasta podría jurar que estaba conteniendo la respiración. Al igual que ella, que no solo había dejado de respirar, sino que su cuerpo reaccionaba a la cercanía y volvía a sentirse como hace meses atrás: el corazón galopando contra las costillas, el sudor en la palma de las manos, las piernas temblorosas y la piel erizada. Todo eso era Julia para ella—. Lo supe desde la última vez que te besé en el gimnasio… Pero también ese mismo día me di cuenta de que te veía como mi única oportunidad de ser aceptada por alguien y te entendí, Julia. —Se acercó un paso más y alcanzó a ver cómo se aferraba con fuerza al borde del escritorio, tragando con dificultad y recorriendo sus ojos con la mirada, en absoluto silencio.

»Entendí cada una de tus palabras y lo que querías decirme. —Agachó unos instantes la cabeza porque la intensidad de su mirada a veces la perdía y necesitaba encontrarse con las palabras que la dejarían totalmente vulnerable ante ella, pero que eran tan necesarias para seguir adelante. Sola o en

su compañía. Volvió a mirarla y esos ojos seguían fijos en ella—. Me fui acercando a Lucrecia y te juro que con intenciones de nada —le confesó con la voz rota y los ojos empañados—. Pero ella me escuchó, me acompañó y me gustó que lo hiciera, no voy a negarlo. Un mes después nos acostamos. —Iba a seguir, pero que Julia desviase su mirada la hizo sentir sola y desprotegida así que esperó, porque esa conexión siempre había sido su cable a tierra, su arma letal contra todos los miedos y sin esos ojos mirándola no podía seguir hablando. Después de unos segundos la vio morderse el labio inferior y volver a conectar con ella, haciéndola suspirar y recuperar el valor para seguir—. Fue raro, porque no eras vos —le confesó con un amago de sonrisa y la vio devolverle el gesto.

»Estar con ella me hizo bien, supe que puedo estar con alguien más y disfrutarlo, en todo sentido —reconoció, suspirando y llevándose el pelo hacia atrás con los dedos de la mano—. Puedo, pero no quiero. No cuando estoy enamorada de otra persona —lo dijo negando levemente con la cabeza —. Y hasta que no deje de morirme de ganas por besarte cada vez que te veo, no puedo estar con nadie más. —Soltó el aire de golpe por la nariz y sonriendo de lado, abatida—. Las últimas semanas creí que empezaba a superarte, ¿sabés? Pero el sábado me alcanzó con verte entrar al bar… Lo único que tuve claro en ese momento fue que hubiese dado lo que sea para que las cosas fuesen diferentes. —Tomó aire intentando normalizar su respiración, a la vez que llevaba la mano al rostro de la arquitecta para acomodar un mechón de pelo rubio detrás de su oreja. Necesitaba al menos rozarla —. Que te acercaras a mí y me saludaras con un beso era todo lo que quería.

Jamás había mirado de esa forma a alguien ni jamás nadie la había mirado así. Todos sus sentidos estaban puestos en ella, en su reacción, en captar algún gesto que le diera una pista de lo que estaba pensando. Julia seguía aferrada al escritorio y la vio inspirar hondo y soltar el aire de manera entrecortada. Estaban tan cerca que necesitó dar un paso más, tomarle el rostro entre las manos y apoyar su frente contra la suya. Los labios le cosquilleaban de las ganas de besarla y los dedos le ardían al contacto con su piel. Todo su aroma se le impregnó dentro y la asaltaron unas fuertes ganas de llorar, porque se moría por sentirla como antes, pero a la vez no quería forzar nada. Su carta estaba jugada y le tocaba esperar.

—Yo… —comenzó a decir Julia, mientras la tomaba de las muñecas y se separaba apenas para poder mirarla a los ojos—. No esperaba escuchar todo esto… —le dijo con una expresión que rozaba la desesperación. El ceño apenas arrugado, los ojos rojos y respirando con la boca entreabierta.

No quería agobiarla y por eso dio un paso atrás, soltando su rostro y sonriendo apenas.

—No vine buscando una respuesta, no tenés que decirme nada. Bueno, en realidad sí. Quisiera que me digas cómo estás, Juli. —Le sonrió, esta vez un poco más amplio y de manera genuina.

—No sé. Hago lo imposible por estar bien por Nacho, pero… —le dijo, llevando sus propias manos al rostro para refregarlo y terminando por quedar con los dedos entrelazados y apoyados sobre sus piernas—. Todo sigue doliendo demasiado —aceptó, suspirando y mirando sus propias manos.

—Me hubiese gustado acompañarte todo este tiempo.

—Ya sé —le respondió enseguida, levantando la cabeza y dedicándole una mirada llena de muchas cosas—. Ya sé y lo estuviste, creeme. En cada mirada que cruzábamos en el gimnasio te sentía conmigo y esos minutos donde sabía que iba a verte se volvían esenciales para mí… —Sonrió con un deje de tristeza al escucharla decir eso, con el alma acorralada por la nostalgia y el dolor—. Por Dios, si supieras… —Tomó una bocanada de aire por la boca y se calló, negando con la cabeza un par de veces antes de mirar hacia abajo, dejándola en suspenso y aletargada en el tiempo, con una ilusión rota a cuestas y una esperanza inverosímil cayendo muerta a sus pies. Con la sensación de que

quizás la historia entre ellas había sido así de breve y de que no la estaba perdiendo porque en realidad nunca la tuvo. Quizás que Julia bajase la mirada de nuevo a sus propias manos se lo confirmaba.

Sintió los ojos cargarse de lágrimas, la garganta se le había anudado y la opresión era aplastante, por eso dio un paso atrás sin dejar de mirarla y con la certeza de que por delante solo le quedaba encontrar una manera de seguir y de vivir, aunque ahora no la tenga. Estuvo así unos segundos, no supo cuántos, hasta que dio un par de pasos hacia atrás antes de girarse y caminar lento hacia la salida.

Con los niveles más bajos de los latidos de su corazón y temblando entera, apoyó la palma de la mano en la puerta juntando el coraje para abrirla y aceptar el inicio del final.

—Lara…

Pero tuvo miedo y no quiso escuchar más, y con el movimiento más triste de su vida agarró el picaporte y lo giró.

# 17. Epílogo

***Un año después***

—Jamás pensé estar viviendo un momento así —confesó, mientras su mirada se perdía en la espalda de su hijo parado a lo lejos—. Este chico no deja de sorprenderme, te lo juro. No sé cómo sentirme ahora mismo. —Giró la cabeza buscando en la mirada de Lucía alguna respuesta.

—Yo tampoco —le dijo, volviendo su atención a Nacho y ella se sintió más perdida que antes, porque Lucía siempre tenía una respuesta para todo y que ahora no la tuviese la dejaba sin más escapatorias.

Ambas estaban paradas de brazos cruzados, a una distancia prudencial y quizás bastante exagerada de la posición de Nacho y a la espera de que su hijo volviese con ellas. Los minutos le parecían horas y la acuciante necesidad de irse de ahí la estaba haciendo cruzar y descruzar los brazos de manera compulsiva, mirando hacia sus pies que de vez en cuando pateaban alguna que otra piedrecita del suelo. Cualquier distracción le venía de puta madre, así que al ver que su hijo todavía no parecía volver se dispuso a hacer estiramientos con el cuello para hacerlo sonar moviéndolo de un lado a otro. Volvió a ponerse los lentes de sol que segundos antes había enganchado al escote de su remera y llevó las manos a los bolsillos traseros de su pantalón, empezando ahora a mover los hombros y no le extrañó que también sonaran, ya que la tensión que tenía de cintura para arriba era terrible.

—Buff —se quejó, fuerte y pegadita a su amiga para ver si así lograba llamar su atención.

—Sigo sin saber cómo sentirme y sin respuestas —le avisó Lucía, porque al menos era considerada y la ponía al tanto de la situación. Volvió a verse inundada por aquellos pensamientos que venía teniendo desde la mañana temprano y que pugnaban por salir y le tomó tan solo algunos segundos para finalmente exteriorizarlos. Con ella, con su amiga y hermana de la vida.

—Sé que en su momento te lo preguntaste muchas veces. —Sintió la mirada de Lucía sobre ella y no hizo falta mirarla para saber que debía de tener el ceño fruncido.

—¿De qué hablás?

—Te dedicaste a apoyarme cuando tomé la decisión de seguir adelante con el embarazo. No me preguntaste nada, pero sé que por dentro lo hacías. Hasta que nació y te enamoraste de él tanto como yo. —Giró el rostro y se encontró con su amiga mirando hacía el horizonte, ese punto indefinido que les servía a ambas para aminorar la emoción del momento. La vio sonreír y afirmar con la cabeza.

—Claro que me lo pregunté y a veces todavía lo hago. —Recorrió con la mirada ese perfil que conocía de memoria y la nostalgia le picó por dentro y en los ojos, así que buscó refugio ella también en ese punto indefinido.

—Cuando me enteré lo primero que quise fue abortar, no tenía dudas. Pero una tarde, cuando estaba sentada en la cama de Martina viéndola dormir, sentí que ese embarazo era mi castigo, el precio a pagar por no haberla protegido. —Suspiró, poniendo en palabras lo que solo en terapia había hablado muchas veces. Pero ahora lo hacía, por primera vez, lejos de ese diván.

Sintió de nuevo esos ojos grises clavarse en ella y se aferró todavía más a los colores del horizonte, con un nudo en la garganta ante el recuerdo de Martina.

—Ese hijo me iba a hacer acordar todos los días cuánto le había fallado a mi hermana y cuánto me merecía todo eso. Así lo sentí y así lo acepté.

—Hasta que su manita agarró tu dedo.

—Hasta que su manita agarró mi dedo— reafirmó después de unos segundos.

—Un conquistador desde el minuto uno, 100 % Cohen, sin dudas. —Sonrió.

—Sé que es horrible haberlo tenido por eso, por sentirlo como un castigo…

—Horrible es lo que te hizo Esteban, Juli —la interrumpió antes de que siguiera. La miró e iba a responderle algo, pero la voz de su amiga la cortó en seco—. Ahí viene —le dijo y automáticamente giró la cabeza para encontrarse a Nacho caminando hacia ellas.

Enderezó la espalda y se cruzó de brazos, adoptando su pose de máxima seguridad ante la vida y esperó impaciente.

—Listo —les dijo, parado frente a ambas, pero mirándola fijo solamente a ella. Ninguno de los músculos le atinó a responder en consecuencia a esas palabras que no estaba segura a qué se referían. ¿Listo qué? Y eso mismo iba a preguntarle, pero su hijo no le dio tiempo—. Le dije todo lo que me hubiese gustado decirle a la cara, mamá… Todo lo que pienso de él —terminó por explayarse un poco más y la mirada que le estaba dedicando le estrujó todo por dentro. Sus ojos le pedían a gritos que lo sacara de ahí, que se alejaran lo más posible de ese cementerio donde se encontraban los restos de Esteban y no volvieran nunca más.

Le había contado a Nacho la historia completa, la verdadera. No había sido fácil, de hecho, le había sido extremadamente difícil y costado innumerables sesiones de terapia y de contención familiar cuando su hijo no solo se enteró de la verdad, sino también de su mentira, hace un año atrás. Al principio se sintió como la mierda y la peor madre del mundo, la que había hecho todo mal durante catorce años y la que se merecía el mayor de los desprecios. Pero con el tiempo y con el apoyo de las personas más cercanas pudo darse cuenta de que simplemente había hecho lo que pudo. Quizás en el afán de protegerlo se había cargado sobre los hombros el peso de esa mentira, haciéndola gastar energía que quizás podría haber puesto en otras cosas, pero cuando uno analiza las situaciones con el diario del lunes siempre resulta todo más fácil, siempre todo se hubiese hecho de otra manera. Pero así le había salido y así también se había dado cuenta a base de heridas de bala, miradas resentidas y discursos reveladores de que no tenía ni tendría jamás la capacidad de proteger a los demás de la vida misma. Que las cosas pasaban y que ella no contaba con ningún superpoder a prueba del destino. Para bien o para mal, las cosas a veces simplemente tenían que suceder así.

—No sé ustedes, pero yo me muero de hambre. —Lucía al rescate.

Sonrió al escucharla, pero sin dejar de mirar a Nacho y mandó a la mierda su perfecta posición de seguridad ante la vida, descruzando los brazos y acercándose a su hijo para abrazarlo fuerte, muy fuerte mientras le revolvía el pelo y le susurraba al oído un «te amo, hijo» cargado de empatía y de amor puro.

Un par de semanas atrás Nacho le había comentado que quería ir al cementerio donde estaba su padre. Se lo había soltado en mitad de la cena haciendo que casi se atragantase con el arroz y necesitando tomar varios tragos de agua antes de preguntarle por qué.

«Necesito un rato con él». Su respuesta había sido clara y ahí había terminado la conversación, dejándola de cara y sin palabras que decir. Esteban para ella no significaba nada y todos los sentimientos que tenía hacia él estaban basados en el desprecio y en la lástima. Estaba segura de que no merecía que nadie visitara su tumba siquiera, por el enorme daño que le había hecho a tantas personas. Por haberse disparado delante de sus narices después de dispararle a Martina, eso sí, como bien mierda que era, y así sumar una imagen más a la sección peor catalogada de su vida. Pero ella

era ella y Nacho otra persona de casi dieciséis años. Podía opinar, pero no imponer, y si era lo que su hijo necesitaba para seguir adelante no iba a dudar en acompañarlo, por eso ahora se encontraban caminando abrazados hacia su auto para disfrutar del almuerzo.

El viaje fue bastante silencioso y si no fuese por Lucía hubiese sido silencioso al completo. Ella se sentía sobrepasada por el momento y su hijo seguramente que también, pero por suerte contaban con esa mujer extra sensorial y empática que intentaba generar conversaciones asomada por entre medio de los asientos delanteros. Los últimos minutos había comenzado a hablar de fútbol para captar la atención de su ahijado y sin importarle por quedar en evidencia de su absoluta e indiscutible falta de información sobre ese deporte. Pero esa ignorancia le había hecho mucha gracia a Nacho y burlarse de su madrina le encantaba y le divertía a partes iguales. Su hijo la adoraba y las únicas veces que su sentimiento rozaba el odio era cuando Lucía, después de preguntarle a ella o buscar la información en internet, aprovechaba para enviarle un mensaje a Nacho opinando sobre el resultado del partido de su equipo favorito. Claro, esos mensajes siempre eran enviados en resultados adversos y después era ella quien debía aguantarse el mal humor de su hijo.

El almuerzo había pasado y estuvo pendiente de él durante toda la comida. Era un sábado al mediodía y muy caluroso, estaban en pleno verano y habían planeado comer algo a la parrilla, para aprovechar el jardín y la piscina.

—¿Cómo estás? —Escuchó a su lado mientras seguía mirando a Nacho que ahora estaba en la piscina junto con Lucía y Gustavo, su novio de hacía unos meses.

—No sé —le respondió con media sonrisa y levantando los hombros—. Fue raro estar ahí, pero necesario para él, así que… —Volvió a encogerse de hombros y a girar la cabeza hacia la piscina para buscarlo con la mirada. En esos momentos se lo veía relajado y sonriente, intentando hablar con Gustavo mientras era molestado por Lucía y no pudo hacer otra cosa más que reír.

—Sos una madraza, Juli. —La escuchó decir, en un tono increíblemente dulce y acompañado por el calor de la palma de la mano de Martina sobre la suya.

—No sé… —le respondió frunciendo exageradamente la nariz y volvió a sonreír de esa manera algo triste y poco convencida, mientras le acomodaba a su hermana la fina cadena que tenía alrededor del cuello y acariciaba la cicatriz de bala a la altura de su clavícula.

—En momentos así, cuando no lo sepas, solo tenés que rememorar tu vida desde tus veintiséis años en adelante. Sos la mujer más fuerte, más empática y valiente que conozco en la vida, Juli. Mi persona favorita en el mundo incluso cuando te ponés en sobreprotectora.

—Ey, que cambié mucho con respecto a eso —le reprochó.

—Ya sé, ya sé —se defendió automáticamente su hermana, levantando los brazos en son de paz.

—Ya aprendí la lección y me di cuenta de que no tengo un superpoder a prueba del destino y que las cosas a veces tienen que pasar de cualquier manera —repitió para fuera lo que tantas veces se repetía por dentro, incluso hoy en el cementerio.

—Está bien que quieras proteger a la gente que te importa, creo que todos en cierta forma lo hacemos, Juli. Pero lo tuyo fue muy distinto y lo sabés. —Hizo una pausa para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja—. Me protegías sin pensar en que también corrías peligro con Esteban libre. Te ocupaste de sacarme la culpa que yo también sentía por lo que pasó esa noche. Le ocultabas la verdad a Nacho para que no sufra por el padre que tenía sin importarte lo que eso le hacía a tu salud. Te cansaste de alejar a personas que te gustaban para no complicarles la vida con tu vida. —Soltó una risa ante el juego de palabras.

—Para que al final termines con un balazo y Nacho sabiendo la verdad a la fuerza —resumió y a lo mejor la voz le había salido un poco ronca y entrecortada por la emoción y fue por eso que su

hermana pasó el brazo por encima de sus hombros y la apretó contra sí.

—Para que al final te des cuenta de que así es mejor y empieces a vivir también para vos.

—Puede ser…

—Estoy segura de que sí. Lo veo en tus ojos —le dijo a la vez que le guiñaba uno y se levantaba para buscar dónde servir el helado que Lautaro cargaba.

Se recostó sobre el respaldo de la silla y en silencio observó la escena a su alrededor, sonriendo al mirar a todas esas personas que tanto amaba disfrutar del día. Puede que sí, que su hermana tuviese razón y que así era mejor.

Mucho mejor.

***

Bajó a toda velocidad la escalera del edificio y apenas abrió la puerta el calor la envolvió de lleno como abrazándola de pies a cabeza, y agradeció internamente llevar el pelo atado en una cola alta y tener puesta aquella musculosa verde. Este verano parecía ser especialmente caluroso, treinta y siete grados a la sombra y subiendo.

—¡Perdón! Sesión intensa la de hoy —se disculpó, dejando un sonoro beso en la mejilla de su amiga ni bien se subió al auto.

—No pasa nada, estaba entretenida mirando videos de gatitos. Los que me enviaste anoche fueron el puntapié a un vicio. Ahora no puedo parar.

—Te lo dije. —Sonrió mientras se recostaba en el asiento del auto, suspiro de por medio y cerrando los ojos un par de segundos.

—¿Cómo venís llevando el día? —le preguntó Isabella, despacio y con mucho tacto, intentando que sonase lo más casual posible.

—Como puedo. Siempre me acuerdo de ellos solo que una vez al año parece que duele un poco más. —Llevó de un movimiento la cabeza hacia atrás, suspirando y golpeando suavemente contra el asiento. Isabella imitó su posición y se quedaron unos segundos en silencio hasta que su amiga volvió a hablar, en un tono dulce y pausado.

—Me hubiese gustado conocerlos… —le confesó. Cerró los ojos y sonrió algo triste, con matices de nostalgia y de un deseo compartido.

—Ella me dice lo mismo… —susurró, volviendo a sonreír.

—¿Quién? ¿Tu psicóloga? —bromeó su amiga y en consecuencia se llevó una palmada en el muslo mientras chasqueaba con la lengua.

—Qué año cargado de cosas, ¿no? —reflexionó a modo de pregunta, manteniendo la misma posición y con la mirada perdida al frente.

—Ahá. Abrimos una nueva sucursal, nos va bien… lo normal sería que te dijese que fue un año exitoso, pero no sé, a veces estoy agotada —confesó suspirando, mirando hacia el mismo punto indefinido que ella y reflexionando a la par.

—«Lo normal» —repitió pausadamente—. ¿Qué pasaría si no existiese esa palabra? —Giró su rostro y la vio sonreír sin decir nada, analizando su pregunta justo antes de girar la cabeza para mirarla.

—La palabra *anormal* dejaría de tener sentido.

—Y el mundo se volvería loco —agregó.

Ambas sonrieron a la vez y volvieron la vista al frente.

—Entonces… ¿lo normal sería que ahora te abrace, te diga que te quiero y todas esas cosas? —bromeó Isabella.

—No. Sos anormal, sabemos que no vas a hacer eso —respondió casi riendo, llevándose un manotazo en la pierna por su comentario—. Fue un año un poco caótico también —dijo después de unos segundos de silencio.

—Ya lo creo… —afirmó Isabella.

—Pero ¿sabés qué? El pasado ya no duele —reconoció, girando de nuevo la cabeza hacia ella y encontrándose con su mirada, ese color miel que tanto amaba. Si alguien le pidiese que pusiera en palabras todo lo que sentía por Isabella le resultaría imposible. No había diccionario que pudiese describir lo que su amiga, su hermana, generaba en ella. Un amor profundo, sentirla parte de su familia.

—Un año caótico y liberador —sentenció Isabella, después de unos segundos de compartir miradas cargadas de afecto y empatía.

Y ese día estaba siendo bastante sentimental y no supo si fue su sonrisa, su forma de mirarla o simplemente todo lo que significaba aquella mujer en su vida, que tuvo el impulso de rodearle el cuello con los brazos y apretarla fuerte contra sí, suspiro de por medio y con una sonrisa gigante.

—Caótico y liberador. Me gusta —afirmó un momento después, con el mentón apoyado sobre su hombro.

El trayecto duró unos quince minutos en donde se dedicaron a dejar la melancolía y el sentimentalismo a un lado, para bromear sobre Juan y sus constantes reclamos por el dulce de leche, entre otras cosas. A su amiga le encantaba quejarse de su futuro marido, aunque siempre lo hiciera con una sonrisa en los labios y desprendiendo amor por cada poro de su ser.

—¿No bajás? —le preguntó después de estacionar frente al bar.

—No, me está esperando Juan en la otra sucursal. Hoy toca inventario.

—Uff, que te sea leve. Te quiero. —Dicho esto, le estampó un sonoro beso en la mejilla y salió del auto.

—¡Yo también! —Llegó a escuchar después de cerrar la puerta y llevar el teléfono a su oído. Mientras esperaba que atendieran observó el auto alejarse y no pudo evitar sonreír al revivir ese abrazo y esas palabras. Porque sí, porque una nueva versión de su vida y de ella habían surgido y así era mejor.

Mucho mejor.

***

Sonreía de antemano y por la anticipación al meter las llaves en la puerta y escuchar sus maullidos. Es que estaba segura de que ya había escuchado el auto afuera y por eso ya lo tenía esperando en la entrada. Abrió la puerta y lo dicho, ahí estaba su adorado gato sentado en sus patas traseras y expectante a su llegada. En menos de dos segundos ya lo tenía yendo y viniendo entre las piernas y ronroneando a la espera de que se agachara, para tirarse panza arriba y dar comienzo a la rutina de bienvenida.

—¿Estás haciendo buena letra y portándote bien con la visita? —le preguntó sonriendo y mirándolo fijo a los ojos esperando una respuesta, al escuchar música de fondo y confirmar que ya había llegado, aunque no la veía.

Esa bola de pelos le empujó las manos sacudiendo las patas traseras con mucho ímpetu, en un claro mensaje de «no tengo tiempo para estas cosas», y sin afirmar ni negar nada se levantó y se fue

derecho al sofá a seguir con su siesta, así que se levantó ella también y al dejar el bolso en la mesa del *living*, vio que ahí mismo estaba el neceser que solía tener en la habitación y que esta mañana había dejado ahí, al parecer, por ir tan apurada. Lo abrió y agarró la pinza de depilar dispuesta a sacarse esos vellos del mentón cuando algo rectangular y bastante grande, envuelto en papel de regalo y apoyado sobre una de las banquetas del desayunador, llamó su atención.

Frunció el ceño mientras se agachaba para mirar la tarjeta que tenía abrochada en una esquina y en la cual se leía «Para Lara. Romper el envoltorio dicen que trae suerte». Sonrió con el corazón latiendo un poquito más rápido ante la sorpresa y levantó el regalo para apoyarlo sobre una de las sillas de la mesa. Sin esperar un segundo más empezó a desgarrar el papel que lo envolvía y a medida que iba descubriendo el contenido también se hacía más grande su sonrisa.

Esa mujer era increíble.

Llevó una de sus manos a la boca, visiblemente emocionada y con los ojos llenos de lágrimas, y se dedicó a admirar lo que tenía delante. Escuchó pasos cerca de ella y sintió unos brazos rodearla por la cintura, desde atrás, mientras le dejaba un beso en el cuello antes de apoyar el mentón sobre su hombro izquierdo. El corazón duplicó sus latidos por minuto y la sonrisa estaba segura que ahora se le reflejaba en toda la cara.

—Hola, mi amor —le dijo despacio y al oído, y al escucharla le resultó imposible seguir sin conectar con esos ojos que tanto amaba.

Giró su cuerpo sin romper el agarre y cuando conectó con su azul preferido pudo notar que también estaba algo emocionada, aunque seguro que no tanto como ella.

—Gracias. —Fue lo primero que le nació decirle, en un tono entrecortado por la emoción, mientras acariciaba su mejilla hasta depositar la mano en su nuca y ejercer una leve presión para atraerla hacia su boca apenas entreabierta.

Bajó un instante la mirada hacia esos labios antes de atraparlos entre los suyos, en un beso lento y suave, con ese sabor que los hacían tan de ella. Sintió la lengua acariciar su labio inferior para después introducirla dentro de su boca sin pedir permiso, porque después de un año ya no hacía falta y porque además les encantaba saludarse de esa manera cada vez que podían. Y como ahora mismo podían, la apretó contra su cuerpo y profundizó un poco más, suspirando ante las cosquillas internas que le seguían produciendo sus labios cada vez que la besaba de esa forma. Julia se unió de inmediato al ritmo del beso mientras enredaba los dedos en su pelo y la incitaba a seguir un poco más, a perderse dentro de su boca y a volverla loca con cada embestida. La respiración se les había vuelto algo pesada y el beso mucho más húmedo y profundo, pero completamente cargado de una emoción sin dobles intenciones y con la única finalidad de sentirse. Aminoró la intensidad y se fue separando hasta conectar de nuevo con su mirada.

—Volviste a pintar.

Julia la miró con un brillo particular en los ojos y le sonrió tímidamente antes de darle un corto beso y pararse delante de ella, tomarle los brazos y llevarlos a su propia cintura para intercambiar posiciones, quedando ahora con la espalda de la rubia pegada a su pecho, el mentón apoyado en su hombro y mirando ambas el cuadro.

La imagen central eran dos mujeres, una rubia y otra castaña, muy apretadas entre sí. La espalda de la mujer castaña estaba levemente arqueada y su pierna izquierda enroscada en la derecha de la rubia, simulando un paso de tango. Se miraban intensamente a los ojos y la mano derecha de la castaña apretaba en un puño la blusa blanca que vestía la rubia, mientras que la otra mano se aferraba a su nuca. De fondo podía verse a un niño corriendo, remontando un barrilete sobre un cielo oscuro, casi negro. La estela que iba dejando dibujaba unos trazos celestes, como si despejara el

cielo a su paso. También podían notarse unas huellas que iban desde la base del lienzo hasta donde estaba la pareja, pasando por entre medio de sus piernas y siguiendo hasta donde estaba el niño. Agudizó la vista y confirmó lo que sospechaba: eran huellas de gato y cerca del niño se distinguía al animal sentado en sus patas traseras observando el barrilete. Sonrió ante la escena. Sonrió mucho y hasta con los ojos, porque ese cuadro lo decía todo.

—Volví a pintar —afirmó.

—¿Cómo fue que pasó? —Quiso saber, porque desde la reaparición de Esteban y todo lo que eso trajo en consecuencia, Julia había perdido por completo el entusiasmo por la pintura.

—No sé. Supongo que a medida que las cosas en mi vida se iban acomodando me iban volviendo las ganas de pintar. Este cuadro lo empecé unos días después de conocerte y hace unas semanas lo retomé, quería regalártelo hoy —le confesó, llevando la cabeza hacia atrás para apoyarla en su hombro—. Vengo pensando mucho en nosotras y en todo lo que avanzamos. Desde el momento en el que me acosaste en mi oficina hasta el día de hoy —dijo la muy tonta, haciendo lo imposible por ocultar una sonrisa.

—Claro, porque fui yo quien cerró la puerta con llave y te arrinconó contra la pared, ¿no? —le respondió antes de darle un suave beso en su mejilla.

—¡Tch! —Chasqueó la lengua suspirando al mismo tiempo—. Fue tan fuerte escucharte decir todo eso, que no supe manejar muy bien la situación. Nunca dejé de esperarte y me volvía loca de miedo pensando en que a lo mejor ya te habías olvidado de mí. Y verte ahí, diciéndome todo eso… No podía dejarte ir ni tenía motivos para hacerlo.

—Menos mal que no me dejaste ir —le dijo, ajustando el agarre a su cintura.

Volvió a besarla esta vez en su sien, cerrando los ojos y alargando el contacto unos segundos más.

—Te amo. —La escuchó decir y por reflejo le salió sonreír contra su piel.

—Yo también te amo —le susurró antes de devolver la vista al cuadro delante de ella. Lo recorrió con la mirada volviendo a observar cada detalle, era la primera vez que lo veía ya que Julia había prácticamente archivado sus cuadros terminados y los que todavía faltaban terminar—. ¿Ese que estoy viendo ahí es Antoni? —le preguntó divertida, con un calor agradable en el pecho y con la sensación de amarla un poco más.

—¡Tch! —Volvió a chasquear la lengua, pero esta vez la rubia no ocultaba su sonrisa—. El día que bailamos tango fue cuando empecé a mirarte diferente. ¿Se notó mucho que me moría por besarte?

—Ufff, terriblemente —bromeó, y a cambio se llevó un manotazo en el antebrazo que la hizo reír—. Yo empecé a mirarte diferente desde el día que te quitaste la musculosa delante de mi cara antes de empezar la clase —le dijo, girándola entre sus brazos para quedar frente a frente y muy cerca de nuevo—. Jugaste fuerte, rubia —afirmó, y la vio arrugar la nariz en consecuencia.

—Qué pervertida… Fue sin intenciones de nada. —Y ahí estaba de nuevo, ese esfuerzo por ocultar una sonrisa mientras arqueaba la ceja izquierda.

—Sí, claro —susurró antes de acercarse y callarla con un beso cargado de ganas contenidas.

La sintió sonreír contra sus labios y separarse lo suficiente para empezar a recorrer con el dedo índice su nariz, sus labios, su mentón y terminar el camino delineando su mandíbula. Ese gesto le resultó tan familiar que la hizo cerrar los ojos mientras disfrutaba de la caricia.

—Tengo que depilarme, iba a eso cuando vi el regalo y casi me muero. Ya sé dónde lo voy a colgar. Es hermoso, mi amor. Gracias de nuevo —le dijo antes de besarla.

—Sentate —le pidió, llevándola hacia una de las banquetas del desayunador. Se acomodó y Julia le abrió las piernas para pararse entre medio y quitándole la pinza de depilar de las manos comenzó a

revisar su mentón. Cuando encontró el primer vello se lo arrancó de un tirón—. ¿Cómo fue tu día? —le preguntó a la vez que con un dedo a cada lado de su mandíbula le hacía girar suavemente el rostro.

—Isabella pasó a buscarme por terapia y menos mal, porque si no iba a llegar al bar más tarde de lo que llegué. Lucrecia parece mi jefa, me tiene a los tiros —terminó la frase bufando y poniendo los ojos en blanco.

—No te quejes, bien que la extrañaste cuando se fue de vacaciones, casi enloquecés —le recordó mientras tironeaba de otro vello.

Se tuvo que ocupar un tiempo de casi todo y estaba insoportablemente nerviosa y malhumorada, cargando con mil cosas a la vez y por momentos pensando que no iba a poder y que iban a cerrar el bar por su culpa. Sí, el estrés a veces la volvía un poco exagerada.

—Tampoco tanto —se defendió, sin poder ocultar una sonrisa de medio lado porque sí, un poco loca se había puesto—. Al menos tuvo la delicadeza de traerme a casa después de atosigarme todo el día y de perseguirme para elegir los nuevos proveedores —le contó mientras sentía otro tirón en su barbilla y los ojos de su novia recorriéndola.

Amaba la naturalidad con la que Julia tomaba las cosas, la emocionaba y la hacía aprender a vivir un poco más relajada. Si dos años atrás le decían que otra persona la iba a estar depilando y pasando el momento como si nada nunca lo hubiese creído. Es que con ella muchas cosas de las vividas jamás las hubiese creído y transitar su intersexualidad al lado suyo había sido un aprendizaje constante. Un ida y vuelta. Miles de «sos hermosa», «te quiero así», «me encanta tocarte». Y con cada estímulo terminaban ganando las dos, porque la rubia le decía «vos sumás seguridad y yo la felicidad de verlo» y a ella el mundo le parecía mejor así.

—No te veo ninguno más —le dijo Julia antes de morderle la barbilla y darle un beso después, guardándose la pinza en el bolsillo trasero del pantalón corto.

Se acomodó mejor entre sus piernas y cruzó los brazos por detrás de su cuello mientras ella hacía lo propio alrededor de su cintura. «Dios mío, cómo te amo», pensó mientras observaba su iris y los distintos matices que siempre encontraba en ese azul. Visto así de cerca le impactaba el doble, y cuando la miraba de la forma en que ahora mismo lo hacía, su corazón latía despacio y tranquilo, a un ritmo que le decía «disfrutalo, Lara… Disfrutala, porque es ella». Era ella. Julia, su amor. La persona que elegía día a día porque quería y no por el miedo a que fuese su única oportunidad de ser aceptada por alguien. No. Ya no.

Se habían tomado las cosas con mucha calma y después de su confesión en la oficina empezaron a verse de nuevo. No retomaron donde lo habían dejado porque si algo tenían en claro es que necesitaban hacerlo de cero. Un volver a conocerse y ver qué pasaba, dejando que todo fluya mientras ambas intentaban acomodar su vida. Hacía un tiempo que la relación entre las dos se había fortalecido y formalizado de manera natural, y aunque apostara y deseara toda una vida juntas, sabía que el destino estaba escrito y que a lo mejor su final estuviese cerca o que quizás su historia fuese infinita.

«Infinita, por favor, que sea infinita», pensó mientras le acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me hubiese gustado acompañarlos hoy al cementerio, ¿sabés? Estar con vos y con Nacho —reconoció a media voz.

—Lo sé y Nacho también, pero Irene te necesitaba, vos necesitabas a Irene y a tu sesión de terapia. Sé lo que significa este día para vos, mi amor, así que te espera tu comida preferida —le dijo antes de besar el asomo de su sonrisa—, un rico vino —otro beso en el mentón y la sonrisa se le

volvía más amplia—, un buen café —uno más en la punta de la nariz y ya sonreía entera— y aguantar mi compañía hasta mañana —le dijo divertida mientras le acariciaba la nuca con los dedos.

—¿Te quedas a dormir? —le preguntó sin poder sacarse la sonrisa boba que seguro estaba poniendo, besándola con ímpetu y hasta con sonido incluido, haciendo que el cuerpo de Julia se arquease un poco hacia atrás por el empuje.

—Me quedo —afirmó, devolviéndole la sonrisa—. Nacho está de los abuelos y yo me traje un libro para entretenerme mientras terminás el práctico para la facultad… No me olvidé —le dijo con ese falso tono serio.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmó sin inmutarse.

—¿Y después te puedo entretener un poco yo a vos? —le preguntó mientras se acercaba a su boca y le mordía suave el labio inferior.

—Definí «entretener» —le pidió, incluso sabiendo a qué se refería y levantando la ceja izquierda, acompañando el gesto con una mirada un poco pervertida porque les encantaba provocarse.

—Ya sabés… —comenzó a decir acercándola más hacia ella.

Bajó la mirada y terminó mordiéndose su propio labio inferior ante la vista de esa cintura y de esas piernas y de lo mucho que le gustaba cuando se ponía esos *jeans* cortos y ajustados. Le encantaba. Mucho. Tanto que se había olvidado lo que iba a decir y hasta a lo mejor estaba babeando, pero no le importaba, porque esa mujer le hacía sentir muchas cosas y desear hacerle otras tantas.

—¿Qué pasó? ¿Te comieron la lengua los ratones? —la provocó con esa sonrisa de lado mitad engreída y mitad «por Dios, cómo me gustás y cómo me gusta esto» que no podía esconder. Porque a Julia se le notaba todo cuando era con ella y a ella eso la hacía enamorarse un poco más.

—A vos te voy a comer, entera… —le dijo en un tono exageradamente sensual y acercándose para besarla, pero quedándose en el intento cuando Julia se rio echando la cabeza hacía atrás y a ella le salió sonreír al verla reír. Así de simple y así de automático. Así de enamorada.

«Infinita, por favor, que sea infinita».

De repente empezó a escuchar esa canción que una vez Julia le había dedicado y que la habían catalogado como «nuestra canción». Los primeros acordes de *Menos mal* de Andrea Echeverri sonaban y a ella el corazón le volvió a latir a ese ritmo despacio y tranquilo, mientras que todas sus terminaciones nerviosas respondieron cuando sus miradas conectaron.

—No es un tango, pero esto sí que sé bailarlo —le dijo, parándose de la banqueta, pero sin soltar el agarre a su cintura ni Julia al de su cuello.

Así de conectadas, así de pegadas y con sus ojos sin romper esa línea invisible que unía sus miradas. La atrajo más contra su cuerpo y sintió cómo Julia apoyaba la cabeza de costado sobre su hombro a la vez que acariciaba su nuca. Ella se limitó a apretarla fuerte, cerrar los ojos e inhalar su olor, ese perfume tan dulce como lo eran sus besos. Así de intenso, así de perfecto y con sus cuerpos moviéndose al compás de la canción. Sin decir nada y con solo el sonido de sus respiraciones de fondo camufladas entre las estrofas de esa melodía, que había sido escrita para ellas y resumía a la perfección su historia.

«Infinita, por favor, que sea infinita».

Menos mal el destino; que Julia caminaba apurada y que ella estaba distraída. Que chocaron de frente y quedaron enganchadas a la mirada de la otra. Que no sabía de tango ni de pasos coordinados que la llevaron a esa clase improvisada, a ese momento donde empezó todo, donde entendió que no hacía falta hacer de hombre para bailar de a dos.

Menos mal el deseo; que la hizo atreverse a quitarse cada capa de ropa delante de una mujer que solo quería tocarla, pero no sin antes lograr que primero fuese ella misma quien reconociese su propio cuerpo. Sorprendiéndola, poniendo su mundo de revés y, sin embargo, incluso con todo patas para arriba, empezar a manotear de a una cosa a la vez, ponerla del derecho y buscarle su lugar.

Menos mal las pausas; que Lucrecia la buscó por el gimnasio el día que le entregaron su auto para dar inicio a una historia fugaz y con fecha de vencimiento, pero trascendente y con una importancia inversamente proporcional al tiempo que estuvieron juntas.

Menos mal el raciocinio; que la entendió, que se entendió. Que el círculo de su historia las encontró a mitad de camino y que estuvo lista para amarla bien, sanamente.

Menos mal la decisión; que ese mediodía, un año atrás, se vistió y se fue sin avisar a la oficina de Julia, con una esperanza en el aire y cientos de palabras desgarrando su garganta de impaciencia por salir.

Menos mal la improvisación; que no tenía un discurso preparado y que habló sin pensar, sin filtros, sin frases armadas ni oraciones perfectas.

Menos mal la reacción; que Julia la arrinconó contra la pared y la besó con los labios y el cuerpo entero. Que no hicieron falta palabras para saber que sí, que esta vez sí, que era el momento.

Menos mal las diferencias; que catorce años de distancia dejaron de importar. Que sus cuarenta y uno y sus veintisiete ya no molestaban ni preocupaban.

Menos mal la aceptación; que se aprendió a querer, a naturalizar de la mano de muchas horas de terapia, reuniones con amigos, comidas con Irene, abrazos de Isabella y besos de Julia. Pero por sobre todas las cosas de la mano de ella misma y de haber tirado al costado del camino todo lo pasado que la hirió, que la moldeó basándose en una visión equivocada sobre su origen.

Menos mal el amor; del propio y hacia Julia. El de ellas. El que la hizo estar orgullosa de su pasado a pesar de haber estado lleno de errores y de tanto dolor. Porque sí, porque eso también era suyo, formaba parte de su historia y nadie podía quitársela por muchas falencias que tuviera. Porque esa historia la llevó a este presente fuerte y contundente, avanzando a paso firme sobre bases sólidas. Transformándolo todo, transformándola a ella, sin sombras ni resabios de lo que antes era.

FIN

Descubre tu próxima lectura
Si quieres formar parte de nuestra comunidad,
regístrate en **www.avanteditorial.com**
y recibirás recomendaciones personalizadas.